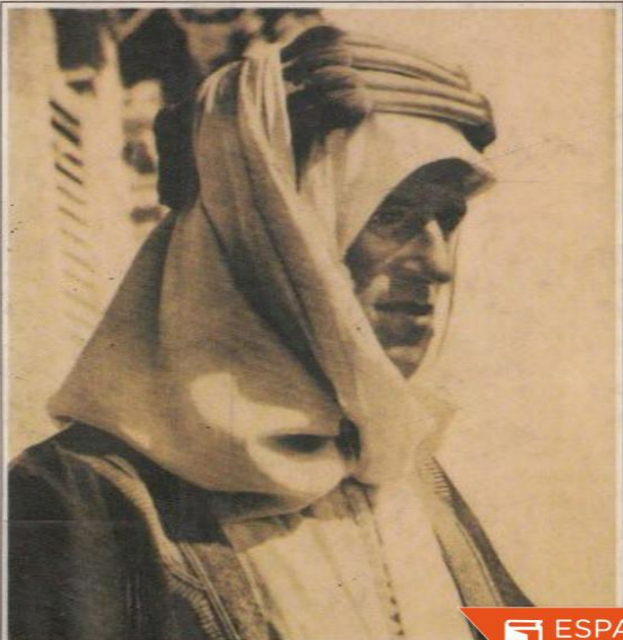


Robert Graves

Lawrence y los árabes



ESPA
PDF

Publicada originalmente en 1927, Lawrence y los árabes es la primera biografía de T. E. Lawrence y uno de los primeros libros extensos en prosa de Robert Graves. El propio Graves define así su propósito: «He intentado presentar con la mayor sencillez posible una imagen de una personalidad de complejidad exasperante, intentando asimismo que historia tan enrevesada resultase inteligible y nítida...».

Basándose en los relatos escritos de Lawrence, y minucioso intercambio epistolar con él, las

dotes de narrador de Graves y su poder de síntesis y análisis construyen un retablo preciso, nítido y fascinante de la peripecia de un personaje singular y la historia de un pueblo y unos parajes de perenne actualidad.



Robert Graves

Lawrence y los árabes

ePub r1.0

German25 30.01.15

Título original: *Lawrence and the Arabs*

Robert Graves, 1927

Traducción: Juan Antonio Gutiérrez-
Larraya

Editor digital: German25

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

Onager solitarius in desiderio
animi sui attraxit ventum
amoris.

JEREMÍAS

Introducción

Los editores me invitaron a escribir un libro sobre Lawrence a principios de este mes de junio. Repuse que lo haría sólo con el beneplácito de Lawrence. Shaw, como debo llamarle, por haber adoptado tal apellido y descartado de manera definitiva el de «Lawrence», telegrafió su autorización desde la India, y luego me envió una carta en que me proporcionaba una lista de fuentes y manifestaba que, si se había de publicar un libro sobre él, prefería que yo me encargara de su redacción. Creía que yo podría presentar hechos tan exactos, que

desanimarían la aparición de obras no autorizadas, y que podría confiar en mí cuando se tratara de someterle a críticas sin tener en cuenta su negra honrilla. Y alimentó la esperanza de que el libro agotaría el interés público antes de que él abandonara la Royal Air Force y se reincorporara a la vida civil.

Dispongo de su generosísimo permiso, y el de sus representantes legales, para usar a mi albedrío, dentro de ciertos límites, el material sometido a copyright tanto de *Rebelión en el desierto* como de *Las siete columnas de la sabiduría* (del cual aquél es una abreviación), libro que no se pondrá a la venta mientras Shaw viva. Por desdicha,

las premuras temporales estorbaron que presentase mi original mecanografiado a Shaw antes de que viera la luz. Le pido, pues, que me disculpe si hubiera pasajes en que mi discreción se extravió. Sin embargo, le escribí para consultarle datos puntuales y le envié borradores de casi toda la obra. Con todo, debo establecer una clara línea divisoria entre su aprobación de que yo compusiera el libro, si había de editarse, y mi responsabilidad personal en cuanto a los hechos y opiniones que en él aparecen.

Estos capítulos, así lo espero, encierran cosas que interesarían incluso a los lectores de *Las siete columnas de la sabiduría*; y los de *Rebelión en el*

desierto tal vez se complazcan en tener una narración continua. Recuerden los críticos que Shaw, mientras preparó *Las siete columnas* para su difusión privada, se propuso tener a lo más dos centenares de lectores, y, por ello, disfrutó en el manejo del vocabulario de mucha más libertad que yo; y también pudo hacer gala de un conocimiento de la historia, geografía y política orientales que yo no estoy en situación de manifestar.

He intentado presentar con la mayor sencillez posible una imagen de una personalidad de complejidad exasperante. He intentado asimismo que historia tan enrevesada resultase inteligible y nítida con el expediente de

reducir el número de los personajes que intervienen en ella, mencionando por su nombre sólo a los más prominentes y aplicando a los demás términos tales como «miembro de la guardia», «oficial del estado mayor británico con Faysal», «general de división», «coronel francés», «el jefe de los Banu Sajr», etc. (Lo geográfico se ha simplificado de modo similar; los mapas se han diseñado de forma que aparezca en ellos la menor cantidad posible de topónimos que no tengan relación con lo narrado, y pocos o ningún lugar se mencionan en el texto que no se encuentren en los mapas).

No es, desde luego, el método de la

historia, pero ésta, que resulta tanto menos legible cuanto más histórica es, no topará con obstáculos en todo lo que he escrito. He abordado un estudio crítico de «Lawrence» —y me siento inclinado a aceptar, pese a lo mucho que me disgustan los de ese género, el veredicto popular de que es el inglés vivo más notable que existe—, antes que un repaso general del movimiento árabe de libertad y la intervención de Inglaterra y Francia en dicho movimiento. Y, en fin, la extensión de lo relatado tuvo lógicos límites propios.

En lo que atañe a la información sobre Lawrence, debo mucho a las siguientes personas: señoras Fontana, de

Thomas Hardy, Lawrence (su madre), Kennington y de Bernard Shaw; el mariscal de campo vizconde Allenby y los coroneles John Buchan, R. V. Buxton y Alan Dawnay; el señor E. M. Forster, el señor Philip Graves, *Sir* Robert Graves, el doctor D. G. Hogarth, el señor Cecil Jane, el señor Eric Kennington, el señor Arnold Lawrence (un hermano menor), *Sir* Henry McMahon, el soldado Palmer del Royal Tank Corps, el sargento Pugh de la Royal Air Force, el señor Vyvyan Richards, lord Riddell, el señor Siegfried Sassoon, lord Stamfordham, el deán de Winchester, el señor C. Leonard Wooley y otros.

También estoy en deuda, por haberme permitido usar sus fotografías, con *The Times*, el Imperial War Museum, el Departamento Fotográfico del Ejército Francés, el comandante Goslett, el coronel R. V. Buxton, el doctor D. G. Hogarth, el sargento Pugh, el señor Eric Kennington y el propio soldado Shaw.

R. G.

Agosto, 1927

I

Me refiero a él como Lawrence, apellido con el que le conocí, aunque, como el resto de sus amigos, suelo llamarle «T. E.», iniciales que, por lo menos, parecen estables y seguras. En 1923, cuando se alistó como soldado raso en el Royal Tank Corps, adoptó el nombre de «T. E. Shaw», y lo conservó en la Royal Air Force. La lista electoral confirma la alteración. Se enroló en 1922 como «Ross», y esos dos apellidos, según él reconoce, no fueron sus únicos esfuerzos para «designarse de modo conveniente». Eligió «Shaw» y

«Ross» más o menos al azar en una nómina de escalafón del ejército, porque los recomendó su brevedad y también, probablemente, por su rezagada situación alfabética; las tropas se alinean en ocasiones de acuerdo con ésta y él evita por instinto las primeras posiciones. Estaba harto de llamarse Lawrence —y le parecía largo en exceso—, y en particular del título de «Lawrence de Arabia», que se había convertido en tópico romántico y en grave engorro personal. El culto reverencial al héroe no sólo le exaspera, sino también, a causa de su creencia auténtica de que no lo merece, le hace sentirse físicamente sucio; y pocos son

los que, habiendo oído hablar de *Lawrence de Arabia*, o habiendo leído cosas sobre él, no mencionen su nombre sin maravilla supersticiosa o no pierdan la cabeza si le conocen por casualidad. Pretexto suficiente para descartar tal apellido fue que jamás simbolizó para él una tradición familiar gloriosa. El señor Lowell Thomas, autor de un relato inexacto y sentimental sobre Lawrence, le vincula con la familia nord-irlandesa así llamada y con el famoso héroe del motín de los cipayos, «que procuró cumplir su deber»; se trata de una invención y, además, poco ingeniosa. «Lawrence» apareció como un nombre tan útil como «Ross» o «Shaw», y

Lawrence nunca perteneció a la tribu de quienes hacen cosas porque el deber público es eso, un deber público. Sus actos obedecen a razones propias, que tal vez —debiera decir «sin duda»— honrosas, jamás son públicas o evidentes. Los árabes se dirigían a él como «Awrans» o «Lurens»; pero le apodaron «Amir Dinamit», o sea Príncipe Dinamita, a causa de su energía explosiva. El viejo Awda, belicoso jefe de los Huwaytat, se refería a él por lo regular como «El Diablillo del Mundo», lo que resulta aún más gráfico.

Nació en Tremadoc, en el septentrión de Gales, en agosto de 1888, circunstancia útil posteriormente, pues

pudo ingresar, en la Universidad de Oxford, en el Jesús College, que protege financieramente a los estudiantes galeses. En realidad, su ascendencia es variopinta, sin relación alguna con Gales; si no estoy trascordado, sus mayores fueron irlandeses, hébridos, españoles y escandinavos. Y ello siempre le resultó útil; tal mezcla de sangres ha significado para Lawrence la facultad innata de aprender idiomas extranjeros, el respeto de los usos y costumbres de la gente foránea, y, más que nada, la aptitud de incorporarse en una comunidad extraña y ser aceptado, al cabo de cierto tiempo, como miembro de ella. Además, no siente la peculiar

superioridad inglesa sobre los restantes pueblos. Lo atribuye a su general falta de respeto a la humanidad; pero ha de sospecharse una acusada inclinación a lo británico, aun cuando sólo sea a los que hablan en inglés, idioma por el cual siente un afecto que no puede ocultar.

Su difunto padre procedió del condado de Meath, en Irlanda, de la estirpe de la gente del Leicestershire que se estableció en ella en la época de *Sir* Walter Raleigh. Fue gran deportista. La mezcla de sangre se deriva sobre todo de él. Su madre, que hace dos años se fue despreocupada a terminar sus días como misionera en la China central —y que, no hace mucho, ha sido devuelta a

sus lares, muy a disgusto suyo, por culpa de las alteraciones políticas de aquel país—, es decidida y rezuma fuerza tranquila: sus facciones son como las de Lawrence. Una vez me dijo: «No habríamos soportado chicas en casa». Y, a tenor de ello, tuvo cinco hijos varones y ninguna hembra. Ambiente doméstico de tal clase acaso explique que el mundo de Lawrence esté tan vacío de mujeres: le criaron para prescindir de la sociedad femenina y el hábito persistió en él. No es verdad que tema o aborrezca al sexo opuesto. Procura hablar con una mujer como lo haría con otro hombre o consigo mismo, y la planta si ella no corresponde al cumplido charlando a su

vez como lo haría con otra mujer. No le frena un falso sentimiento caballeresco. No es galante; tampoco, grosero.

Pasó su infancia en Escocia, isla de Man, Jersey, Francia y el Hampshire. En Francia, asistió a un colegio de jesuítas, aunque ni él ni su familia eran católicos. Del Hampshire se trasladaron a Oxford, donde asistió a la City of Oxford School. De su adolescencia, durante aquel período, se cuentan hechos reveladores de que empezó tempranamente a ser el Lawrence notorio. Se interesó en la arqueología, afición que las personas mayores creyeron malsana en un chiquillo; se presentaba en los sitios en que se

derribaban casas antiguas o se efectuaban excavaciones. Había llegado a un acuerdo secreto con los obreros municipales para que le entregasen piezas de cerámica y otros hallazgos, y pronto fue verdadero experto en alfarería medieval. Tenía la teoría, que se proponía demostrar en un libro, de que es errónea la datación de la antigua cerámica en Inglaterra, pues mucha de la que se considera romana procede de los sajones; mas no ha disfrutado de tiempo para escribir tal obra. A los trece años de edad, emprendió a solas viajes en bicicleta por el país, y, con vistas a un estudio sobre las armaduras de la Edad Media, reunió una gran colección de

calcos efectuados en viejos monumentos de iglesias rurales. Hizo cuestión de honor no decir a su familia cuándo ni a dónde se iba, ni cuándo regresaría. Le gustaba volver de noche, entrar por una ventana alta y aparecer en la cama a la mañana siguiente. Más tarde, para eludir la vigilancia, se negó a dormir en la casa, y utilizó como alcoba un cenador del jardín (lo construyó él mismo). Exploró en canoa los numerosos riachuelos que rodean Oxford. (Años más tarde, llevaría una canoa, a costa de gran dispendio, a Mesopotamia: fue la primera que surcó el río Eufrates). No satisfecho con las aguas superficiales, investigó las subterráneas de la ciudad

de Oxford. Tal vez hiciera un plano; los mapas eran su especialidad. Llevó a cabo ocho viajes por Francia durante las vacaciones escolares, estudiando catedrales y castillos, y viviendo casi del aire. A los dieciséis años se rompió una pierna mientras luchaba con otro muchacho en la Oxford City School. No dijo nada hasta que las clases concluyeron y, no pudiendo andar, volvió a su casa en una bicicleta prestada. (No ha crecido desde aquella fecha).

No le interesaban los juegos escolares sencillamente porque eran organizados, tenían reglas y exigían resultados. Nunca competía. Le gustaban

las máquinas (es aún experto en coches de carreras y vehículos análogos, y, después de la guerra, ocupó parte de sus ocios en ayudar a los fabricantes de la motocicleta Brough Superior con pruebas de eficacia e informes sobre los modelos del año siguiente). Leía mucho, con atención y rapidez, en varios idiomas. Estudió principalmente el arte medieval y sobre todo la escultura. Lo más notable estriba en que, hallándose todavía en la escuela superior, empezó a cavilar sobre la sublevación de los árabes contra los turcos, que es el asunto primordial de este libro.

En el Jesus College, ya en la universidad, en la que obtuvo una beca,

se matriculó en Historia, que, se supuso, estudiaría. De hecho, pasó los tres cursos ampliando sus conocimientos en poesía provenzal y cantares de gesta. Vyvyan Richards, condiscípulo suyo, me ha referido:

—Intrigó al College el misterio de un singular estudiante al que jamás se veía de día y que pasaba las horas nocturnas dando vueltas a solas por el cuadrángulo. Fui uno de los designados para descubrir el porqué, y así descubrí a Lawrence. Le traté al principio con aire de superioridad, como hacen los de segundo curso con los de primero; mas pronto me enmendé. Recuerdo haberle embromado en una ocasión por sus

teorías sobre la cerámica. Nos paseábamos en el terraplén del New College, que se cree proceder de las guerras civiles. Di una patada a un fragmento cerámico y le espeté: «Ahora me dirás que esto prueba algo». Y me replicó: «Gracias, porque así es. Prueba que este terraplén es muy anterior a la época de Cromwell». Aquello me enmudeció. No participaba en la vida del College, ni comía en el Hall. En cierta ocasión, en invierno, se presentó en mi alojamiento después de medianoche y me pidió que me bañara con él. Quería intentar el ejercicio de sumergirse a través del hielo. Se me antojó demasiado peligroso y se fue

solo. Tenía una biblioteca estupenda y le interesaba mucho la imprenta. Se ha contado, y no es verdad, que imprimió libros conmigo. Hablamos bastante de ello, pero no pasamos de ahí.

Lawrence únicamente vivió un trimestre en el College; luego le permitieron que lo hiciese en su casa. Leía por la noche y dormía por la mañana. Además de no fumar y ser abstemio total, era vegetariano. Durante su permanencia en la universidad, lo mismo que en la escuela, no tomó parte en juegos organizados ni asistió a ellos; creo, sin embargo, que intervino en el escalamiento de tejados, deporte que, amén de carecer de reglas, desafiaba el

reglamento universitario. Se le atribuye la invención de la travesía, ahora clásica, por las techumbres desde el Baliol al Keble, en un trayecto de tal vez quinientos metros, con una sola bajada entre ellos. Lawrence no lo niega ni lo confirma. Sentía admiración encendida por su mentor universitario, R. L. Poole, y, en la única ocasión que hizo novillos, se apresuró a excusarse por escrito. Poole le contestó: «No se preocupe por haberme plantado el martes pasado. Su ausencia me permitió efectuar trabajo útil durante una hora». Por lo visto, no asistió más que a tres clases en los tres años y las juzgó una pérdida de tiempo.

Cecil Jane escribe sobre este

período:

«Le preparé en su último curso en la Oxford City School y le vi a menudo durante su estancia en la universidad. Nunca leía los libros que era de esperar. Reparé, a las dos primeras semanas, que lo útil era sugerir más que recomendar obras poco corrientes. Se podía confiar en que sacaría más de una frase inspiradora de un libro que un hombre ordinario de uno entero. Trabajaba a su modo; también eran muy

peculiares las horas en que me visitaba. Prefería las que mediaban entre las doce y las cuatro de la mañana (como vivía en su casa, podía prescindir del reglamento del College: bastaba que su madre notificase que estuvo en su hogar “a las doce”). Le atraían muchas cosas de la historia, sobre todo las medievales. Tardé mucho tiempo en convencerle de que prestara atención a la historia europea moderna, y me asombró enterarme de que le absorbía *La Revolución francesa* de R. M.

Johnston. En su estancia en la escuela me maravilló su afición a analizar los caracteres. Tenía el hábito de formularme preguntas para observar mi expresión: aunque no comentaba mi respuesta, comprendía yo que la rumiaba. Durante muchos años se pareció a su padre, uno de los hombres más encantadores que he conocido: muy reservado, muy amable. Lawrence no era rata de biblioteca, a pesar de que leía mucho y muy aprisa. No le describiría yo como un erudito por temperamento; el rasgo

principal de sus trabajos fue siempre lo inusual, pero inusual sin esforzarse para serlo. Le agradaba lo que tenía tendencia satírica, y por eso le gustaban tanto las notas de Gibbon. Desconfiaba del valor de sus trabajos; jamás publicó su tesis de graduado, en verdad admirable (bien que breve). Era robustísimo, algo difícil de conocer y siempre imprevisible».

Lawrence no estaba preparado en el momento de los exámenes finales para

obtener el grado. Se le aconsejó que presentara una tesis especial que completase sus otros trabajos. Eligió el tema de «La influencia de las cruzadas en la arquitectura militar medieval de Europa». Antes incluso de acudir a la universidad, se había especializado en fortificaciones de la Edad Media y había recorrido todos y cada uno de los castillos ingleses y franceses del siglo XII; sólo le restaba ir a Palestina y Siria para estudiar sobre el terreno las fortalezas de los cruzados. Aprovechó para ello los meses de verano de 1909, sus últimas vacaciones largas. Había aprendido algo de árabe con un profesor de Oxford, arabo-irlandés, el cual le

recomendó que, si iba, ahorrarse aprovechando la hospitalidad de las tribus sirias. Sería su primer viaje a la parte del mundo en que se hizo célebre.

Antes de partir, se entrevistó con el doctor D. G. Hogarth, curador del Ashmolean Museum de Oxford, al que no conocía y que desde entonces ha sido buen amigo suyo: «El hombre a quien adeudo todo lo útil que he hecho, salvo mi enrolamiento en la Royal Air Force». Comunicó a Hogarth su visita a Siria para estudiar los castillos de los cruzados, y añadió que deseaba saber dónde cabía la posibilidad de encontrar restos de la civilización hitita. Hogarth le informó.

—Es la peor estación para viajar por Siria —dijo—. Hace muchísimo calor allí.

—Iré de todos modos —contestó Lawrence.

—Está bien. ¿Tiene usted dinero? Necesitará un guía y sirvientes que transporten su tienda y equipaje.

—Me propongo andar.

—Los europeos no andan en Siria —replicó Hogarth—. No es seguro ni agradable.

—Pues yo lo haré —afirmó Lawrence.

Estuvo ausente cuatro meses y regresó a Oxford con retraso para el

siguiente trimestre. Había ido a pie, vestido a la europea y con botas castañas, llevando sólo una cámara fotográfica, desde Haifa, en la costa septentrional de Palestina, a los montes del Tauro y a Urfa, por el Eufrates, en el norte de Mesopotamia. Volvió con esbozos de planos y fotografías de todas las fortalezas medievales sirias, y una colección de sellos hititas de la región de Aintab para Hogarth. Me ha contado éste que sufrió dos ataques de fiebre y estuvo a punto de que le asesinasen. Tal vez la fiebre no merezca mención. Lawrence la había tenido con tanta frecuencia, que se había acostumbrado a ella. Le acometió la malaria en Francia

a los dieciséis años y ha experimentado incontables recidivas desde entonces.

A los dieciocho, sufrió la fiebre de Malta, y desde entonces ha conocido la disentería, tifus, orina negra, viruela y otras dolencias.

Se ha contado a menudo el conato de asesinato y siempre incorrectamente. He aquí lo sucedido. Lawrence, camino de Siria, compró en París un reloj de cobre por diez francos. El uso constante lo pulió hasta que brilló como una ascua. En una aldea turcomana, a la orilla del Eufrates, donde recogía objetos hititas, lo sacó una mañana, y los pueblerinos murmuraron «oro»; uno de ellos siguió a Lawrence el día entero y hacia el

atardecer se le anticipó y fingió encontrarse con él por casualidad. Lawrence le preguntó la dirección de cierto pueblo. El turcomano le mostró un atajo a través del campo; después saltó sobre él, le derribó, le arrebató el revólver Colt, apoyó el cañón en su cabeza y oprimió el gatillo. El arma estaba cargada, pero no hizo fuego: el aldeano no sabía nada del mecanismo de seguro, que estaba puesto. Tornó a apretarlo y, encolerizado, lo arrojó y golpeó la cabeza de Lawrence con piedras. Por fortuna, le ahuyentó la aparición de un pastor antes de que quebrara la cabeza del joven. Lawrence cruzó el Eufrates hasta la población más

cercana (Birejik), donde encontró policías turcos. Mostró la orden que le había dado el Ministerio del Interior de Turquía, con el mandato de que todos los gobernadores le prestaran su apoyo, y congregó ciento diez hombres. Con ellos, cuyo pasaje en el transbordador hubo de pagar de su bolsillo, se presentó en la aldea. Suele contarse que hubo desesperada lucha y quema del lugar, mas, en realidad, no hubo violencia. Lawrence, vencido por la fiebre, se acostó, mientras se desarrollaba la discusión usual, de un día de duración, entre la policía y los aldeanos. Era de noche cuando los ancianos del lugar entregaron el objeto robado y el ladrón.

La versión auténtica resulta más agradable, aunque sólo sea por su final más satisfactorio: el ladrón trabajó más tarde en las excavaciones de Karkemish a las órdenes de Lawrence, no muy bien, pero su jefe no le apretó.

Durante la expedición se alojó por la noche, si andaba por caminos perdidos, en el pueblo que tenía más a mano, aprovechando la hospitalidad que los sirios pobres conceden siempre a los otros pobres. De aquella suerte, empezó su familiaridad con los dialectos árabes. Lawrence no es erudito en la lengua arábiga. Jamás la ha estudiado, ni conoce su escritura. (De todas suertes, se requieren veinte años para que

alguien pueda ufanarse de ser experto en ella, y Lawrence dio mejor uso a su tiempo). Pero habla con fluidez el árabe familiar, y puede señalar con bastante acierto si un hombre, por su acento y las expresiones que emplea, procede de esta tribu o de aquel distrito de Arabia, Siria, Mesopotamia o Palestina. Al volver a Oxford, le concedieron el grado con honores de primera clase en Historia por su tesis, y los examinadores quedaron tan impresionados, que celebraron la ocasión con una cena especial en la que Poole, tutor de Lawrence, fue el huésped.

Se relata con pormenores que la que más gustó en Oxford de las nuevas

arqueológicas atañió a la inhumación de los cruzados en Tierra Santa. Se sabía que el caballero que, habiendo participado en una cruzada, moría en su patria, hacía que sus piernas y las de su efigie se cruzaran por los tobillos; y si había participado en dos, se le cruzaban las rodillas. Pero Lawrence había descubierto que los muertos en los Lugares Sagrados se enterraban con las puntas de los pies dirigidas hacia adentro. Las incrustaciones de la leyenda lawrenciana quedan ejemplarizadas con esta información, tan divulgada como totalmente falsa. En primer término, Lawrence no descubrió tal cosa; y, en segundo, no cree que el

cruce de las piernas de las efigies se relacione en modo alguno con las cruzadas. Aprovecho la ocasión para desmentir otra falacia absurda sobre sus aventuras, por la misma época, entre los cazadores de cabezas de Borneo. Barrunto que alguien le ha confundido con Charles Brooke, rajá de Sarawak; Lowell Thomas refiere la historia, alegando una misión del British Museum.

El desierto cautivó a Lawrence. Cabalgó en cierta ocasión (un par de años más tarde, más o menos) por una llanura ondulada del norte de Siria. Iba a examinar una ruina del período romano, que los árabes imaginaban

como el palacio que un príncipe había construido para su esposa. Contaban que la arcilla de que había sido hecho se había amasado no con agua, sino con aceite esencial de flores. Los guías, olfateando el aire, le llevaron de una estancia desmoronada a otra, diciendo: «Esto es jazmín, esto es violeta, esto es rosa». Por último, uno le invitó:

—Ven a oler el mejor perfume de todos.

Fueron a la sala principal, donde absorbieron el tranquilo, limpio y constante viento del desierto.

—Éste es el mejor —dijo el hombre—. Carece de calidad.

El beduino, comprendió Lawrence,

vuelve la espalda a los perfumes, lujos y mezquinas actividades de la ciudad, porque se siente libre en el desierto: ha perdido los nexos materiales, casas, jardines, posesiones superfluas y complicaciones similares, y ha conquistado la independencia individual al filo del hambre y la muerte. Esta actitud le conmovió mucho, y por eso, a mi juicio, desde entonces su naturaleza se ha dividido en dos y es contradictoria: el del beduino que suspira por la desnudez, simplicidad y dureza del desierto, estado de ánimo que éste simboliza, y el del europeo supercivilizado. El yo europeo desprecia el beduino como a alguien que

goza de atormentarse sin necesidad y ve el mundo como algo riguroso blanco y negro (lujo o pobreza, santidad o pecado, honor o mancilla), no como un paisaje de cambios conmovedores, incontables matices sutiles y sombras y variedad. El conflicto del fanático, encaramado o sumido en las olas de sus emociones, que ama y odia violentamente, con el hombre cultísimo, cuyo fin principal en la vida es mantener su ecuanimidad, incluso, si anula la propia amplitud de sus simpatías. Esos yoes se destruyen mutuamente, y por eso Lawrence ha acabado cayendo, por la influencia contraria de los dos, en un nihilismo que no halla siquiera un dios

en el que creer.

El Magdalen College, a instancias de Hogarth, le concedió una beca para cuatro años de viajes, que le permitió proseguir las investigaciones arqueológicas. Fue en 1910 con el doctor Hogarth y el señor Cambell-Thompson en la expedición del British Museum para excavar Karkemish, la capital hitita arruinada en la orilla siria del Eufrates. Hogarth le alistó atendiendo a su expedición por Siria y a sus conocimientos de la cerámica. No era aún arqueólogo experto. Como hombre para todo, con un jornal de quince chelines diarios, se encargó principalmente de vigilar a los braceros

y mantenerlos contentos. Otras ocupaciones fueron la fotografía, cerámica, composición de las esculturas rotas y, más tarde, tender o levantar el ferrocarril ligero que transportaba la tierra desde las excavaciones a los vertederos. Lo importante eran los obreros. Si estaban alegres, el trabajo marchaba bien. Lawrence conocía a todos por el nombre y sabía aun el de sus hijos, para los cuales pedían quinina. Nunca conoció a uno de vista; peculiaridad de Lawrence de la que hablaré más adelante.

En el invierno de 1910, fuera de la estación de la campaña arqueológica, Hogarth hizo que Lawrence visitase el

campamento de *Sir* Flinders Petrie en Egipto, para que aprendiese los métodos más avanzados de la técnica de la excavación. El campamento se hallaba en una aldea próxima a al-Fayyum, y se dedicaba a descubrir restos predinásticos del año 4000 a. C. Flinders Petrie no se sintió al principio muy impresionado por la apariencia del joven. Se dice que le regañó por aparecer en el campamento con pantalón de fútbol y chaqueta deportiva de colores vivos.

—Muchacho, aquí no jugamos al *cricket*.

Lo absurdo de la idea de que Lawrence fuese entusiasta del *cricket* no

es el único punto cómico de la anécdota. No tardó Petrie, sin embargo, en comprender que era hombre muy útil, y trató de persuadirle a que permaneciese otro año con él. Pero Lawrence pensaba que las excavaciones egipcias eran latosas comparadas con las hititas. La hitita era aún una civilización desconocida; los principales problemas de la egipcia se habían resuelto ya y sólo cabía ir llenando lagunas de menor entidad. El único recuerdo de la campaña en Egipto que le he oído mencionar fue que a menudo, al atardecer, cuando el sol desaparecía de súbito y hacía mucho frío, él y sus compañeros acostumbraban envolverse

en la tela blanca de lino, enterrada con los egipcios predinásticos, para que la usaran en el más allá (se trataba de un período anterior a las vendas de las momias), y regresaban a las tiendas así ataviados y oliendo a especias.

Lawrence pronto conquistó reputación como arqueólogo. Su memoria de los detalles es extraordinaria, casi morbosa. Un amigo le describió en broma en una ocasión, diciendo: «Hay en Lawrence algo del dómine de labios delgados de Oxford»; pero aquello quiso significar que posee un vasto y bien ordenado tesoro de conocimiento técnico en todos los asuntos concebibles y que le disgustan

las imprecisiones de los aficionados. Media docena de tajantes palabras suyas y se acaba la conversación superflua. Asistí a la ocasión en que un escritor estadounidense, que sólo le conocía como soldado, se puso a darles lecciones de arte árabe. Muy pronto, comprendiendo que se había metido en camisa de once varas, se mudó al terreno en que se sentía seguro, y comenzó a hablar de las tallas aztecas en piedra. Lawrence le escuchó cortésmente y le enmendó en un detalle técnico. Tras aquello, el escritor calló y prestó oído. El mariscal de campo Allenby, también aficionado a la arqueología (durante la Gran Guerra

apartó del mando, por lo menos, a un oficial que había destruido un edificio antiguo), me contó:

—Cuando Lawrence y yo hablábamos de cosas arqueológicas, siempre era el padre Lawrence el que daba clases al párvulo. Escuché y aprendí.

Su saber no es, probablemente, tan amplio como parece y la sensación de omnisciencia que provoca quizá se deba más a la capacidad de olvidar lo que denomina conocimientos totalmente inútiles, como la matemática superior, la metafísica de aula y las teorías estéticas, así como a ensamblar de manera armónica lo que sabe. El conocimiento

breve y concreto, que está en armonía consigo mismo, parecerá maravilloso a quienes reúnen muchos más datos, pero inconexos entre sí. No obstante, el saber de Lawrence tiene que ser muy extenso. En seis años leyó todos los libros de la biblioteca de la Oxford Union, o, probablemente, la mayor parte de sus 50 000 volúmenes. Su padre solía proporcionarle libros mientras estuvo en la escuela, y luego obtuvo seis diarios en préstamo en nombre de su padre y en el suyo propio. Durante tres años leyó día y noche en una estera puesta ante la chimenea y acolchonada por si se dormía durante la lectura. A menudo dedicaba dieciocho horas al día a ésta, y

llegó a ser lector tan experto, que se enteraba de la esencia del tomo más formidable en media hora. Al repasar la vida de Lawrence, hay que aceptar hazañas tan descomunales sin darles importancia; son parte de su manera de ser. El gran número de ellas que pueden comprobarse excusa que se acepten otras, de naturaleza similar, que son ficción pura.

Lawrence, si mediaba provocación, informaba a los demás de cosas incluso en el momento en que a duras penas serían bien recibidas.

—¡Eh, usted! ¿Por qué sonrío? —le gritó un sargento instructor un día, hace de ello dos años, cuando estaba en el

Tank Corps.

—¿De veras quiere saberlo, sargento? —respondió Lawrence.

Sí. Entonces Lawrence le explicó un chascarrillo de un diálogo grecotardío de Luciano que había estado rumiando durante la instrucción. Habló durante un cuarto de hora y el sargento y los soldados escucharon con gran atención, sin interrumpirle. En otra ocasión, en un barracón de la Air Force, un camarada le preguntó:

—Perdona, Shaw. ¿Qué quiere decir «iconoclasta»?

Servía de diccionario para las palabras cruzadas. Lawrence esbozó la historia de una política religiosa de la

Constantinopla del siglo V, que originó la palabra. Pero no se trata sino de una broma sobre sí mismo: desdeña el conocimiento, aunque lo acumula y guarda cuidadosamente por puro hábito. Lo desprecia porque es imperfecto, porque concibe el *conocimiento* como lo contrario de la *sabiduría*. Nunca alardea; detesta a los jactanciosos. Se refiere que, hace tres años, en los primeros días que estuvo en la Royal Air Force, ayudó a algunos compañeros que estudiaban alemán como asignatura optativa del curso educativo. Un oficial se enteró de que el soldado Shaw había sido visto leyendo un libro titulado *Fausto*. Al día siguiente, al encontrarle

con uno, el oficial se dispuso a lucirse.

—¡Qué magnífico escritor fue Goethe! *Fausto* es una obra maestra, ¿verdad? Precisamente *éste* es el pasaje que siempre me ha cautivado.

Señaló la página por encima del hombro de Shaw.

—En efecto, Pero no se trata del *Fausto* de Goethe, sino del *Nills Lyhne* de Jacobsen, en danés —dijo Shaw.

Su saber le sirvió de poco en la Royal Air Force. El oficial de educación de Uxbridge le preguntó:

—Y usted, ¿en qué disciplina se siente más débil?

Los otros soldados habían contestado que en francés, geografía y

matemática. Lawrence contestó sencilla y verazmente:

—En sacar brillo a las botas.

Nos hemos anticipado demasiado en nuestro relato, que trataba de Lawrence como arqueólogo antes de la Gran Guerra. Volvió en 1911 a Karkemish con Hogarth. El informe de aquellas excavaciones, que duraron de 1910 a 1914, ha sido publicado por la Oxford University Press. Después de 1911, Hogarth dejó los trabajos a cargo de G. Leonard Woolley, que también contrató al joven. Un visitante, el señor Fowle, ha descrito la vida en el campamento cuando lo visitó en 1913. Los turcos habían dado permiso a los arqueólogos

para construir una sola habitación. Lawrence y Wolley cumplieron la letra y burlaron el espíritu levantando un solo edificio, grande y en forma de U, que dividieron en cuartos, cada uno con puerta propia al patio, que abarcaba aquella habitación única. Los de la derecha se destinaron a almacén de objetos arqueológicos y taller de fotografía (bajo el cuidado especial de Lawrence); los dormitorios de los excavadores e invitados estaban en la izquierda. El centro de la U era una sala de estar, con chimenea abierta, librerías repletas y una larga mesa cubierta de periódicos británicos y revistas arqueológicas de todo el mundo. Según

la señora Fontana, esposa del antiguo cónsul italiano en Alepo, la casa de adobes había sido enlosada con un mosaico romano descubierto en los estratos superiores de la excavación. Explica que Lawrence cruzaba el Eufrates en canoa para comprar flores en una isla de la ribera opuesta para embellecer la casa; travesía peligrosa, en su opinión, porque aquel río tiene corriente muy poderosa. Se bañaba cotidianamente en su maravillosa agua dulce. Convenció a los obreros de que le hicieran un largo tobogán de arcilla y les enseñó el deporte de deslizarse por él hasta el Eufrates.

Woolley y Lawrence habían logrado

en seguida estar en las mejores relaciones posibles con los trabajadores, que eran una mezcla étnica: kurdos, árabes, turcos, etc. Bandidos locales colaboraban con ellos en la excavación, inclusive los jefes de dos de las bandas más famosas, una kurda y otra árabe, y los jefes ingleses eran tan bien conocidos y respetados, que los nombraron jueces en varios pleitos entre pueblos o individuos. Fowle relata que Lawrence se había ausentado, no hacía mucho, para componer el caso de un hombre que había raptado a una joven de la casa paterna y no lograba el consentimiento del padre para casarse con ella.

En la alcoba de Wooley había un antiguo cofre de madera con miles de piezas de plata para el pago de los obreros. Estaba abierto y sin custodia, porque si alguien entraba a robarlo, sus compañeros no tardarían en desenmascararle, tomar el asunto en sus manos y matarle, probablemente. Lawrence y Wooley descubrieron que la forma de obtener mejores resultados consistía en pagar a los trabajadores una prima por el objeto que encontraran, de acuerdo con su valor real. Los braceros aceptaban la prima sin rechistar, fuesen monedas de oro o de menor valor y con tanta mayor complacencia cuanto los ingleses no aceptaban nada sin pago

previo. Les devolvían el objeto si carecía de interés. Llegaron a sentir entusiasmo por la excavación. Fowle recuerda la excitación con que observaron el descubrimiento de una escultura pétrea hitita, los aplausos espontáneos y el disparo de doscientos revólveres, cuando apareció un soberbio ciervo de cuatro mil años de edad.

Lawrence, me cuenta el doctor Hogarth, prefería dormir en el exterior, en un otero, que señalaba la ciudadela de la antigua población, próxima al río. Reunía a los excavadores y los divertía con relatos, muchos escandalosos, sobre el anciano jeque de Cherablus (aldea que ocupaba el solar de Karkemish) y de

su joven esposa, y sobre los alemanes que acampaban cuatrocientos metros más allá. Se tendía un ferrocarril entre Constantinopla y Bagdad, que cruzaría el Eufrates en el lugar de Karkemish. Ingenieros alemanes construían un puente. No molestándose en aprender los nombres de sus obreros, los reconocían con números pintados en los vestidos. Incluso permitían que miembros de tribus enfrentadas a muerte trabajaran hombro con hombro, y muchos perecieron en enfrentamientos. Envidiaban a Lawrence y Wooley, porque conseguían de sus trabajadores lo que deseaban. Los ingleses, en cierta ocasión, hubieron de despedir a

cincuenta hombres por falta de dinero para pagarlos, y los despedidos se resistieron a irse. Siguieron con ellos hasta que pudieran saldar su salario.

Eran buenas las relaciones con los alemanes. Woolley y Lawrence les permitieron, entre otras cosas, que transportasen a la obra las piedras de las excavaciones que no tenían interés arqueológico. Pero el ingeniero en jefe, Contzen, era de trato difícil. Hijo de un químico de Colonia, bebía mucho y su grueso cogote desagradaba a Lawrence: rebosaba del cuello de la camisa. Cierta vez solicitó autorización para retirar tierra de unos montículos, que, pese a hallarse en el ámbito de las

excavaciones, estaban cerca del puente. La requería para hacer un malecón. Se la negaron, porque los montículos eran los muros de adobe de Karkemish y, por lo tanto, importaban mucho arqueológicamente. Furioso, rompiendo el trato amistoso con los investigadores, decidió esperar a que concluyese la campaña de éstos y se fueran. Por lo tanto, ido Woolley a Inglaterra, y Lawrence a los montes libaneses, Contzen reclutó mano de obra local para arremeter contra las murallas. Un árabe de Alepo, llamado Wahid el Peregrino, estaba a cargo del lugar durante la ausencia de sus superiores. Enterado de los propósitos de Contzen, fue al

campamento alemán y le dijo que, sin órdenes de Lawrence y Woolley, no permitiría aquel trabajo. Contzen replicó que lo emprendería al día siguiente y despachó a Wahid con cajas destempladas. El encargado telegrafió a Lawrence, en el Líbano, que estorbaría la obra hasta recibir órdenes. A la otra mañana se sentó en lo alto de la muralla amenazada con un fusil y dos revólveres. Un centenar de obreros se puso a tender raíles desde el malecón al pie del muro. Wahid les advirtió que dispararía contra el primer hombre que clavase el pico en la muralla, y contra cualquier alemán que se le pusiera a tiro. Los trabajadores, muchos de los

cuales pertenecían al campamento inglés, y habían aceptado la ocupación como recurso temporal, pararon en seguida y se sentaron a distancia prudente. Apareció Contzen profiriendo amenazas. Wahid se echó el fusil al hombro y le mandó que no se acercara más; el alemán no osó hacerlo. Transcurrió el día con ambos bandos sentados y vigilándose; lo mismo aconteció al siguiente. En la noche de éste, los alemanes dispararon en su patio, a modo de adiestramiento, contra una bujía encendida. Wahid subió a lo alto de la muralla y envió media docena de balas por encima de sus cabezas, gritando que no hicieran ruido y que se

fuesen a dormir. Le obedecieron.

Lawrence telegrafió a Wahid que aguantara. Él estaba en Alepo procurando aclarar las cosas. Wahid le envió un telegrama comunicándole que los alemanes se volvían peligrosos y que, a la mañana siguiente, se presentaría en su campamento para matar a Contzen. Después testó, se emborrachó y se preparó para lo que había prometido. Lawrence comprobó en Alepo que no sacaría nada en claro con los funcionarios turcos, supuestos responsables de las excavaciones, y cablegrafió a Constantinopla, obteniendo una respuesta inesperadamente rápida: se ordenó al

ministro de Educación de Turquía que fuese a Karkemish y detuviera las obras. Lawrence despachó un telegrama para Wahid, rogándole que no se resistiese más a los alemanes. Lo envió por el telégrafo del ferrocarril, y los ferroviarios, que naturalmente simpatizaban con Contzen en lo del malecón, no estaban enterados de lo dispuesto en Constantinopla y creyeron que la resistencia había finalizado. Lawrence y el ministro emprendieron inmediatamente el viaje en una vagoneta motorizada. Wahid, leído el telegrama, sufrió amargo desengaño y lo ahogó en alcohol. Contzen envió una cuadrilla a la muralla. No habrían extraído más de un

metro cúbico de tierra y adobes, cuando llegó el ministro hecho un basilisco, con Lawrence a la zaga, chilló a Contzen que arrancase los raíles y despidiese a los obreros temporales, y lo puso de vuelta y media por su falta de honradez. Wahid fue felicitado públicamente.

Tras éste hubo otro conflicto con Contzen. (Aunque no con todo el campamento alemán como se ha contado: Woolley y Lawrence los acogían en su cuartel y los mejores los visitaban con regularidad y cenaban con ellos). En una ocasión, Ahmad, uno de los criados de los dos ingleses, regresando de la aldea, a la que había ido a comprar, encontró al capataz de

una cuadrilla de obreros ferroviarios. El capataz le adeudaba dinero. Se produjo una riña. Apareció un ingeniero alemán y, sin molestarse en averiguar el motivo del altercado, azotó a Ahmad: tenía bastante con el atraso de las obras del ferrocarril. Lawrence se presentó a Contzen, y le dijo que uno de sus ingenieros había maltratado a un criado suyo. Tenía que pedirle perdón. Contzen accedió a investigar el asunto, convocó al ingeniero agresor y le pidió que expusiera su versión de lo ocurrido.

—Es mentira pura —declaró después, irritado, a Lawrence—. Ese caballero no atacó a su criado; sólo hizo que le azotasen.

—¿Y eso no es atacar?

—No, desde luego. No se logra nada de esta gente si no se la azota. Nosotros lo hacemos todos los días.

—Llevamos más tiempo que ustedes aquí y no hemos maltratado aún a ningún hombre. Y no estamos dispuestos a que ustedes lo hagan. Su ingeniero tiene que ir a la aldea y presentar excusas a Ahmad en presencia de todo el mundo.

—¡Bobadas! El incidente ha concluido.

Contzen se volvió para irse.

—Se equivoca —repuso Lawrence (y es de imaginar el acento peligroso de su baja voz)—. Si no accede a lo que pido, tomaré el asunto en mis manos.

Contzen dio media vuelta.

—¿Qué significa eso...?

—Significa que arrastraré a su ingeniero al pueblo y le obligaré a pedir perdón.

—¡No lo hará! —exclamó, escandalizado, Contzen.

Pero estudió bien a Lawrence. Por último, el ingeniero declaró en público que lamentaba el atropello, con enorme satisfacción de los lugareños.

En fecha posterior, los alemanes se vieron en grave aprieto. Habían establecido una panadería local, con el fin de evitar que sus obreros enviasen cada diez días recaderos a sus pueblos en busca de pan. Aquella diligencia

implicaba la desaparición del tajo de treinta o cuarenta individuos durante veinticuatro horas. Los alemanes arrendaron la tahona a un sirio de la ciudad (perteneciente a una ralea sin escrúpulos), el cual decidió aprovechar la ocasión para enriquecerse. Empleó trigo barato, con el resultado de que el pan era incomedible. Los alemanes habían dispuesto que el dinero de aquella compra se descontase de la paga de cada obrero. Los trabajadores se negaron a comer aquel pan, y enviaron de nuevo sus emisarios a los pueblos en busca del propio; pero el precio del rechazado siguió deduciéndose de su salario. Tanto el contrato de la

panadería como el de los obreros en el ferrocarril se habían concedido a aventureros, como descubrió con desagrado Hoffmann, sucesor de Contzen. Abundaron las quejas de que no se cobraba lo estipulado, y por ello decidió encargarse de los pagos. Como aceptó las cifras que le presentaron los contratistas, no salió del apuro.

El primer hombre que se acercó a la mesa de pago había sido enrolado por quince piastras diarias, un buen jornal, y había trabajado seis semanas; pero, según los libros de cuentas, sólo se le debían seis piastras por día. Tras las deducciones por un pan que no había consumido, un agua que había sacado

del río, etc., se calculó que percibiría veintisiete piastras y media por seis semanas de sudores. El interesado protestó. El guardia circasiano de Hoffmann le cruzó el rostro con el látigo. El hombre se agachó para coger una piedra; sus amigos, que eran kurdos, le imitaron y el guardia disparó. Se enzarzaron en un combate enérgico, en el que un bando dispuso de guijarros y unas cuantas armas de fuego, y el otro revólveres. Lawrence y Woolley, al oír el tumulto, avanzaron para persuadir a los hombres, alrededor de setecientos, a que depusieran las armas. Lawrence emplea, en casos semejantes, una actitud que consiste en alzar ambas manos con

aire perezoso y unir las detrás de la cabeza, mientras calla y parece sumido en sus pensamientos. Eso llama la atención con más eficacia que cualquier voz o ademán violento, y, cuando ha acallado a los presentes, manifiesta lo que ha de decir con el tono suave y humorístico de una vieja profesora que restablece el orden en una clase alborotada. Los kurdos dejaron de luchar, pero no los siete alemanes. Continuaron utilizando los revólveres desde la cabaña en que se habían refugiado, y el circasiano asestó su fusil en dirección a Woolley y Lawrence, que iban a rogar a los ingenieros que se tranquilizaran. Los alemanes habían

perdido la cabeza y dispararon cuando ya no lo hacían los kurdos. Gracias al apoyo de Wahid y de un antiguo jefe de bandidos llamado Hamudi, los ingleses impidieron que la muchedumbre de obreros se abalanzasen a cometer una carnicería. Transcurrieron dos horas antes de que refrenasen a los trabajadores. Entonces se comprobó que los alemanes sólo habían sufrido cortes y magulladuras, en tanto que las bajas kurdas fueron dieciocho heridos y un muerto^[1].

Los alemanes habían pedido socorro a Alepo por telégrafo al principio de la pendencia, anunciando que hacían fuego contra ellos. Mal traducido el telegrama,

llegó un tren especial con la brigada de bomberos voluntarios de aquella ciudad, con cascos de bronce y demás pertrechos. Devueltos al lugar de origen, comparecieron doscientos soldados turcos y se apostaron en el campamento alemán. Las obras se detuvieron durante una semana, porque el muerto pertenecía a un clan kurdo de la orilla opuesta, el cual se negó a que el puente se construyera en su territorio. El cónsul de Alemania en Alepo hubo de pedir al fin a los ingleses que compusieran lo descompuesto entre los ferroviarios y los kurdos. Woolley accedió y el precio de sangre se fijó en ciento veinte libras esterlinas. El cónsul protestó que los

alemanes habían actuado en defensa propia, mas no costó convencerle de que una cuestión tribal debía arreglarse de acuerdo con las costumbres tribales. El jefe kurdo aceptó el dinero como favor personal a los ingleses y se acordó que, en adelante, la compañía entregaría el dinero directamente al capataz kurdo para que pagase a sus hombres, y el jefe admitió la responsabilidad de que el trabajo avanzara sin tropiezos. Por haber mediado, se ofrecieron condecoraciones turcas a Lawrence y Woolley, quienes renunciaron a ellas.

Hamudi, el antiguo jefe de bandidos, y un joven llamado Dahum, al que Lawrence había preparado como

fotógrafo, le visitaron en Inglaterra. Oxford les encantó, en especial el deporte del ciclismo, que desconocían. Emplearon bicicletas de mujer, a causa de la longitud de sus vestidos y se vieron en apuros por el entusiasmo y el placer con que dieron vueltas y más vueltas alrededor del policía apostado en el centro de «Carfax», la principal encrucijada de la ciudad. Durmieron en el jardín. Su única contrariedad fue no poder llevarse los grifos de agua caliente. Lawrence no conseguía hacerles entender que no funcionarían en una aldea siria de adobe como en el número 2 de Polstead Road, de Oxford. Y se pasmaron en los retretes públicos

acariciando los azulejos blancos, «los hermosos, hermosos ladrillos».

Entre las mujeres que Lawrence más ha respetado figuró la difunta Gertrude Bell, uno de los grandes exploradores británicos de Arabia en fecha anterior a lo que relatamos. (Entre ellos, sea dicho como inciso, incluye a Palgrave, Doughty y los Blunt, pero no a *Sir* Richard Burton, quien, opina, no lo hizo con desinterés, escribió en estilo tan difícil que resulta ilegible y fue pretencioso y vulgar. Habla con elogio de los viajeros, no ingleses, Burckhardt y Niebuhr). Gertrude Bell estuvo en el campamento de Karkemish una mañana del año 1911. Como la noticia de su

llegada la había precedido, la aldea estaba muy excitada. Entonces sólo había tres británicos en las excavaciones: el doctor Hogarth que estaba casado, el señor Campbell-Thomson que, era del dominio público, estaba comprometido, y Lawrence, que llevaba el cinturón rojo adornado con borlas sobre su pantalón blanco y corto, símbolo del celibato en aquellos parajes. Los obreros decidieron que Gertrude Bell aparecía para casarse con Lawrence y prepararon una fiesta. Por consiguiente, cuando la viajera se despidió aquella misma tarde, se levantó un gran clamor. Pensóse que había rechazado a Lawrence, insultando con

ello a la aldea. El joven logró al fin tranquilizarles con una mentira eficaz, aunque nada galante, antes de que volasen las piedras y Gertrude Bell, a quien aquella demostración había intrigado, no supo la verdad sino algunos años después por boca de Hogarth. El episodio la divirtió mucho.

En Karkemish, había dos estaciones de excavación: entre junio y septiembre, la cosecha local reclamaba a los trabajadores, y entre noviembre y marzo, llovía, nevaba y el Eufrates desbordado convertía en pantanos las tierras bajas. Durante los ocios obligatorios, Lawrence no solía regresar a Inglaterra; prefería vagabundear por Siria y el

Próximo Oriente estudiando antigüedades, aprendiendo el árabe y poniéndose en contacto con los miembros de las distintas sociedades que aspiraban a la libertad árabiga, de las cuales se hablará en el próximo capítulo. Había empezado ya a dar los pasos para que se cumpliese su ambición escolar de colaborar en la rebelión de Arabia. Sin embargo, su objetivo inmediato era reunir información y escribir una historia de las cruzadas, otra obra que no ha podido redactar por falta del tiempo. No obstante, completó un libro de viajes titulado *Las siete columnas de la sabiduría*, cuyo manuscrito destruyó

más tarde, sobre siete ciudades típicas de Próximo Oriente: El Cairo, Esmirna, Constantinopla, Beirut, Alepo, Damasco y Medina.

Estudiaba, entre otras cosas, la política mundial. Percibió que podía tener dañinas consecuencias la alianza de los turcos y los alemanes. El ferrocarril entre Constantinopla y Bagdad formaba parte de una trama de Alemania para establecer un imperio oriental con Turquía como coaligada. Ya se había entrevistado con lord Kitchener para señalarle el peligro de que los alemanes controlasen el puerto de Alejandreta, en el recodo de Asia Menor y Siria; pero Kitchener le

respondió que estaba enterado de ello. Había avisado repetidas veces al Foreign Office de las complicaciones que se suscitarían —los franceses también aspiraban a dominar Siria—; mas la política pacifista de *Sir* Edward Grey tenía vara alta. Las últimas palabras de Kitchener a Lawrence fueron que, en el plazo de tres años, habría una guerra internacional y haría olvidar aquel asunto menor con uno mayor.

—Apresúrese, joven, y excave antes de que llueva.

Se ha afirmado que Lawrence llamó la atención pública europea sobre la amenaza, disimulada, a la paz mundial

que representaba la construcción del ferrocarril entre Berlín y Bagdad, de la manera siguiente: cargó partes de tuberías de desagüe en mulas y las condujo de noche a las colinas que dominaban el puente. Las montó en cúmulos de arena para que parecieran cañones. Los alemanes, como esperaba, le observaron con gemelos, se preocuparon y telegrafiaron a Berlín y Constantinopla que los ingleses fortificaban las colinas. Y la prensa de Europa se acaloró durante días. No hay una palabra de verdad en este cuento de historieta ilustrada, ante todo porque Lawrence no dispuso de cañerías de desagüe.

Siguen unos extractos de cartas que Lawrence escribió en Karkemish. La data del primero es septiembre de 1912:

«Hoy termina el Ramadán, y entran y salen del patio disparando revólveres, y trayéndome bocados del banquete que celebran en el pueblo. Tengo doce láminas de pan, envolviendo maíz tostado, y abundancia de uva y cohombros. Pero todavía no hablo en árabe.

”Hay un indumento espléndido llamado «de los

siete reyes», con largas listas paralelas de colores vivísimos, que bajan del cuello al tobillo. Encima se ponen una chaquetilla azul, de puños vueltos de forma que muestran el forro de un colorado mate; se ciñen con un cinto de trece borlas multicolores, y en la cabeza llevan un pañuelo de seda de Hamat, negro y plata, que sujetan a las sienes con un cordón negro de pelo de cabra. Sólo falta agregar un chaleco de seda, recamado en oro, y debajo una especie de túnica blanca, para tener una idea de

la vestimenta masculina (me olvidaba de los calcetines kurdos, tejidos a mano con nueve colores elementales, y el calzado encarnado), y hay noventa y nueve, todos distintos, comiendo un cordero frente a la puerta.

”Aquí todo anda bien (tras un remalazo de cólera y de viruela) y espero regresar en Navidad».

La segunda carta está fechada en diciembre de 1913:

«Me he dejado ir poco a poco, hasta unos cuantos meses atrás, en que me vi convertido en un arqueólogo corriente. Procuré muy en serio, en Oxford y después de dejarme ir, evitar que me pusieran una etiqueta; pero la gente de los seguros me ha echado la mano... Me gusta mucho este sitio, y la gente —cinco o seis personas—, y su modo de vida. Contamos con doscientos hombres para entretenernos, lo pasamos bien mientras las excavaciones avanzan. Muchos de ellos son espléndidos —tuve

este verano dos capataces en Inglaterra conmigo—, y no nos falta la diversión. Además, están las zanjias en las que se encuentran docenas de objetos maravillosos, y hay multitud de cosas bellas en los pueblos y ciudades con que llenar la casa. Para no mencionar la caza de sellos hititas por los contornos, y el Éufrates en que refrescarse cuando el calor abrasa. Es un lugar en que uno come el loto casi a diario».

Se rogó al doctor Hogarth, en el

invierno de 1913, que propusiera un arqueólogo para el equipo que inspeccionaría la topografía de la península del Sinaí, desierto situado entre Palestina y Egipto, en el cual Moisés hizo vagar a los hebreos hasta que los convirtió en gente guerrera. Recomendó a Woolley, quien no disponía de los tres meses que se le exigían, y, por lo tanto, fue con Lawrence durante seis semanas y se repartieron el trabajo. Se entendieron muy bien con el geógrafo, el capitán Newcombe, oficial de ingenieros que estuvo más tarde en Arabia con Lawrence, y efectuaron importantes descubrimientos de restos antiguos.

Establecieron el mapa, quizá no muy en serio, del probable itinerario del éxodo israelita y hallaron el sitio en que tal vez estuvo Qadesh Barnea, donde Moisés obtuvo agua de la roca. Llegaron hasta Petra y Maan, en Arabia, lugares que tuvieron trascendencia en la campaña de Lawrence cuatro años después. Su informe aparece en el libro titulado *The Wilderness of Sin* (El desierto de Sin), que el Palestine Exploration Fund editó en 1914. La misión no quedaría completa si no se tomaban ciertas medidas en Aqaba, puerto del mar Rojo; pero los turcos no concedieron el permiso por razones militares. Lawrence dijo a Newcombe que iría a

echar una ojeada a Aqaba. Estuvo en tal paraje sin oposición e hizo todas las notas que se le antojaron. De pronto sintió el repentino deseo de explorar las ruinas antañonas de la pequeña isla Farun, que dista unos cuatrocientos metros de la costa. Solicitó autorización para utilizar la única barca que había en la playa. Los turcos se la negaron y un grupo numeroso arrastró la embarcación más al interior, para que le fuese imposible moverla. Aquello no le arredró. Mediado el día, cuando todos los soldados turcos dormían la siesta, hizo una especie de almadía con tres de los grandes barriles de agua que llevaban los camellos. Esos recipientes,

de cobre, tienen ochenta y dos litros de capacidad y miden unos ciento ocho centímetros de largo, treinta y nueve de ancho, y veintiuno de espesor, y pueden convertirse en excelente balsa. El viento le arrastró sin percance e inspeccionó las ruinas; el viaje de regreso fue más arduo. Y el mar estaba lleno de tiburones.

Hay que decir que Kitchener ordenó hacer el mapa con fines militares, y que se disfrazó la expedición con el manto de la arqueología. El Palestine Exploration Fund consiguió la autorización de los turcos, y Lawrence y Woolley, como descubrieron a la llegada, proporcionaron el pretexto

arqueológico a las actividades
cartográficas de Newcombe.

II

He aquí un retrato conciso de Lawrence: Es bajo (un metro y sesenta y cuatro centímetros), de cuerpo largo en proporción a las piernas, a mi parecer, pues impresiona más sentado que de pie. Tiene cabeza grande de tipo nórdico, que se eleva recta por el colodrillo, pelo claro (no rubio) y más bien fino, y cutis blanco, y puede no rasurarse durante más tiempo que casi todos los hombres sin que se note. La porción superior de su rostro es amable, casi maternal; la inferior, severa, casi cruel. Sus ojos, entre azules y grises, se

mueven constantemente. Tiene manos y pies pequeños. Es, o era, muy fuerte: se le ha visto levantar un rifle con el brazo extendido, asiéndolo por la boca, hasta mantenerlo paralelo al suelo; sin embargo, nadie le describiría, en el mejor de los casos, sino como duro. En Arabia conquistó el respeto de los guerreros del desierto con sus hazañas de vigor y agilidad, descontadas sus otras cualidades. La prueba de aceptación en las filas de los luchadores más estrenuos consistía en la proeza de apearse de un camello al trote y volver a montarlo, con una mano en la silla y un fusil en la otra. Se cuenta que Lawrence la efectuó. Este relato pondrá de

manifiesto su resistencia física.

Se tienen unas cuantas impresiones preliminares sobre él difíciles de conciliar: «*Ese* hombrecillo vulgar» (un poeta). «Semblante y figura de bailarina circasiana» (un periodista norteamericano). «Un sujeto pequeño con la cara encarnada como la de un carnicero». (Royal Tank Corps). «Rostro como un taco de papel barato; un individuo de aspecto sueco (es decir, un patán)». (Royal Air Force). «Un cómico...». (Royal Tank Corps). «Un joven de notable belleza corporal; confieso que jamás vi, antes o después, cabello dorado tan lustroso como el suyo, ni ojos tan intensamente azules»

(un visitante de Karkemish). «Modales muy tranquilos, reposados, y hermosa cabeza en un cuerpo insignificante» (un comandante del Camel Corps).

Acostumbra tener las manos unidas, sin tensión, por debajo del pecho, con los codos apoyados en los costados, la cabeza algo inclinada y la mirada en el suelo. Es capaz de estar horas enteras, sentado o de pie, sin mover un músculo. Habla con frases breves, despacio, sin levantar el tono ni destacar una palabra de otra. Sonríe mucho, pocas veces ríe. Es tirador de puntería envidiable con las armas cortas, y no tanto con las largas. Su mayor don natural estriba en oscurecer su personalidad si le interesa

pasar inadvertido. Llega, por ello, a parecer lerdo, corto de entendederas y vulgar, y explota esa facultad sin descanso como medio de autodefensa. En sus primeros tiempos en la Royal Air Force, le enviaron a poner alfombras bajo la dirección de la esposa de un mariscal del Aire. La dama le conocía bien, pero él, para ahorrar embarazos, prefirió que no le reconociera. Y no le reconoció. A decir verdad, en pocas ocasiones lo consiguen sus amistades cuando viste de uniforme. El cuello abotonado y la gorra con visera son un disfraz, y no hay nada llamativo en su apariencia, sea una facción determinada, sea el gesto, sea el porte. Si no frena su

personalidad, hay una curiosa sensación de fuerza en el lugar en que se halle, una fuerza uniforme, ni caprichosa ni turbadora, tanto más poderosa cuanto que la domina perfectamente; por eso se inclinan a temerle quienes no le conciben como individuo amable. Hasta he oído comentar: «Lawrence debe de tener trato directo con lo sobrenatural». ¡Bobadas! Su fuerza es interior; no le viene de fuera. He observado que le molesta que le toquen, que le ofende una mano puesta en su hombro o rodilla; quizá acepte la creencia oriental de que la «virtud» (él la llamaría «integridad», supongo) abandona al hombre cuando le tocan. Procura no cambiar apretones de

mano, y se muestra reacio a luchar cuerpo a cuerpo. No bebe alcohol, no fuma. No lo hace por ser abstemio convencido, ni por considerarlo perjudicial, sino, sobre todo, porque pocas veces tiene ocasión de beber y fumar. Éstos son hábitos que la mayor parte de las personas adquieren como acto de imitación social; Lawrence rehúye cualquier manifestación de sociabilidad. Se siente incómodo con los desconocidos; a eso llaman «su» timidez. Piensa que la bebida, la glotonería, el juego, el deporte y la pasión amorosa —el universo entero del hombre ordinario— son inútiles, o, en el mejor de los casos, recursos

estimulantes para los años en que la vida se vuelve aburrida.

Evita comer en compañía. No le gusta hacerlo a horas fijas. Aborrece tener que esperar más de dos minutos para que le sirvan, y consumir más de cinco en la función de alimentarse. Por esta razón, se nutre principalmente de pan y mantequilla. Y prefiere el agua como bebida. Opina que alimentarse es actividad muy íntima, y que debería efectuarse en un cuartito, a solas y a puerta cerrada. Come, llegado el momento —poco frecuente—, con indiferencia, de manera distraída. Vino a verme en su motocicleta de carreras a la hora del desayuno: había salvado

trescientos sesenta kilómetros en trescientos minutos. No quiso desayunar. Le pregunté luego cómo era el rancho del campamento.

—Raramente lo pruebo, pero es bastante bueno. Ahora estoy en el almacén de intendente, de modo que necesito muy poca cosa.

—¿Cuándo comió por última vez?
—pregunté.

—El miércoles.

Por lo visto había consumido algo de chocolate, una naranja y una taza de té. Estábamos a sábado. Creo haber colocado unas manzanas a su alcance y, al cabo de cierto tiempo, tomó una. La fruta es su único sibaritismo. (Shelley,

dicho sea de paso, compartía su desdén por los alimentos, aunque no con los excelentes resultados de Lawrence, y, como él, cuando le interesaba, tenía el don de entrar y salir de una estancia sin que nadie lo notara). Tiene la costumbre de renunciar de tarde en tarde a la comida durante tres días —en pocas ocasiones cinco— para comprobar que puede efectuarlo sin preocuparse ni resentirse. El ayuno, a su juicio, aguza la percepción y es buen ejercicio preparatorio para los malos tiempos. Y han abundado en su existencia.

Además, si no tiene obligaciones, evita dormir con regularidad. Ha descubierto que su cerebro funciona

mejor si trata al sueño como a la comida; En la Royal Air Force está en la cama cuando suena la orden de apagar las luces y duerme hasta medianoche. Después reflexiona medio dormido hasta la diana. De noche, en su opinión, descansan las mentes de los demás y eso ofrece a la suya mayor campo, libre de las vibraciones ajenas. Evita cuanto puede todo trato social, todos los acontecimientos públicos. No pertenece a clubes, sociedades o peñas. Sólo responde, y no siempre, las cartas más urgentes. Al regresar a Oxford en 1922, tras dos supuestos meses de ausencia, transformados en seis, en Oriente, halló su escritorio abrumado de

correspondencia, quizá entre doscientas y trescientas cartas. Había ordenado que no se las remitiesen. Leyó todas con cuidado, despachó una sola contestación —un telegrama—, y el resto fue a parar a la papelera. En general, responde a los telegramas con porte pagado. O, será más exacto decir, los usará, pero no con destino a quien los pagó por anticipado. *Jamás* contesta una carta en cuyo sobre conste el nombre de «Lawrence», observación que tal vez ahorre a algunos de mis lectores gastos en sellos. La carta que escribe no pertenece a la categoría de las condenadas a la papelera. Siempre son prácticas, consideradas, cabales, útiles, informativas. Por

ejemplo: «... Cuando vaya a Reims, hágalo solo. Siéntese en la base de la sexta columna, en el lado meridional del pasillo central, y mire, entre la cuarta y quinta columna, en la tercera ventana de la claraboya lateral de la parte septentrional de la nave...» (1910).

Es una de las raras personas que adopta un criterio sensato en cuanto al dinero. Ni lo ama ni lo rechaza, porque ha comprobado su inutilidad en las dos o tres ocasiones en que anheló algo importante. Puede ser un financiero si se le antoja, mas, por lo regular, no le preocupa su cuenta bancaria. En este preciso instante, carece de ella. Ha cuidado mucho de no ganar un céntimo

con sus escritos sobre la sublevación árabe. Esto descontado, se ha esforzado en obtener dinero con su pluma, y ha conseguido treinta y cinco libras durante cuatro años de afán anónimo. Llama a estas ganancias el postre del rancho de la Royal Air Force. Escribe con mucha dificultad y enmiendas interminables, y no se enorgullece ni disfruta de lo que ha redactado. Casi todas sus ganancias se derivan de traducciones, y no de obras originales o de creación. No piensa escribir otro libro. Incidentalmente, diremos que suele escribir con tinta china, porque es más persistente. Su letra carece de pretensiones y, a primera vista, parece

la de un colegial, pero resulta legible. Varía mucho según su talante, de grande y cuadrada a pequeña y apretada, de vertical a levemente inclinada hacia atrás. Creo que le gusta en especial encontrar a alguien que sepa más que él o que haga las cosas mejor que él. Se unirá a esa persona y aprenderá todo lo que haya que aprender. Y si encuentra a una capaz de pensar más aprisa, o con más precisión que él, y que se le anticipe en el comportamiento, en apariencia desordenado, pero, en realidad, bien meditado, se alegra de ello. Al mismo tiempo, tiene el convencimiento brutal de su general insuficiencia, por lo que no acepta que

se le contradiga en las ocasiones precisas en que ha demostrado superar a los demás. No se trata de modestia, sino de fe sincera en su desmerecimiento, que recuerda las declaraciones de humildad de las letanías eclesásticas.

Y no soporta entonces que le contradigan.

Acaso su rasgo personal más inesperado sea el de que nunca mira a nadie a la cara, y nunca reconoce una. Es algo hereditario: un día su padre le pisó en la calle y siguió adelante sin pedirle perdón ni advertir quién era. No reconocería siquiera a su madre o hermanos si los encontrara de repente. La práctica inveterada consiente que

hable largo y tendido, durante veinte minutos, por ejemplo, con quien le aborde, sin revelar que no tiene la menor idea de quién es. Sin embargo, recuerda los nombres y detalles de aficiones y carácter, así como las palabras, opiniones y lugares, de manera vivida y por extenso. Hace lo que puede para evitar esta deficiencia, pero se halla en continuos apuros por no reconocer y saludar a los oficiales vestidos de paisano, porque nadie está dispuesto a aceptar sus explicaciones.

Jamás ha sido dogmático en materia religiosa o política: no cree en un Absoluto filosófico. Le disgustan las multitudes o cualquiera que base su

autoridad sólo en pertenecer a una sociedad o credo dado. Claro, espera que los individuos se encuentren a ellos mismos y sean leales a su modo de ser, y consientan que sus vecinos hagan otro tanto. Desearía que cada hombre fuese una pregunta perdurable. Puede ser implacable hasta rayar en la crueldad: el embate de su cólera, una cólera fría, calmosa y risueña, es violento. Oír, verbigracia, de qué suerte abruma a un impostor, que pretende haber servido durante la guerra en Oriente, en esta o aquella unidad, o cómo recuerda a un valentón que mandó deliberadamente a sus hombres a la muerte en una provincia u otra, es una experiencia

aterradora. Pero ido el ofensor, se apaga su ira sin dejar rastro.

No gustan a Lawrence los niños (o los perros o los camellos) en cantidad, como colectivo, de la forma sentimental ordinaria. Le agradan algunos niños (como también algunos perros y algunos camellos). Se aparta del resto. Los compadece, le apenan, por ser criaturas obligadas, sin que se les consultase, a vivir una existencia en que, si son buenas, acabarán por sufrir desengaños. Ello no obsta a que en ocasiones hable con un chiquillo como si fuese un ser independiente y no mero eco, más o menos despabilado, de sus padres.

Tiene en poco, a lo que parece, a la

raza humana, y no le interesa su pervivencia. Como a Swift, no le atrae sentimentalmente la hermandad universal. Desdeña las obras de los hombres. Ha llegado a este estado de ánimo y convicción, imagino, por el mismo camino que Swift: por un abrumador sentido de la libertad personal, magnanimidad e intenso deseo de perfección tan claramente inalcanzable, que apenas justifica el intento de buscarlo.

Tal vez podamos concluir que cuando, en 1922, su desdén por la multitud se hizo tan fuerte, y advirtió que se estaba transformando en una limitación para él; cuando descubrió, de

hecho, tras el triunfo aparente de la aventura árabe, que, al evitar la máscara de héroe popular, se retraía cada vez más y cada vez más se interesaba por no ser otro que él mismo, tomó una decisión abrupta: se alistó, se ligó a una vida que le forzaba perpetuamente a ser un miembro de la multitud despreciada. El ejército y las fuerzas aéreas son el equivalente moderno del monasterio, y, al cabo de un lustro, no lamenta haber elegido una vida casi tan física como la de un animal, con comida y bebida seguras, una jornada de trabajo con arnés y un establo al final del día, hasta que amanezca el siguiente, en que se repite el trabajo del anterior.

Lo que describe como «amor a la publicidad» de Lawrence se interpreta con mayor acierto como el ardiente anhelo de conocerse a sí mismo, pues nadie puede ser uno mismo sin conquistar ese conocimiento. Le es indiferente la publicidad entendida como aquello que se publica sobre él; le divierte lo que lee acerca de su persona. Pero deja de divertirse cuando conoce a quienes creen cuanto se ha publicado sobre él y se portan como si la leyenda fuese verdad. Niega esa leyenda y le contestan «¡Qué modestos son los héroes!»; y casi vomita de asco. No cree que existan héroes o que hayan existido; sospecha que todos fueron unos

farsantes. Si le importa a veces lo que la gente piensa de él, se debe sólo a que su opinión puede orientarle sobre la clase de hombre que es mucho más que cualquier examen introspectivo. Se le ha tildado a menudo de vanidoso, porque ha posado para tantos pintores y escultores —se ha negado a ello únicamente en cuatro ocasiones— pero sus razones fueron lo más opuesto a la vanidad. Un engreído tiene idea precisa de sí mismo y trata de imponerla a sus vecinos. Lawrence posa para que le retraten, ya que se propone descubrir qué es mediante el efecto que produce al artista. Y que no es vano lo expresa el hecho de que no tiene ni uno de sus

retratos, salvo uno sin ningún valor. Acepta la opinión de que es una engañifa y un comediante, sobre todo, quizá, porque las personas que son engañifas y comediantes le conciben como un reflejo de ellas mismas.

Otra razón motiva que «pose», la de que los artistas (en la acepción amplia) son la única clase de seres humanos a la que le agradaría pertenecer. Alivia su resquemor, que, acertadamente o con desacierto, siente de no serlo, observándolos mientras laboran y proporcionándoles un modelo. Ha trabajado mucho en intentos escultóricos; me contó que en alguna parte, creo que en Siria, dejó en la

techumbre de una casa doce estatuas de tamaño natural que había ejecutado. Ciertos decorados exteriores de una capilla disidente de la Iglesia anglicana, en la Iffley Road de Oxford, son obra suya, pero carecen de firma y no se distinguen por ello de los otros. He visto trabajos de orfebrería que ha realizado. Ha escrito poemas; quedan mucho más lejos de lo que intentaba hacer que las obras de sus manos, porque la poesía ofrece más libertad que éstas. El principal castigo, o azote, de Lawrence consiste en que no puede dejar de pensar, y por pensar entiende la actividad mental que no es simple ponderación de una serie de hechos

dados, sino un proceso más intenso y arduo, con que formula sus hechos y pruebas a medida que progresa, y los destruye una vez ha terminado de rumiarlos. Entre todas las personas que conozco sólo hay tres que piensen, y Lawrence es una de ellas. Parece extender perpetuamente su mente en todas las direcciones y encuentra poco o nada: «arremetiendo sin sentido como un camello ciego en la tiniebla», según expresó un poeta árabe. Por lo menos, tal esfuerzo parece endurecer y dar mayor eficacia a la mente.

Pero estamos entrando sin querer en terreno filosófico. La conclusión más sencilla sobre Lawrence es la mejor. No

se trata de un «gran hombre». La grandeza de sus logros es en cualquier caso histórica. Él, extranjero e infiel, inspiró el más vigoroso y vasto movimiento nacional de los árabes desde los tiempos heroicos de Mahoma y sus inmediatos sucesores, y lo llevó a la victoria. No se debe a que sea un genio. Esta palabra se ha hecho tan vulgar, que carece casi de sentido; se aplica a todo científico, violinista, versificador o jefe militar competente. Ni siquiera es un «genio errático», excepto que «errático» suponga que Lawrence no hace las mismas cosas que los hombres de talento comprobado efectúan; las cosas vulgares, ordinarias,

que la gente espera de ellos. Si Napoleón, por ejemplo, que fue un genio vulgar antes que «errático», hubiese estado en el puesto de Lawrence hacia el fin de la campaña de 1918, se habría proclamado musulmán y consolidado el nuevo imperio árabe. Lawrence no lo hizo, a pesar de disponer de popularidad y poder suficientes, quizá, para convertirse en emperador, incluso sin cambio oficial de religión. Pero habría sido un dislate esperar que quien tiene cualidades que resplandecen en los tiempos difíciles las refrene en los apacibles. Se fue dejando que los árabes administrasen la libertad que les había dado, libertad no entorpecida por su

gobierno, que, si bien justo y sagaz, habría sido el de un extranjero. Hubiera sido una contradicción que él, que tanto había penado por liberarlos, les hubiese sometido a su férula. A menudo tiene el defecto de ser demasiado cuerdo. Travesea a veces, pero nunca se porta «erráticamente»; nada hace sin apoyarlo en motivos sólidos, aun a costa de desilusionar a la gente. Lawrence no fue errático al enrolarse como soldado de aviación en 1922. Cuando lo supe, no me sorprendió: uno aprende a no sorprenderse de lo que Lawrence hace. Mi único comentario fue «Sabe lo que desea», y ahora compruebo que es lo más honorable que pudo llevar a cabo.

Fue, además, algo que había decidido ya en 1919 y había insinuado al mariscal del Aire Geoffrey Salmond, antes de la firma del armisticio; pero no lo cumplió hasta que Winston Churchill hubo concedido a los árabes lo que él consideró un trato justo. Entonces se sintió libre para cumplir su voluntad. La política fue responsable de los tres años de retraso.

Puede decirse, cuando menos y cuando más, de Lawrence que es un hombre bueno. Este «bueno» lo entiende incluso un niño o un salvaje o una persona ingenua, algo que se siente al verle, la sensación de «he aquí un hombre de grandes facultades, uno que

podría conseguir que los más de sus semejantes hicieran por él lo que deseara; pero un hombre que jamás usará sus facultades por respeto a la libertad personal ajena».

Las propuestas populares hechas últimamente para utilizar su talento o genio han sido tan numerosas y variadas como ridículas. El público siente por él un interés que limita casi con la noción de propiedad; pero nadie posee, ni poseerá, a Lawrence. No es un Niágara mostrenco destinable a fines políticos o comerciales. ¿Un gobierno colonial? ¿Qué destino sería ése para quien pudo ser emperador? E imagínese a Lawrence, que hace tanto tiempo que

pone en duda su existencia y la de los otros, colocando primeras piedras y asistiendo a desfiles y banquetes... Poco después de concluir la guerra, se le invitó a asistir a la recepción de una boda de la buena sociedad. Fue (estimaba al novio) con un joven *attaché* diplomático, muy impresionado por la solemne ocasión.

—¿Su nombre, caballeros? — preguntó el lacayo en la puerta.

Lawrence notó que su compañero se preparaba para hacer una entrada impresionante, y le dominó el espíritu de travesura.

—Señores Lenin y Trotsky —dijo.

Y el lacayo proclamó «Los señores

Lenin y Trotsky» mecánicamente, escandalizando a los presentes, entre los cuales había miembros de la familia real.

Otra sugerencia ha sido la de que debería confiársele una misión para arreglar los asuntos de China. Si le hubiera interesado componer tales asuntos, en el supuesto de que se sintiera capaz de ello, lo que es dudoso (cabe que no sepa una palabra de chino), Lawrence habría impuesto la condición de trabajar a su sabor, sin interferencia ajena. Y entonces es posible, más aún, probable, que su solución no habría sido favorable al dominio europeo de los asuntos de China. De todas suertes, ya lo

había hecho una vez: uno no repite experiencias desagradables, a sueldo, sin convicción, a menos que se sienta el estímulo del deber patriótico, del que Lawrence está limpio. Otras propuestas disparatadas han sido: que debiera dirigir una revista de literatura moderna; que habría que nombrarle para un cargo relacionado con la explotación de los campos petroleros de Mesopotamia; que debería encargarse de la dirección general del adiestramiento del ejército británico, o que se tendría que concederle un alto cargo en el British Museum. Todas estas ocurrencias recuerdan los distintos métodos de los libros medievales titulados «Cómo

cazar un unicornio y domarlo». No se percatan de que se conoce hartó bien y que ha elegido servir en la Royal Air Force, algo no muy adecuado o natural para su modo de ser, para comprometerse sin condiciones. La dificultad de la tarea le parece digna de intentarla de manera total. Si quiere hacer algo diferente, lo efectuará sin necesidad de que le empujen.

Merece comentarse que la sugerencia más popular sea la de que debe encabezar un gran renacimiento religioso.

Eso resulta bastante plausible, si se atiende a mi opinión de que puede definírsele como «hombre bueno». Pero

es tan extravagante como las otras. En primer lugar, Lawrence ha leído tanta teología, que no podría triunfar como simple impulsor de ese renacimiento, y no cree, además, que las religiones puedan «revitalizarse», sino, sólo, inventarse. En segundo lugar, no se le ocurriría dedicar de nuevo su personalidad a ninguna campaña popular, ora militar, ora religiosa. Su nihilismo estriba en un credo glacial, cuyo artículo inicial reza «¡Tú no convertirás!». En tercer lugar...

Basta. Tal vez lo que George Bernard Shaw propuso sea lo más práctico: que el gobierno conceda una pensión a Lawrence, habitaciones en

algún edificio público (el comediógrafo citó el palacio de Blenheim) y tiempo para hacer lo que prefiera. Temo que Lawrence se negaría a aceptar incluso una concesión como ésta, pues le mantendría bajo la sombra de obligaciones públicas y, encima, no cree que merezca ser premiado por lo que fuere. Asimismo, tal vez opusiera reparos estéticos al palacio de Blenheim. Aparte de que alguien ya mora en él. Mi sugerencia, la única que creo oportuna, sobre el trato futuro que merece es, ni más ni menos, ésta: que le dejen en paz para que conserve la rara libertad personal que tan pocos hombres son capaces de disfrutar.

Casi todo lo que he escrito favorece, más o menos, a Lawrence. ¿Qué es lo peor que puede decirse de él? Muchas cosas, quizá, mas casi todas han sido expresadas en diferentes ocasiones por el mismo interesado. Primero, es un romántico incurable, lo que implica dificultad de relaciones con todas las instituciones que aseguran defender la estabilidad pública. Se ha encariñado con la aventura por la aventura misma, y con la parte débil por su misma debilidad, y las causas perdidas, y las desdichas. Ahora bien, la sociedad bendice al romántico incurable sólo si es incompetente y fracasa, acaso envuelto en la gloria, pero de modo

evidente, y de tal guisa prueba que acaba siempre por tener razón la gente estúpida y vulgar que rige la seguridad pública. El romanticismo de Lawrence no sufre de incompetencia ni de esterilidad. Cierta día de 1919 un soberano europeo le acogió con el comentario: «Es una mala época para nosotros, los reyes. Ayer se proclamaron cinco nuevas repúblicas», a lo que Lawrence pudo responder: «¡Ánimo, majestad! Acabo de establecer tres reinos en Oriente».

Por el éxito de su romanticismo — romanticismo que, como en la colonia o establecimiento «Winston» del Oriente Medio, la gran consecución de su vida

de la que la Gran Guerra fue simple prolegómeno, se acerca incómodamente al realismo—, le odian casi todos los funcionarios gubernamentales, los militares de profesión, expertos políticos anticuados, etc.; es un elemento perturbador en su ordenado esquema de las cosas, un misterio y un estorbo. Incluso ahora, siendo mecánico de la fuerza aérea, motiva preocupación. Sospechan de una estratagema diabólica para promover un motín o rebelión. Se resisten a aceptar que está ahí sencillamente porque está ahí. Porque pretende desembarazarse de todo y ser política e intelectualmente inutilizable.

Repitámoslo, ni siquiera es

romántico convencido. Desprecia su romanticismo y lo combate en su fuero interno con tanto rigor, que sólo logra convertirlo en incurable. Quienes a él se parecen son, de hecho, una amenaza palpable para la civilización; su fuerza e importancia resultan tan grandes, que no se les puede dejar de lado como algo baladí, son en exceso antojadizos para abrumarlos con una situación de responsabilidad, están demasiado seguros de sí mismos para intimidarlos y, al mismo tiempo, dudan demasiado de su valía para transformarse en héroes.

Lo único original —si lo es— de que puedo acusar a Lawrence —si es una culpa— consiste en esto: tiene un

círculo de amigos enormemente amplio, desde vagabundos a monarcas reinantes y mariscales del Aire, cada uno en un comportamiento estanco, lejos uno de otro. Con cada uno muestra una faceta de su carácter que reserva para él y que mantiene con consistencia. A cada amigo revela una parte de sí mismo, sólo una parte: nunca confunde los personajes. Por tanto, hay millares de Lawrence, que responden a una sola faceta del cristal lawrenciano. Y él mismo no tiene noción de si ese cristal es incoloro y las facetas sólo reflejan el carácter de los amigos que las miran. Carece de amistades íntimas a las que pueda revelar la totalidad. El resultado de esta

dispersión —no conquista amigos al azar, sino los escoge, y representan distintos campos del arte, vida, ciencia y estudio (siente ternura especial por los delincuentes)— es que todos, en un afán posesivo, intentan acapararle, convencidos de que sólo él conoce al Lawrence verdadero, con el efecto de que sienten celos cómicos cuando coinciden en un sitio. Tal vez ello se deba en parte a que Lawrence es alguien de quien cuesta menos sentir que hablar. No es posible definirle de palabra —confieso sin rubor mi fracaso al intentarlo—, por su variedad, por no poseer este o aquel rasgo o talante del que se pueda dar fe. Así, pues, sus

amigos se molestan con todas las descripciones que de él se dan y no ofrecen una propia a cambio que justifique su resentimiento. De ahí, probablemente, su reserva posesiva.

Al coleccionar material para este libro, he sufrido más de un rechazo de amistades que han atesorado meticulosamente algo con lo que se sintieron favorecidos de manera exclusiva. Pese a los desaires, he procurado orientarme con todos los puntos de vista factibles, amistosos y hostiles, en lo que a Lawrence se refiere, y si el único que todavía veo es la faceta que me ha presentado de manera indefectible en los siete años

que hace que le conozco, bien está; pero si sólo es un Lawrence y no el Lawrence, será, no obstante, más creíble que muchos individuos, en teoría completos, con quienes trato.

No le presento, ni él tampoco se presentaría —o se consideraría—, como modelo de conducta o como sistema filosófico. Las circunstancias y los esfuerzos que ha efectuado durante su vida le han dejado más libre de vínculos humanos que a otros hombres. Por consiguiente, puede aparecer en cualquier mercado en el momento que prefiera. Otros no se hallan en la misma situación, pues tienen carreras, ambiciones, familias, necesidades,

esperanzas, temores, tradiciones y deberes, todo lo cual los aherroja a la sociedad organizada, en la que Lawrence parece representar un papel sólo accidental y formulario. Este extraordinario desapego, este aislamiento definitivo, es lo que le vuelve un objeto de tanta curiosidad, suspicacia, exasperación, admiración, amor, aborrecimiento, celos, leyendas y mentiras. Ha adoptado, resueltamente y no sin dolor, hacia la sociedad organizada la actual de «anda por tu camino, que yo iré por el mío», «déjame en paz y te dejaré en paz»; pero la sociedad organizada no puede dejar de alborotar por oveja perdida, la que

prescinde tan perversamente de pastor y de majada. Tal vez el triunfo de su desvinculación consista en que uno pueda escribir sobre él de esta manera, como si fuese un personaje de la historia antigua, con la confianza de que, sea lo que fuere lo que escriba, no le afectará en absoluto, que su rechazo sólo incumbirá a la infracción de los derechos intelectuales, que ya no le pertenecen por completo.

A pesar de todo, no ha conseguido ahorrarse algo bastante molesto. Cuando asiste a algún sitio, la fuerza de su personalidad deja tras de sí, inconsciente o involuntariamente, desde luego, Lawrences ficticios, individuos

que procuran obtener algo de su poder mediante la imitación de su aspecto en aquel momento. Un simulado embarazo en el trato social, un retraimiento afectado, cierta inclinación de la cabeza, deliberada economía de gesto y palabra, un alargamiento peculiar de los monosílabos sí y no, la falta de énfasis al llegar y al partir...; cuando reconozco estas peculiaridades, sé que anda por en medio la leyenda de Lawrence, fantasma tan persuasivo, tan destructivo, tan falso, como hace cien años las fábulas sobre Byron. Lawrence tiene derecho a ser Lawrence: es su invención; uno de segunda y aun de tercera mano llega a ser cómico, tanto como si alguien muy

solicitado en la vida social, ambicioso, convencional, deportista y sibarita, quisiera ponerse el sayal de asceta. Mas, con frecuencia, la imitación va más allá de lo cómico: los hombrecitos fuertes y silenciosos resultan más insoportables que los hombretones fuertes y silenciosos. Y por una broma cósmica del peor gusto, la leyenda de «el rey no coronado de Arabia» se ha mezclado con el mito novelesco de «el jeque de Arabia». Los libreros han consagrado mucho tiempo a explicar que la *Rebelión en el desierto* no es la continuación de *El hijo del jeque*.

Pues bien, la dificultad de redactar un sumario preciso de lo que Lawrence

es, o fue en una época dada, se origina en que él se empeña en mantener sus opiniones y deseos en estado de disolución, o sea les impide que cristalicen en un motivo que afecte las opiniones, deseos y actos de otros hombres. Cuando, a despecho de todas las precauciones, aparece un motivo, se genera una fuerza casi irresistible, y mientras ésta dura sobresale con la tajante precisión de una figura histórica. Para su grandeza, o poder, o como quiera llamarse, bien que *revelada* popularmente en tales ocasiones, se desprende, en apariencia, de su conducta negativa de no estar seguro de nada, no creer en nada y no importarle nada el

resto del tiempo. Y mi estudio ha de concluir con esta paradoja.

III

En cierta ocasión, Lawrence acompañó al emir Faysal, el príncipe árabe que dirigió la rebelión, a una visita privada al palacio de Buckingham. Llevó indumentaria arábiga: túnica blanca, cinturón, daga, pañuelo de seda y tocado de cordón de oro.

—¿Le parece bien, coronel Lawrence, que un súbdito de la corona, un oficial, se presente con un uniforme extranjero? —le reprochó un personaje.

Lawrence respondió con respetuosa firmeza:

—Cuando un hombre sirve a dos señores, es mejor para él ofender al más poderoso. Soy el intérprete del emir en este momento, y éste es su uniforme.

Aquel problema, el de si debía ser leal a los árabes o a Inglaterra, cuando aquéllos y ésta se enfrentaban, fue el más difícil de su vida. Inglaterra podía aducir derechos más antiguos a la lealtad —pues fue militar británico durante dos años, antes de emprender la aventura que aquí se refiere—, y su instinto le inclinaba a favor de la causa más débil, es decir, a defender a los árabes aun a costa de oponerse a los intereses expansivos del imperio británico.

Y su perplejidad, su duda, se acrecentó cuando se hizo cada vez más patente que la justicia apoyaba más a los naturales de Arabia que a su patria.

Cómo llegó a tal situación no se comprenderá a menos que presentemos un breve capítulo histórico y geográfico. Ante todo, se ha de entender qué significa «los árabes». No son éstos sólo los naturales de la tierra denominada Arabia: el vocablo incluye a todos los pueblos orientales que hablan el idioma árabe. Esta lengua se utiliza en un ámbito tan grande como India, situado entre una línea que forman la costa del Mediterráneo levantino, el canal de Suez y el mar Rojo, y otra

línea, más al este y paralela a ella, que componen el río Eufrates y el golfo Pérsico hasta Mascate, junto al océano Indico. Este irregular paralelogramo terrestre, mucho más largo que ancho, incluye Siria, Palestina, Transjordania, Mesopotamia y toda la península arábica. Se llama semitas, hijos de Sem, a sus pobladores. Eran primos consanguíneos antes de recibir un lenguaje religioso común, el árabe, con las conquistas de Mahoma y su Corán. El árabe, asirio, babilónico, fenicio, hebreo, arameo y siríaco, principales idiomas semíticos, están más emparentados que los del africano Cam o los del indoeuropeo Jafet. Muchos

pueblos extranjeros han irrumpido, de cuando en cuando, en la tierra semita, pero no han permanecido largo tiempo en ella. La han invadido los egipcios, persas, griegos, romanos y francos (los cruzados), y sus posesiones fueron destruidas o absorbidas por los indígenas. Los semitas, a su vez, se aventuraron fuera de su suelo natal y se perdieron en el mundo exterior. Francia, España y Marruecos, por el oeste, e India, por el este, entraron en su esfera durante los días de las grandes conquistas musulmanas. Con contadas excepciones dispersas, jamás subsistieron lejos de su espacio natural sin cambiar sus ídoles y costumbres.

La tierra semítica tiene muchos climas y configuraciones. En occidente, una larga cadena de montes se extiende desde Alejandreta, en el norte de Siria, a través de Palestina y el país de Midián, hasta Aden, en la Arabia meridional. Su altitud media oscila entre los seiscientos y novecientos metros, tiene agua suficiente y está bien poblada. Al oriente, se halla Mesopotamia, llanura emplazada entre los ríos Eufrates y Tigris, cuyo terreno es uno de los más fértiles del globo terráqueo; y por debajo de ella, otra planicie, ésta estéril, se dilata desde al-Kuwayt, a lo largo de la parte arábiga del golfo Pérsico. En el sur, una serie de colonias,

encarada con el océano Indico, soporta una población bastante numerosa. Estos bordes geográficos, provistos de agua suficiente, enmarcan una enorme desolación sedienta, gran parte de la cual todavía no se ha explorado. En su corazón, en la Arabia central, hay un gran grupo de oasis bien regados y habitados. Al sur de ellos, un gran territorio arenoso llega a las colinas pobladas que bordean el océano Indico: las caravanas no pueden transitar en él por la falta de agua, de modo que aquellas alturas meridionales quedan separadas de la historia árabe verdadera. Entre los oasis y al-Kuwayt, el límite oriental, hay un desierto de

guijos, con algunas comarcas de tierra, que dificultan los viajes. Al oeste de los mismos oasis, entre ellos y los montes poblados que costean el mar Rojo, existe otro desierto de guijos y lava, de escasa arena. Al norte, tras una faja arenosa, una inmensa llanura de piedra y lava ocupa todo entre la frontera oriental de Siria y las riberas del Eufrates, en las que comienza Mesopotamia. Lawrence combatió casi siempre en estos dos últimos desiertos, el occidental y el septentrional.

Los montes del oeste y las llanuras del este son las partes más activas del ámbito arábigo. Por estar más expuestas a la influencia y el comercio foráneo,

tanto europeo como asiático, los árabes no son tan típicamente semíticos como los habitantes del desierto central y correspondientes oasis. Lawrence dependió sobre todo de la ayuda bélica que sus tribus le prestaron durante la rebelión; por motivos personales, ansió liberar principalmente a los árabes del desierto sirio septentrional. Ha descrito de qué manera se forman las tribus beduinas. El ángulo suboccidental de la península, al mediodía de la ciudad santa de La Meca, recibe el nombre de Yemen, de feraz suelo, famoso por su café y superpoblado. Y el exceso de población no tiene fácil salida. Al norte se halla La Meca, donde una fuerte masa

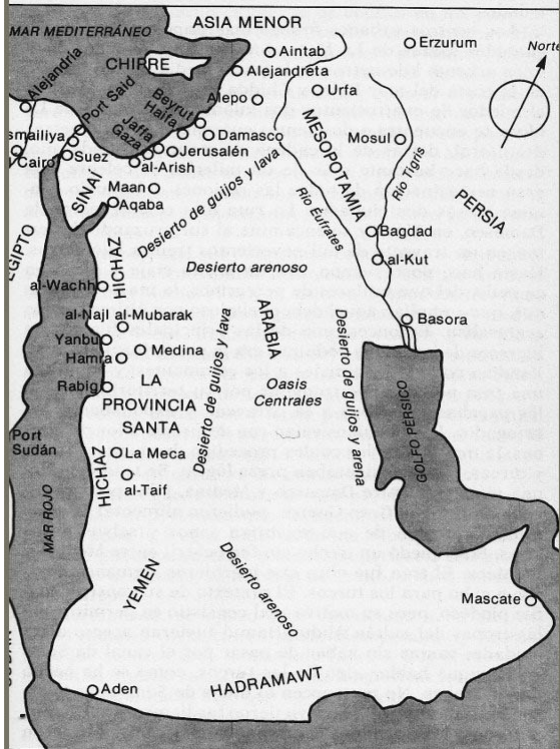
de habitantes extranjeros, llegados desde todo el mundo islámico, cierra el paso celosamente. Al oeste, está el mar y, allende él, no hay sino el desierto sudanés. Al sur, se encuentra el océano Indico. El único espacio libre está a oriente. Por eso, las tribus más débiles de la frontera yemenita son rechazadas sin cesar hacia las parameras, en que la agricultura resulta cada vez más difícil, y, luego más allá, hasta que se ven obligados a convertirse en pastores. Entonces, aún más apretadas, se las envía al desierto. En él viven durante varias generaciones, hasta que se fortalecen lo suficiente para establecerse de nuevo como agricultores

en Siria o Mesopotamia. Este proceso, escribe Lawrence, es la circulación natural que mantiene sanos a los árabes.

Los grandes desiertos no son, como pudiera creerse, propiedad común de todos los beduinos que los recorren. Los territorios se reparten estrictamente entre tribus y clanes, que sólo pueden apacentar sus camellos y rebaños en los pastos que les corresponden. Por tanto, cualquier clan nuevo tiene que luchar o pagar tributo para mantenerse dentro de un territorio fijo. Puede pasar por él y recibir hospitalidad gratuita, mas, a los tres días, ha de proseguir el viaje. Como si no bastara la dureza de su vida, las tribus asentadas desde hace mucho

tiempo se hallan en constante discordia, y hasta que se inició la rebelión no tenían ideas ni motivos comunes. (Hay, además, los forajidos, hombres sin tribu, que roban y matan a quien encuentran). La maldición beduina ha sido siempre la de Ismael: tener su mano contra todos los hombres, y la mano de todos los hombres contra él. No obstante, respeta en conjunto un código de honor muy estricto en las guerras tribales.

EL ÁMBITO ÁRABE



Millas



Los centros urbanos árabes más importantes son las ciudades santas de La Meca y Medina. La primera dista unos ochenta kilómetros de la parte media, más o menos, de la costa del mar Rojo, y Chidda es su puerto. Medina, alrededor de cuatrocientos dos kilómetros al norte de La Meca se encuentra a doscientos cuarenta y un kilómetros del litoral, detrás de la cadena de montañas. Cada año, desde hace bastante más de un milenio, se celebra una gran peregrinación de todas las regiones del mundo islámico a esas dos ciudades. La ruta más célebre parte de Damasco, en Siria, y se encamina al sur cruzando desiertos, en un trayecto de

mil novecientos treinta kilómetros. Hasta hace poco tiempo, era un arduo viaje a pie o en camello, del que millares de peregrinos, la mayoría ancianos, que cumplían aquel deber religioso por última vez, no regresaban. Entonces, una de las principales fuentes de ingresos de las tribus beduinas era la peregrinación anual. Vendían comida y animales a los caminantes, y cobraban una tasa por dejarles transitar por su territorio. Y si no les pagaban, atacaban a la caravana y expoliaban a los rezagados. Los beduinos veían con desprecio a los peregrinos, la mayoría de los cuales procedían de ciudades sirias y turcas, y los consideraban presa

lógica. Se tendió, al fin, una vía férrea entre Damasco y Medina, y los peregrinos, poco antes de la Gran Guerra, pudieron alimentar la esperanza razonable de que volverían sanos y salvos a sus lares. Sólo quedó un trecho sin ferrocarril entre Medina y La Meca. El tren fue obra que ingenieros alemanes llevaron a cabo para los turcos. El pretexto de su construcción fue piadoso, pero su motivo real consistió en permitir que las tropas del sultán Abdul-Hamid tuvieran acceso a las ciudades santas sin tener que pasar por el canal de Suez.

Hay que hablar algo de los turcos, como se ha hecho de los árabes. No pertenecen al linaje de Sem, pues

llegaron del Asia central; se convirtieron tardíamente al islamismo, como los prusianos al cristianismo, y se establecieron en Anatolia, en Asia Menor. Son, también como los prusianos, gente nacida principalmente para guerrear, obtusos, brutales y resistentes; su virtud primordial es la muy militar de unirse contra sus vecinos, a los que dividen y vencen como los romanos. Luego de los exultantes días de la conquista musulmana, en los que los árabes recorrieron triunfadores medio mundo, hubo que organizar el nuevo imperio para consolidarlo. Careciendo de sentido administrativo y de gobierno, hubieron de confiar en los pueblos no

semíticos que habían conquistado para estructurarlo. Aquí entraron los turcos, primero como sirvientes, luego como colaboradores y finalmente como señores de la estirpe árabiga. Se transformaron en tiranos y quemaron y destruyeron todo lo que por su superioridad o belleza molestaba a su mente militar. Despojaron a los árabes de sus posesiones más ricas y no les dieron nada a cambio. Ni siquiera fueron grandes constructores de vías y puentes, ni desecadores de pantanos, como los romanos. Descuidaron las obras públicas y se mostraron hostiles al arte, la literatura y las ideas.

Los árabes, con sus tempranas

conquistas de España y Sicilia, habían contribuido a fomentar la cultura durante la baja Edad Media: el origen arábico de muchos términos científicos y técnicos atestiguan lo esencial de su mediación. Desde luego, imitaron más que crearon, y las ideas que aportaron fueron reliquias del saber clásico obtenido en la ciudad egipcia de Alejandría antes de que se extinguiera. Mas, comparados con los otomanos, siempre parecieron cultos, prósperos y hasta progresistas. El régimen turco fue un desarrollo parasitario, que sofocó el imperio como la hiedra acaba con el árbol. Tuvo la astucia de hacer que se enfrentasen las comunidades sometidas,

y la de enseñarles que la política de una provincia, o sea local, tenía más importancia que la nacionalidad. Eliminaron poco a poco la lengua árabiga de los tribunales, oficinas, servicio gubernamental y escuelas superiores. Los árabes servirían al Estado, al imperio otomano, sólo si imitaban a los turcos.

Ciertamente, se opuso gran resistencia a tal tiranía. Hubo muchas revueltas en Siria, Mesopotamia y Arabia; pero los señores eran demasiado fuertes. Los árabes perdieron su orgullo racial y todas sus magníficas tradiciones. Sin embargo, había algo que no podían robarles, el Corán, el libro

sagrado de todos los musulmanes, cuyo estudio es el primer deber religioso del creyente, tanto árabe como turco. El Corán es no sólo el fundamento del sistema legal usado en todo el orbe islámico, salvo donde, posteriormente los otomanos impusieron su código, más occidentalista, sino la muestra más bella de la literatura arábica. Al leerlo, los árabes tuvieron una piedra de toque para apreciar el embotamiento mental de sus señores. Y consiguieron conservar su lenguaje, rico y flexible, y, al propio tiempo, empedraron el turco de palabras arábicas.

El último sultán de Turquía, Abdul-Hamid, que reinó en los primeros años

de este siglo, fue más allá que sus predecesores. Envidiaba el poder del gran jerife de La Meca, cabeza de la familia venerada de los jerifes (o descendientes del profeta Mahoma) y gobernante muy respetado de la ciudad sacra^[2]. Los sultanes anteriores, comprendiendo que el jerife mequí era demasiado poderoso para destruirlo, halagaron su dignidad confirmando solemnemente al jerife que elegía su misma familia, que constaba de unas dos mil personas. Abdul-Hamid, que, por motivos autocráticos, hacía resaltar su título hereditario de califa o príncipe de los creyentes (los musulmanes ortodoxos), quería que las ciudades

santas estuvieran bajo su administración directa. Hasta entonces había puesto en ellas guarniciones de soldados enviados por el canal de Suez. Luego decidió construir el ferrocarril de los peregrinos y aumentar la influencia otomana entre las tribus árabes con dinero, intrigas y expediciones armadas. Finalmente, no contento con entrometerse en el gobierno jerifiano en La Meca, llevó importantes miembros de la familia de Mahoma a Constantinopla, como rehenes que garantizaran la buena conducta de los restantes.

Entre los cautivos figuraron Husayn, el futuro jerife, y sus hijos Alí, Abd Allah, Faysal y Zayd, importantes en

esta historia. Husayn les dio educación moderna en Constantinopla y la experiencia que después les ayudó como jefes de la rebelión árabe contra los otomanos. Pero hizo de ellos, asimismo, buenos musulmanes y, cuando regresó a La Meca, cuidó de curarlos de toda molicie occidental. Los despachó al desierto al mando de las tropas jerifianas que vigilaban la ruta de peregrinación entre Medina y La Meca, y retuvo a cada uno largos meses en aquel cargo.

IV

Cuatro años antes de la Gran Guerra, el partido político de los Jóvenes Turcos destronó a Abdul-Hamid. Los sublevados obedecían a las ideas occidentales que habían aprendido en las escuelas estadounidenses fundadas en Turquía, y los métodos militares enseñados por sus consejeros, los alemanes; empero, la cultura y el gobierno de Francia les ofrecieron el modelo más claro de imitación. Objetaban a la idea de Abdul-Hamid de un imperio religioso de un sultán, a la vez cabeza del Estado y director

espiritual. Defendían el concepto occidental de un Estado militar — Turquía—, que rigiese los pueblos sometidos simplemente con la espada, en el cual la religión sería cuestión secundaria. Como parte de esta política devolvieron a Husayn y sus hijos a La Meca. Aquel movimiento nacionalista respondía al deseo de autoprotegerse. Las doctrinas de Occidente sobre el derecho de las poblaciones sumisas a gobernarse sin intervención ajena había empezado a arruinar el imperio otomano. Los griegos, servios, búlgaros, persas y otras nacionalidades se habían independizado y establecido gobiernos propios. Había sonado la hora de que

los turcos defendiesen lo que les quedaba, adoptando la misma orientación nacionalista.

Los Jóvenes Turcos, luego de triunfar del sultán, empezaron a portarse a tontas y a locas. Predicaron la «hermandad otomana», con lo que pretendían reunir a todos los hombres de sangre turca. Turquía sería la amante absoluta de un imperio sometido al estilo francés moderno, y no el Estado principal de uno religioso unido por el idioma árabe y el Corán. También esperaban recobrar la población turca que estaba en poder de los rusos en el Asia central. Pero los pueblos sometidos, cuyo número superaba mucho

el de los otomanos, no los entendieron. Viendo que sus señores, incluso en su país, dependían de los griegos, albaneses, búlgaros, persas, etc., para que funcionasen las oficinas gubernamentales, y que éstos se encargaban de todos, exceptuada la actividad militar, supusieron que los Jóvenes Turcos se proponían forjar un imperio como la porción blanca del británico, en el que serían la cabeza de varios Estados libres, con gobierno propio y contribuyendo a los gastos imperiales. Lo advirtieron los Jóvenes Turcos y enseguida manifestaron sus intenciones con claridad meridiana. Al mando de Enver, hijo del ebanista

principal del antiguo sultán, y soldado político que había ascendido, se rumoreaba, asesinando a todos los superiores que se interponían en su camino, no se pararon en barras. Los armenios empuñaron las armas para liberarse. Los otomanos los aplastaron—los cabecillas de los sublevados se acobardaron—, y mataron a hombres, mujeres y niños a cientos de miles. Los pasaron a cuchillo no porque fuesen cristianos, sino porque eran armenios y buscaban la libertad. Barbaridad tan indescriptible la facilitó a Enver y sus colegas el natural del soldado raso turco, que se ha descrito como el mejor soldado nato del mundo. Eso significa

que es valiente, resistente y tan disciplinado, que no abriga más sentimientos que los que se le permiten tener. Matará y quemará incluso en su misma patria, si se le ordena, y será misericordioso y sensible, si se le ordena. Se cumple su deber.

Los árabes, que ya habían comenzado a hablar de independencia, eran más difíciles de tratar, no sólo por ser más numerosos, sino también porque, a diferencia de los armenios, eran semitas, lo cual quiere decir que la idea les fascinaba mucho más. Pues los semitas pueden pender de una idea como si fuese de una cuerda (la frase pertenece a Lawrence). Los sirios, más

próximos a Europa, fueron los primeros en contagiarse, y los Jóvenes Turcos los reprimieron con todas las medidas, exceptuada la de cometer una carnicería. Dispersaron a los miembros árabes del Congreso otomano y se suprimieron las sociedades políticas de aquella etnia. Se prohibió en todo el imperio el empleo del idioma arábigo que no tuviera como fin el estrictamente religioso. Se consideró delito punible cualquier alusión a la autonomía árabe. Fruto de la opresión fue el brote de sociedades secretas de carácter revolucionario mucho más violento. Una, la siria, era numerosa, bien organizada y tan capaz de guardar su secreto, que los turcos,

aunque sospechaban, no dieron con pruebas claras de quiénes eran sus jefes o sus miembros, y, faltos de ellas, no osaron iniciar otro régimen de terror del género armenio por temor a la opinión europea. Otra sociedad se compuso casi por entero de oficiales árabes que servían en el ejército otomano, los cuales juraron volverse contra sus señores así que se les brindara la ocasión. Fundada en Mesopotamia, era tan fanáticamente proárabe que sus cabecillas se negaron a tratar con los ingleses, franceses y rusos, que pudieron ser sus aliados, porque no creían que, si aceptaban la ayuda europea, se les concediese la libertad que conquistasen.

Prefirieron la tiranía conocida a la tiranía posible de varias naciones que conocían de manera oscura. Y al final de la Gran Guerra los miembros de aquella sociedad siguieron mandando divisiones turcas contra los británicos. La siria, en cambio, recurrió al apoyo de Inglaterra, Egipto, el jerife de La Meca, a todos los que pudieran realizar por ella su programa de liberación.

Estos grupos de conspiradores crecieron hasta 1914, año en que estalló la guerra mundial. Entonces la opinión de Europa no preocupó tanto y los turcos, con el poder que les confería la movilización general, pudieron actuar sin trabas. Casi un tercio del ejército

otomano original hablaba en árabe, y tras los primeros meses de la contienda, cuando se percataron del peligro, los otomanos enviaron los regimientos arabófonos lo más lejos posible de su casa, a los frentes septentrionales, y los colocaron en primera fila en un abrir y cerrar de ojos. Pero, antes, se descubrió que algunos revoltosos sirios pedían auxilio a Francia para que colaborase en su lucha por la independencia, y aquello proporcionó el pretexto para establecer el terror. Los árabes musulmanes y cristianos fueron apiñados en las mismas celdas, y a finales de 1915 toda Siria se había unido en una causa que el castigo fortaleció.

A principios del mismo año, los alemanes, sus aliados, convencieron con argumentos y presiones a los Jóvenes Turcos de que, para ganar la guerra, que los estaba acorralando, tenían que suscitar el entusiasmo religioso proclamando la guerra santa. Pese a su anterior decisión de conceder a la religión mínimo papel en el imperio, la guerra santa se hacía necesaria por más de una razón: ansiaban el soporte del partido religioso turco; deseaban que sus soldados, tan mal alimentados como equipados, luchasen con bravura, persuadidos de que irían en derechura del paraíso si perecían; y anhelaban que los combatientes musulmanes de los

ejércitos francés y británico depusieran las armas. Esperaban que semejante proclamación tendría inmenso efecto, sobre todo en India. Por lo tanto, se anunció la guerra santa en Constantinopla y se invitó, mejor, se conminó, al jerife de La Meca a que la aprobase.

El curso del conflicto habría tomado otro cariz si Husayn hubiese accedido. Pero se negó. Odiaba a los turcos, a los que reconocía como pésimos musulmanes, sin honor ni buenos sentimientos, y creía que la verdadera guerra santa sólo podía ser defensiva, y aquélla era eminentemente agresiva. Además, la alianza con Alemania,

cristiana, la hubiera hecho absurda. Se negó, repetimos.

Husayn, sagaz, honrado y muy piadoso, se encontró en una difícil posición. La peregrinación anual se interrumpió con el estallido del conflicto mundial y, con ella, una fuente importante de ingresos. Como era para los aliados súbdito del enemigo, se corría el riesgo de que interrumpieran la navegación de los barcos que transportaban alimentos desde India. Y, si enfurecía a los otomanos, se exponía a que no le enviaran comida en el ferrocarril del desierto.

Y su provincia no producía los víveres necesarios para su población.

Así, pues, habiendo rechazado la proclamación de la guerra santa, rogó a los aliados que no hiciesen pasar hambre a su gente por algo de lo que no tenían culpa. Los turcos replicaron a la negativa con un bloqueo parcial de la tierra de Husayn, controlando el tráfico ferroviario. En cambio, los británicos consintieron que los barcos arribasen con alimentos, como siempre. Aquello decidió a Husayn. Determinó sublevarse (como había hecho con éxito, cuatro o cinco años antes, su vecino Ibn Saud de los oasis centrales), y se reunió en secreto con un grupo de oficiales británicos en un arrecife desolado del mar Rojo, cercano a La Meca. Se le

aseguró que Inglaterra le proporcionaría los víveres y armas necesarios para la lucha. También habían solicitado su apoyo los jefes de las sociedades sirias y mesopotámicas. Se propuso una asonada militar en Siria. Husayn se comprometió hacer en su favor todo lo que pudiera. Por ello, envió a su tercer hijo, Faysal, a que se informase sobre el terreno qué posibilidad de éxito tenía la sublevación.

Faysal, que había sido miembro del gobierno otomano y, por lo tanto, podía viajar sin cortapisas, fue a Siria e informó que las perspectivas eran buenas, pero que la guerra en general se decantaba en contra de los aliados.

Había que esperar. No obstante, si las divisiones australianas, acuarteladas en Egipto, desembarcaban, como se esperaba, en Alejandreta, población siria, triunfaría sin duda un motín militar de las fuerzas árabes entonces estacionadas en Siria. Podrían, luego, acordar en seguida la paz con los otomanos, asegurando la libertad de Arabia, y conservarían lo obtenido aun en el caso de que los alemanes vencieran en la contienda internacional.

No estaba al corriente de la política aliada. Los franceses temían que las fuerzas británicas, una vez puesto el pie en tierra, nunca se fuesen de Siria, país en que ellos estaban muy interesados.

Una expedición franco-británica hubiera resuelto la dificultad, pero los franceses no tenían tropas para ello. Por consiguiente, como han dicho personas enteradas, el gobierno galo hizo presión al de Gran Bretaña para que renunciara al desembarco en Alejandreta. Por fin, tras larga dilación, los australianos, con numerosas fuerzas británicas e indias, y un pequeño destacamento francés —por conveniencia de la alianza— desembarcaron no en Siria, sino al otro lado de Asia Menor, en los Dardanelos. Intentaron, casi con éxito, adueñarse de Constantinopla y acabar con ello la contienda en Oriente de un solo golpe. Efectuado el desembarco, los ingleses

pidieron a Husayn que emprendiese la rebelión; aconsejado por Faysal, respondió que antes los aliados debían interponer una pantalla de soldados entre él y Constantinopla; pero los británicos no encontraron hombres para satisfacerle y entrar en Siria, ni siquiera con la aquiescencia francesa.

Faysal se trasladó a los Dardanelos para ver cómo andaban las cosas. Al cabo de varios meses, el ejército otomano, aunque consiguió conservar sus posiciones, había sufrido pérdidas espantosas. Faysal, al verlo, volvió a Siria, pensando que era el momento propicio para rebelarse, aun sin el auxilio aliado. Se enteró de que los

turcos habían desarticulado todas las divisiones árabes y enviado a sus componentes a distintas líneas de fuego; de que sus amigos revolucionarios sirios estaban, o presos, o escondidos, y de que bastantes habían sido ahorcados como reos de diferentes crímenes políticos. La ocasión había pasado.

Aconsejó por escrito a su padre que aguardase a que los británicos tuviesen más fuerza y los otomanos se debilitasen más. Desdichadamente, Gran Bretaña, además de las dificultades de la *Entente*, adolecía de pésima situación en el Próximo Oriente, y se había tenido que retirar de los Dardanelos después de sufrir bajas tan graves como las de

los propios otomanos. Los políticos ingleses aceptaron la acusación de torpeza por no haber desembarcado tropas en Alejandreta, el único lugar sensato, antes que delatar a sus colegas franceses. Corrió por el Reino Unido un rumor: «Los griegos nos han fallado». Bulgaria se había unido a los turcos y alemanes, de manera que los galos se empeñaron en ir a los Dardanelos y no a Alejandreta, ni siquiera entonces, como se había propuesto, a Salónica. Para empeorar el embrollo, el ejército británico estaba rodeado y hambriento en la ciudad de Al-Kut, en el frente mesopotámico. La posición de Faysal se hizo muy peligrosa. Tenía que vivir en

Damasco, como huésped del bajá Chemal, general al mando de los efectivos otomanos en Siria, y por ser oficial del mismo ejército, hubo de tragar todos los insultos que Chemal profería contra los árabes en sus borracheras. Asimismo, como había presidido la sociedad independentista siria antes de la Gran Guerra, se hallaba a merced de sus miembros; si alguno le delataba —un condenado a muerte que quisiera salvar la vida con tal información—, se hallaba perdido. Así, pues, Faysal hubo de quedarse quieras que no en Damasco, con Chemal, y dedicó el tiempo en refrescar sus conocimientos militares. Su hermano

primogénito, Alí, levantaba combatientes en Arabia, con la excusa de que él y Faysal se disponían a atacar a los británicos en Egipto. Aquellas fuerzas se destinaban a luchar contra los otomanos en cuanto Faysal diera la señal. Chemal, haciendo gala de su brutal humor turco, llevaba a éste a presenciar la ahorcadura de sus amigos sirios revolucionarios. Los condenados disimularon las intenciones de Faysal, para que él y su familia no compartieran su sino, pues era el único líder en que Siria confiaba. Tampoco él se atrevió a manifestar de palabra o con la expresión sus verdaderos sentimientos, vigilado como estaba por Chemal. Sólo una vez,

en su agonía, perdió el dominio de sí mismo, y exclamó que aquellas ejecuciones costarían al bajá lo mismo que trataba de evitar. Sus amigos de Constantinopla, los gobernantes de Turquía, hubieron de salvarle del castigo a que le expusieron sus frases apasionadas.

La correspondencia de Faysal con su padre, en La Meca, era sumamente peligrosa. Viejos servidores de la familia llevaban los mensajes en las dos direcciones por ferrocarril. Los escondían en el puño de las espadas, en pasteles, cosidos a las suelas de las sandalias, o escritos con tinta invisible en los envoltorios de paquetes inocuos.

En todos ellos, Faysal suplicaba a su progenitor que esperase, que retrasase la sublevación hasta momento más oportuno. Pero Husayn, confiando más en Dios que en el sentido común militar de su hijo, decidió que los soldados de su provincia podían derrotar a los turcos en noble lid. Comunicó a Faysal que todo estaba a punto. Allí dispuso sus tropas y esperaron a que Faysal las inspeccionase antes de dirigirlas al frente.

Faysal habló a Chemal del mensaje paterno (sin aclararle su significado hostil, naturalmente) y solicitó licencia para ir a Medina. Chemal le consternó con la respuesta de que el bajá Enver,

general en jefe de Turquía, se encaminaba a la provincia y que asistiría a una revista en ella con él y Faysal. Éste había proyectado izar la bandera roja de la rebelión paterna en cuanto llegase a Medina, con el fin de pillar desprevenidos a los otomanos, y entonces tenía dos huéspedes intempestivos, dos generales sobresalientes del enemigo, a los cuales, según las reglas de la hospitalidad árabe, no podía perjudicar. Seguramente retrasarían tanto la puesta en marcha de la sublevación que el secreto se divulgaría.

No obstante, todo fue a pedir de boca, aunque lo irónico de la revista

resultó casi insoportable. Enver, Chemal y Faysal contemplaron las maniobras en la llanura polvorienta contigua a la entrada de la ciudad, en la que los soldados fueron de un lugar a otro en fingidos combates a lomos de camello, o entregados al antiguo juego árabe de lanzar jabalinas montados a caballo. Por último, Enver se volvió hacia su huésped.

—¿Todos son voluntarios para la guerra santa? —preguntó.

—Sí —contestó Faysal, pensando en otra clase de guerra santa—. Sí.

Los jefes árabes se aproximaron para que los presentase. Un miembro de la familia de Mahoma murmuró en un

aparte:

—Señor mío, ¿los matamos ahora?

—No, son huéspedes nuestros —
repuso Faysal.

Los jefes insistieron en que debían hacerlo entonces, porque así la lucha acabaría con sólo dos golpes. Quisieron obligar a Faysal, quien tuvo que alejarse con ellos, apartándose de Enver y Chemal, para defender la vida de los huéspedes impuestos, los monstruos que habían asesinado a sus mejores amigos. Hubo, en último término, de llevar rápidamente a los turcos, con un pretexto, a la ciudad bajo su protección personal y escoltarlos hasta Damasco, con una guardia de esclavos suyos, para

salvarlos de la muerte durante el viaje de regreso. Justificó su conducta como acto de cortesía a personajes tan distinguidos. Enver y Chemal, sospechando de lo que habían visto, enviaron inmediatamente por la vía férrea numerosos soldados otomanos como guarnición de las ciudades santas. Pensaron en retener a Faysal en Damasco, pero los turcos de Medina mandaron telegramas solicitando su vuelta inmediata para evitar desórdenes, y Chemal le dejó ir de mala gana. Sin embargo, impuso que su séquito permaneciese como rehén.

Faysal encontró Medina llena de otomanos, un cuerpo de ejército. Se

disipó su esperanza de atacar por sorpresa y triunfar sin apenas disparar un fusil. Su caballería le había perdido. Con todo, estaba dispuesto a renunciar a la prudencia. El mismo día en que su séquito huyó de Damasco y desapareció en el desierto en busca del amparo de un jefe tribal, Faysal se quitó la careta e hizo ondear la bandera de la rebelión en las afueras de la ciudad.

Su primer asalto a Medina fue un acto desesperado. Los árabes tenían pocas armas de fuego y municiones, y los turcos eran muchos. En plena batalla, una de las tribus principales cedió terreno y se desbandó. Los luchadores fueron expulsados a la llanura abierta.

Los otomanos los hostigaron con cañones y ametralladoras. Los árabes, que no usaban más que escopetas que se cargaban por la boca, estaban aterrados; creyeron que el ruido de las granadas rompedoras equivalía a su capacidad mortífera. Faysal, militar diestro, sabía a qué atenerse. Cabalgó acompañado de su pariente, el joven Alí ibn al-Husayn, en medio de los impactos en prueba de que el peligro no era tan grande como imaginaban los hombres de las tribus. Pero ni siquiera él pudo persuadirles de que atacasen. Parte de la tribu que había emprendido inicialmente la fuga ofreció al comandante turco su rendición si se respetaban sus poblados. Hubo una

pausa en la batalla. El general otomano invitó a los jefes a estudiar la situación; al mismo tiempo, en secreto, ordenó que una tropa cercase uno de los suburbios de la ciudad, elegido para que sirviera de ejemplo de la magnitud del terror turco. Durante la conferencia, se ordenó a los soldados que lo asaltasen y matasen a cuanto vivía en él. Lo hicieron con horrible meticulosidad. Los habitantes que no fueron asesinados a tiros o bayonetazos, murieron quemados: hombres, mujeres y niños, sin distingos. El general y su hueste habían estado en Armenia, y aquellos métodos no eran una novedad para ellos.

La matanza provocó horror

incrédulo en toda Arabia. La primera regla de sus belicosos moradores consistía en respetar a las mujeres y niños demasiado jóvenes para luchar; los bienes que no podían transportarse en una incursión habían de dejarse intactos. Los hombres de Faysal aprendieron lo que Faysal ya sabía: que los turcos no se paran en barras. Se retiraron a discutir qué habían de hacer. El honor les obligaba a luchar hasta el último hombre para vengar la mortandad; pero sus armas no valían nada comparadas con los fusiles, ametralladoras y cañones modernos turcos (y alemanes). Los otomanos, comprendiendo que se hallaban en

estado de sitio o a punto de ser cercados, expulsaron de Medina a muchos centenares de ciudadanos pobres, con el objeto de no tener que alimentarlos.

El ataque de Faysal había de coincidir con el de su padre contra los turcos de La Meca. Husayn tuvo más suerte. Logró tomar la ciudad a la primera embestida, pero tardó varios días en silenciar los fuertes turcos que la dominaban desde las alturas circundantes. Los otomanos cometieron la locura de bombardear la mezquita, meta de la peregrinación anual, en la que

se hallaba la Caaba, santuario cúbico, en una de cuyas paredes está la piedra negra, venerada como dadora de lluvia mucho tiempo antes de Mahoma, el cual la exceptuó, casi a la fuerza, de la prohibición de adorar ídolos y objetos idolátricos. Se dice de ella que cayó del cielo, y sin duda fue así, porque se trata aparentemente de un meteorito. Durante el bombardeo, un proyectil mató a varios fieles que rezaban al pie de la Caaba, y otro escalofrío de horror sacudió el mundo musulmán. Se conquistó Chidda, el puerto de La Meca, con la ayuda de la armada británica. Y toda la provincia, salvo Medina, quedó limpia de turcos al cabo de cierto

tiempo.

En su campamento, situado al oeste de la ciudad, Faysal y Alí enviaron mensajero tras mensajero a Rabig, puerto del mar Rojo, por la carretera que daba un rodeo entre Medina y La Meca. Sabían que los británicos, a petición de su padre, descargaban pertrechos militares en aquella población. No consiguieron, sin embargo, de Rabig sino algunos víveres y una partida de fusiles japoneses, herrumbroso recuerdo de la batalla de Port Arthur, dada diez años antes. Reventaban así que se apretaba su gatillo. Husayn permaneció en La Meca.

Alí acabó por ir a enterarse de lo

que acontecía. Averiguó que el jefe de Rabig había decidido que los turcos vencerían y optó por unirse a ellos. Allí hizo un alarde, recibió el refuerzo de su hermano Zayd y el jefe escapó a las montañas, convertido en forajido. Entre los dos se apoderaron de sus aldeas, donde descubrieron grandes reservas de armas y alimentos salidos de las naves británicas. No pudieron resistir la tentación de descansar y explayarse. Se quedaron donde estaban.

Faysal tuvo que encargarse de guerrear a solas, a unos doscientos kilómetros tierra adentro. En agosto de 1915, visitó otro puerto del mar Rojo, más septentrional que Rabig, llamado

Yanbu, en el que la escuadra británica había desembarcado una fuerza de infantería de marina y dominado la guarnición turca. En Yanbu encontró un coronel delegado del alto comisario de Egipto, y le pidió respaldo militar. Al cabo de algún tiempo, recibió una batería de artillería de montaña y varias ametralladoras Maxim, que manejarían artilleros egipcios. Los combatientes de Faysal se alborozaron al verlas llegar a los alrededores de Medina, convencidos de que ya eran los iguales de los otomanos. Avanzaron en tropel y dominaron las avanzadillas turcas y, después, los puntos de apoyo. El comandante de la ciudad se alarmó.

Reforzó el flanco amenazado y recurrió a piezas más pesadas, que hicieron fuego desde gran distancia contra los árabes. Un obús estalló cerca de la tienda en que Faysal consultaba a su estado mayor. Se pidió a los artilleros egipcios que replicasen a las descargas y desmontasen los cañones enemigos. Contestaron que no podían efectuarlo, porque se hallaban casi a ocho mil metros de distancia y el alcance de sus piezas —cañones Krupp de veinte años de edad— no iba más allá de los tres mil. Los árabes se rieron con desdén y se retiraron de nuevo a los desfiladeros de los montes.

Faysal estaba desanimado. Al

cansancio de sus hombres se sumaban las numerosas bajas. El dinero se agotaba y su ejército se deshacía poco a poco. Le disgustaba tener que actuar a solas, mientras su hermano Abd Allah se hallaba en La Meca, y Alí y Zayd en Rabig. Retrocedió con el grueso de su hueste a una posición más próxima a la costa, dejando que las tribus se dedicasen a su diversión favorita de repentinos ataques a las columnas turcas de aprovisionamiento y golpes de mano a los puestos avanzados. En este período de la historia de la rebelión, apareció Lawrence y cambió el curso de los sucesos.

V

Al declararse la guerra, Lawrence tuvo que renunciar, lógicamente, al pensamiento de continuar trabajando en Karkemish, que estaba en territorio otomano. Se encontraba entonces en Oxford —no era la temporada de excavaciones— y le molestó mucho aquella interrupción de lo que había sido para él una existencia casi perfecta. Trató de incorporarse a un curso de adiestramiento de oficiales, celebrado en Oxford, y no lo consiguió. Repitió el intento en Londres con idéntico resultado. Se ha dicho sin razón que se

le clasificó como «por debajo del nivel físico imprescindible para combatir»: sería algo increíble. Tal vez el único inglés de su tamaño, igual a él en fuerza muscular y resistencia fuera Jimmy Wilder, púgil del peso mosca, campeón del mundo, que no sólo venció a todos los oponentes de su peso, sino durante años no pudieron vencerle boxeadores que pesaban seis kilogramos y medio más que él. Se declaró a Wilder inútil para el servicio por su «físico emaciado». En lo que le respecta, Lawrence fue rechazado por una plétora temporal de reclutas. El doctor Hogarth se enteró de la desorientación del joven y obtuvo una semana de pruebas, como

favor personal, del coronel Hedley, jefe del departamento geográfico del estado mayor en Whitehall. Veintiún días más tarde, Hogarth encontró a Hedley.

—¿Le ha sido útil Lawrence? —preguntó.

—Ahora dirige toda la sección en mi nombre —respondió lacónicamente el coronel.

Competía a Lawrence trazar mapas de Bélgica, Francia y el Sinaí.

Cuatro meses después, Turquía entró en la contienda y lord Kitchener ordenó que todos los miembros de la expedición al Sinaí de 1913-1914 fuesen enviados en seguida a Egipto, donde sus conocimientos tal vez

resultasen útiles en vista de una posible invasión otomana de aquel país. El general Maxwell telegrafió que no los necesitaban. Kitchener cablegrafió que ya estaban en camino. En El Cairo, como era de esperar, Lawrence se incorporó al Departamento Cartográfico Militar del Servicio de Inteligencia, donde una vez más se notó su presencia. Conocía ciertas regiones de Siria y Mesopotamia mejor que los propios turcos. Al mismo tiempo, fue nombrado capitán de información en el cuartel general de Egipto. Se le encargó de notificar de modo periódico al estado mayor general la posición de distintas divisiones y cuerpos más reducidos del

ejército otomano: los espías y prisioneros, hechos en diversos frentes, suministraban la información. Aunque se reconociese su valor, no gozaba del aprecio de los oficiales superiores, sobre todo entre los recién llegados de Inglaterra, los cuales dudaban que un civil como él estuviera calificado para discutir cuestiones militares. Molestó, por ejemplo, que interrumpiera a dos generales que discutían los movimientos de tropas turcas de Tal Lugar a Tal Otro, con estas palabras:

—¡Tonterías! No pueden salvar esa distancia ni en el doble del tiempo que ustedes les conceden. Los caminos son pésimos y no hay transporte local.

Encima, el oficial que los manda es un tipo muy perezoso.

Tampoco estimulaba el aprecio el hecho de que fuera sin correa, con zapatos de charol, y sin los calcetines y la corbata reglamentarios. Además, sus informes no se redactaban en el estilo consagrado. El manual del Ministerio de la Guerra sobre el ejército otomano, que codirigió durante catorce ediciones, contuvo comentarios por el estilo de «El general Abd al-Mahmud, jefe de la división..., es medio albanés y está tísico; capaz y artillero experto; pero es un bribón vicioso y aceptará sobornos». Estos comentarios *ad hominem* se consideraban innecesarios, porque la

teoría rezaba que los oficiales enemigos de los británicos eran hombres caballerosos y merecedores de todo género de cortesía. La objeción a comentarios tan «eruditos» creció cuando hicieron una comparación entre el nuevo movimiento de los *boy-scouts* turco y el cuerpo de pajes que había en Egipto en el período de los jenízaros. Desagradó al estado mayor, que sospechó se trataba de una broma. Otra tarea de Lawrence era interrogar a los sospechosos; podía decir al punto, reparando en detalles intrascendentes de la indumentaria y el dialecto que hablaba, quién era un individuo y de dónde procedía. Bastarán dos ejemplos

comprobados. Un malhechor muy feo fue prendido en el canal de Suez por la sospecha de que espiaba. Afirmó que era sirio. Lawrence, dominando su aversión de mirar a alguien a la cara, dijo: «Miente. Fíjense en sus ojillos de cerdo. Este sujeto es un buhonero egipcio». Le habló en su jerga y el hombre confesó quién era. En otra ocasión, bastante posterior, cuando Lawrence había refinado mucho sus observaciones, llegó un árabe apuesto portador de información. El compañero de Lawrence dijo: «Un beduino auténtico viene a verte». A lo que el joven repuso: «No, no anda ni se porta como los beduinos. Es un agricultor

árabe de Siria, que vive bajo la protección de la tribu de los Banu Sajr». Y acertó.

En 1915, El Cairo se llenó de generales y coroneles sin otra ocupación que la de enviar mensajes innecesarios y meterse entre los pies de las pocas personas que hacían trabajo útil. Parecía una ópera bufa. Se juntaron en Egipto, con la oficialidad al completo, nada menos que tres estados mayores, y les fue imposible certificar dónde empezaban y concluían sus deberes. Se repetía en el ejército una parodia maliciosa de un antiguo credo cristiano egipcio, en la que figuraba la frase «Y, con todo, no hay tres Incompetentes, sino

uno Solo». Tenemos un vislumbre íntimo de Lawrence en 1915: un pequeño y sonriente subteniente, de pelo de longitud antimilitar y sin cinto, atisbando desde detrás de un biombo del Savoy Hotel, con otro colega, tan poco militar como él, mientras contaban: «Uno, dos, tres, cuatro». Enumeraban generales. Se le celebraba en la sala de conferencias sólo de jefes de su rango. Su colega me ha jurado que Lawrence contó sesenta y cinco, y él sólo sesenta y cuatro: tal vez un brigadier se había movido.

Lawrence viajó en varias ocasiones al canal de Suez, que había sufrido un leve ataque turco, y donde siempre se esperaba otro más violento. Estuvo una

sola vez en el desierto de Senusi, en el oeste de Egipto (creo que para hallar el paradero de británicos que habían apresado beduinos hostiles). Le enviaron a Stenas para que se pusiera en contacto con el grupo levantino del servicio secreto británico, que representó en Egipto hasta que la misión fue demasiado importante para que cuidase de ella un oficial de su rango. Intervino en la busca de información sobre las sociedades revolucionarias antibritánicas de Egipto y, como los egipcios no eran tan leales a ellas como los sirios y mesopotámicos, recibía constantes visitas; individuo tras individuo se ofrecieron a delatar a sus

compañeros hasta que casi conoció toda la sociedad. Su mayor apuro estribaba en evitar que coincidieran en la escalera. La vida social le aburría. «No lo paso bien aquí —escribió a finales de marzo de 1915—. Me codeo con una multitud vestida de caqui, que sólo piensa en banqueros, desfiles y comidas. Como los rehúyo del todo, me acusan de esnob». En abril de 1916, le destinaron a Mesopotamia, con un quehacer que apenas le interesaba y con una intención conocida sólo de colegas, muy pocos, dignos de confianza.

El ejército de Mesopotamia constaba de una mezcla de tropas indias y británicas, que habían caminado desde

el golfo Pérsico a lo largo del Tigris. Al principio, tuvieron éxito, pero las enfermedades, las dificultades de transporte, la mala estrategia y fuertes contingentes turcos convirtieron el avance en retirada. Poco más tarde, el general Townshend y sus hombres, muy numerosos, fueron copados y sitiados en la ciudad de al-Kut. Faltaban víveres. Se estaba seguro de su rendición, porque los refuerzos de India no llegarían a tiempo. La tarea oficial de Lawrence, que le había asignado directamente el Ministerio de la Guerra londinense, era presentarse en secreto al comandante turco que cercaba al-Kut y convencerle de que no apretara las tuercas. Se creyó

posible que un rico soborno cumpliría el milagro, ya que los propios otomanos se hallaban en dificultades. Tenían pocos soldados —los regimientos de habla árabe se mostraban revoltosos sin disimulo—, y el ejército ruso, al norte, había tomado Erzurum, capital del Kurdistán, en una batalla famosa por haberse dado en la nieve. Los rusos se dirigían a buen paso hacia Anatolia, la provincia natal de los turcos. Por todo ello, el asedio podía desbaratarse en cualquier momento. De hecho, la toma de Erzurum había sido «amañada» —la novela del coronel Buchan, *Greenmantle*, encierra hartos más que un viso de autenticidad— y el Ministerio

esperaba que lo mismo se repitiera en al-Kut. Sin embargo, Lawrence había dicho a sus superiores que nada se sacaría con los sobornos, como no fuese animar a los turcos. Su jefe, sobrino de Enver, caudillo de los Jóvenes Turcos, no tenía por qué preocuparse por el dinero.

No agradaba la idea de la entrevista a los generales británicos destacados en Mesopotamia. Dos dijeron a Lawrence que sus intenciones (las cuales ignoraban) eran deshonoras e impropias de un soldado (jamás había pretendido serlo). El ejército mesopotámico dependía del gobierno de India, y aunque lord Kitchener, general

en jefe de las fuerzas imperiales británicas, había hecho avances al principio de la guerra a dos líderes de la sociedad secreta que exigía la independencia de Mesopotamia, para ofrecerles ayuda en una sublevación que eliminase de golpe a los turcos del país, le habían estorbado. El gobierno indio temía no poder conceder a los árabes rebeldes los beneficios de la protección británica, que había conseguido Birmania unos años antes: los mesopotámicos desearían conservar la libertad adquirida. Por lo tanto, se frenó la ayuda que Kitchener estaba dispuesto a otorgarles, y no hubo rebelión. En vez de ello, se envió de India un ejército

para que actuase sin los árabes, y los resultados fueron desastrosos. Británicos e indios fueron considerados tan invasores como los mismos otomanos, y no sólo no obtuvieron apoyo, sino las tribus locales los atacaron y robaron.

La intención personal de Lawrence, la verdadera razón de su viaje, era la de comprobar si la situación de Mesopotamia permitía la cooperación local, según el criterio nacionalista, entre los británicos y las tribus del Eufrates, que conocía bien desde su estancia en Karkemish. Algunas ya se habían rebelado —esperando ponerse en contacto con la importantísima tribu de

Ruwalla, del desierto sirio septentrional —, y con su asistencia, cortar cuanto antes las comunicaciones turcas, impidiendo el tráfico fluvial y atacando las columnas de suministro, hasta que el ejército que rodeaba al-Kut se convirtiera de sitiador en sitiado. Al-Kut podía sostenerse mientras él hacía los preparativos, siempre y cuando otros ocho aeroplanos lanzasen provisiones a la población. Pero no consiguió nada. La política de liberar a Mesopotamia sin la colaboración árabe, y de convertirla en parte del imperio, se mantuvo con testarudez; casi se prefería ceder el país a los turcos antes que admitir a los árabes como fuerza

política. La consecuencia fue que Lawrence no llevó a cabo lo que se proponía.

La conferencia con el general turco, a la que acudió con otros dos hombres a través de las líneas enemigas, con una bandera blanca y los ojos tapados con un pañuelo, fue simplemente un intento de rescatar, por motivos humanitarios o interesados, a los miembros de la guarnición de al-Kut cuya salud se había resentido a causa del asedio, y a los que el cautiverio mataría, y de convencerle que no castigase a los viles árabes de al-Kut que los hubiesen ayudado. Efectuadas estas cosas, aunque de modo poco satisfactorio —cambiaron unos mil

enfermos por la misma cantidad de turcos sanos, cuando hubiesen debido ser tres mil—, la conferencia pasó a ser un mero cambio de palabras corteses, a las que Lawrence y el coronel Aubrey Herbert, que le acompañaba, no se sumaron. En el instante en que el otomano dijo: «En resumidas cuentas, caballeros, nuestros fines como constructores de un imperio son los mismos que los suyos. Nada nos separa», Herbert replicó con sequedad: «Sólo un millón de cadáveres armenios». Y la entrevista concluyó inmediatamente.

Lawrence tenía otra misión, la de exponer al estado mayor británico en

Mesopotamia, en representación del alto comisario de Egipto, que el auxilio prometido al jerife Husayn no suponía apoyo alguno a su aspiración al califato, cabeza espiritual del mundo islámico, como se creía con alarma en India. El califa oficial era todavía el antiguo sultán Abdul-Hamid. Cumplido el encargo, se fue, al-Kut se rindió (la mitad de la guarnición pereció en el cautiverio y los turcos ahorcaron a cierto número de civiles árabes), y el resto del ejército de Gran Bretaña, cuyo avance seguía molestando a las tribus locales, sufrió enormes pérdidas y tardó dos años en llegar a Bagdad.

La situación iba de mal en peor. El

alto comisario, que había hecho promesa al jerife Husayn en nombre del Foreign Office, se encontró en un aprieto. El general en jefe de las fuerzas británicas en Egipto, que recibía órdenes sólo del Ministerio de la Guerra, no tenía fe en la rebelión y no estaba dispuesto a desperdiciar hombres, armas y dinero en ella. Se atenía a la regla de «nada de asuntos colaterales». También es posible que le desagradase que el alto comisario, un civil, se metiera en cuestiones militares. Así, pues, en el exterior de Medina, Faysal, que esperaba con ansiedad la llegada de la artillería y los pertrechos que le habían prometido, y que había gastado casi todo

su tesoro particular en las pagas de sus hombres, era presa del desengaño y la inacción. Poco más se hizo que desembarcar algunas tropas egipcias y provisiones en Rabig. Parecía que la rebelión había terminado. Muchos oficiales de estado mayor en El Cairo lo consideraban como una broma muy divertida hecha al alto comisario. Les hacía reír el pensamiento de que Husayn no tardaría en hallarse en un patíbulo otomano. Como soldados, se sentían unidos fraternalmente a los turcos, y no advertían la tragedia y el deshonor de su actitud. Las cosas empeoraron cuando una misión francesa intrigó contra Husayn en las ciudades de Chidda y La

Meca, aparte de proponer al abrumado anciano proyectos bélicos que hubieran arruinado su causa a los ojos de todos los musulmanes.

En El Cairo, Lawrence era más importunado aún por coroneles y generales, y descubrió que, conocido su gran interés por la rebelión árabe, se disponían a colocarle en un puesto en el que nada podría efectuar para ayudarla. Decidió irse a tiempo. Solicitó permiso para hacerlo y se le negó; por ello, comenzó a portarse de manera tan detestable, que el estado mayor reflexionó que sería una suerte desembarazarse de él. Tenía fama de cachorro impertinente, y la robusteció

con una campaña de picotazos: corrigió gramaticalmente los escritos de casi todos sus superiores y comentó su desconocimiento de la geografía y costumbres orientales. La crisis aconteció como sigue:

Le telefoneó el jefe de la plana mayor.

—¿El capitán Lawrence? ¿Dónde está, exactamente, estacionada la 45 división turca?

—En la posición Tal, cerca de Alepo. La componen los regimientos 131, 132 y 133, acuartelados en las aldeas Tal, Tal y Tal.

—¿Ha señalado esos pueblos en el mapa?

—Sí.

—¿Los ha registrado en los archivos de traslados?

—No.

—¿Por qué?

—Porque están más seguros en mi cabeza hasta que se confirme su situación.

—¡Ah, ya! Pero no puedo enviar su cabeza a Ismailiya cada vez que se necesiten datos.

(Ismailiya dista mucho de El Cairo).

—¡Ojalá pudiese hacerlo! —repuso Lawrence y cortó la comunicación.

Aquello tuvo el efecto ansiado. Optaron por librarse de Lawrence como fuere. Aprovechó la ocasión y solicitó

un permiso de diez días para descansar junto al mar Rojo, con el representante del Foreign Office, Storrs (sería el primer gobernador cristiano de Jerusalén desde las cruzadas), que visitaba al jerife por cuestiones importantes. Le concedieron el permiso. Al propio tiempo, efectuó diligencias para que le transfirieran del servicio de inteligencia militar al «Arab Bureau». (Departamento Árabe), que dependía directamente del Foreign Office. El departamento se había constituido para colaborar en la rebelión arábiga. Lo dirigía un pequeño grupo de personas, algunas como Lloyd y Hogarth, viejos amigos de Lawrence: sabían, en verdad,

algo de los árabes... y de los turcos. Resolvieron su traslado el Ministerio de la Guerra y el Foreign Office en Londres, lo que le concedió tiempo. Se proponía llevar a cabo muchas cosas durante los diez días de licencia.

VI

Lawrence y Storrs llegaron el mes de octubre de 1916 a Chidda, puerto de La Meca en el mar Rojo. (En este punto Lawrence empieza la exposición de sus aventuras en el libro *Rebelión en el desierto*).

Recibió a los dos ingleses Abd Allah, segundo hijo del jerife, caballero en una yegua blanca y rodeado de una escolta, a pie, de esclavos con armas preciosas. Acababa de regresar victorioso de una batalla en la ciudad de al-Taif, más interior que La Meca, de la que distaba relativamente poco, en la

cual había derrotado a los turcos en un ataque impetuoso. Estaba de muy buen humor. Se decía de él que era el jefe auténtico de la sublevación, el cerebro que movía a Husayn; pero Lawrence, tras estudiarle, reflexionó que sería buen estadista y útil posteriormente a los árabes, si lograban conquistar la independencia (su juicio del actual rey de Transjordania fue acertado); pero no parecía ser el profeta necesario para triunfar. Era demasiado afable, ladino y alegre: los profetas están hechos de otro barro. El principal objeto de Lawrence en su viaje a Chidda consistía en encontrar al profeta verdadero, si lo había, cuyo entusiasmo encendiese

llamas en el desierto. Por lo tanto, decidió buscar en otra parte.

Mientras tanto, Abd Allah habló con él de la campaña y le proporcionó un informe destinado al cuartel general de Egipto. Acusó a los ingleses de ser los responsables más abultados de la falta de éxito de los árabes. Habían descuidado cortar el ferrocarril de la peregrinación, por lo que los turcos tuvieron transportes con que trasladar refuerzos a Medina. Faysal había sido alejado de ella y el enemigo congregaba muchas tropas para avanzar hasta Rabig, la ciudad portuaria. Los combatientes de Faysal, que impedían su marcha por los montes, carecían de víveres y pertrechos

para resistir mucho tiempo. Lawrence contestó que Husayn había rogado a los británicos que no cortasen la vía férrea, que no tardaría en necesitar para su triunfal avance en Siria, y que había devuelto la dinamita enviada porque era demasiado peligrosa para que los árabes la empleasen. Además, Faysal no había pedido más alimentos o armas desde que se le enviaron los artilleros egipcios.

Abd Allah dijo que, si los otomanos progresaban, la tribu de los Harb, situada entre ellos y Rabig, se uniría a ellos y todo se habría perdido. Su padre se pondría entonces al frente de sus escasas tropas y moriría peleando en defensa de la ciudad. En aquel momento,

sonó el teléfono y el propio jerife habló con su hijo desde La Meca. Éste le repitió lo que había dicho, y el anciano exclamó: «Sí lo haré. Los turcos entrarán sólo sobre mi cadáver». Y cortó la comunicación. Abd Allah sonrió levemente y preguntó si era posible, para evitar tal desastre, que una brigada británica, compuesta, si cabía, de musulmanes, fuese enviada a Suez, donde esperarían barcos para trasladarla a Rabig en cuanto los turcos emprendiesen la marcha desde Medina. Para llegar a La Meca, tendrían que pasar por Rabig en busca de agua, y si Rabig aguantaba cierto tiempo, él guiaría sus fuerzas a Medina por la ruta

oriental. Una vez hubiese tomado posiciones, sus hermanos, Faysal, desde el oeste, y Alí, desde el este, se aproximarían y atacarían con vigor a Medina por tres lados.

No agradó a Lawrence la idea de enviar soldados a Rabig. Contestó que no sería fácil proporcionar transporte marítimo a toda una brigada. El ejército británico no tenía regimientos totalmente musulmanes, y, de todas suertes, no sería suficiente una sola brigada. Los cañones de los barcos defenderían la playa, lo único que la brigada podría defender, y a los hombres que hubiese en ella. Por otra parte, si se enviaban soldados cristianos en defensa de la ciudad santa

contra los turcos, en India se alborotarían al no entender la acción; ya había habido en ella trastornos cuando una flotilla británica bombardeó a los otomanos de Chidda. No obstante, expondría de la mejor manera posible a los ingleses de Egipto las opiniones de Abd Allah. En el ínterin, ¿se le permitiría ir a Rabig para ver cómo era el terreno y para hablar con Faysal? Éste le informaría de si se sostendría en los montes, en caso de que se le mandaran más armas y pertrechos desde Egipto.

Abd Allah consintió, pero necesitaba la autorización de su padre. La obtuvo con alguna dificultad (Husayn se mostró muy suspicaz). El emir

escribió a su hermano Alí pidiéndole que diese una buena montura a Lawrence y le llevase, sano y salvo, con rapidez, al campamento de Faysal. Aquella noche una banda de instrumentos de viento, de penoso aspecto, con los uniformes otomanos que Abd Allah había tomado en al-Taif, interpretó en su honor música turca y alemana. El emir confió a Lawrence sus planes para ganar la independencia: eran, simplemente, capturar a los peregrinos importantes que fuesen a La Meca y retenerlos como rehenes. Faysal se opuso. Luego preguntó a Lawrence cuántas generaciones, a partir del rey Jorge, podía contar como su linaje. El joven

respondió: «Veintiséis generaciones, hasta Cedric el Sajón». (O las que fueren; he olvidado cuántas eran, pero Lawrence, desde luego, no). Abd Allah comentó que no era un número despreciable, pero, agregó con orgullo, él le ganaba por diecisiete. Claramente, no era el profeta ansiado. Al día siguiente, Lawrence navegó a Rabig y entregó la carta a Alí.

Simpatizó con él. Alí era el primogénito de Husayn. Tenía treinta y siete años de edad. Agradable, bien educado, versado en literatura árabe, piadoso y concienzudo, adolecía de tuberculosis, enfermedad que le debilitaba y le volvía nervioso e

irritable. Si Abd Allah no respondía a sus ideas, Alí tal vez dirigiría bien la rebelión. Acompañaba al emir su hermano Zayd, de diecinueve años, tranquilo, petulante y no muy entusiasta en cuanto a la sublevación. Le habían criado en el harén y aún no se había convertido en hombre de acción. Pero agradó a Lawrence. Era más atractivo que Alí, a quien molestaba que un cristiano, incluso con la autorización del jerife, recorriese la provincia santa; no le permitió irse hasta después del crepúsculo, para que no le viese partir del campamento alguno de sus seguidores en los que no confiaba. Guardó secreto el viaje hasta a sus

esclavos, entregó a Lawrence un manto y un tocado árabes y ordenó al viejo guía, que iría con él, que desviase las preguntas y la curiosidad, y que evitase los campamentos. Los habitantes del Rabig y su distrito pertenecían a la tribu de los Harb, cuyo jefe, proturco, había escapado a la montaña cuando apareció Alí con su ejército. Le debían obediencia, y si se enteraba de la marcha de Lawrence hacia Faysal, tal vez enviara una partida para cerrarle el paso.

Lawrence podía fiarse de su guía: un guía responde con su vida de la seguridad de las personas confiadas a él. En tiempo anterior, un Harb se había

comprometido a llevar al explorador Huber a Medina por aquel mismo itinerario (el que seguían los peregrinos, entre Medina y La Meca), y le mató al averiguar que era cristiano. El homicida estaba seguro de que la opinión pública le excusaría, pero se mostró contraria a él a pesar del cristianismo de Huber. Desde entonces vive solo en los montes, sin amigos que le visiten, y se le ha negado la licencia para casarse con cualquier mujer de su tribu. Era un aviso para el guía de Lawrence, y para su hijo, que fue con ellos.

Lawrence, que se había ablandado en los dos años de oficina en El Cairo, fue sometido a prueba por la jornada,

aunque la experiencia de cabalgar un camello escogido, del género adiestrado para los príncipes árabes, fue tan nueva como grata. No los había buenos en Egipto, ni en el desierto del Sinaí, en el que los animales, fuertes e incansables, no se adiestraban bien. Viajaron toda la noche, excepto un breve alto para dormir entre la medianoche y el alba gris. Recorrieron al principio un terreno liso, de arena suave, a lo largo de la costa, entre la playa y las colinas. Al cabo de unas horas, llegaron al cauce de lo que, en la breve estación de lluvias de Arabia, se transformaba en río torrencial, un amplio campo pedregoso en el que se erguían algunos macizos de

espinos y matas duras. Los camellos se sintieron más a sus anchas en él, y, bajo la luz del sol naciente, trotaron con regularidad hacia Mastura, donde se hallaba la aguada siguiente, desde Rabig, en la ruta de peregrinación. El hijo del guía abrevó a las bestias, bajando seis metros por la pared de piedra para sacar el agua con un odre, que vació en un abrevadero superficial. Cada camello apuró unos veintitrés litros de líquido, mientras Lawrence descansaba a la sombra de un arruinado muro de piedra, y el hijo fumaba un cigarrillo.

Aparecieron algunos hombres de la tribu de los Harb y dieron de beber a sus

camellas. El guía no les habló, porque pertenecían a un clan con el que su gente, vecina suya, habían combatido recientemente y todavía no estaban en buenos términos. Mientras Lawrence observaba, llegaron dos individuos de la parte hacia la que él se encaminaba. Ambos eran jóvenes y llevaban buenas monturas; pero uno vestía ropa de seda y pañuelo bordado en la cabeza, y el otro, su criado en apariencia, de algodón blanco y pañuelo rojo del mismo tejido. Se detuvieron junto al pozo. El más elegante se deslizó con facilidad al suelo, sin hacer que su camello se arrodillara, y ordenó a su acompañante: «Haz que beban mientras yo reposo».

Fue al muro en que se recostaba Lawrence, fingiendo estar tranquilo, y le ofreció un cigarrillo recién liado.

—¿Tu presencia es de Siria? — preguntó.

Lawrence, para no descubrirse, repitió lo mismo, con la variante imaginable.

—¿Tu presencia es de La Meca?

El árabe tampoco se mostró dispuesto a hablar de sí mismo.

A continuación, se representó una comedia que Lawrence no entendió hasta más tarde, gracias a las explicaciones del guía. El criado sujetó a los camellos por los ronzaes en espera de que los hombres de Harb

acabasen de abreviar sus bestias.

—¿Qué pasa, Mustafá? —exclamó el hombre elegante—. ¡Qué beban en seguida!

—No me dejan —indicó, mohino, el criado.

El señor se enfureció y le golpeó la cabeza y los hombros con el látigo de montar. El agredido, entre dolido, asombrado y encorajinado, se dispuso a devolver los golpes, mas se contuvo y corrió al pozo. Los hombres de Harb quedaron consternados y le abrieron camino por piedad. Mientras daba agua a sus animales, cuchichearon: «¿Quién es?». El sirviente respondió: «Un primo del jerife de La Meca». Sus

interlocutores se precipitaron a desatar fardos de hojas verdes y brotes de los espinos, y alimentaron a los camellos de señor tan honorable. Éste los miró con complacencia e invocó la bendición de Dios sobre ellos. Poco después desaparecía por el camino de La Meca, al mismo tiempo que Lawrence y sus dos compañeros arrancaban en la dirección contraria.

El viejo guía, riéndose entre dientes, explicó lo sucedido. Los dos jóvenes eran de cuna noble. El más elegante, que había actuado como amo y señor, era Alí ibn al-Husayn, jerife, y el otro, su primo. Pertenecían a la tribu de los Harit, enemiga irreconciliable de la de los

Harb. Pensando que los retendrían o apartarían del agua si los reconocían, fingieron ser señor y criado, mequíes. Alí ibn al-Husayn llegó a ser el mejor amigo árabe de Lawrence y en una ocasión le salvó la vida. Ya se había hecho famoso en los combates de Medina y había capitaneado a los luchadores de la tribu Atayba en las contiendas en camello contra los turcos. Alí había huido de su familia a los once años de edad para juntarse con su tío, célebre jefe de bandidos, y vivió por sus propios medios hasta que su padre le echó el guante. El guía habló con entusiasmo del joven guerrero y acabó su narración con un adagio local: «Los

hijos de Harit son hijos de la batalla».

La jornada, que empezó por un pedregal, siguió por arena blanca y pura. El resplandor deslumbraba. Lawrence, cansado de entornar los ojos, arregló el pañuelo de cabeza en una visera y se tapó la cara con el resto. El calor arrancaba ondas del terreno. Al fin se desviaron del camino de peregrinación y tomaron un atajo hacia el interior, por un suelo que se alzó gradualmente, lleno de bordes rocosos y arena movediza. En aquel paraje medraba hierba dura como el alambre y matojos, en los que pastaban unas cuantas ovejas y cabras. El guía señaló a Lawrence un mojón y dijo, con algún alivio, que se hallaban

en tierras de su tribu y que ya podían despreocuparse.

Al anochecer llegaron a un grupo de veinte chozas, donde el guía compró harina y amasó, con agua, un pan de cinco centímetros de grosor y veinte de diámetro. Lo coció en un fuego de maleza que le cedió una mujer y, limpiando las cenizas, lo compartió con Lawrence. Habían recorrido noventa y seis kilómetros desde Rabig, a contar de la noche anterior, y tendrían que caminar otro tanto antes de encontrar el campamento de Faysal. Lawrence estaba rígido y entumecido, con la piel entre reseca e hinchada, y los ojos fatigados. Permanecieron en el caserío un par de

horas, y cabalgaron en una oscuridad total valles arriba y valles abajo. Debían de avanzar sobre arena, porque no se percibía ruido alguno, con el único cambio del color de las depresiones y el fresco —relativo— de los lugares abiertos. Lawrence se dormía y se despertaba de pronto, casi mareado, echando mano de la cruz de la silla para recobrar el equilibrio. Se detuvieron mucho después de medianoche, descansaron tres horas y reanudaron el camino bajo la luna. La ruta atravesaba árboles, a lo largo de un curso de agua, con cimas puntiagudas a los lados, negras y blancas a la luz lunar: el aire sofocaba. El día despuntó cuando

entraban en una porción más ancha del valle, en el que el viento levantaba columnas giratorias de polvo aquí y allí. A la derecha había otra aldehuela de chozas castañas y blancas, semejantes a casas de muñecas, al pie penumbroso de un despeñadero de centenares de metros de altura.

De las viviendas salió, al fin, un viejo charlatán montado en un camello, que se unió a ellos. El guía le respondía con laconismo, en prueba de que estaba de más, y el anciano, para bienquistarse, metió la mano en el bolso de su silla y les ofreció comida: pan del día anterior pringado de manteca derretida y espolvoreado de azúcar. Se hacían de él

bolas con los dedos y así se consumía. Lawrence aceptó un pedacito, pero el guía y su hijo comieron con voracidad.

Por lo tanto, la provisión menguó notablemente, y así tenía que ser, porque se considera afeminado el árabe que lleva mucha provisión de boca para un simple viaje de ciento sesenta kilómetros. El viejo dio noticias de Faysal: la víspera había repelido un ataque y tenía algunos heridos. Mencionó los nombres de éstos y detalles de su heridas.

Cabalgaban sobre suelo firme de guijos, entre acacias y tamariscos, y las largas sombras que proyectaban en la luz matinal. El valle parecía un parque

de cuatrocientos metros de anchura. Lo encajaban farallones de trescientos metros de elevación, castaños y rojioscuros, con manchas rosadas, que ostentaban en la base largas vetas de piedra de color verde oscuro. Once kilómetros más adelante encontraron una barricada destartalada, que cruzaba el valle y se encaramaba por las laderas, cuya inclinación lo consentía. En el centro había dos recintos murados. Lawrence preguntó al viejo qué era aquello, el cual le respondió, sin venir a cuento, que había estado en Damasco, Constantinopla y El Cairo, y que tenía amigos entre los personajes egipcios. ¿Conocía Lawrence a algún británico de

Egipto? Le intrigaban las intenciones del joven y trató de engatusarle pronunciando frases en egipcio. Lawrence le contestó en el dialecto sirio de Alepo, a lo que el anciano enumeró a los sirios prominentes que conocía. Lawrence también los conocía. El hombre se puso a hablar de política, del jerife y sus hijos, y le preguntó qué haría Faysal. Lawrence, como siempre, evitó la respuesta; además, no conocía los proyectos del emir. El guía terció cambiando de tema. Posteriormente, Lawrence supo que el viejo espiaba a sueldo de los turcos, y solía informar con frecuencia a Medina de lo que, con destino a Faysal, pasaba por su aldea.

A lo largo de la mañana, cruzaron otros dos valles y una serie de colinas y llegaron a un tercer valle, donde el viejo espía les había dicho que no tardarían en encontrar al emir. Se detuvieron en un pueblo grande, donde había una extensión de agua clara de sesenta metros de largo por ocho de ancho, bordeada de hierbas y flores. Unos esclavos negros les dieron pan y dátiles —los mejores que Lawrence había probado— en la casa de un hombre principal. Éste se hallaba con Faysal, y su esposa e hijos estaban en tiendas en el monte cuidando sus camellos. Los valles se hallaban infestados de fiebre y los árabes sólo pasaban cinco meses al

año en sus viviendas. Los negros atendían sus bienes en su ausencia. No les importaba el clima y prosperaban con la horticultura, cultivando melones, calabacines, cohombros, uvas y tabaco, lo que les proporcionaba algún dinerillo. Se casaban entre sí, edificaban sus casas y recibían buen trato de los árabes. Se había manumitido a tantos, que sólo en aquel valle había trece poblados puramente negros.

Comidos el pan y los dátiles, los viajeros subieron por el valle, de unos cuatrocientos metros de anchura, enmarcado por rocas desnudas, encarnadas y negras, con resaltes y aristas cortantes. Así avistaron grupos

de soldados de Faysal y rebaños de camellos que pacían. El guía cambió saludos con ellos y apretó la marcha hacia la aldehuela en que el emir había sentado sus reales. Se componía de un centenar de casas de barro, con huertos lujuriantes. Se habían edificado sobre montones de tierra de seis metros de altura, que se formaron cuidadosamente, capazo tras capazo, durante generaciones. Aquello las convertía en islas en la estación de las lluvias, cuando el agua se deslizaba entre ellas. En la aldea en donde habían estado poco antes había decenas de islas como aquéllas, pero habían sido arrastradas a cientos y sus ocupantes se ahogaron en

el chubasco diluvial que habían sufrido hacía algunos años: una pared de agua de dos metros y medio de altura recorrió el valle y arrasó cuanto encontró en su carrera. El guía los condujo a uno de aquellos islotes e hicieron arrodillarse los camellos en la entrada del patio de una casa larga y baja. Un esclavo, con una espada de puño de plata en la mano, llevó a Lawrence a otro patio, más interior.

La entrevista con Faysal será más viva si se recurre a las palabras de Lawrence:

«Al fondo del patio, entre

las jambas de una puerta negra, se destacó una figura blanca, que me observó con intensidad. Comprendí inmediatamente que aquél era el hombre que buscaba: el adalid que llenaría de gloria la rebelión árabe. Faysal era, al parecer, muy alto, semejante a una columna, y muy esbelto, con su larga indumentaria de seda blanca y pañuelo de cabeza sujeto con un brillante cordón escarlata y oro. Tenía los párpados caídos, y su barba negra y semblante pálido eran como una máscara comparados con la extraña

actitud, tranquila y vigilante, de su cuerpo. Tenía las manos cruzadas delante de él, sobre la daga.

”Le saludé. Se apartó para que entrase en la habitación y se sentó en una alfombra contigua a la puerta. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Vi que el cuartito contenía muchas figuras silenciosas, que contemplaban con fijeza a él o a mí. Faysal se estuvo quieto, mirándose las manos, que recorrían despacio el contorno de la daga. Por fin, preguntó con voz suave cómo me había

ido el viaje. Me referí al calor, y se interesó sobre el tiempo que habíamos tardado en llegar desde Rabig. Al oír mi respuesta, comentó que habíamos cabalgado muy de prisa dada la estación en que estábamos.

” —¿Te gusta nuestro Wadi Saфра?— dijo.

” —Sí, pero está lejos de Damasco.

”La frase cayó como una espada en la habitación. Hubo un estremecimiento. Después, todos los presentes se irguieron en su sitio y retuvieron el

aliento. Algunos, quizá, pensaron en el triunfo lejano; otros, quizá, lo interpretaron como una referencia a su última derrota. Faysal levantó, al fin, los ojos hacia mí y dijo sonriendo:

” —¡Alabado sea Dios! Tenemos turcos más cerca.

”Todos sonreímos con él. Me levanté y rogué que me excusaran de momento».

Tal vez haya lectores que prefieran —¡y bienvenidos sean!— la versión de Lowell Thomas de los mismos hechos:

«Llegado a Chidda, Lawrence logró obtener la autorización del gran jerife Husayn para efectuar un breve viaje en camello, tierra adentro, al campamento de Faysal, su tercer hijo, que se esforzaba por mantener encendido el fuego de la rebelión. La causa árabe parecía perdida. No había balas bastantes para que el ejército se alimentara de carne de gacela, y las tropas se veían reducidas al melancólico yantar de Juan el Bautista: langostas y miel silvestre.

”Tras un intercambio de los

cumplidos orientales de rigor, tras muchas tazas de dulzón café, lo primero que Lawrence preguntó a Faysal fue:

” —¿Cuándo llegará tu ejército a Damasco?

”La pregunta disgustó claramente al emir, que miró por la entrada de la tienda a las maltrechas y sucias reliquias de la hueste paterna.

” —¡In sha-Allah! — profirió, atusándose la barba—. ¡No hay poder ni gloria sino en Allah, supremo y grande! Quiera Él mirar con favor nuestra causa. Temo que las

puertas de Damasco se hallan al presente más lejos de nuestro alcance que las del paraíso. Si Allah quiere, nuestro próximo acto será atacar a la guarnición turca de Medina, donde espero liberar la tumba del profeta del poder de nuestros enemigos».

VII

Lawrence fue a ver a los artilleros egipcios. Los encontró desanimados. Su pueblo era muy casero, y a pesar de combatir a los turcos, sentían cierta afinidad con ellos, puesto que se hallaban entre beduinos, a los que consideraban salvajes. Los oficiales británicos les habían enseñado a ser marciales, limpios y decorosos, a plantar sus tiendas de modo ordenado y a saludar con garbo. Los árabes se reían de ellos por tales cualidades y estaban disgustados. Luego tuvo una larga entrevista con Faysal y su ayudante,

Mawlud, que había sido oficial en el ejército otomano y degradado dos veces por hablar de la libertad árabe. Los ingleses le habían capturado cuando mandaba un regimiento de caballería turca en Mesopotamia. En cuanto se enteró de la rebelión del jerife, se ofreció voluntario para combatir a los otomanos y arrastró a otros oficiales, compatriotas suyos, con él. Se quejó, con frases amargas, de que se descuidara tanto a los sublevados: el jerife les enviaba treinta mil libras mensuales para gastos, pero no suficientes fusiles, municiones, cebada, arroz y harina de trigo, y carecían de ametralladoras, artillería de montaña,

ayuda técnica e información. Lawrence le atajó diciendo que su visita se debía al propósito de saber y enterar a los británicos de Egipto de cuáles eran sus necesidades, pero antes tenía que conocer exactamente la marcha de la campaña. Faysal le expuso la historia de la rebelión desde el principio, como se ha referido en un capítulo anterior, y mencionó, maliciosamente, entre otros hechos, que, en la lucha contra las avanzadillas turcas, que acostumbraba cumplirse de noche porque entonces la artillería enemiga estaba a ciegas, el combate se iniciaba con maldiciones, insultos y palabrotas. La lid fraseológica llegaba al apogeo cuando los

adversarios, frenéticos, llamaban ingleses a los árabes, y éstos los denominaban alemanes. No había alemanes en la provincia santa y Lawrence era el primer inglés que ponía el pie en ella; pero la injuria definitiva daba la señal para la lucha cuerpo a cuerpo. Lawrence se interesó por los proyectos de Faysal, quien le contestó que, hasta que cayera Medina, tendrían que estar en guardia, porque el enemigo se proponía sin duda alguna reconquistar La Meca. No pensaba que sus fuerzas se contentasen con defender la región montañosa, interpuesta entre Medina y Rabig, con el mero expediente de no moverse y tirotear desde las alturas. Si

los turcos se movían, él lo haría también. Era partidario de atacar Medina por los cuatro lados a la vez con otros tantos contingentes de gente de las tribus, que él y sus tres hermanos encabezarían. Fuese cual fuere el resultado, el ataque interrumpiría la marcha sobre Medina y su padre tendría tiempo de armar y adiestrar tropas regulares.

Porque sin tropas regulares resultaba imposible guerrear de manera continua contra los otomanos. Nadie convencería a los hombres de las tribus de que abandonasen a sus familias más de un par de meses, de vez en cuando, y no tardarían en hastiarse de la guerra, si no

había ocasión de cargar en camello y saquear. Faysal habló bastante y Mawlud, que se agitaba inquieto, gritó:

—No escribas un cuento para nosotros. Lo único que debe hacerse es pelear y pelear y matarlos. Dame una batería de cañones de montaña y ametralladoras, acabaré esta guerra. Hablamos y hablamos, y no hacemos nada.

Faysal estaba agotado de cansancio. Con los ojos inyectados en sangre y las mejillas emocionadas, parecía mucho más viejo de lo que correspondía a sus treinta y un años de edad. No obstante, era alto, apuesto y vigoroso, de cabeza y hombros llenos de dignidad regia, y

graciosos movimientos. Se daba cuenta de tales dones y, por consiguiente, gran parte de sus discursos públicos se basaban en la actitud y el ademán. Sus hombres le veneraban. No vivía más que para cumplir su tarea. Siempre abusaba de sus fuerzas. Refirieron a Lawrence que en cierta ocasión, después de un largo combate, en el que hubo de defender su persona, dirigir las cargas, dominar y estimular a sus tropas, se desplomó víctima de un acceso y hubieron de retirarle inconsciente del lugar del triunfo con espuma en los labios.

A la cena de aquella noche concurrieron jeques de muchas tribus

beduinas, árabes mesopotámicos y mequíes de la familia de Mahoma. Lawrence, que no había revelado quién era sino a Faysal y Mawlud, habló en la lengua arábiga de Siria e introdujo temas de conversación que, por ser excitantes, soltarían las lenguas de los reunidos y sabría qué pensaban. Deseaba comprobar su valentía sin pérdida de tiempo. Faysal, que fumaba un cigarrillo tras otro, dominó la discusión incluso en los instantes de mayor acaloramiento y, sin parecerlo, se impuso a los oradores. Lawrence habló con pesar de los sirios ejecutados por los turcos por predicar la libertad. Los jeques replicaron sin morderse la

lengua: les había estado bien empleado por intrigar con los franceses e ingleses. Si los turcos hubiesen sido derrotados, habrían aceptado a los británicos o los franceses en su lugar. Faysal sonrió, casi guiñó el ojo al joven, y declaró que, bien que se enorgullecerían de aliarse con los ingleses, los árabes tenían miedo de una amistad tan poderosa, que podía ahogarlos a fuerza de atenciones. Lawrence contó entonces que el hijo del guía, durante la jornada desde Rabig, se había quejado de los marineros británicos que había en aquella ciudad. Bajaban a tierra a diario. Pronto, afirmó el muchacho, pasarían la noche en ella, se establecerían y se adueñarían de todo

el país. Después se refirió a los millones de ingleses que combatían en Francia, sin que los franceses temieran que se quedasen para siempre. (En realidad, aquello no era exacto: los aldeanos de Francia sentían el mismo temor; pero Lawrence no había luchado en aquella nación). El hijo del guía le preguntó con desdén si se atrevía a comparar Francia con la provincia santa.

Faysal meditó lo que había oído, y acabó por expresar que, a fin de cuentas, los británicos habían ocupado el Sudán, a pesar de haber dicho que no les interesaba; tal vez lo repitieran en Arabia, aun cuando no les interesase.

Tenían hambre de tierras desiertas, para mejorarlas y explotarlas: quizá un día les tentase Arabia. Pero la idea inglesa del bien y la idea árabe del bien podrían diferir, y el bien impuesto podía arrancar a la gente los mismos gritos de dolor que el mal impuesto. Faysal era educado, pero sorprendió a Lawrence la percepción que aquellos jeques, hasta los más desharrapados y sucios, tenían del concepto de la libertad nacional. La libertad era ideal totalmente nuevo en el país, uno que a duras penas pudieron enseñar los habitantes cultos de La Meca y Medina. Por lo visto, el jerife había convertido a su noble y santa familia en misioneros de aquel

concepto. Sus palabras tenían mucho peso.

Husayn había tenido asimismo la cordura, pese a su indiscutible piedad islámica, de no introducir la religión en la contienda. Una de sus principales razones personales para declarar la guerra fue que los Jóvenes Turcos eran irreligiosos; pero comprendió que aquello no convencería a las tribus. Sabían que sus aliados, los británicos, eran cristianos. «Los cristianos combaten a los cristianos. ¿Por qué no lucharán los musulmanes contra los musulmanes? Queremos un gobierno que hable como nosotros y nos deje vivir en paz. Y odiamos a los turcos». No les

preocupaba la cuestión de cómo se administraría el imperio árabe cuando terminase el otomano. Concebían el mundo arábigo como una confederación de tribus independientes, y si intervenían en la liberación de Bagdad y Damasco, sería sólo para conceder a esas ciudades el don de la libertad como miembros nuevos de la familia árabe. Si el jerife optaba por llamarse emperador de Arabia, que lo hiciera, pues sería sólo un título con que impresionar al resto del mundo. Aparte la desaparición de los turcos, todo seguiría en el país como antes.

Lawrence madrugó y se paseó entre las tropas de Faysal. Ansiaba

comprobar si eran buenos combatientes con el mismo método que había empleado la noche precedente con sus jefes. No le sobraba el tiempo y tuvo que fiarse de la observación sobre todo. Los síntomas más tenues serían incluso útiles para el informe destinado a Egipto, que acaso lograra despertar la confianza en la rebelión que él siempre había tenido. Los hombres le acogieron con alegría, tumbados a la sombra de una mata o una roca. Le embromaron por su uniforme caqui, confundiéndole con un desertor turco. Era gente dura, cuyas edades oscilaban entre los doce y sesenta años, de cara muy morena; algunos parecían medio negros.

Delgados, pero vigorosos y activos, podían recorrer montados inmensas distancias un día tras otro, correr descalzos por la arena abrasadora y las rocas sin manifestar dolor, y trepar a los montes abruptos. Vestían en general camisa suelta —algunos pantalones cortos bajo ella— y todos llevaban en la cabeza un gran pañuelo, casi siempre encarnado, que les servía de toalla, moquero y bolsillo. Cruzaban su pecho varias cananas, y disparaban los fusiles para divertirse al más mínimo pretexto. Estaban muy animados y ansiaban que la guerra durase una década. El jerife alimentaba tanto a ellos como a sus familias, y les entregaba una soldada de

dos libras mensuales y cuatro más por aportar su camello.

Había con Faysal ocho mil hombres, de los cuales ochocientos eran camelleros. Los demás procedían de las montañas. Servían sólo bajo los jefes de su tribu, y únicamente en las inmediaciones de su territorio tribal; cada uno cuidaba de su alimentación y transporte. Los jeques disponían de sendas compañías de un centenar de guerreros. Si se usaban fuerzas más numerosas, los mandaba un jerife, o sea un descendiente del profeta, la dignidad del cual le encumbraba por encima de las rivalidades tribales. Las venganzas de sangre entre los clanes se suponían

interrumpidas por la guerra nacional. Se suspendieron, al menos. Los Billi, Chuhayna, Atayba y otras tribus se unieron por primera vez en la historia de Arabia. Sin embargo, los miembros de una rehuían a los de la otra, y hasta en el interior de la misma nadie confiaba en su vecino, pues había también deudas de sangre entre clan y clan, y familia y familia; y aunque todos aborrecían a los turcos, las reyertas familiares podían resolverse durante un ataque violento, en el que era imposible seguir el rastro a todas las balas disparadas.

Lawrence decidió que, no obstante lo que había afirmado Faysal, la gente de las tribus no era útil más que para la

lucha irregular y la defensa. Les gustaba saquear. Levantarían los raíles de la vía férrea, robarían caravanas y se apoderarían de camellos, pero eran en exceso independientes para combatir bajo un mando único. El hombre que lucha bien solo suele ser «mal soldado» desde el punto de vista del ejército, y parecía absurdo intentar disciplinar a aquellos héroes salvajes. Pero si recibían Lewis (ametralladoras ligeras semejantes a rifles corpulentos), tal vez defendieran con acierto los montes, mientras se formaba un ejército regular en Rabig. Ya se creaba al mando de otro desertor árabe de las fuerzas turcas, un ordenancista llamado Aziz al-Masri. En

los campos de prisioneros británicos de Egipto y Mesopotamia había centenares de sirios y mesopotámicos que podrían presentarse voluntarios para guerrear contra los turcos, si se les invitaba. Como la mayor parte era ciudadanos y, por lo tanto, menos independientes, proporcionarían buen material a Aziz. Mientras los beduinos hostigaban a los otomanos con incursiones y golpes de mano, esa fuerza regular podría encargarse de la lucha regular. En cuanto al peligro inmediato de un avance a través de los montes, Lawrence había comprobado cómo era aquella región. Los únicos pasos los ofrecían los valles, llenos de sinuosidades y recodos, entre

paredes precipitosas, ora de ciento veinte metros de ancho, ora de seis. Y los beduinos eran magníficos tiradores. Doscientos podían frenar a un ejército. Los turcos no pasarían a menos que mediase una traición en las filas árabes, y, aunque mediase, no sería seguro. Jamás sabrían si los beduinos se levantarían detrás de ellos. Y custodiar todos los pasos significaría llegar a la costa con un puñado de hombres.

Había una dificultad, la única: la artillería aterrorizaba aún a los árabes. Se acostumbrarían a ella, pero, en aquel instante, el estampido de un obús los desperdigaba a kilómetros a la redonda en busca de resguardo. No temían ni las

balas ni la muerte, pero morir bajo la artillería era demasiado para su imaginación. Había, pues, que conseguir piezas artilleras, útiles o inútiles, pero estrepitosas, para el bando musulmán. Desde Faysal al combatiente más joven sólo se hablaba en el campamento de una cosa: artillería, artillería, artillería. Cuando dijo a los hombres del emir que se desembarcaban en Rabig piezas que disparaban obuses tan gruesos como el muslo de un hombre, hubo una alegría inenarrable. Los cañones, desde luego, no se emplearían militarmente. Al contrario. Los árabes luchaban mejor en orden disperso. Si obtenían las piezas, se apretujarían buscando su protección,

y una acumulación de guerreros sería batida incluso por unas pocas compañías turcas. Sólo que, si no recibían cañones, se retirarían a sus tierras y la rebelión acabaría. La artillería, por lo tanto, era el único problema, y la rebelión lo único verdadero, el encendido entusiasmo de toda una provincia.

VIII

Lawrence habló de nuevo con Faysal y le prometió hacer todo lo que pudiera. Se desembarcarían suministros para su uso exclusivo en Yanbu, a unos doscientos kilómetros al norte de Rabig, y alrededor de ciento doce de donde se hallaba entonces, en Hamra. Procuraría sacar más voluntarios de los campos de prisioneros, a los que se adiestraría como artilleros y ametralladores. Obtendrían todos los cañones de montaña y armas automáticas ligeras que no se necesitasen en Egipto. Por último, solicitaría oficiales británicos, unos

cuantos expertos con conocimientos técnicos, para que le sirvieran de asesores y le tuvieran en contacto con El Cairo. Faysal le dio las gracias cordiales y le pidió que regresase pronto. Shaw repuso que sus obligaciones en Egipto le impedían intervenir en la lucha; quizá sus jefes le permitirían visitar más tarde al emir, cuando se hubiesen satisfecho sus necesidades y la situación mejorase. Mientras tanto, debía ir a Yanbu y El Cairo sin dilación.

Faysal le asignó una escolta de catorce nobles de la tribu de los Chuhayna. Partió al atardecer. La misma tierra desolada, pero más abrupta, de

valles someros y colinas de lava, y, por último, una gran extensión arenosa hacia el mar distante. A la derecha, a treinta y dos kilómetros, el gran Chabal Rudwa, uno de los montes más altos del país, se erguía verticalmente en la llanura. Lawrence lo había contemplado desde ciento veinte kilómetros, en la aguada en que Alí ibn al-Husayn y su primo habían abrevado sus monturas. En Yanbu, se albergó en la casa del agente de Faysal y escribió su informe mientras esperaba el barco que le transportaría. La embarcación apareció a los cuatro días. La mandaba el capitán Boyle, que había colaborado en la toma de Chidda. Le disgustó Lawrence a simple vista,

porque llevaba un pañuelo en la cabeza como los nativos, prenda impropia de un soldado. Con todo, le transportó a Chidda, donde encontró a *Sir* Rosslyn Wemyss, almirante de la armada del mar Rojo, que se disponía a zarpar hacia el Sudán.

La flota de Wemyss había sido muy útil al jerife. Le concedió cañones, ametralladoras, partidas de desembarco y todo género de ayuda. En cambio, el ejército de Egipto nada hacía en pro de la rebelión. El único apoyo militar salió del ejército egipcio autóctono, las solas fuerzas que dependían del alto comisario. Lawrence navegó con el almirante hasta Port Sudán, donde

encontró a dos oficiales ingleses del contingente egipcio que mandarían a los soldados de la misma nacionalidad que estaban con el jerife, y adiestrarían las fuerzas regulares que se creaban en Rabig. De uno, Joyce, volveremos a hablar; el otro, Davenport, hizo mucho por el ejército árabe, pero, por trabajar en el teatro meridional de los acontecimientos, no estuvo con Lawrence en la campaña del norte. En Jartum, habló con el general en jefe del ejército egipcio, que días después fue nombrado alto comisario de Egipto. Antiguo creyente en la rebelión, se alegró de conocer las noticias esperanzadoras de que Lawrence era

portador. Éste fue a El Cairo acompañado de los buenos deseos del general.

En la capital egipcia se discutía con ardor la posibilidad de un avance turco contra La Meca. La cuestión era si debía enviarse a aquella ciudad una brigada aliada. Ya habían partido aeroplanos hacia ella. Los franceses anhelaban que se diera aquel paso. Su representante en Chidda, un coronel, había llevado recientemente a Suez, para tentar a los británicos, artillería, ametralladoras, caballería e infantería musulmanas de la colonia de Argelia, al mando de oficiales franceses. Casi se había determinado enviar con ellos tropas

inglesas a Rabig, bajo la autoridad del coronel galo. Lawrence se dispuso a interrumpir aquella operación. Dirigió al cuartel general un enérgico informe, según el cual las tribus árabes eran capaces de defender los montes interpuestos entre Medina y Rabig, si se les suministraban piezas de artillería y consejos; en cambio, escaparían a sus tiendas si se enteraban del desembarco extranjero. Además, durante su viaje, se había enterado de que la carretera de Rabig, la más utilizada, no era la única vía de comunicación con La Meca. Los turcos podían atajar utilizando pozos que ningún informe había mencionado, y soslayar Rabig. Por lo tanto, una brigada

resultaba inútil desde cualquier punto de vista. Acusó al coronel francés de tener motivos especiales (no militares) para desembarcar sus tropas, y de intrigar contra el jerife y los británicos. Y demostró lo que aseveraba con pruebas fehacientes.

El general en jefe del ejército británico se alegró del informe de Lawrence, porque no deseaba cooperar en una acción secundaria y más bien teatral. Convocó a Lawrence. El jefe del estado mayor se apartó con él, le habló en tono amistoso y protector de temas sin importancia, y de qué estupendo era que hubiese estado en Oxford un año — pensaba, evidentemente, que su

subordinado era un jovenzuelo que había abandonado la universidad en el primer curso para incorporarse a las fuerzas armadas—, y le rogó que no espantase ni animase al general en jefe a mandar tropas a Rabig, porque no tenían hombres que malgastar en operaciones triviales. Lawrence accedió con la condición de que el jefe de estado mayor se encargaría de enviar, por lo menos, pertrechos, armamentos y algunos oficiales expertos. Cerraron el trato y lo cumplieron. Divirtió mucho a Lawrence el cambio de actitud de la plana mayor. Ya no era un cachorro petulante, sino un capitán valiosísimo, muy inteligente, que escribía con

mordacidad. Todo porque, ¡oh, maravilla!, su opinión de la rebelión les convenía. Se cuenta que se preguntó al general en jefe, después de la entrevista, qué le parecía Lawrence. Se limitó a contestar:

—Sufrió un desengaño. No se presentó con zapatillas de *ballet*.

El jefe del Arab Bureau, al que se transfirió el joven, era hombre amistoso. Le dijo que debía ser el consejero militar de Faysal. Lawrence protestó que no era militar por vocación, que rehuía las responsabilidades y que Londres no tardaría en enviar oficiales de carrera para que dirigiesen la guerra con eficacia. Se prescindió de sus

protestas. Los oficiales de carrera posiblemente no llegarían hasta que hubieran transcurrido meses y, mientras tanto, un inglés responsable había de asistir al emir. Por consiguiente, cediendo a otros sus tareas cartográficas, su *Arab Bulletin* (crónica secreta de los progresos del movimiento revolucionario) y sus informes sobre el paradero de las divisiones turcas, se aprestó a desempeñar un papel por el que no sentía la menor inclinación.

IX

En diciembre, efectuó la travesía a Yanbu, que, por su consejo, se había convertido en base de entrega de los suministros destinados al ejército de Faysal. Encontró en la población al capitán británico Garland, de los Royal Engineers, enseñando a los árabes a emplear dinamita para destruir vías férreas. Garland hablaba perfectamente el árabe y dominaba el modo más rápido para instruir y destruir. Lawrence aprendió de él a no temer el poderoso explosivo. Garland se metía en el bolsillo detonadores, mecha y todo lo

demás, saltaba a su camello y emprendía un viaje de una semana hacia el ferrocarril de los peregrinos. A causa del mal estado de su corazón, enfermaba cada dos por tres, pero se reía tanto de su salud como de los detonadores, y siguió adelante hasta que logró que descarrilase el primer convoy otomano y volase por el aire el primer puente. Falleció poco después.

La situación general era entonces la siguiente: las tribus adelantadas en aquella parte de Medina sometían los turcos a presión y enviaban a diario a Faysal sus capturas, tanto camellos y fusiles como prisioneros y desertores, por los cuales el emir pagaba una

cantidad convenida. Su hermano Zayd ocupaba posiciones en el territorio de los Harb, en tanto que vigilaba las tribus que cubrían a Yanbu. Su hermano Abd Allah se había desplazado desde La Meca al este de Medina, y a fines de noviembre de 1916 interceptaba ya el envío de víveres a la ciudad desde los oasis centrales. Sólo podía bloquear Medina, y no atacar a la vez con Faysal, Alí y Zayd, pues disponía únicamente de tres ametralladoras y diez cañones de montaña, casi inútiles, que había tomado a los otomanos en al-Taif y La Meca. Habían llegado a Rabig cuatro aeroplanos británicos y veintitrés piezas de artillería, casi todas anticuadas y de

catorce modelos distintos, pero piezas artilleras al fin y al cabo. Allí tenía tres mil infantes árabes, de los cuales dos mil pertenecían a la tropa regular que Aziz instruía, y, además, novecientos camelleros y trescientos soldados del ejército egipcio. Faysal, en Yanbu, organizaba aldeanos, esclavos y pobres en batallones, imitando el modelo de Aziz. Garland daba en la misma población clases de bombardeo, disparaba armas de fuego, y reparaba ametralladoras, ruedas, armones y los fusiles de todo el mundo.

Lawrence había pensado atacar ante todo a al-Wachh, gran puerto situado a trescientos veinte kilómetros de Yanbu.

Los Billi eran la principal tribu de aquella región; Faysal estaba en relación con ellos, y meditaba solicitar a los Chuhayna, cuyo territorio se hallaba entre las dos ciudades mencionadas, que verificasen una expedición contra al-Wachh. Lawrence se mostró dispuesto a cooperar en el levantamiento de la tribu y a asesorar militarmente. Por lo tanto, se fue en compañía del jerife Abd al-Karim, medio hermano del príncipe de los Chuhayna. Le sorprendió el color de su acompañante, negro como la pez, porque era hijo de una esclava abisinia con la que el viejo emir se casó a edad avanzada. Tenía veintiséis años, era inquieto, activo y muy alegre, y estaba

en buenas relaciones con todos. Odiaba a los turcos, que le despreciaban por su color (los árabes se despreocupaban del colorido africano, pero no del propio de los indios). Era jinete famoso. Se enorgullecía de efectuar las jornadas en la tercera parte del tiempo invertido por los demás. En aquella ocasión, Lawrence no puso reparos a la marcha viva, porque no le pertenecía el camello que montaba y hacía frío.

Partieron de Yanbu al principio de la tarde a paso rápido, que mantuvieron durante tres horas. Se detuvieron a comer pan y beber café, y Abd al-Karim, que era muy natural, aprovechó la ocasión para luchar a brazo partido

sobre su alfombra con uno de sus hombres. Se sentó agotado. Refirieron cuentos cómicos, y una vez hubieron descansado, se pusieron en pie y bailaron. Hacia el ocaso volvieron a sus cabalgaduras. Una hora de carrera desenfrenada los llevó al límite del terreno llano y a una sierra baja. Los camellos jadeantes caminaron por un estrecho valle tortuoso, lo cual enojó tanto a Abd al-Karim, que, cuando llegaron al cabo de él, en lo alto, hizo galopar a todos colina abajo a velocidad demente, en plena oscuridad. Tardaron media hora en alcanzar la llanura opuesta, donde se hallaban los principales palmerales datilíferos de los

Chunayna meridionales. Se había comentado en Yanbu que los palmerales y al-Najl al-Mubarak, aldea contigua a ellos, habían sido abandonados; pero, al avanzar, vieron el humo iluminado de las hogueras y oyeron el bramido de miles de camellos excitados, griterío humano, disparos de señal y chillidos de mula. Abd al-Karim se alarmó. Entraron en silencio en la aldea, encontraron un patio vacío. Trabaron los camellos y los ocultaron. Después, Abd al-Karim cargó su fusil y fue calladamente al extremo de la calle para averiguar qué sucedía. Sus compañeros aguardaron con ansiedad. Regresó casi en seguida con la noticia de que Faysal había llegado con su

cuerpo de camellos y deseaba ver a Lawrence.

Atravesaron la aldea y encontraron una confusión estrepitosa de hombres y animales. Se abrieron paso entre ellos y, de pronto, estuvieron en el cauce seco, pero aún resbaladizo, de un río, donde el ejército había acampado. Llenaba el valle de parte a parte. Había cientos de hogueras de espinos. Los combatientes comían, preparaban café o dormían unos junto a otros, envueltos en sus mantos. Había camellos por doquier, tumbados o con una pata doblada y atada. Llegaban más, constantemente, y los anteriores brincaban a tres patas, bramando de hambre y espanto. Se descargaban

acémilas, se enviaban patrullas y se encabritaban docenas de mulos egipcios, rabiosos, en medio de aquel tráfago. En lugar tranquilo, en el centro del cauce, Faysal estaba sentado en una alfombra con Mawlud, el patriota mesopotámico, y un primo silencioso, Sharraf, primer magistrado de al-Taif. El emir dictaba a un amanuense arrodillado, y al mismo tiempo escuchaba a otro, que leía los últimos partes a la luz de la lámpara de plata que sostenía un esclavo.

Faysal, sereno como siempre, saludó a Lawrence con una sonrisa, porque estaba dictando, como se ha dicho. Luego, pidió perdón por la confusión reinante e indicó a los esclavos con un

ademán que retrocedieran, para hablarle en privado. Los siervos y mirones se retiraron, mas en aquel instante irrumpió un camello, pateando y bramando furioso, a través del círculo. Mawlud se lanzó a su cabeza para retenerle y el animal le arrastró, se desató la carga y un alud de pienso se volcó sobre la lámpara, Lawrence y el magistrado de al-Taif.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Faysal sin alterarse—. Menos mal que no es manteca o sacas de dinero.

A renglón seguido, refirió lo que había acontecido en las veinticuatro horas precedentes.

Una nutrida columna otomana se

había deslizado por detrás de la barrera de los hombres de los Harb, que custodiaban el valle en que Lawrence había conocido al emir, y cortado su retirada. Los guerreros más alejados se espantaron; en vez de contener al enemigo disparando desde las alturas, huyeron en parejas y en tríos para salvar a sus familias antes de que fuese demasiado tarde. Turcos montados se precipitaron valle abajo hacia el cuartel de Zayd y casi le sorprendieron dormido en su tienda. Consiguió frenar el ataque, mientras sus tiendas y bagaje se colocaban a lomos de camello y se retiraban. Se puso a salvo. Su ejército se transformó en multitud caótica. Huyó

precipitadamente hacia Yanbu, que se hallaba a tres días de viaje, por la carretera que había al sur del camino que Lawrence había recorrido.

Faysal, enterado de tales sucesos, se abalanzó a proteger la carretera principal de Yanbu, que quedó abierta. Había llegado allí una hora antes que Lawrence. Tenía cinco mil hombres y los artilleros egipcios; y los otomanos tal vez tres o cuatro mil. Mas su sistema de información se desorganizaba —los espías de los Harb llevaban noticias tan desatentadas como contradictorias—, y no sabía si los otomanos atacarían Yanbu o no lo harían, o si asaltarían Rabig, a ciento noventa y tres kilómetros

costa abajo, y se dirigirían a La Meca. Lo mejor que podía ocurrir sería que, enterados de la presencia de Faysal, se propusieran atacar su ejército (así lo habrían aconsejado los libros de texto de estrategia militar), con lo que Yanbu dispondría de tiempo para ofrecer adecuada resistencia.

Esperando en su alfombra, hacía lo que podía. Escuchó las noticias, contestó a todas las peticiones y resolvió todas las quejas y dificultades que le presentaban. Aquello duró hasta las cuatro y media de la mañana. Hizo entonces mucho frío en el húmedo valle. Se levantó una niebla que empapó la ropa de todo el mundo. El campamento

se aquietó poco a poco, y comenzó a descansar. Faysal finalizó el trabajo más urgente, y él y sus acompañantes, comidos unos dátiles, se enroscaron en la alfombra mojada y se durmieron. Lawrence, que tiritaba, vio que la guardia del emir se acercaba sigilosamente y le cubría con sus capas, en vista de que se había dormido. Despierto, no habría aceptado aquel lujo.

Una hora más tarde, los jefes se incorporaron entumecidos y los esclavos encendieron un fuego de nervaduras de palma. Comparecían aún mensajeros de todas partes con rumores de un ataque inmediato, y el campamento se hallaba

al borde del pánico. Faysal optó por ponerse en marcha, tanto para evitar una avalancha, si llovía en los montes, como para aliviar la tensión general. Retumbaron los tambores y los camellos se cargaron precipitadamente. Al segundo redoble, todos se acomodaron en las sillas y se apartaron a derecha e izquierda, formando un amplio pasillo que recorrió Faysal, caballero en su yegua; le escoltó su primo a cortés distancia. Siguió a éste un abanderado, de aspecto fiero, cara de halcón y largas trenzas negras a ambos lados del rostro; vestía colores brillantes e iba en un camello muy alto. Echó tras él una guardia de corps de ochocientos

miembros. El emir eligió un terreno excelente para acampar, no muy lejos de allí, al norte de la aldea de las palmeras datilíferas.

Durante dos días, Lawrence observó de cerca el método de Faysal para aplacar a aquel ejército tan desconcertado. Restauró el ánimo perdido con su valor tranquilo y escuchó las peticiones que se le formularon. No interrumpió a los hombres siquiera cuando expresaron su trastorno en verso y cantaron largas estrofas junto a su tienda. Su gran paciencia enseñó muchas cosas a Lawrence. El dominio que el emir tenía de sí mismo era también considerable. Llegó uno de los notables

de Zayd y relató la vergonzosa historia de su huida. Faysal se rió de él en público y le hizo esperar, mientras recibía a los jeques de los Harb y los Agayl, cuyo descuido había permitido el paso de los turcos y casi se había producido un desastre. No les reprochó, sino les dio gracias por su espléndida hazaña y por las espléndidas bajas que había sufrido. Hecho esto, llamó al mensajero de Zayd y cerró la entrada de la tienda, indicando que se discutiría algo privado.

Recordó Lawrence que el nombre de Faysal significaba «la espada que destella al golpear», y temió que hubiese una escena violenta; pero el emir hizo

espacio en la alfombra para que se acomodase el mensajero y dijo:

—¡Ea! Explícanos algo más de tu diversión de las Mil y Una Noches. Diviértenos.

El enviado, comprendiendo el sentido de la broma, describió al joven Zayd fugitivo, el terror de cierto bandolero famoso que le acompañaba y, lo peor de todo, cómo el venerable padre de Alí al-Husayn había perdido sus cafeteras. ¡Y era uno de los «hijos de Harit»!

La rutina en el campamento de Faysal era muy sencilla. Momentos antes del alba, un individuo, de voz poderosa y ruda, el almuédano del ejército,

ascendía a un otero que dominaba a las tropas dormidas y profería una formidable llamada a la oración, que reverberaba en todo el valle. Así que concluía, el almuecín de Faysal hacía lo mismo, con más suavidad, al pie de la tienda. Más tarde, cinco esclavos (en realidad, libertos que querían continuar sirviéndole como si lo fueran) distribuían a Faysal y sus invitados tazas de café muy dulce. Más o menos una hora después, se alzaba el faldón de la tienda del emir, señal de que recibiría visitas privadas. Acudían cuatro o cinco. Oídas las noticias, llegaba el desayuno, que consistía sobre todo en dátiles. A veces, la abuela circasiana de

Faysal enviaba desde La Meca sus célebres galletas especiadas; otras, un esclavo preparaba bizcochos. Terminado el desayuno, circulaban tacitas de té verde parecido a jarabe y de café amargo, en tanto que el emir dictaba cartas a su secretario. La tienda en que dormía era de tamaño y calidad ordinarios; contenía sólo una cama de campaña, cigarrillos, dos esteras y una alfombrilla de rezos.

Sobre las ocho de la mañana, el emir se ceñía la daga de ceremonias y se trasladaba al amplio pabellón de recepciones, que tenía un lado abierto. Se sentaba al fondo, y los personajes de su ejército se distribuían a los lados,

adosándose a los faldones de la tienda. Los esclavos organizaban la multitud de pedigüños y querellantes. La audiencia solía terminar al mediodía.

Faysal y su casa, en la que figuraba Lawrence, iban al segundo pabellón privado, en el que se hacía vida y se comía. El emir era parco en el comer y fumaba mucho. Simulaba atarearse con las judías, lentejas, arroz o pastelillos, hasta que juzgaba que sus huéspedes habían satisfecho su apetito. A un ademán suyo, se retiraba el servicio, y los esclavos lavaban las manos de los comensales, pues los beduinos comen con ellas. Se charlaba y se bebía té y café. Faysal se retiraba a su tienda hasta

las dos, cerrándola en señal de que no habían de molestarle; luego volvía al pabellón de las audiencias para cumplir funciones iguales a las ya descritas. Jamás vio Lawrence que un hombre se fuera insatisfecho o enojado; y eso implicaba no sólo tacto, sino memoria excelente. Al pronunciar una sentencia, el emir debía recordar quién era el visitante, cuál su parentesco de cuna o por matrimonio, cuáles sus posesiones, cuál su carácter y cuáles su historia y las deudas de sangre de su familia y su clan. Y nunca se equivocaba. Hecho lo anterior, si había tiempo, se paseaba con sus amigos, con los que hablaba de caballos o plantas, examinaba camellos

o preguntaba los nombres de las rocas, cimas, etc., de las inmediaciones.

Se rezaba a la puesta del sol. Tras ello, Faysal estudiaba en la tienda doméstica las patrullas e incursiones nocturnas. Se cenaba entre las seis y las siete, más o menos lo mismo que en la comida, salvo los cubos de cordero hervido que se mezclaban en la gran azafata del arroz. No se hablaba hasta haber acabado el yantar. Así concluía el día, con algún que otro vaso de té. Faysal se acostaba muy tarde y jamás apremiaba a sus huéspedes para que fuesen a descansar. Dedicaba la noche al ocio, siempre que podía. Llamaba a algún jeque local para que explicase

hechos de la historia de su tribu; o los poetas beduinos cantaban largas composiciones épicas, que, cambiando sólo algunos nombres, pertenecían a todos los clanes. El emir, que veneraba la poesía árabe, a menudo provocaba competiciones, criticando y recompensando los mejores versos de la noche. En poquísimas ocasiones jugaba al ajedrez —que los musulmanes habían introducido en Europa—, pero lo hacía con veloz brillantez. A veces hablaba de lo que había visto en Siria, de detalles de la historia otomana secreta y de los asuntos de su familia. De ese modo Lawrence aprendió mucho sobre las personas y los bandos árabes, saber que

le fue muy útil posteriormente.

Faysal le preguntó si accedería a vestirse como él mientras estuviese en el campamento. La indumentaria era más cómoda y más conveniente, porque los hombres de las tribus no conocían más uniforme caqui que el de los otomanos, y siempre que entraba en su tienda y había gente que no le conocía, tenía que dar explicaciones. Lawrence se alegró de hacerlo. El esclavo de Faysal le puso un espléndido vestido de boda de seda blanca, bordado en oro, que recientemente había enviado a su señor, tal vez como una indirecta, una tía abuela de La Meca. Aquella indumentaria no era una novedad para el

joven. La había usado frecuentemente en Siria antes de la guerra.

X

Lawrence decidió regresar a Yanbu a fin de organizar la defensa, porque la detención de Faysal sería breve. Los turcos, indefensos los montes, podrían atacar cuando se les antojase y estaban mucho mejor armados y adiestrados que los beduinos del emir. Por tanto, éste le cedió una magnífica camella baya, y montado en ella eligió un itinerario más septentrional, con el objeto de esquivar las patrullas enemigas que, según se informaba, habían aparecido en la carretera que le había llevado hasta allí. Llegó a Yanbu poco antes del amanecer,

a tiempo de asistir a la entrada de la hueste derrotada de Zayd, unos ochocientos camelleros, en silencio y, por lo visto, sin vergüenza. El propio Zayd fingió estar menos preocupado que nadie por el descalabro. Mientras desfilaba, dijo al gobernador: «¡Vaya! Tu ciudad está semiarruinada. Telegrafiaré a mi padre que nos envíe cuarenta albañiles para reparar los edificios públicos». Y lo hizo. Lawrence cablegrafió al capitán Boyle, en Chidda, que Yanbu peligraba y el oficial respondió que se presentaría en seguida con su flota. Hubo otras malas noticias. Habían atacado a Faysal antes de que sus fuerzas se hubieran rehecho

de su espanto. Tras un breve combate, retrocedía hacia Yanbu. Parecía que había llegado el fin de la lucha y de la rebelión. Faysal llevaba dos mil hombres. Lawrence se percató instantáneamente que faltaban los Chuhayna. Quizá había habido una traición, lo que ni Lawrence ni Faysal habían imaginado posible tratándose de aquella tribu.

Lawrence, muerto de cansancio por haber dormido muy poco durante tres días, corrió a ver al emir y se enteró de lo acontecido. Los turcos habían embestido desde el sur, amenazando aislar a Faysal de Yanbu. Los guió un jefe de los Chuhayna, legislador

hereditario de la tribu, que tenía cuestiones pendientes con el príncipe de la misma. Dispararon siete cañones contra el campamento de Faysal, que no se arredró, sino se mantuvo quieto, y envió a los Chuhayna al gran valle de la izquierda, para que sorprendieran el ala derecha otomana. Apuntó luego a los artilleros turcos a mano diestra y bombardeó con sus dos piezas el palmeral, en el que se había escondido el centro turco. Los cañones, regalo de Egipto, eran vetustos, pero suficientes, así se creyó, para los beduinos, lo mismo que los sesenta mil fusiles, también regalados, que el ejército británico habían condenado por inútiles

después de su uso y abuso en los Dardanelos.

Un sirio, Rasim, que había mandado una batería otomana, los utilizaba sin puntos de mira, calculador de distancia, tablas de tiro ni explosivos potentes. Los alimentaba con granadas rompedoras, reliquia de la guerra de los bóers, con los pistones de cobre verdes de orín. Los que estallaban caían cortos. Rasim no podía servirse de otro modo de la munición, de suerte que hizo fuego con enorme rapidez, riéndose a carcajadas de aquella forma de hacer la guerra. Los beduinos estaban muy impresionados por el ruido, el humo y las risotadas del artillero. Uno profirió:

«¡Dios mío! Ésos son cañones de veras. ¡Qué ruido hacen!». Rasim juró que los turcos morían a racimos. Los árabes cargaron entusiasmados. Faysal esperaba una importante victoria, cuando de repente, los Chuhayna, a la izquierda, dirigidos por su príncipe y Abd al-Karim, su hermano, vacilaron, dieron media vuelta y volvieron al campamento. La batalla estaba perdida. Ordenó a Rasim que salvase, por lo menos, las piezas, y el sirio las unció al tiro y trotó en derechura de Yanbu. Corrieron en pos de él el centro y la derecha. Faysal y su guardia de corps cerraron la retaguardia, y dejaron que la tribu desleal cuidara de sí misma.

Durante el relato, y mientras Lawrence se unía a la maldición general contra el príncipe de los Chuhayna y su hermano, hubo un revuelo en la entrada y apareció nada menos que el mismísimo Abd al-Karim. Besó el cordón del tocado de Faysal y se sentó. El emir le miró atónito y balbució: «¿Cómo?». El recién llegado respondió que los Chuhayna se habían desanimado con la súbita retirada de Faysal, que dejaba a él y a su hermano para que luchasen a solas durante la noche, sin artillería. Sus valerosos guerreros resistieron hasta que los expulsó del palmeral la superioridad numérica del adversario. La mitad de la tribu se dirigía allí con su

príncipe, y la otra mitad se había encaminado al interior, en busca de agua.

—¿Por qué retrocedisteis hasta el campamento, hasta detrás de nosotros, durante la batalla? —preguntó Faysal.

—Para preparar una taza de café. Habíamos peleado todo el día y oscurecía. Estábamos cansadísimos y sedientos.

Faysal y Lawrence se echaron a reír, y se fueron a comprobar qué podía hacerse para salvar a Yanbu.

Lo primero que hicieron fue enviar a los Chuhayna al lado de la gente de su tribu, para que hostigaran sin cesar las vías de comunicación turcas con golpes

de mano y tiroteos. El enemigo tendría que dejar muchos soldados en pequeños destacamentos con el fin de defender su suministro, y cuando se presentase en Yanbu, los defensores serían más fuertes que él. Era fácil proteger la ciudad, por lo menos de día. Se hallaba en un arrecife plano de coral, a seis metros sobre el agua, con el mar en dos de sus lados; rodeaba a los otros dos una extensión arenosa llana, que no ofrecía el menor resguardo a los atacantes. Se descargaban cañones de los cinco barcos de Boyle. Los árabes aplaudieron al ver su tamaño y cantidad, y admiraron impresionados la flota. El ejército entero trabajó todo el día, en las

fortificaciones, bajo la dirección de Garland, usando la antigua muralla como lugar que los árabes protegerían bajo el amparo de las baterías navales. Se tendió en el exterior una barrera complicada de alambre espinoso, y las ametralladoras se agruparon en los bastiones de la muralla. Reinaban la excitación y la confianza. Casi todos velaron aquella noche. Lawrence, en cambio, durmió como un tronco en uno de los barcos.

Hubo una alarma a eso de las once. Los escuchas habían encontrado otomanos a unos cuatro kilómetros de la población. Un pregonero alertó a la guarnición y todos ocuparon sus lugares

en la muralla, sin gritar ni disparar. Los reflectores de los barcos, anclados cerca de la ciudad, cruzaron y entrecruzaron sus haces en el llano. La alarma no se concretó en hechos. Al alba se supo que los turcos habían vuelto la espalda, asustados por los reflectores y la iluminación de los buques del puerto, así como por el inusual silencio de los vocingleros árabes. Yanbu se salvó.

Al cabo de unos cuantos días, Boyle dispersó sus barcos con la promesa de regresar con ellos en cuanto se acercaran los otomanos, si lo hacían. Lawrence navegó con él hasta Rabig, donde se encontró con el coronel

francés, que seguía empeñado en desembarcar una brigada mixta de galos y británicos, en socorro de los árabes. Trató de llevar al joven a su terreno. Aseguró que, un vez La Meca estuviera a salvo, habría que apartar a los beduinos de la guerra. Los aliados lucharían con mayor efectividad que ellos. Su plan aparente estribaba en desembarcar la brigada en Rabig, para las tribus, sospechando que Husayn vendía la provincia a ingleses y franceses, dejasen de combatir a su lado. La brigada en cuestión defendería al jerife, y, concluida la contienda, con los otomanos en otros lugares, se confirmaría a Husayn como soberano de

La Meca y Medina en recompensa de su lealtad. La actitud del coronel venía a decir: «Los aliados hemos de mantenernos unidos y ser más listos que estos árabes, salvajes que no merecen consideración alguna de los occidentales».

Lawrence vio su juego con claridad. El francés temía que la rebelión progresara más al norte, hasta Damasco, Alepo y Mosul, y que los árabes las rescataran de los turcos y las retuvieran después de la guerra internacional; eran ciudades que Francia ansiaba agregar a su imperio colonial. Además, en el tratado de Sykes-Picot, pactado entre franceses, británicos y rusos, en 1916,

para dividir el imperio otomano una vez lograda la paz, Francia se había comprometido a establecer en aquellas poblaciones gobiernos musulmanes independientes, bajo su «esfera de influencia», si las liberaban fuerzas árabes, circunstancia que ninguno de los signatarios imaginaba posible entonces. Era cuestión de forma sugerirlo. En aquella época, Lawrence ignoraba la existencia de aquel tratado, que era secreto, pero sospechó del militar galo. No quería abandonar a las tribus en beneficio de la *Entente Cordiale*. El coronel se esforzó por desanimar a Lawrence y Faysal de su proyecto de asaltar al-Wachh, que había

interrumpido el avance turco. Aseguró por su honor de militar (y tenía historial muy distinguido) que sería un suicidio, y lo probó con múltiples razones. Lawrence las desatendió. Estaba convencido de que los árabes podían obtener un triunfo importante y duradero, y al-Wachh era la puerta para alcanzarlo.

Los otomanos, en el entretanto, estaban en un apuro por la constante actividad de los Chuhayna, que, repartidos en pelotones, los atormentaban con ataques inesperados, tiroteos, incursiones y rapiña de suministros. Y los aeroplanos británicos comenzaron a bombardear su

campamento del palmeral de al-Najl al-Mubarak. Determinaron asaltar Rabig. En esta población, Alí, hermano de Faysal, que tenía ya alrededor de siete mil hombres, se preparaba a avanzar contra ellos, y Faysal y Zayd, su hermano menor, planeaban describir un arco detrás de los turcos para encerrarlos en una trampa. Faysal tenía trato difícil con el emir de los Chuhayna, al que había pedido que fuese con él; el jeque se sentía celoso del creciente poder del jerife sobre su tribu. Faysal consiguió ponerla en movimiento sin la colaboración del príncipe y se encaminó hacia el sur para hacer lo mismo con los Harb. Todo marchó a pedir de boca,

hasta que, de pronto, Alí le informó que su ejército había progresado un poco, cuando, oyendo hablar de traición, regresó en desorden a Rabig. Nada podía hacer Faysal, ni siquiera estar seguro de los Harb, propensos a unirse a los otomanos a la menor oportunidad, el territorio de los cuales se extendía al sur de Rabig.

El coronel Wilson, representante de Gran Bretaña en la provincia, fue a Yanbu desde Chidda y le rogó que olvidase a los turcos y atacase a al-Wachh. Su plan consistía en sacar a los Chuhayna y los batallones regulares de Yanbu con tal fin. La flota británica les prestaría todo el apoyo que pudiera.

Faysal comprendió que de aquel modo se tomaría al-Wachh, pero Yanbu quedaría indefensa. Indicó que los turcos aún podían acometer y que el ejército de Alí estaba desmoralizado, tanto que tal vez no defendiera a Rabig, que era la barbacana de La Meca. El coronel Wilson le dio su palabra de que la escuadra la protegería hasta la caída de al-Wachh, y Faysal aceptó. Concebía la embestida contra esta última población como la mejor maniobra de diversión para apartar a los turcos de La Meca. Y se puso en movimiento. Envío a su hermano Abd Allah ametralladoras y suministros, y le pidió que se trasladase a las montañas inexpugnables que había

a noventa kilómetros al norte de Medina, al territorio de los Chuhayna, desde donde podría amenazar la vía férrea y sangrar las caravanas de pertrechos que llegaban del este.

Los turcos avanzaban, mientras tanto, hacia Rabig, pero muy despacio y con bajas humanas y animales causadas por el mucho esfuerzo y la mala alimentación. Perdían por término medio cuarenta camellos diarios. Veinte hombres habían muerto o habían sido heridos por la tribu de los Harb que iban a su zaga. Se hallaban a ciento veintiocho kilómetros de Medina y, como Lawrence había previsto, cada kilómetro de progreso exponía cada vez

más las líneas de comunicación a la acción enemiga. Su marcha se acortó poco a poco hasta que apenas cubrieron ocho kilómetros al día.

Les faltaban unos cincuenta para avistar Rabig cuando se retiraron el 18 de enero de 1917. Los inesperados movimientos de Faysal y Alí devolvieron la expedición a Medina, y en los dos años siguientes, o sea hasta el fin de la Gran Guerra, cuando se rindió la ciudad santa, los turcos estuvieron mano sobre mano en las trincheras, esperando una acometida que jamás se produjo.

XI

El primer día del año 1917 Faysal y Lawrence, más consejero que combatiente, analizaron en Yanbu la expedición a al-Wachh. El ejército constaba entonces de seis mil hombres, los más montados en camellos propios. Habían perdido el ardor inicial y ganado capacidad de aguante, y cuanto más se alejaban de sus familias tanto más regulares se hacían sus actitudes militares. Actuaban todavía con independencia, por clanes, unidos sólo por la aceptación de la autoridad de Faysal. Cuando el emir aparecía, se

alineaban a su manera y juntos se inclinaban, llevándose los dedos a los labios en el saludo árabe. Conservaban limpias, pero no aceitadas, sus armas, y cuidaban bien a sus camellos. No eran peligrosos en masa; es más, su utilidad en los combates decrecía al paso que su número aumentaba. Una compañía de veteranos turcos podía derrotar a un millar de ellos en lucha abierta; mas tres o cuatro árabes, en los montes, eran hueso duro de roer para una docena de otomanos.

Se decidió, tras la batalla del palmeral, no mezclar los efectivos egipcios con los hombres de las tribus. No se entendían bien. Los árabes

propendían a cargar a sus aliados con casi toda la responsabilidad en los combates, puesto que tenían aspecto tan militar; incluso se alejaban del lugar de la lucha para que ellos la terminasen. Los artilleros egipcios fueron devueltos a su patria (y lo aceptaron encantados), y su equipo y piezas se entregaron a Rasim, artillero del emir y a su oficial de ametralladoras, los cuales formaron destacamentos en su mayor parte compuestos de desertores sirios y mesopotámicos instruidos por los turcos. Mawlud formó un escuadrón de cincuenta hombres montados en mulos, al que llamó caballería, y como procedían de la ciudad, no tardaron en

convertirse en soldados regulares. Fueron tan útiles que Lawrence pidió a Egipto por telégrafo cincuenta mulos.

A pesar de que los beduinos eran más útiles en grupos que en batallones, la marcha contra al-Wachh debía transformarse en un enorme desfile de tribus que impresionase a toda Arabia. Faysal pensó en recurrir a todos los Chuhayna y a los necesarios Harb, Billi, Atayba y Agayl, para que la expedición fuese la más ingente que se recordaba en el país. Se comprendería con ello que la rebelión había llegado a ser un verdadero movimiento nacional, y así que al-Wachh cayese, y los beduinos volviesen a sus tiendas con la noticia,

cesarían los piques y deserciones que frenaban la campaña. Faysal y Lawrence no creían que la lucha en al-Wachh fuese violenta, pues los turcos no disponían de refuerzos para fortalecer la ciudad, ni de tiempo para enviarlos. Tardarían semanas en efectuar la retirada de Rabig —Zayd se encargaba de dificultarla con ayuda de los Harb—, y si la hueste árabe conseguía llegar a ella en veintiún días, sorprenderían a al-Wachh desapercibida.

Lawrence deseaba participar en una incursión contra los turcos, para saber personalmente lo que era e informar con conocimiento de causa. El 2 de enero de 1917 se puso en camino con treinta y

cinco beduinos. Descendieron hacia el sudeste y llegaron a un valle próximo a las líneas otomanas de comunicación. Diez hombres se quedaron a custodiar los camellos, Lawrence y los restantes treparon por los acantilados del fondo, de piedras agudas y movedizas, a otro valle, donde había un puesto turco. Esperaron tiritando mucho tiempo, envueltos en la niebla. A la alborada, vieron los remates de unas tiendas, cien metros más abajo, que sobresalían de una pequeña cornisa interpuesta. Dispararon contra ellos, y cuando los otomanos las abandonaron, los tirotearon; pero el enemigo corrió con tanta agilidad, que debió de sufrir muy

pocos heridos. Los turcos hicieron fuego con rapidez en todas las direcciones, como si pidieran socorro a la guarnición más próxima (las había eslabonadas a lo largo de la ruta en una extensión de ciento veinticuatro kilómetros). Como el adversario ya los decuplicaba, los atacantes corrían el peligro de ser copados. Lawrence ordenó la retirada. Reptaron por la altura hasta el valle de que procedían y encontraron a dos turcos desorientados. Los llevaron a Yanbu.

Aquella misma mañana el ejército partió de al-Wachh, dirigiéndose ante todo hacia un grupo de pozos que había a veinticuatro kilómetros al septentrión

de Yanbu. Faysal, vestido de blanco, marchaba a la cabeza; llevaba a la derecha a su primo, con pañuelo rojo y túnica y capa encarnado-amarillentas, y a la izquierda a Lawrence, de blanco y escarlata. Tras ellos cabalgaban tres portaestandartes con una bandera árabe de desteñida seda carmesí con punta dorada. A continuación, los tambores pautaban el paso; los seguían la desordenada guardia de corps de Faysal, mil doscientos camellos saltarines y bien alimentados, de arneses multicolores, muy juntos unos a otros, cuyos jinetes exhibían en su indumentaria toda combinación imaginable de colores llamativos. La

guardia estaba formada de camelleros de la tribu Agayl. No procedían del desierto, sino de los oasis de la Arabia central. Se había enrolado por varios años en el ejército turco, pero desertaron en masa cuando estalló la rebelión. Como no tenían enemigos de sangre en el desierto, y eran hijos de mercaderes que comerciaban con los beduinos, fueron utilísimos en la campaña posterior.

El resto del contingente se alineaba al lado de la carretera, tribu junto a tribu, cada hombre junto a su camello arrodillado, en espera del turno de incorporarse a la columna. Saludaron a Faysal en silencio; él contestó

alegremente «La paz sea sobre vosotros» y los jeques principales repitieron la salutación. La columna se engrosó, colmando el valle hasta donde la vista alcanzaba, y, al ritmo de los tambores, todos entonaron un cántico de alabanza de Faysal y su familia.

Lawrence regresó a Yanbu en su veloz camello. Tenía que asegurarse de que la ayuda naval, para el ataque a al-Wachh, se producía en el momento oportuno. Pero en primer lugar, temiendo un ataque turco a la desierta ciudad, hizo que un gran navío, el *Hardinge*, anteriormente destinado al transporte de tropas, cargara las reservas especiales de Yanbu, entre

ellas ocho mil fusiles, tres millones de cartuchos, millares de obuses, dos toneladas de explosivos potentísimos, y sacos de arroz y harina. Boyle prometió que el *Hardinge* recorrería la costa como barco de suministro, llevando a tierra víveres y agua cuando se necesitasen. Así se solventó el problema más crucial, el de mantener a diez mil hombres con una exigua columna de intendencia. Además, el marino aseguró que la mitad de la flota del mar Rojo acudiría a al-Wachh, para lo cual se adiestraban ya fuerzas de desembarco.

Los Billi, que vivían en los contornos de al-Wachh, se mostraban amistosos. Sabían que, si no acogían

bien al ejército del emir, saldrían perdiendo, puesto que parecía seguro que la ciudad sería tomada. Boyle se comprometió a llevar en el *Hardinge* varios centenares de beduinos de los Harb y Chuhayna, que dejaría en tierra en el sitio idóneo. Mientras se acordaban tales cosas, Lawrence se enteró de que tres oficiales británicos profesionales, con órdenes de colaborar con Faysal en la dirección de la campaña, habían salido de Egipto. Vickery fue el primero en llegar, un artillero que dominaba el idioma árabe, precisamente lo que requerían los rebeldes, reflexionó Lawrence: un experto oficial para la plana mayor.

El día 16 de enero, se reunieron con Faysal, en su campamento, Vickery, Mawlud y Lawrence. La hueste se hallaba a medio camino de al-Wachh y había que estudiar la estrategia. Se optó distribuir la fuerza en secciones y enviarlas una tras otra, dada la dificultad de proporcionar agua a todo el ejército en los escasos pozos y aguadas que había en el itinerario. Tales secciones se congregarían el 20 de enero en un sitio emplazado a ochenta kilómetros de su meta, en el que el agua abundaba, y cubrirían juntas la etapa final. Boyle convino en desembarcar tanques del precioso líquido dos días después en un puertecillo que estaba a

treinta y dos kilómetros de al-Wachh. Emprenderían el asalto el 21. La partida árabe de desembarco saltaría del *Hardinge* en un paraje septentrional de la ciudad, mientras los jinetes de Faysal cortarían todas las vías de escape del sur y el este. Aquello prometía grandes cosas y no había noticias inquietantes de Yanbu. Abd Allah se dirigía a su posición al norte de Medina, y hubo informes de que acababa de capturar a un conocido agente turco, antiguo bandolero, que recorría las tribus beduinas con el fin de sobornarlas, y que se encaminaba al Yemen, más al mediodía, donde una guarnición otomana se hallaba aislada. Abd Allah se

apoderó de lo que llevaba aquel individuo: veinte mil libras turcas en oro, vestidos de honor, regalos costosos, algunos documentos interesantes y camellos cargados de fusiles y pistolas. ¡Era magnífico!

Lawrence, en su entrevista en la tienda con Vickery y Boyle, había perdido su prudencia característica. Afirmó que, en un año, el ejército rebelde llamaría a las puertas de Damasco. Vickery no contestó, molesto de lo que consideraba romántica jactancia, propia sólo de un hombre como Lawrence que no entendía una palabra de la profesión militar. Y disgustaba al joven, y le desengañaba,

que Vickery fuese tan militar que no comprendía la esencia de la rebelión. No era una guerra en la que se enfrentasen grandes huestes, bien instruidas, con complicado armamento moderno, a fin de destrozarse o coparse. Se asemejaba más a una especie de huelga general en un ámbito inmenso. El único ejército propiamente dicho era el otomano, y aun así no tenía libertad para moverse a su antojo: lo impedía la configuración difícil del país. Lawrence sabía que no se había jactado. Cinco meses después estaba disfrazado en Damasco, organizando a los ciudadanos para el momento en que las tropas de Faysal llegasen para libertarlos. Y un

año más tarde entró, ciertamente, triunfal en la ciudad y fue su gobernador provisional. Vickery no había comprendido que podía suceder cualquier cosa si los semitas se aliaban, obedecían a la misma idea y los guiaba un profeta armado. Si Lawrence hubiese tenido más sólida educación militar, aparte sus lecturas de tal índole, imprescindibles para su trabajo de graduación en Oxford (y, en su adolescencia, el caudillaje temporal de una brigada no militarista de los Chicos de la Iglesia, cuando su hermano necesitaba un sustituto); y si se le hubiese concedido licencia, los árabes habrían aparecido, no en Damasco, sino

en Constantinopla. La discrepancia entre ellos no fue la propia de dos soldados británicos con puntos de vista distintos. Se trató, en realidad, de la diferencia existente entre un asesor militar de Gran Bretaña y un árabe nacido en Occidente, pues, aunque todavía no lo comprendía, Lawrence se estaba transformando en eso.

A la mañana siguiente, la segunda partida de cincuenta mulos para Mawlud, que desembarcaron del *Hardinge* con otros equipos, les proporcionaron quebraderos de cabeza. Los enviaron sin arneses, riendas y sillas, y los animales, al pisar tierra, salieron de estampida hacia una pequeña

ciudad cercana. Se adueñaron del mercado, se encabritaron y acocearon entre los puestos de venta. Menos mal que entre los artículos sacados previsoriamente de Yanbu había sogas y bocados. Por lo tanto, tras una lucha emocionante, se capturaron y se domeñaron. Los puestos se reordenaron y se pagaron los daños y perjuicios.

Lawrence fue con el ejército de Faysal el resto de la marcha. La reemprendieron al mediodía del 18 de enero. Los Agayl cabalgaban desplegados en alas, a doscientos o trescientos metros de la derecha y la izquierda de la columna. Pronto resonaron los atabales en el ala diestra

—era costumbre enviar poetas y músicos a las tropas de los extremos—, y un vate entonó dos versos que acababa de improvisar sobre Faysal y los placeres que concedería a sus hombres en al-Wachh. Los guerreros escucharon con atención y repitieron los versos a coro tres veces, con orgullo, contento y aire de reto. Antes de que pudieran interpretarlo de nuevo, el poeta rival del ala izquierda se anticipó con unos compuestos en el mismo metro y con idéntico sentimiento. La izquierda lanzó un grito de triunfo, los atabales redoblaron otra vez, los portaestandartes desplegaron sus amplias banderas carmesíes, y la guardia de corps, en la

derecha, izquierda y centro, se unió al cántico de los Agayl. Éstos cantaron a sus poblaciones abandonadas, las mujeres que acaso no tornarían a ver y los inmensos peligros a que se aventuraban. Los camellos, contentos del ritmo del canto, avivaron el paso, mientras duró, por la larga extensión desolada de dunas que había entre los montes y el mar.

Dos jinetes cabalgaron detrás de ellos. Lawrence reconoció a uno como el príncipe de los Chuhayna: no reconoció al pronto al otro. Al fin, identificó el rostro colorado, la firme boca y la mirada aguda del coronel Newcombe, amigo suyo desde la

exploración cartográfica del Sinaí. Había llegado como primer consejero militar de los rebeldes. Newcombe trabó en seguida amistad con Faysal, y el resto de la jornada fue aún más optimista por la influencia de su entusiasmo. Lawrence cambió pareceres con él y se alegró de averiguar que coincidían en lo general. La marcha se deslizó sin contratiempos. El agua era el único problema. Los exploradores la buscaron, pero el avance se retrasó por su escasez. Por lo tanto, se calculó que llegarían con una dilación de un par de días sobre la fecha acordada con el *Hardinge*, el día 22. Newcombe se anticipó en un camello veloz para

solicitar que el navío reapareciese con los tanques de agua el 24, y retrasase el ataque naval, si era posible, hasta el 25.

Se incorporaron muchos colaboradores durante la marcha. Los jefes de los Billi recibieron a Faysal en el límite del territorio de su tribu, y luego apareció Nasir, hermano del emir de Medina. Arabia respetaba a su familia casi tanto como a los jerifes mequies, porque descendía del profeta, aunque del hijo menor de la única hija de Mahoma. Nasir había sido el precursor del movimiento de Faysal: disparó el primer tiro en Medina y dispararía el último allende Alepo, a mil seiscientos kilómetros más al norte,

el día que los turcos propusieron el armisticio. Era un joven sensitivo y agradable, más aficionado a los jardines que al desierto, y que luchaba a la fuerza desde la adolescencia. Había estado bloqueando al-Wachh desde la estepa en los dos últimos meses. Era excelente amigo de Faysal. Comunicó la noticia de que el destacamento de camelleros otomanos, que se oponía a su avance, había sido retirado aquel mismo día a una posición más contigua a la ciudad.

La marcha se hizo ardua en los tres días siguientes. Hacía otros tantos que las bestias apenas tenían comida, y los hombres cubrieron los ochenta kilómetros finales con dos litros de agua

y sin comida: muchos iban a pie. El *Hardinge*, que compareció el día 24, desembarcó el agua prometida, que apenas cundió. Abrevaron en primer lugar a los mulos, y la que quedaba se distribuyó a los infantes más sedientos. Una muchedumbre abatida pasó la noche junto a los tanques, a la luz de los reflectores, esperando beber si los marineros reaparecían. El mar encrespado impidió que la lancha efectuase otro viaje.

El *Hardinge* enteró a Lawrence de que la víspera se había atacado a al-Wachh. Boyle había temido que los turcos se escapasen si esperaba. A decir verdad, el gobernador otomano había

ordenado a la guarnición que defendiese la ciudad hasta la última gota de sangre. Acabada la arenga, subió a su camello y huyó en la oscuridad, con una pequeña escolta, hacia el ferrocarril que estaba al otro lado de los montes, a doscientos cuarenta kilómetros del litoral. Los doscientos hombres de la infantería turca que no se movieron de la ciudad, prefiriendo seguir sus órdenes más que su ejemplo, estaban en desventaja, en la proporción de tres a uno, y la flota los bombardeó sin piedad. Los marineros árabes desembarcaron, y entraron en al-Wachh. Como el *Hardinge* había zarpado antes de que la lucha concluyera, el ejército rebelde no sabía

con certeza si la ciudad se hallaba o no todavía en poder de los otomanos.

Al amanecer del día 25 las tribus de la vanguardia se detuvieron a pocos kilómetros de al-Wachh, y esperaron al resto de la fuerza. Encontraron pequeñas partidas turcas diseminadas que se rindieron. Sólo una ofreció corta resistencia. Llegada a la altura que dominaba al-Wachh, la guardia de corps de los Agayl desmontó, se desnudó por completo, exceptuando el pantalón de algodón, y atacó: su desnudez tenía el propósito de que las heridas de balas fuesen más limpias. Corrieron por grupos y en buen orden, con cuatro o cinco metros de distancia entre cada

hombre. No gritaron. Llegaron a la cima muy de prisa, sin disparar un tiro. Lawrence, que los observaba, comprendió que no habría lucha.

La partida árabe de desembarco se había apoderado de la ciudad y Vickery, que la había dirigido, estaba satisfecho. En cambio, Lawrence, enterado de que habían muerto veinte hombres y un aviador británico, no se mostró contento. Consideró que se había combatido sin necesidad, pues los turcos, apretados por el hambre, se hubiesen rendido, y la muerte de docenas de ellos no compensaba la pérdida de un solo árabe. Los beduinos no procedían de levadas acostumbradas a ser carne de cañón,

como casi todas las tropas regulares. Un ejército musulmán se componía de individuos, y sus bajas no eran cuestión de aritmética. Y como el parentesco tenía tanta fuerza en el desierto, veinte hombres muertos provocarían un duelo mayor que millares de nombres en una lista europea de bajas. Asimismo, los cañones de la armada habían destrozado la ciudad. Era un gran contratiempo para los árabes, que la necesitaban como base de futuros ataques al ferrocarril. Se habían hundido barcos y lanchas civiles, lo que complicaba el transporte de suministros, y todos los establecimientos y casas habían sido saqueados por los musulmanes a modo de compensación

por las pérdidas que habían sufrido. La mayor parte de los habitantes de la ciudad eran egipcios, no muy dispuestos en principio a apoyar la causa de la rebelión.

En fin, al-Wachh había caído, la costa estaba limpia de otomanos y la marcha había sido anuncio y aviso muy serios. Abd al-Karim de los Chuhayna, que una semana antes había pedido a Lawrence un mulo para cabalgar, y que había oído la respuesta de «cuando tomemos al-Wachh», dijo casi con pesar: «Los árabes somos ahora una nación». Lamentaba la desaparición de los antiguos días de las guerras y algaras entre las tribus. Faysal había tenido la

suerte de impedir muy a tiempo una contienda entre los Chuhayna y los Billi: los primeros vieron unos camellos que pastaban y, por la fuerza de la costumbre, los robaron. Faysal se enfureció y les gritó que se detuviesen, pero ellos no le oyeron en su excitación. Disparó su fusil contra el abigeo más próximo, que se tiró de su montura muy aterrado. Los otros pararon. Faysal los hizo comparecer ante él, azotó a los jefes con un látigo camellero y devolvió los animales a los Billi. Para algunos beduinos el ejército árabe era más que una nación. Un anciano dijo: «El mundo entero se encamina a al-Wachh».

Aquel éxito abrió los ojos de los

británicos de Egipto al valor auténtico de la rebelión. El general en jefe recordó que había más turcos luchando contra los árabes que contra él. Se prometieron oro, fusiles, mulos, más ametralladoras y artillería de montaña, que eran los pertrechos más urgentes. Los cañones normales carecían de utilidad en el abrupto terreno de la Arabia occidental, falto de caminos; mas, por lo visto, el ejército británico no podía prescindir de piezas de montaña, exceptuadas unas que disparaban proyectiles de cuatro kilogramos, útiles sólo contra arcos y flechas. Resultaba exasperante que los otomanos siempre llegasen tres mil o

cuatro mil metros más allá que los árabes. El coronel francés tenía en Suez excelentes cañones de aquel género con artilleros argelinos; pero no los enviaría a menos que desembarcase una brigada aliada en Rabig para hacerse cargo de la guerra, prescindiendo de los beduinos. Permanecieron en la población dicha durante un año, hasta que trasladaron al coronel y su sucesor los envió. Con su intervención fue posible el triunfo final. Mientras tanto, la reputación francesa sufría desdoro, porque cada oficial árabe que cruzaba por Suez, para ir a Egipto o volver de él, veía las piezas inactivas y en ellas la prueba de la hostilidad gala a la rebelión.

Estando fresca la noticia de la conquista de al-Wachh, el coronel francés visitó a Lawrence en El Cairo para felicitarle. Dijo que aquella victoria confirmaba su opinión del talento militar del joven, y le animó a que esperase su cooperación para dilatar el triunfo. Deseaba ocupar Aqaba con una fuerza anglo-francesa y asistencia naval. Aqaba era puerto situado en el fondo del golfo homónimo, en el mar Rojo y en lado opuesto de la península del Sinaí al que ocupaba Suez. Una brigada, que desembarcase en él, se hallaría a ciento veintiocho kilómetros de Maan, importante ciudad, junto al ferrocarril de los peregrinos, a

trescientos veintidós kilómetros al sur de Damasco, y en el flanco izquierdo de las fuerzas otomanas que se oponían a las británicas en los límites de Palestina. Lawrence, que conoció Aqaba en la exploración cartográfica del invierno de 1913, respondió al coronel que era un proyecto imposible, pues, si bien Aqaba era conquistable, los turcos podrían frenar a cualquier fuerza desde las montañas graníticas que tenía detrás. Más factible era que los beduinos la conquistasen atacando aquellos montes por la espalda sin ayuda de escuadra alguna.

Sospechó que el coronel deseaba interponer la fuerza anglo-francesa como

un biombo entre los árabes y Damasco, para mantenerlos en Arabia agotándose en un ataque contra Medina. Y él quería llevarlos a Damasco y más allá. Los dos hombres conocían la intención del otro, pero ambos callaban sus verdaderos propósitos. Por fin, el coronel cometió la imprudencia de decir que iría a al-Wachh a hablar con Faysal, y Lawrence, que no había comentado con su amigo la política gala, determinó hacer lo mismo. Se apresuró y pudo llegar el primero, y dar aviso a Newcombe.

Ocho días más tarde, el coronel llegó a al-Wachh e inició sus diligencias regalando a Faysal seis automáticas Hotchkiss. Las acompañó con

instructores. Era un don espléndido, pero el emir pidió los cañones de montaña de tiro rápido que había en Suez. El francés quiso soslayar la petición aseverando que no serían útiles en Arabia: los beduinos debían recorrer el país como cabras y destrozar la vía férrea. Lo de «cabras» ofendió a Faysal, pues es una injuria en árabe, y preguntó al coronel si había intentado ser él mismo una «cabra». El militar galo se refirió a Aqaba, y el emir, a quien Lawrence había descrito la topografía de tal lugar, replicó que abusaba de los británicos al empeñarse en que se arriesgasen a sufrir graves pérdidas en tal expedición. El coronel, furioso de la

sonrisita oriental de Lawrence, sentado en un rincón, rogó a Faysal con aire sardónico que suplicase a los británicos que, al menos, no malgastasen los vehículos blindados que había en Suez. Lawrence tuvo otra sonrisita y repuso que ya estaban en camino. El francés se fue derrotado, y Lawrence regresó a El Cairo a pedir al general en jefe que no enviase a Aqaba la brigada preparada. Dicho general se alegró de descubrir que tampoco resultaba necesaria aquella operación «secundaria».

Vuelto a al-Wachh algunos días más tarde, Lawrence se endureció para la campaña inminente, andando descalzo sobre el coral y la arena abrasadora.

Los árabes se preguntaron por qué no iba a caballo como todos los personajes de nota. Faysal, metido en política, atraía nuevas tribus a la causa, conservaba el buen humor de su padre en La Meca y retenía a sus hermanos en sus puestos. Tuvo que sofocar un conato de motín: los Agayl se habían alzado contra su jefe, que los había multado y azotado con indebido rigor. Saquearon su tienda, golpearon a sus criados y, cada vez más excitados, recordaron cuentas pendientes con la tribu de los Atayba, y se precipitaron a cortar cabezas. Faysal, que vio las antorchas, corrió a contenerlos y los trató a cintarazos de su espada. Sus esclavos le

imitaron. Por fin, sometieron a los Agayl disparando bengalas con pistola. Las bengalas prendieron fuego a su ropa y los aterraron. Hubo dos muertos y treinta heridos. El jefe de los Agayl dimitió de su cargo y se acabaron los alborotos.

La armada montó en al-Wachh un puesto de señales inalámbricas y se recibieron de Suez dos vehículos blindados, recién llegados de la campaña del África oriental. Los automóviles y motocicletas, que iban con ellos, entusiasmaron a los árabes. Llamaron a las segundas «caballos diabólicos», criaturas de los autos, que eran hijos e hijas de los trenes de la vía férrea de los peregrinos. Por aquel

entonces llegó Chafar, bagdadí, a quien Faysal nombró inmediatamente jefe de las fuerzas musulmanas regulares. Había servido en el ejército otomano y luchado muy bien contra los británicos. Enver le eligió para organizar las tribus senusías del desierto del oeste de Egipto, adonde se trasladó en submarino: convirtió a aquella gente salvaje en una estupenda fuerza guerrera. Los ingleses le capturaron y le encarcelaron en El Cairo. Quiso evadirse una noche de la ciudadela, deslizándose por una manta; cayó, se lastimó una pierna y le prendieron. En el hospital, leyó en un periódico un artículo sobre la rebelión del jerife y la noticia de las ejecuciones

de nacionalistas en Siria. Comprendió de pronto que había luchado en el bando equivocado.

La diplomacia de Faysal surtía efecto. Se unieron a él los Billi, Muahib, Huwaytat y Banu Atiyah, estas dos tribus más alejadas que las dos primeras, de suerte que controló entonces la región existente entre el ferrocarril y el mar, desde un punto situado a doscientos cuarenta y un kilómetros al norte de al-Wachh hasta Medina. Más allá de las tribus septentrionales de los Huwaytat y los Banu Atiyah, extendiéndose por el ingente desierto de guijos y lava hasta la frontera de Mesopotamia, vivían los poderosos Ruwalla, cuyo emir Nuri era

uno de los cuatro grandes príncipes árabes. He aquí los tres restantes: Ibn Saud de Nachd en los oasis centrales, el emir del Chabal Shammar y el jerife de La Meca. El anciano Nuri, hombre duro, cuya palabra era ley, no podía ser amedrentado ni engatusado; para obtener la supremacía había asesinado a dos hermanos. Por suerte, tenía buenas relaciones desde hacía años con Faysal, cuyos mensajeros, que se disponían a pedirle permiso para que el ejército cruzara su territorio, encontraron en el camino a los de Nuri, portadores de un importante regalo de camellos de carga para Faysal. Nuri no podía prestar apoyo armado en aquel trance, porque,

si sospechaban de él, los turcos harían pasar hambre a su gente en el plazo de tres meses; pero, en el momento oportuno, Faysal podría contar con su colaboración armada. Era trascendental la amistad de Nuri, puesto que dominaba Sirhan, la única gran cadena de lugares de acampamiento provistos de agua del desierto septentrional hasta el límite de Siria, donde habitaba la famosa tribu de los Huwaytat. Uno de los clanes de ésta, el de los Abu Tayi, estaba al mando de Awda, el guerrero más excelso del norte de Arabia. Hacía meses que Faysal y Lawrence deseaban hablar con él. Con la amistad de Awda, resultada posible atraer todas las tribus que vivían entre

Maan y Aqaba, y, tomada esta segunda ciudad, llevar la rebelión mucho más al norte, incluso a la retaguardia de las líneas otomanas en Siria. Y Awda se mostró dispuesto a escucharlos. Su primo llegó al campamento con regalos el 17 de febrero de 1917, el mismo día que el jefe de un clan de los Huwaytat, que habitaba en las proximidades de Maan. Hubo otras comparecencias el 17 de febrero: los guerreros de la tribu de los Sherarat, moradores del desierto que había entre al-Wachh y la vía férrea, con un donativo de huevos de avestruz; el hijo de Nuri, con una yegua, y el cabeza de otro clan de los Huwaytat, de la costa meridional de Aqaba, con el botín de un

par de puestos turcos del mar Rojo, que acababa de destruir.

Los caminos de al-Wachh se llenaron de mensajeros, voluntarios y grandes jeques dispuestos a comprometerse en la sublevación. Los Billi, hasta entonces muy tibios, se contagiaron del entusiasmo general. Faysal los hacía jurar sobre el Corán que sostenía; le besaban las manos y prometían: «Aguardaremos cuando tú aguardes, y marcharemos cuando tú marches. Trataremos con afabilidad a cuantos hablen nuestra lengua, sean árabes, sirios, mesopotámicos o de otro pueblo. Ponemos la independencia de Arabia por encima de nuestra vida,

familia y bienes». A veces, al acudir a Faysal, coincidían enemigos mortales. El emir los presentaba como si no se conociesen y luego actuaba de componedor, de modo que sus ventajas e inconvenientes se equilibrasen. Incluso mejoraba las componendas, pagando de su tesoro a la tribu que había salido más malparada. Durante dos años, esta tarea de apaciguador fue el pan diario de Faysal. Así combinó los centenares de fuerzas hostiles que había en Arabia contra el enemigo común. Por los distritos que recorrió no persistió enemistad alguna, y nadie discutió su justicia. Se la reconoció con autoridad superior a los odios y querellas de las

tribus, y finalmente adquirió supremacía moral sobre los beduinos, desde Medina, en el sur, hasta allende Damasco.

XII

A principios de marzo, Egipto informó a Lawrence que Enver, general en jefe de Turquía, había ordenado a sus fuerzas que abandonasen Medina sin dilación. El mensaje se interceptó en el ferrocarril de los peregrinos, donde Newcombe y Garland, con colaboración árabe, volaban ya puentes y raíles. Se ordenaba a los contingentes otomanos que avanzaran agrupados por la línea, con convoyes ferroviarios incluidos entre ellos; habrían de recorrer seiscientos cuarenta y tres kilómetros hasta una estación (Tabuk), por debajo

de Maan, y formar allí el poderoso flanco izquierdo del ejército que se enfrentaba con los británicos. Puesto que los turcos de Medina eran un cuerpo de ejército íntegro de las mejores tropas de Anatolia, los ingleses anhelaban alejarlos. Por consiguiente, se rogó a Faysal (y se mandó a Lawrence) que, o conquistasen Medina sin pérdida de tiempo, o destruyesen la guarnición en su avance por la vía del ferrocarril. El emir contestó que haría todo lo que pudiera, aunque el mensaje otomano tenía ya bastantes días de antigüedad y la operación ya habría comenzado. Las fuerzas de Faysal se adelantaban entonces para hostilizar la línea

ferroviaria desde al-Wachh, en una extensión de doscientos cuarenta kilómetros; por lo tanto, se satisfacía la segunda parte de la petición de Egipto. Si el tiempo daba para ello, se podría destrozar toda la hueste otomana. Los árabes dañarían los raíles hasta que no pudieran utilizarlos los convoyes de intendencia, y el enemigo no lograría progresar sin suministros. Y, cuando retrocediese, vería que la línea también estaba destrozada en aquella parte. Lawrence optó por reunirse con Abd Allah, que se había desplazado al noroeste de Medina, para comprobar la posibilidad de atacar a los turcos, si seguían en la ciudad.

Emprendió el viaje muy debilitado por la disentería contraída al haber bebido en al-Wachh agua en malas condiciones. Tenía mucha fiebre y, además, furúnculos en la espalda, que transformaron en martirio la jornada en camello. Con trece hombres de varias tribus, incluidos cuatro de la de los Agayl y un moro, emprendió al amanecer la travesía de doscientos cuarenta kilómetros a lo largo de las montañas graníticas. Sufrió dos síncope durante el camino y a duras penas se mantuvo en la silla. En cierto momento, la escolta mal elegida comenzó una riña y el moro mató a traición a un Agayl. Se celebró un consejo de guerra aprisa y

corriendo, el homicida fue ejecutado, con la aprobación general, por un miembro de la partida. No estaba emparentado con otros moros del ejército de Faysal que pudieran reclamar la venganza de sangre.

Es de imaginar la soledad de Lawrence en aquel viaje. Ya no era oficial británico, porque su lealtad a la rebelión por voluntad propia le había exonerado del cargo; tampoco era árabe, como la falta de tribu propia le recordaba con fuerza. Se cernía entre ambos extremos, como el ataúd de Mahoma, según la leyenda islámica, se hallaba en el aire. Más inmediata era la intranquilizadora posibilidad de que la

enfermedad le impidiese cabalgar, y la de estar en manos de los beduinos, cuya idea de los cuidados médicos consistía en practicar agujeros con brasas en el cuerpo del paciente, para que escapasen los malos espíritus. Cuando el así tratado chillaba, decían que protestaba el diablo que se albergaba en él. Por fin, llegó al campamento de Abd Allah a tiempo de evitar el colapso. Entregó al emir el mensaje de Faysal, y se fue a acostar en una tienda, en la que la debilidad le retuvo inerte durante diez días.

La inactividad forzosa tuvo frutos interesantes. La debilidad del cuerpo afinó su mente. Se puso a reflexionar

sobre la rebelión árabe con más parsimonia y cuidado que hasta entonces. Había actuado por instinto, sin considerar lo que había a un palmo de su nariz; entonces utilizó la razón plenamente. Recordó los autores militares que había leído en Oxford. Sus mentores no le exigieron que conociese campañas posteriores a Napoleón, mas él, al parecer, por curiosidad leyó la mayoría de las obras más modernas, como las del gran Clausewitz, Von Moltke y francesas más recientes, incluidas las de Foch (cuyos *Principes de la Guerre* le causaron honda impresión hasta que descubrió que este tratadista francés había birlado buena

parte de sus principios más importantes, sin indicarlo, de un informe austríaco sobre la campaña de 1866). Comenzó recordando que todos aquellos autores coincidían en una regla: que las guerras se ganan destruyendo el principal ejército del contrario. Mas aquello no tenía aplicación al caso árabe. Y se sintió preocupado.

Se preguntó por qué se molestaban en atacar Medina. ¿Qué conseguirían los beduinos si la tomaban? No representaba ya una amenaza como cuando tenía tropas de sobra para dirigirlas contra La Meca. Carecía de utilidad como base o almacén. Los otomanos que había en ella no poseían

fuerza para perjudicar a los árabes. Entonces comían sus acémilas, ya que no podían alimentarlas. ¿Por qué no dejarlos en la ciudad? ¿A santo de qué no contentarse con bloquearla? ¿Y el ferrocarril, que exigía enormes cantidades de hombres, distribuidos en puestos, a lo largo de la línea, no obstante lo cual no estaba bien protegida? ¿Por qué no se limitaban a atacarla con frecuencia, entre los puestos de guardia, volando convoyes y puentes, y al mismo tiempo permitían — sólo permitir — que funcionase, para sangrar a los turcos en el norte, mientras procuraban conservar la y alimentaban a las tropas de Medina? Sería un error

cortarla del todo, permanentemente. La rendición de Medina implicaría que habría que nutrir a los prisioneros otomanos, que muchos soldados enemigos, custodios de la ferrovía, retrocederían al norte, y que la sangría de hombres, convoyes y víveres turcos llegaría a su fin. Se favorecería más a la causa aliada atrayendo y reteniendo muchas tropas adversarias en aquel escenario bélico de escasa importancia, y utilizando el mayor número posible de árabes en el teatro trascendental de la guerra: Palestina.

Por consiguiente, cuando sanó y abandonó su tienda apestosa y llena de moscas, Lawrence no animó a Abd

Allah a que acometiese Medina, sino le recomendó una serie de alfilerazos, de incursiones, contra el ferrocarril, y se ofreció a proporcionar un ejemplo de ellos. Abd Allah, más político que hombre de acción, prefería los deportes y las bromas al ejercicio del generalato. Permitted que el jerife Shakir, su pintoresco primo medio beduino, atacase la estación más próxima, situada a ciento sesenta kilómetros de ellos, con una tropa de hombres de los Atayba y uno de los cañones de montaña que los artilleros egipcios habían cedido a Faysal, y que éste le había regalado últimamente. Lawrence, en plena convalecencia, fue con Shakir. Y el 27

de marzo puso la primera mina de su vida, una automática, en los raíles. Por ser la primera no resultó muy efectiva. Destrozó la rueda delantera de una locomotora, pero la carga no tuvo la potencia suficiente para causar grave daño. Tampoco Shakir obtuvo un éxito resonante: mató una veintena de turcos, estropeó el depósito elevado de agua y la estación con la pieza artillera, y prendió fuego a unos cuantos vagones; pero no consiguió botín digno de mención. El núcleo dramático del golpe de mano residió en un zagal, que los árabes capturaron y maniataron, tras lo cual sus corderos, propiedad de los otomanos, fueron devorados ante sus

desdichados ojos. Al cabo de un par de días, con un grupo de la tribu de los Chuhayna, Lawrence efectuó un nuevo experimento con las minas automáticas. Tuvo la suerte de sufrir un fracaso preliminar. Un largo convoy procedente de Medina, abarrotado de mujeres y niños, «bocas inútiles» que los turcos no podían alimentar, y que eran enviadas a Siria, pasó sobre el artefacto sin que estallara. Durante la víspera un chubasco había sorprendido a los saboteadores, y el mecanismo, sin duda porque la lluvia rebajó el nivel del suelo, no quedó en contacto con los rieles. Lo ajustó al cerrar la noche y, volando unos pocos raíles y un

puentecillo, para dar a entender a los otomanos (que los habían visto, disparaban y hacían sonar clarines en toda la longitud del ferrocarril) sus propósitos, Lawrence se retiró dejando la mina. Castigó al tren esperado de reparaciones. La mayor parte de esta historia, los episodios de marzo y abril de 1917, no se menciona en *Rebelión en el desierto*. El lector curioso la hallará, más detallada, en la revista *World's Work*, que la publicó como artículo, en Estados Unidos, en 1921. El pago de esta colaboración, y de otras tres, no fue a parar a Lawrence, sino a un poeta, que así salvó de la bancarrota que había sufrido al querer fundar una tienda de

ultramarinos. Por motivo desconocido, Lawrence se esforzó en que no aparecieran en Inglaterra. Y como yo era el poeta, y este libro presenta el mismo texto en Gran Bretaña y Norteamérica, no precisaré los detalles.

Los resultados de la visita de Lawrence a Abd Allah no fueron cosa de mayor monta desde el punto de vista de la acción. Abd Allah no tenía la energía y penetración militares de su hermano, y se le había asignado una parcela poco atractiva de la campaña, el bloqueo de Medina, que convenía a su carácter poco emprendedor. (El asedio de la ciudad duró hasta después del armisticio de octubre de 1918, data en

que Constantinopla ordenó al bajá Fajri entregarla a las fuerzas árabes; un motín de los principales jefes del estado mayor le obligó a hacerlo). No obstante, su estancia con el emir tuvo mucha importancia, ya que señaló un punto decisivo en la guerra del desierto. Su larga meditación solitaria en la tienda le proporcionó convicciones, que decidieron la táctica y la estrategia imprescindibles que sus aliados necesitaban: el triunfo en el norte justificaría la rebelión. En adelante, como veremos, obró con deliberación y confianza grandes, que contrastaron con su vacilante actitud como consejero de Faysal en las operaciones de Yanbu y al-

Wachh. Antes había acertado, pero, más o menos, por casualidad.

Volvió a al-Wachh el 10 de abril a etapas lentas. Abd Allah había sido muy hospitalario, pero Lawrence prefería el ambiente del campamento de Faysal, más enérgico y dispuesto a vencer con la menor ayuda posible de los aliados. Muy al norte, en la línea férrea en que había puesto las minas, había entonces dos grupos de sabotaje (el de Garland y Newcombe, y el de Hornby); pero los turcos tuvieron, relativamente, menos dificultades en mantener el ferrocarril en funcionamiento entre Damasco y Medina, que en sacar de ésta su guarnición, lo que representaba una

marcha tan larga como peligrosa. En al-Wachh, la situación era buena. Se habían recibido más vehículos blindados de Egipto, y se habían retirado todos los depósitos y hombres de Yanbu y Rabig, prueba de que la sublevación había arraigado en el sur y se movía hacia septentrión. Habían llegado los aeroplanos del comandante Ross y una nueva compañía de ametralladoras, originada de modo singular. Al abandonar Yanbu, quedaron montones de armas descompuestas y dos sargentos armeros ingleses, así como treinta árabes enfermos o heridos. Los sargentos se aburrían, y para entretenerse medicaron y curaron a los

pacientes, recompusieron las ametralladoras y las juntaron en una compañía. No sabían una palabra de árabe, pero instruyeron tan bien a sus hombres mediante gestos, que pudieron parangonarse a la mejor tropa del ejército islámico.

XIII

Lawrence se disponía a retirarse de la tienda de Faysal, en al-Wachh, después de saludarle y cambiar noticias, cuando hubo una ligera conmoción. Un mensajero murmuró algo al emir, que se volvió hacia Lawrence con los ojos brillantes e intentando dominar su emoción.

—Ha llegado Awda.

Se levantó el faldón de la entrada de la tienda y una profunda voz resonante saludó a «nuestro señor, el príncipe de los creyentes». Apareció un hombre alto, vigoroso, de semblante zahareño,

apasionado y trágico. Era Awda. Iba con él Muhammad, su único hijo superviviente, muchacho que, a los once años, era un guerrero de pies a cabeza. Faysal se levantó de un salto, honor que el recién aparecido no debía a su rango, pues otros jefes más nobles que él no lo habían merecido, sino a ser el combatiente más espléndido de toda Arabia. Awda besó la mano del emir y los dos se apartaron un poco y se miraron. Nada había más distinto que ellos, ni tan magnífico; Faysal el profeta y Awda el batallador. Se habían entendido y estimado desde que se conocieron.

Awda vestía sencillas ropas de

algodón blanco y se tocaba con un pañuelo encarnado. Parecía tener más de cincuenta años y en su negro cabello había mechones canos; pero tenía porte erecto y robusto, y la actividad propia de un varón mucho más joven. Su hospitalidad contentaba incluso a los huéspedes más famélicos, y su generosidad le condenaba a la pobreza a pesar de los tesoros ganados en cientos de correrías. Se había casado veintiocho veces, y había sido herido trece. Había matado con su mano a setenta y cinco enemigos en campo abierto, y sólo en campo abierto. Todas sus víctimas fueron árabes, porque los turcos no contaban y nadie sabía cuántos habían

sido. Casi toda su familia y adeptos había perecido en guerras que él había provocado. Se había impuesto la regla de estar enemistado con casi todas las tribus beduinas, con el fin de tener objetivos bélicos, que cumplía con la mayor frecuencia posible. Sus aventuras más descabelladas se basaban siempre en un ingrediente de previsión, y su paciencia en los enfrentamientos era proverbial. Cuando se encolerizaba, su rostro temblaba incontrolablemente. Sus arrebatos sólo se calmaban luchando; entonces, se portaba como una fiera salvaje y los hombres le rehuían. No había poder en la tierra que le hiciera cambiar de idea, obedecer órdenes o

efectuar algo que se desaprobaba. Concebía la vida como una epopeya que él protagonizaba, aunque reconocía que sus antepasados fueron más heroicos. Su mente albergaba miles de cánticos de guerra, que siempre interpretaba con su fuerte voz, o para entretener a alguien, o a solas. Se refería a sí mismo en tercera, y estaba tan seguro de su fama, que relataba historias contrarias a su persona. Su malicia superaba la de Lawrence, y en las reuniones públicas decía cosas inauditas o faltas de tacto, y, más aún, inventaba hechos espantosos sobre sus invitados o huéspedes, y juraba y perjuraba que eran verdad. Incluso los ofendidos le amaban

cordialmente, pues era modesto, sencillo como un niño, honrado y liberal de corazón.

Un amigo me refirió lo siguiente, que presencié en un banquete dado en Maan, en Transjordania, después de la guerra. *Sir* Herbert Samuel, que había sido nombrado alto comisario de Palestina, recibía a todos los grandes del distrito con el fin de conocerlos. Aún una pizca aturdido por el atentado que acababa de sufrir, se alegró de la asistencia casual de Lawrence como intérprete. Dijo en su discurso que el magnífico Awda (se volvió hacia él) se alegraría de la derrota del imperio otomano y esperaba que en Oriente reinara en adelante la

paz. Lawrence tradujo las palabras y Awda exclamó con violencia:

—¿Qué paz habrá mientras los franceses estén en Siria, los británicos en Mesopotamia y los judíos en Palestina?

Lawrence, maliciosamente, tradujo las palabras al pie de la letra sin alterarse. Por suerte, *Sir* Herbert se contentó con responder con una sonrisa.

Awda había llegado a al-Wachh impaciente por la dilación de la campaña. Anhelaba llevar la libertad árabe a sus posesiones. Lawrence y Faysal se sentaron muy aliviados a cenar, y lo hicieron con alegría, hasta que Awda se levantó y se lanzó fuera de

la tienda, chillando: «¡Dios no lo quiere!». Se oyeron golpes en el exterior: el jefe destruía su dentadura postiza con una piedra.

—Había olvidado que el bajá Chemal (jefe otomano que había ahorcado a numerosos cabecillas árabes en Siria) me regaló eso. Como el pan de mi señor Faysal con dientes turcos.

A consecuencia de su arranque, como tenía muy pocos propios, Awda pasó casi hambre durante un par de meses, hasta que enviaron un dentista de Egipto para que guarneciese sus encías con piezas dentales aliadas.

Awda y Lawrence fueron amigos desde el primer instante. Jamás se ha

comprendido la esencia irónica de su amistad. Desde sus días de escolar, la imaginación de Lawrence se había alimentado de leyendas y relatos medievales de la caballería franca y normanda. No fue una debilidad pasajera romántica, porque la parte irlandesa y hebridense de su sangre no lo consentía: el romanticismo superficial es rasgo inglés. Su romanticismo es incurable y no se distingue en ocasiones del realismo. Un colegial juega durante un tiempo a ser caballero de la Tabla Redonda, inspirándose en los *Idilios del rey*, o un barón justiciero, basándose en *Ivanhoe*, pero, a la larga, prefiere cambiar ese juego estúpido por el

fútbol, los cigarrillos y la adoración de actrices cinematográficas. Lawrence, en cambio, salvó el sentimentalismo victoriano recurriendo a la fuerte y osada *Muerte de Arturo* de Mallory, y no se redujo a representar un caballero del Santo Grial sin comprometerse, por razones de eficacia personal, a las mismas reglas de castidad, templanza y caballerosidad que el Galaad de Mallory; conservó y conserva un noble sentido del honor tan estricto como el de Geraint o Walter de Manny. Saltó por encima del falso medievalismo de Scott en busca del auténtico; estudió en serio las armaduras, catedrales y castillos, leyó en francés antiguo e investigó las

cruzadas en Tierra Santa. En los primeros cursos universitarios, confió a un compañero su opinión de que el mundo había terminado en 1500, con la aparición de la pólvora y la imprenta, divulgadora y barata. La carrera romántica de Lawrence fue tan lógica que primero se quemó las cejas con las páginas de Scott y Tennyson, después con las de Morris y Mallory, y luego con las de las novelas francesas y latinas del Medievo, y acabó metiéndose en cuerpo y alma en una epopeya real, en trance de escribirse, y en el primer canto encontró a Faysal, y en el segundo a Awda.

Todo habría marchado perfectamente si su medievalismo hubiera sido como el

de Awda, porque la Edad Media no había concluido en Arabia cuando nació. En su lucha por dominar las falsas fuerzas románticas, y evitar convertirse en otro don Quijote, tuvo que equiparse de un escepticismo muy del siglo XX, y lo utilizó de continuo para ensayar su conducta; el medievalismo verdadero fue a menudo cínico, jamás escéptico. Por lo tanto, agradecerá saber que llevó consigo tres obras durante la campaña árabe: la *Muerte de Arturo* de Mallory, las comedias de Aristófanes, cuyo risueño escepticismo, en especial el de la *Lisístrata* antimilitarista, suministra el antídoto contra el romanticismo falso, y el *Oxford Book of English Verse*,

antología que, a mi juicio, proporciona a la poesía que contiene una atmósfera demasiado pesada de artificio literario.

Tal vez debí agregar, a mi retrato de Lawrence, que su ciego deseo de ser literato intriga tanto más cuanto que bien podría ser algo mejor que un simple artista. Escribir de modo artístico nace del ambiente literario competitivo, cosa que sería la última a que él aspiraría; el «estilo» es una busca social del género más vulgar. Se le puede excusar de que llevase esa antología (ni mejor ni peor que tantas otras, y que pesa muy poco impresa en papel biblia), si la eligió como una mezcolanza de vates ingleses que recuerda débilmente el aroma de

cada uno de ellos. Pero no creo que fuese eso, porque forzarse por la estética literaria es una de sus características. La justificación de la epopeya resultante de sus aventuras, *Las siete columnas*, es que, cuando prescinde de la búsqueda del estilo en la pasión del relato, está bien, limpiamente redactada, y que, cuando no lo hace, se presiente que reconoce un rasgo desdichado, la supresión del cual equivaldría a la supresión de una parte de su verdad. Lo ha conservado su integridad confesando algunas debilidades. De eso se tratará más adelante. Merecería la pena estudiar la influencia de dicha antología sobre sus

sentimientos y actos durante la campaña. Se conserva el ejemplar con notas marginales, muchas de ellas fechadas.

En fin, Awda le aceptó como colega medievalista (afortunadamente, la sombra de las cruzadas no se interpuso entre ellos). Lawrence se sintió a gusto en su compañía y anduvo por el capítulo siguiente de la novela épica con alguna que otra duda crítica sobre sí mismo. Se necesitaba aliento épico para conquistar la plaza de Aqaba, hazaña fuera del alcance de la milicia antiheroica de nuestro siglo. Acordaron dirigirse al norte en busca de los Huwaytat de Awda, que estarían en sus pastos primaverales del desierto sirio.

Congregarían un cuerpo de camelleros y conquistarían Aqaba por sorpresa, sin armas de fuego, fuesen o no fuesen automáticas. Eso impondría una marcha arqueada de novecientos sesenta y cinco kilómetros, para llegar a una posición que estuviera bajo el fuego de la flota británica (en aquel instante se hallaba en el puerto). El camino más largo era el único posible. Aqaba estaba fuertemente protegida por los montes, con complicadas fortificaciones a lo largo de muchos kilómetros, y si se intentaba un desembarco, una pequeña fuerza turca detendría a una división aliada en los desfiladeros. Por otro lado, los otomanos no pensaron en orientar las

defensas hacia el este, contra un ataque terrestre. Los hombres de Awda los dominarían con la ayuda de los clanes de los Huwaytat que había entre el litoral y las montañas. Aqaba, de gran importancia, representaba una constante amenaza contra el ejército británico, que ya había llegado a la línea Gaza-Bersabee, dejándolo, por consiguiente, detrás de su flanco derecho. Un pequeño contingente turco, saliendo de Aqaba, podría hacer mucho daño y hasta arremeter contra Suez. Para Lawrence, los árabes necesitaban aquella plaza más que los británicos, porque, si la conquistaban, podrían enlazar con las tropas británicas de Bersabee y su

presencia haría admitir que eran un ejército nacional, digno de tenerse en cuenta. Establecido el contacto, no habría carestía de armas, dinero y pertrechos, la campaña musulmana no sería algo colateral, sino parte de la guerra general, y Gran Bretaña cuidaría de proporcionarle los debidos suministros.

Lawrence expuso a los consejeros británicos de Faysal en al-Wachh lo que se le había ocurrido durante su enfermedad en el campamento de Abd Allah. No se escucharon sus razones. Semanas antes se había decidido, y Lawrence había sido el principal impulsor, ocupar un largo trecho de la

vía férrea con tropas mixtas, egipcias y árabes, con la esperanza de que Medina se rendiría pronto. El joven argumentó contra este proyecto varias cosas: era mala política mezclar a egipcios y árabes; los árabes no eran dignos de confianza para atacar o defender un paraje contra fuerzas regulares; la tierra que deseaban tomar era puro desierto; y obligar a los otomanos a malgastar hombres, armas y alimentos, para conservar Medina y el tren, les perjudicaría más que cualquier derrota. En vista de que nada conseguía, decidió esquivar la expedición, ir a Aqaba y no solicitar armas y víveres de sus superiores.

Faysal, que pensaba, planeaba y trabajaba por todos, le concedió veintidós mil libras en oro de su tesoro para pagar a los hombres de la partida y los que se sumasen a ella durante la marcha. Diecisiete beduinos de los Agayl sirvieron de escolta. Zaki y Nasib, damascenos principales, tratarían con los conversos sirios del norte. El jerife Nasir, que intervenía en todas las empresas descabelladas, se encargó del mando. Él, Awda, Nasib y Zaki se repartieron el oro. Salieron el 8 de mayo. Cada combatiente llevaba un saco con veinte kilogramos de harina para otros tantos días. Recibieron el donativo de algunos rifles, y seis camellos

cargados de gelatina explosiva para volar rieles, convoyes y puentes en el norte. El representante de Francia junto a Faysal pensó, con motivo, que era una fuerza demasiado pequeña para apoderarse de toda una provincia. Hizo fotografías, en especial de Awda, engalanado con sus compras en al-Wachh: un gabán de paño color de ratón, con cuello de terciopelo, y botas amarillas con elásticos laterales. Los guió Nasib, que conocía aquella región tan bien como la propia. Al cabo de un par de años de luchar y predicar tras las líneas de Faysal, estaba tan aburrido como fatigado. Habló a Lawrence con nostalgia de su hermosa, grande y fresca

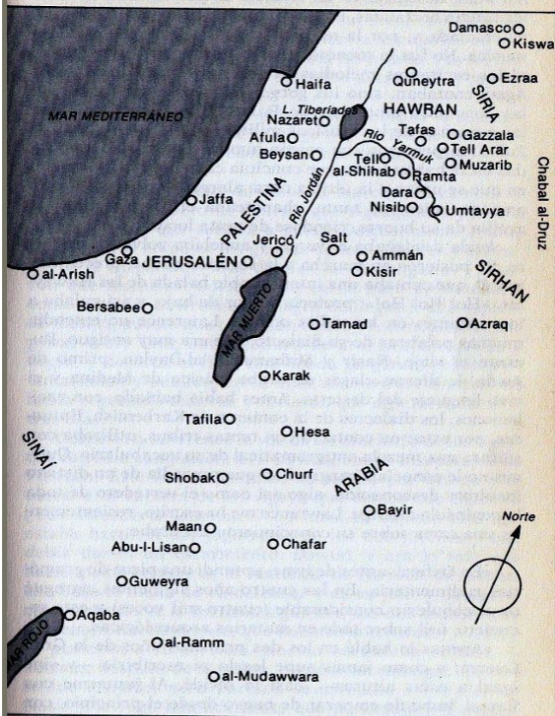
casa medinesa, de huertos plantados de toda especie de árboles frutales, caminos umbrosos, piscina emparrada, pozo del que sacaba agua una noria movida por un buey y numerosos surtidores. Los turcos se habían adueñado de ella, y talado los árboles y palmeras. La noria había callado sus crujidos por primera vez en seis siglos. Los huertos, consumidos por el sol, se hacían tan áridos como los montes por los que trotaban.

Los camellos de carga, debilitados por la sarna que azotaba al-Wachh, avanzaban despacio, ramoneando. Awda se opuso al deseo de los demás de avivarlos, pues la travesía era

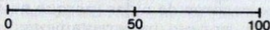
languísima y había que ahorrarles esfuerzos. La blanca arena escocía los ojos con su resplandor hasta extremos insoportables. Se alegraron de llegar al reducido oasis de un valle, que un anciano, con su esposa e hijas, los únicos habitantes, habían cultivado en parte. Cosechaban tabaco, judías, melones, cohombros y berenjenas, laborando de sol a sol, despreocupados del mundo exterior. El viejo preguntó riendo si tanta lucha y sufrimiento aportaría al mundo más comida y bebida; no entendió su descripción de la libertad árabe. Vivía sólo para su huerto. Cada año vendía el tabaco recogido y compraba una camisa para sí

mismo y para cada miembro de su familia; aparte dicha prenda, llevaba un gorro de fieltro, que había pertenecido a su abuelo un siglo antes.

LA CAMPAÑA EN EL NORTE



Millas



Allí encontraron a Rasim, jefe de la artillería de Faysal, su ayudante Mawlud y otros, quienes les contaron que el jerife Sharraf, primo de su caudillo, con el que había de encontrarse en la etapa siguiente, efectuaba incursiones. Así pues, descansaron en el oasis un par de días. El viejo les vendió hortalizas, Rasim y Mawlud proporcionaron carne enlatada y, por la noche, alrededor del fuego hicieron música. No fue la monótona y vociferante de los beduinos, ni las excitantes melodías de los oasis centrales que los Agayl cantaban, sino los gorgoritos y voces en falsete de las canciones amorosas de Damasco, que acompañaban las guitarras de los

músicos militares de Mawlud. Nasib y Zaki interpretaron con pasión himnos de libertad, que todos escuchaban hasta que concluía cada estrofa, momento en que se unían a la última nota, alargada y suspirante. El anciano, mientras tanto, chapoteaba en las acequias de arcilla de su huerto, riéndose de tanta locura.

Awda desdeñaba el vergel y anhelaba volver al desierto. Se pusieron en marcha a la segunda noche, precedidos por él, que cantaba una interminable balada de los Huwaytat. «¡Ho, Ho, Ho!», profería su voz de bajo, y así guiaba a los restantes en los valles oscuros. Lawrence no entendía muchas palabras de su dialecto, que era muy

antiguo. Durante el viaje, Nasir y Muhammad al-Daylan, primo de Awda, le dieron clases de árabe clásico de Medina y el vivo lenguaje del desierto. Antes había hablado, con vacilaciones, los dialectos de la comarca de Karkemish. Entonces, por estar en contacto con tantas tribus, utilizaba con soltura una mezcla antigramatical de su vocabulario. Quienes no le conocían imaginaban que procedía de un distrito inculto y desconocido, algo así como el vertedero de toda la península arábiga. Lawrence me ha escrito, recientemente, una carta sobre su conocimiento del árabe:

«En Oxford, antes de irme, aprendí una pizca de gramática rudimentaria. En los cuatro años siguientes, agregué un vocabulario considerable (cuatro mil voces) a este esqueleto, útil sobre todo en materias arqueológicas.

”Apenas lo hablé en los dos primeros años de la Gran Guerra, y como jamás supe leerlo ni escribirlo —y sigo igual a estas alturas—, casi lo olvidé. Al juntarme con Faysal, hube de empezar de nuevo desde el principio, con un dialecto nuevo y muy distinto.

La campaña me llevó de uno a otro lado, de modo que jamás aprendí uno como es debido. Se me pegaron de oídas (porque no conozco, insisto, el alfabeto) y, por eso, incorrectamente; y mis maestros —mis criados— me respetaban demasiado para señalarme las incorrecciones. Les era más fácil aprender mi lengua que enseñarme la suya.

”Por último, dominé catorce mil palabras, lo que, si en inglés es mucho, en árabe resulta insuficiente por su enorme y extensa riqueza. Me acostumbré a encajarlas en una

gramática y una sintaxis que había inventado. Faysal describió mi árabe como «una perpetua aventura», y me hacía hablar para divertirse...

”Nunca he oído a un inglés hablar el árabe lo suficientemente bien para que se le tenga por nativo de cualquier parte del orbe arabo-parlante durante cinco minutos».

La comarca rocosa dificultó la marcha. El camino se convirtió en sendero de cabras, que zigzagueaba por

una ladera. Había que subirla a gatas. Desmontaron. Pronto tuvieron que empujar las grupas de los camellos y aliviarles de la carga. Dos, muy débiles, se derrengaron y tuvieron que matarlos. Cortaron su carne para aprovecharla como comida. Lawrence se alegró de llegar a una especie de meseta, puesto que tenía aún fiebre y forúnculos. Cabalgaron sobre lava, entre colinas de arenisca encarnada y negra, y llegaron al fin a una honda garganta, poblada de tamarindos y adelfas, en la cual acamparon. Sharraf no había regresado todavía, y tuvieron que esperarle durante tres días.

Despertó a Lawrence la voz de un

muchacho de los Agayl que le pedía compasión. Era Dawud, amigo inseparable de Farrach. Éste había quemado su tienda por broma y le azotaría el capitán de los Agayl, que estaba con Sharraf. ¿Los defendería Lawrence? Lo hizo. El capitán dijo que estaba harto de las jugarretas de los dos jóvenes y que debía darles un escarmiento. Dawud, y era lo más que haría, podía compartir la sentencia de Farrach. El muchacho besó la mano de su defensor y de su jefe, y desapareció corriendo. A la mañana siguiente, los dos truhanes se presentaron a Lawrence, que hablaba con Awda y Nasir, y se pusieron a su servicio. No, no

necesitaba criados, y, además, después de la paliza, no podrían cabalgar. Dawud se fue enojado, pero Farrach se arrodilló a los pies de Nasir y le rogó humildemente que persuadiera al inglés. Lo hizo.

Sharraf regresó. Expuso que había agua de lluvia recién caída a lo largo del camino. Les había preocupado la posibilidad de que faltase. Iniciaron la jornada. A poco de ello, encontraron cinco jinetes que llegaban del ferrocarril. Lawrence, que iba a la vanguardia con Awda, sintió la emoción, habitual en el desierto, de ignorar si eran amigos o enemigos. Eran amigos. Frente a ellos trotaba un inglés rubio y

barbudo, de uniforme estropeado: Hornby, el secuaz de Newcombe, con quien competía en hacer saltar la vía férrea. Aquella pareja persistente se pegaba a los raíles semanas enteras, con escasos auxilios y menos víveres, hasta que agotaba los explosivos, o las monturas, y debía reponerlos. Newcombe abusaba de sus camellos, obligándoles a trotar, lo que los destruía pronto en aquel árido distrito. Sus hombres tenían que abandonarle —lo que era vergüenza duradera en el desierto—, o imitarle. Se quejaban siempre: «Newcombe es como el fuego, que quema a amigos y enemigos». Contaron a Lawrence que

dormía con la cabeza apoyada en un riel, y que cuando se les agotaba el explosivo, Hornby limaba los raíles con los dientes. La exageración expresaba la destructiva energía que mantenía ocupados a cuatro batallones turcos de trabajo.

Recorrieron el desierto de lava y, al octavo día, acamparon en un valle húmedo, lleno de espinos, demasiado amargos para alimentar a los camellos. Hicieron con ellos una gran hoguera y cocieron pan. De las llamas, salió una gran serpiente negra, a la que, sin duda, el frío nocturno había adormecido entre las ramas cogidas. El noveno día de jornada, por kilómetros de lava, en la

que destacaban piedras areniscas, los puso en contacto con una tierra muerta, agotada, fantasmagórica, que carecía de pastos. Los camellos estaban agotados.

La lava terminó al fin. Se hallaron en una llanura abierta, de arena dorada y verdes matojos dispersos. Había varias aguadas que alguien había excavado tras la tormenta que azotó tres días antes. Acamparon junto a ellas y descargaron los camellos para que comieran. Una docena de jinetes, venidos del ferrocarril, aparecieron, tirotearon a los cuidadores de los animales, y la partida, amparándose en los montículos y rocas, hizo fuego chillando. Los atacantes se alejaron. Awda pensó que eran

exploradores de la tribu de los Shammar. El llano los llevó a un valle fantástico, en el que había columnas de arenisca rojiza, de todos los grosores y formas, de tres a veinte metros de alto, separadas por estrechos senderos arenosos; después a una altiplanicie sembrada de basalto negro, y, por último, a los pozos de que Sharraf les había hablado. Hornby y Newcombe habían acampado indudablemente allí: había latas vacías de sardinas.

Dawud y Farrach resultaron ser buenos criados, valientes, alegres, excelentes jinetes y dispuestos a cumplir. Dedicaron mucho tiempo a curar la camella de su señor, que tenía la

cabeza cubierta de sarna. Careciendo del ungüento adecuado, la frotaron con manteca, lo que alivió algo el picor insoportable. Al décimo día, encontraron la vía férrea, que cruzarían cerca de la estación de Dizad. No había nadie a la vista. Aquello los tranquilizó, porque, según Sharraf, había continuas patrullas turcas montadas en mulos, cuerpos de camelleros y vagonetas automotoras con armas automáticas. Los animales de los jinetes pastaron la excelente hierba que había a ambos lados de los raíles, en los que Lawrence y los Agayl colocaron cargas de algodón, pólvora y gelatina explosiva. El valle repitió los estampidos. Awda,

que jamás los había oído, improvisó unos versos sobre su poder y gloria. Cortaron tres alambres telegráficos, ataron los cabos sueltos a las sillas de seis camellos y los obligaron a avanzar hasta que la tensión arrancó los postes. Tiraron de ellos hasta el agotamiento y los abandonaron muy lejos de la vía. Cabalgaron en la penumbra vespertina; renunciaron a seguir adelante cuando la oscuridad no les permitió ver los dorsos de las rocas y sus espolones, que amenazaban las patas de las bestias. No encendieron fuego. Los turcos, alertados por los estampidos del sabotaje, chillaban en los blocaos y disparaban contra las tinieblas. Los gritos y

detonaciones eran perceptibles en su campamento.

Por la mañana, se hallaron en una vasta llanura, desconocida por los europeos. Awda mencionó a Lawrence los nombres de los picos y valles, y le animó a señalarlos en el mapa, a lo cual repuso que no se proponía atizar la curiosidad de los geógrafos. Awda se mostró encantado de la respuesta y le habló de los asuntos personales de los jefes que iban con la expedición, o de los que hallarían en el camino. Se acumularon las horas de avance lento por aquella desolación de arena y piedra erosionada. Estaban en el Desierto Desolado, en el que no había huellas de

gacela, lagartos ni ratas, y en el que no volaban las aves. Un viento cálido, como salido de un horno, arreció a medida que se remontó el sol. Se pareció mucho al mediodía a una galerna. Los árabes se sujetaron los pañuelos de su tocado firmemente a través del rostro para evitar la aparición de llagas. La garganta de Lawrence tragó con dificultad y dolor durante unos días a causa de la sequedad sufrida. Al ocaso, habiendo recorrido noventa kilómetros, estuvieron en un valle en el que abundaban los matorrales. Con ellos hicieron una hoguera para orientar a los compañeros que se habían separado en la vía, y descubrieron que no tenían

cerillas. Sin embargo, sus amigos comparecieron, pusieron centinelas y dejaron pastar a los camellos.

Al mediodía de la mañana siguiente alcanzaron el pozo, de nueve metros de hondo, que era su meta. Contenía mucha agua, pero salobre; se estropeó en los odres. En la decimotercera jornada, el sol se hizo insoportable. Awda y su sobrino Zaal fueron a cazar a una extensión verde, y regresaron con dos gacelas. Con ellas y el agua, celebraron un festín. En la decimocuarta, avistaron las dunas del enorme desierto de Nafud, que habían recorrido exploradores de la talla de Wilfred Scawen Blunt y Gertrude Bell. Awda se opuso al deseo

de Lawrence a atajar por un ángulo de él, porque nadie entraba en su inmensidad sino a la fuerza. El hijo de su padre no lo haría en una camella sarnosa y tambaleante. Había que llegar vivos a Arfacha.

Además de la monótona arena destellante, había extensiones —a veces de varios kilómetros cuadrados— de barro liso y seco, cuyo reflejo atormentaba sus ojos, aunque los cerrasen. El dolor desaparecía y aparecía hasta que el jinete casi se desmayaba, y las treguas no hacían más que renovar la capacidad de sufrimiento. Por la noche amasaron pan; Lawrence dio la mitad de su ración a su camella,

fatigada y hambrienta, de pura raza, regalo de Faysal, quien la había recibido del emir Ibn Saud de los oasis centrales. Las hembras son más mansas, menos ruidosas y mucho más cómodas de montar, capaces de andar hasta caer reventadas; los machos cansados braman, se tiran al suelo y mueren de pura rabia.

El decimoquinto día no prometía nada bueno. Carecían de agua y un viento cálido podía retrasarlos veinticuatro horas. Partieron antes del alba. Los guijarros de una llanura ilimitada cortaron los pies de los animales, que pronto cojearon. Percibieron nubecillas de polvo en

lontananza. «Avestruces», sentenció Awda. Un hombre volvió con dos huevos enormes, que serían su desayuno. Lawrence puso unas hebras de gelatina explosiva sobre unas briznas de hierba, su único combustible, en las que descansaron los huevos, y las encendió. Nasir y Nasib, el sirio, se miraron con aire de guasa. Awda rompió el cascarón de uno con la empuñadura de plata de su daga y el hedor del contenido ahuyentó a todos. El segundo huevo, de consistencia pétrea, fue comestible. Incluso Nasir, que nunca se había rebajado a comer aquel manjar —los huevos eran en Arabia yantar de pobres— aceptó una ración colocada sobre una laja. Vieron

posteriormente unos orixes, raro antílope arábigo, de largos cuernos esbeltos y panza blanca, origen de la leyenda del unicornio. Se alejaron un poco cuando los persiguieron y se detuvieron curiosos, porque no estaban acostumbrados a la presencia humana. Aquello los perdió.

Avanzaron a pie, llevando las bestias del ronzal, para que no muriesen si el viento arreciaba. Lawrence notó que faltaba Gasim, de rostro amarillento, que había huido de Maan tras matar a un perceptor turco de impuestos. Los Agayl pensaron que estaría con los Huwaytat de Awda. Encontraron su montura con el fusil y

comida, pero sola. El maanita quizá se perdió mucho antes y pudo seguirlos a pie. La densidad de la calina impedía ver a más de tres kilómetros, y la dureza del terreno no admitía huellas. Los hombres se tomaron la desaparición a la ligera, pues Gasim era forastero, perezoso y malévolo. Acaso alguien se había desquitado de una ofensa, o se había caído de la silla al dormirse. Su compañero de marcha, el labrador sirio Muhammad, a quien correspondía la obligación de buscarle, tenía su camella despeada y no conocía el desierto. Los Huwaytat, capaces de investigar, se hallaban cazando o explorando, y los Agayl sólo se preocupaban de los suyos.

Por lo tanto, Lawrence fue en su busca.

Estimuló a su reacia camella, furioso con sus criados, y en particular con Gasim, gruñón y brutal. Ya se había arrepentido de haberlo aceptado en su servicio. Con la ayuda de una brújula, con la que había mantenido la dirección durante la etapa, esperaba encontrar el punto de partida, situado a veintisiete kilómetros. Llevó su montura por unas áreas arenosas para que se marcasen sus huellas y le guiasen al regresar. A la hora y media, se abultó una figura en la bruma. Era Gasim, que se adelantó aturdido, medio ciego y con los brazos extendidos. Le dio la última agua de los Agayl y la derramó por su cara y pecho

en su pasión por beber, mientras gimoteaba sus penas. Lawrence le colocó en el lomo de su camella.

La brújula los llevó a las huellas que había dejado. El animal aceleró su carrera. Gasim, llorando de dolor, miedo y sed, y mal sujeto, saltaba hacia atrás a cada tranco, y ello hacía que la camella corriera a mayor velocidad. Temiendo que se agotase, Lawrence ordenó silencio al maanita y, como no callaba, le golpeó y amenazó con dejarle caer allí mismo. Más adelante, una pompa oscura se recortó en la calina y se dividió en tres. Eran Awda y dos hombres de Nasir que iban en su busca. Lawrence los apostrofó en broma por

abandonar a sus compañeros en el desierto. Awda aseguró que, si hubiera estado presente, lo habría consentido que se fuera. Trasladaron a Gasim, con acompañamiento de injurias, a otra bestia.

—Ése no vale el precio de un camello —dijo Awda.

—No vale ni media corona —afirmó Lawrence.

Awda golpeó con fuerza al maanita y le obligó a repetir como un loro su precio. Por lo visto, se había desmontado por lo que fuere y se durmió.

Estuvieron hacia el atardecer en Shirhan, donde una cadena de pastos y

pozos subía a Siria. Aunque faltos de agua, que conseguirían al día siguiente, habían dejado atrás el «Desolado». Encendieron fuego para guiar al esclavo del emir de los Ruwalla. También había desaparecido, pero, como conocía la región, tal vez hubiese ido a al-Chawf, capital del príncipe Nuri, para conseguir una recompensa con la noticia de que llegaba la partida con regalos. Meses después Nuri contó que había encontrado su cadáver desecado, junto a su camello, muy al interior del desierto, sin señales de violencia. Muerte breve —el hombre más vigoroso perecería a los dos días en tan cruel ardor estival—, pero muy dolorosa. El miedo se

apoderaba del cerebro y el más corajudo enloquecía muy pronto, y el sol le remataba. Lawrence aprendió a soportar la sed como un beduino. No bebía durante las marchas. Imitó su hábito de saciarse en los pozos y estar dos o tres días, en caso necesario, sin catar el agua. Sólo una vez enfermó por culpa de la sed.

En la jornada siguiente, la decimosexta, encontraron los pozos de Arfacha, rodeados del arbusto aromático que daba nombre al lugar. El agua pastosa, oliente y salobre, se corrompía en seguida en los odres. Aprovechando la abundancia de pasto, se quedaron veinticuatro horas y despacharon

emisarios en busca de los Huwaytat. En el norte, donde quizá estuviesen, los encontrarían.

Descubrieron tres hombres de los Shammar ocultos entre los arbustos. Muhammad al-Daylan y varios de los suyos los localizaron, pero no se lanzaron tras ellos a causa de la debilidad de sus camellos. Muhammad, primo de Awda y segundo jefe de su tribu, tendría treinta y ocho años. Alto, membrudo y diligente, poseía más riquezas que el jeque, puesto que era menos generoso: tierras y una casita en Maan. Los Huwaytat, influidos por él, viajaban con parasol y botellas de agua mineral. Dirigía la política del clan, del

que era el cerebro.

Aquella noche se sentaron alrededor de la hoguera. Majaron café en un mortero (lo perfumaron con tres granos de cardamomo), lo hirvieron y colaron con una esterilla de palma. Estaban hablando de la rebelión, cuando hubo una descarga. Un Agayl se desplomó gritando. Muhammad al-Daylan cubrió el fuego con arena de una patada y lo apagó. Corrieron a sus fusiles y dispararon. Su resistencia descorazonó a los atacantes, acaso unos veinte, que huyeron. El herido no tardó en morir.

Los días decimoséptimo y decimoctavo transcurrieron sin percances. Fueron de un oasis a otro,

mientras Nasib y Zaki hablaban de crear plantaciones, que el gobierno árabe se encargaría de desarrollar. Era propio de los sirios que vivían en ciudades idear planes maravillosos para el futuro y cargar las preocupaciones del presente en hombros ajenos. Fechas antes, Lawrence había dicho: «Zaki, tu camella tiene sarna». «¡Ay, así es!», reconoció el sirio. «Esta misma noche le aplicaremos ungüento». Al otro día, Lawrence se refirió de nuevo a la sarna, y Zaki exclamó que sus palabras le habían inspirado algo: cuando Damasco fuese árabe, fundaría un departamento veterinario, con especialistas que cuidasen de los camellos, caballos,

burros, oveja y cabras. Se establecerían hospitales centrales, en los que se ejercitasen estudiantes, en cuatro distritos. Habría inspectores, laboratorios de investigación, etc. Pero no atendió a su camella.

Lawrence criticó sus proyectos, y ellos rompieron a hablar de servicios de remonta que mejorasen las castas animales. La camella murió al sexto día y Zaki dijo: «¡Claro! No la habéis cuidado». Los demás atendían a sus bestias lo mejor que podían, en espera de llegar a una tribu que tuviera la cura necesaria.

Un pastor de los Huwaytat los guió al campamento de un jefe. Había

concluido la primera parte del viaje. Conservaban el dinero y los explosivos. En conciliábulo decidieron dar seis mil libras a Nuri, que les permitía transitar por Sirhan, y que tal vez accediese a que alistasen voluntarios. Y, cuando se fuesen, protegería a sus familias, rebaños y bienes muebles. Awda, amigo suyo, se encargó de la embajada. Nuri, cercano y muy poderoso, aceptaba su belicosidad —que entonces contuvo—, y ambos soportaban con amistosa paciencia las rarezas del otro. Le expondría sus deseos, y los de Nasib y Lawrence, y la intención de Faysal de que mostrase en público buena voluntad a los turcos. Así disimularía el avance

hacia Aqaba. Faysal sabía que Nuri se hallaba a merced de los otomanos, que podían bloquear la provincia por el norte. Fuese Awda con seis taleguillas de oro, anunciando que, de paso, pondría en pie de guerra a toda su tribu, los Abu Tayi Huwaytat.

Hubieron de aceptar la generosísima hospitalidad de las familias locales, consistente en banquetes pantagruélicos. Asistieron a ellos unos cincuenta hombres. Los alimentos se presentaban en una sola vasija de cobre, de metro y medio de diámetro, que pertenecía a Awda y que los anfitriones se cedían unos a otros. El festín consistía sin excepción en carnero y arroz: dos o tres

reses enteras apiladas en el centro y una base de arroz de treinta centímetros de lado y quince de profundidad, que recibía las costillas y patas. En el mismísimo centro se erguían las cabezas, con las orejas caídas y las mandíbulas abiertas para que mostrasen los dientes. En el ingente plato se vertían calderos de grasa hirviente, con trocitos de hígado, piel y carne. Cuando rebosaba, el anfitrión los invitaba a comer. Veintidos huéspedes, con cortés modestia, fingida, rodearon el descomunal recipiente con una rodilla en tierra.

Mirando a Nasir, el prócer, se arremangaron el brazo derecho,

pronunciaron una jaculatoria y metieron los dedos, sólo los de la diestra, como dictaba la buena educación. Lawrence lo hizo con cautela, porque no soportaba el contacto de la grasa caliente. Nadie habló. Había que hacer gala de hambre canina y tragar con celeridad. Nasir los animó, mientras mojaban, desgarraban y engullían. Poco a poco, el consumo se hizo más lento y todos se acodaron en la rodilla, con la mano doblada por la muñeca para que gotease en el borde de la colosal azafata. Una vez ahitos, Nasir carraspeó y se levantaron con premura, murmurando «Dios te lo premie, oh huésped», y cedieron el puesto a otros veintidós comensales. Los más

delicados se secaron los dedos en un pedazo de tela de tienda destinado a ello. Se sentaron suspirando en la alfombra, y los esclavos distribuyeron agua para el lavado y el jabón de la tribu. Acabado el banquete y bebido el café, se alejaron bendiciendo. Entonces llegaron los chiquillos para comer las sobras y los huesos mal aprovechados, y algunos huyeron a algún matojo lejano para comer en paz. Los perros limpiaron lo poco que quedaba. Nasib y Zaki, no acostumbrados a la alimentación forzada del desierto, se rindieron. Lawrence y Nasir hubieron de comer dos veces seguidas por el honor de Faysal.

El 30 de mayo reemprendieron la

marcha con todos los Abu Tayi. Por vez primera, Lawrence asistió al desplazamiento de una tribu beduina. Sin orden aparente, la caravana avanzó en un frente amplio, en que cada familia formaba una agrupación aparte, los hombres montados, y las mujeres en howdas que las ocultaban, y las tiendas negras de pelo de cabra, en los camellos de carga. Farrach y Dawud, aprovechando el ambiente festivo del viaje, iban de acá para allá haciendo bromas, sobre todo acerca de las serpientes, que abundaban aquel año en Sirhan: cerastas, víboras, cobras y culebras negras. De noche, para evitar el peligro, golpeaban las matas con varas.

Había el riesgo de que, en la oscuridad, al sacar agua, algunas, dentro de ella o en sus bordes, atacasen a los aguadores. En dos ocasiones, las víboras interrumpieron el consumo de café.

Los cincuenta hombres de Lawrence mataban unas veinte a diario. De los siete que fueron picados, tres murieron y cuatro se recuperaron a costa de grandes apuros y dolores. Los Huwaytat los trataron con cataplasmas de piel de serpiente y lecturas de versículos alcoránicos, en el caso de los agonizantes. Se acostumbraron a dormir calzados con gruesas botas damascenas, rojizas y con adornos azules, porque los reptiles buscaban el calor de los

cuerpos y se colocaban encima de las mantas o debajo de ellas. Aquello enervaba a todo el mundo, salvo a Dawud y Farrach, aficionados a generar falsas alarmas y dar furiosas palizas a ramas y raíces inocentes. Lawrence acabó por prohibirles que gritaran «¡Serpientes!». Una hora después, estando sentado en la arena, advirtió que los dos muchachos se propinaban codazos, sonriendo con malicia. Siguiendo su mirada, descubrió en la mata en que se recostaba una serpiente parda que se disponía a atacarle.

Se apartó gritando y llamó a uno de sus hombres, que la mató con su látigo de montar. Lawrence le ordenó que

propinase seis azotes a cada muchacho, para que aprendiesen a no tomar las indicaciones tan al pie de la letra. Nasir, que dormitaba al lado de él, chilló: «¡Y seis en mi nombre!». Lawrence intervino para que los demás, hartos de las travesuras de los compinches, no agregaran más castigo. Proclamó a ambos moralmente réprobos y los obligó a recoger leña y buscar agua bajo la férula de las mujeres, la sanción peor que podía sufrir un chico de dieciséis años que se tenía por hombre.

De pozo en pozo —siempre de contenido salobre—, y a través de un paisaje cuya rala vegetación sólo servía para albergar serpientes, llegaron a

Agayla, donde había un poblado de tiendas. Los recibió Awda con una fuerte escolta de jinetes de los Ruwalla, prueba de que había persuadido a Nuri: los nuevos combatientes los llevaron a la casa vacía de su príncipe, gritando, blandiendo lanzas y disparando fusiles, con la cabeza destocada.

Los clanes los visitaron y regalaron huevos de avestruz, golosinas de Damasco, camellos y jacos. Tres hombres prepararon café para los visitantes, que se presentaron a Nasir como delegados de Faysal; juraron lealtad a la causa árabe y prometieron obediencia a Nasir. Entre los regalos hubo más de un piojo, que los atormentó

al atardecer. Awda, cuyo brazo izquierdo estaba casi impedido a consecuencia de una antigua herida, les enseñó a rascarse con un palo, que introducía por la manga del miembro rígido y le llegaba a las costillas.

La reunión general se celebró en Nabk, donde había mucha agua y algunos pastos. Nasir y Awda estudiaron el enrolamiento de voluntarios y el desplazamiento a Aqaba, situada a doscientos treinta kilómetros al oeste. Aquello atizó la imaginación de los sirios Nasub y Zaki, que, como Lawrence, no intervinieron en la conversación. Los dos primeros se veían dueños de Aqaba y dirigiéndose a

Damasco, en el camino de la cual sublevaban a los drusos y los Shaalan. Pillarían desprevenidos a los otomanos y conseguirían la victoria. Todo ello sin tener en cuenta las etapas intermedias.

Era puro absurdo. Los turcos amasaban un ejército en Alepo para recobrar Mesopotamia y podían enviarlo a Damasco. Faysal seguía en al-Wachh. Los británicos se habían detenido en el peor lado de Gaza. Si debía tomar Damasco, Nasir habría de hacerlo sin apoyo, recursos, organización y comunicaciones con sus amigos. Lawrence, para impedir el disparate, dijo a Awda que, si Damasco se convertía en el objetivo siguiente, el

mérito y el botín pertenecerían a Nuri. Apoyándose en su amistad, convenció a Nasir de que se atuviese a lo de Aqaba. En el supuesto que conquistasen Damasco, no la conservarían más de seis semanas, ya que los británicos, retenidos en Gaza, no lograrían desembarcar en Beirut. Y un fracaso sería el fin de la rebelión. Había que hacerse en primer lugar con Aqaba.

Awda y Nasir lo aceptaron, pero Nasib y Zaki decidieron ir a los montes de los drusos para preparar su gran proyecto. Como no les bastaba el dinero que Faysal les había dado, solicitaron de Lawrence que les proporcionase más si conseguían establecer un movimiento

separado en Siria. El joven no podía comprometerse a ello. Dijo a Nasib que, si prestaba algo del suyo a Nasir, para que lo destinase a la empresa de Aqaba, reunirían entre todos los fondos suficientes para el movimiento sirio. Estuvo conforme. Nasir se alegró de las dos inesperadas talegas de oro, que le permitirían pagar la soldada de nuevos voluntarios. Nasib se fue lleno de optimismo. Lawrence sabía que poco daño podía hacer con el bolsillo vacío. Quizá, al propio tiempo, sus actos persuadirían a los otomanos de que se tramaba una campaña contra Damasco.

XIV

Lo que va a continuación es el breve relato insatisfactorio de la aventura más descabellada y peligrosa que el hombre emprendió en el curso de la Gran Guerra: un recorrido de dos mil cuatrocientos treinta y seis kilómetros por territorio otomano, para espiar sus posiciones clave, sin disfraz alguno. Lawrence se propuso ir a Damasco y estudiar el ferrocarril que había al norte de la ciudad. No se tiene informe exacto de la hazaña, ni siquiera en *Las siete columnas de la sabiduría*, obra suya, y no he conseguido enhebrar con lógica

los fragmentos que, a veces, ha proporcionado a sus amigos. Pero es indiscutible el motivo, tanto como el hecho de que efectuó el viaje. En Nabk, al reflexionar, le disgustó su papel en la rebelión, y empezó a ver con claridad lo que hasta entonces había arrinconado en el fondo de su mente.

En primer lugar, era, lo quisiera o no, inglés y tenía que evitar la derrota de su patria. Un triunfo en Oriente tal vez decantase la balanza, entonces paralizada en Occidente, y evitase la tremenda sangría de vidas humanas. En segundo lugar, era árabe por adopción, ya que las tribus confiaban en él y le amaban, y, por lo tanto, debía hacer

cuanto pudiera por ellas. Los árabes, mientras luchaban por su libertad, podían auxiliar a los británicos. Pero he aquí el escollo: la rebelión había partido de principios falsos. El gobierno de Gran Bretaña había accedido a las demandas de independencia del jerife Husayn, y no sólo de Arabia, sino también de partes de Mesopotamia y Siria, «respetando los intereses de nuestra aliada, Francia». Esta cláusula concernía al tratado secreto de Sykes-Picot, concordado por Inglaterra, Francia y Rusia, según el cual las partes se anexionarían determinadas regiones y establecerían «esferas de influencia» en las restantes. Por lo tanto, de hecho, no

había independencia posible. El alto comisario, firmante del compromiso con el jerife, lo ignoraba tanto como éste. Ocurrió, por lo visto, que había en el Foreign Office dos departamentos, cada uno de los cuales se encargaba de uno de los acuerdos y entre los cuales no había comunicación. El gobierno, hay que decirlo, instruyó al alto comisario y éste se apresuró a responder que, al ayudar al nacionalismo arábigo, se incurría en una peligrosa situación, porque la libertad tal vez se convirtiera en un monstruo. Insistió en que se tratara con honradez a los líderes árabes y, en particular, en que un solo departamento gubernamental se encargase de todas las

negociaciones.

La revolución rusa sobrevino en la primavera de 1917, y los bolcheviques publicaron el tratado, del que los turcos enviaron copias a los lugares en que más podían perjudicar a Gran Bretaña. Nuri había recibido una y preguntó al consternado Lawrence en cuál de los dos compromisos antagónicos tenía que creer. Lawrence no supo qué responder. Pensó que lo más honrado sería devolver a los beduinos a sus tierras; no obstante, con la ayuda de los beduinos quizá se ganara la guerra en Oriente. Por lo tanto, contestó al fin que Inglaterra mantenía la letra y el espíritu de su palabra, y que el segundo tratado

anulaba el primero. Nuri se tranquilizó y los árabes, confiando en el joven, lucharon espléndidamente. Lawrence se avergonzó de su triquiñuela. Posteriormente, calmó su conciencia contando a Faysal todo lo que sabía y rechazando las condecoraciones, categoría y riqueza que le ofrecieron por su papel en la rebelión. Conseguiría que la sublevación triunfase tan bien, que las potencias no podrían, por honor o sentido común, robar a los árabes lo que habían conquistado. Se enzarzaría en otra batalla por la causa islámica en la Cámara del Consejo una vez terminada la guerra.

Pero había más. Sabía que la

contienda mundial entraba en otra fase. La reputación de Gran Bretaña en Siria era grande, y la de los jefes beduinos y de La Meca escasa. Era el único que, por haber conocido anteriormente a los sirios, gozar de la confianza árabe y ser representante de Inglaterra, podía llevar con éxito la revolución al norte. ¿Tenía fuerza para aceptar aquella responsabilidad? No se consideraba hombre de acción; los libros y los mapas eran su alimento, y había salido de El Cairo casi a la fuerza. ¿A cuál independencia llevaría a los árabes? Una confederación de Estados musulmanes, suponiendo que se fundase contra los intereses británicos y

franceses, se convertiría en heredera del imperio turco. La dirigirían hombres como los sirios Nasib y Zaki, y sus gobiernos, acaso más emprendedores que el otomano, serían igualmente corruptos. Y la inocencia y el idealismo de los beduinos tal vez se contagiase de la suciedad de Damasco o Basora. ¿Merecía aquello el don de la libertad?

En tal tesitura optó, al parecer, por entregarse a los caprichos del destino, como sus amigos del desierto. Iría al norte, a cumplir su loca empresa, sin tomar precauciones, exponiéndose a todos los peligros. Si cometían el pecado de permitir que regresase, los otomanos pagarían su destino, pues

estaba dispuesto a llevar la rebelión a su fin, sin más dudas. Si le capturaban, la rebelión no saldría de los desiertos de Arabia.

Así, el 3 de junio de 1917, a la quinta semana de la partida de al-Wachh, se encaminó al norte con una corta guardia de corps y estuvo ausente una semana. Se desconoce cómo llegó a Damasco —confiesa que estuvo en ella—; es posible que marchase por el Chabal al-Druz y el Líbano, visitando en él a sus amigos cristianos sirios, y que doblase hacia el sur cerca de Baalbek. Se cuenta que se encargaron de él relevos de los clanes, que cambiaban en los límites de cada tribu.

Aparentemente, ninguno de sus guardias completó el itinerario con él. Se rumorea que le ayudaron cartas de Faysal, pero, repito, se trata de cábalas sobre sus propósitos inmediatos, odisea y resultados conseguidos. En Ras Baalbek, al sur de Hama, mucho más allá de Damasco y Baalbek, las localidades más distantes que se asocian a su viaje, el tráfico ferroviario entre Constantinopla y Siria se movía por un importante puente. Se interceptó aquel mes un informe del enemigo que menciona la destrucción de aquel puente, y se siente la tentación de considerar el hecho como una coincidencia. No obstante, la

demolición supuso el empleo de una cantidad enorme de explosivo y Lawrence viajó, según se cree, con muy poca carga.

De la estancia en Damasco sólo puede aducirse información negativa. No cenó, almorzó o desayunó con el bajá Alí Riza, el gobernador (como afirman Lowell Thomas y otros), ni estuvo entonces, ni más tarde, con Yasin, un patriota árabe. En cambio, parece que acordó con miembros prominentes del comité de libertad de Damasco lo que se haría tras la expulsión de los turcos. Se relata que entró en Damasco en camello, vestido con el uniforme inglés, y que le llamó la atención un aviso, con

fotografía de «Al-Awrans, destructor de ferrocarriles», prometiendo una recompensa a quien lo capturase vivo o lo matase; y que decidió someterse a una prueba suprema: tomó café debajo de uno de aquellos avisos y, como nadie le reconoció, se fue al cabo de un par de horas. También se narra que, mientras estaba en la ciudad, y sus hombres acampados en un huerto de cerezos, una patrulla otomana los importunó, y que los inoportunos descansan ahora al pie de aquellos frutales. Sea como fuere, la anécdota del aviso es patraña, primero porque no lo pusieron y segundo porque los otomanos no dispusieron de retrato que pudiera ampliarse de aquel modo.

Lawrence, en cambio, me ha contado que no se disfrazó de mujer ni de otra cosa durante el viaje, y que pospuso la entrada en lugares peligrosos hasta que la noche cerró. En la oscuridad, su figura no se distinguía de la de cualquier beduino. Y la mención en *Las siete columnas de la sabiduría* de que solía ponerse el uniforme británico para visitar los campamentos enemigos, puede ser costumbre que se inició entonces. Desconozco si consideró Damasco como lugar «peligroso». Otros pintorescos incidentes que, se cuenta, ocurrieron en aquel viaje son tan falsos como la anécdota del aviso. Por ejemplo, el intento de visita a una

academia militar en Baalbek, que refiere Lowell Thomas, queda desmentido por el hecho de que no hubo allí academia militar, sino un depósito de infantería y un campo de instrucción. Tal vez fuese a éstos. Tampoco estuvo en el enlace de Rayak («para inspeccionar los talleres de reparación del ferrocarril», cuenta otra historia). No obstante, reconoció, seguramente, uno o más puentes sobre el río Yarmuk, de lo que se tratará en un capítulo posterior, y estuvo en el centro de la tribu de los Banu Sajr.

La reticencia de Lawrence sobre tal viaje es deliberada. Se basa en razones personales. En mi opinión, ha resuelto que, ante errores y declaraciones tan

desorientados o contradictorios, era preferible callar, aunque sucediera entonces algo importante. Volvió al sur por un puente del río Yarmuk y, a lo largo del ferrocarril de Dara-Ammán, a Azraq y Nabk. He señalado el itinerario en el mapa. Los puntos denotan mi inseguridad.

XV

El 16 de junio encontró a Nasir y Awda en Nabk. Estaba todo listo para dirigirse a Aqaba. Awda compró un rebaño pequeño de corderos y dio un banquete de despedida, al que asistieron centenares de hombres. Se vació cinco veces la enorme azafata. Luego los comensales se juntaron para tomar café bajo el titilar de las estrellas y se refirieron historias. Lawrence abrió el fuego, comentando que había buscado en vano a Muhammad al-Daylan aquella tarde para agradecerle el regalo de una camella de ordeño. Awda se rió con

tanta fuerza, que todos le miraron para saber cuál era la gracia. Señaló entonces a Muhammad, sentado cerca del mortero de café, exclamó:

—¡Ja, ja! ¿Os digo por qué hace quince días que Muhammad no duerme en su tienda?

Inmediatamente empezó el cuento. Muhammad había comprado en el zoco de al-Wachh un valioso collar de perlas y, como no se lo dio, sus esposas protestaron, se pelearon y se pusieron de acuerdo en una sola cosa: no le dejarían entrar. Era una de las acostumbradas invenciones de Awda. Muhammad, cuyas mujeres se habían acercado mucho a los faldones para escuchar, rogó muy

confundido a Lawrence que atestiguara que se trataba de una mentira.

Lawrence comenzó la contestación como suele hacerse en Arabia cuando se relata un cuento.

—¡En el nombre de Dios, clemente y misericordioso! Éramos seis en al-Wachh: Awda, Muhammad, Zaal, Gasim, Mufaddi y este pobre hombre (o sea el propio narrador). Y una noche, antes del amanecer, Awda dijo: «Efectuemos una incursión contra el zoco». Y dijimos: «En el nombre de Dios». Y fuimos. Awda de blanco, con pañuelo colorado y sandalias de cuero. Muhammad con una túnica real de seda y descalzo. Zaal... No me acuerdo de cómo vestía

Zaal. Gasim llevaba ropa de algodón, y Mufaddi de seda con una lista azul y un pañuelo bordado. Vuestro siervo como va al presente.

Hizo una pausa. Los Huwaytat guardaron silencio religioso. Imitaba el estilo épico de Awda, sus ademanes, voz resonante y altibajos de tono, y como los beduinos no conocían la parodia, tuvo efecto impresionante en ellos. Continuó exponiendo cómo abandonaron las tiendas (toda una serie) y bajaron a la población; describió a todos los peatones y las laderas «sin pastos, ¡oh Dios mío!, sin pastos, que la tierra estaba desnuda. Y anduvimos, y cuando hubimos andado lo que se tarda en fumar

un cigarrillo, oímos algo, y Awda se paró y dijo: “Amigos, he oído algo”. Y Muhammad se paró y dijo: “Amigos, he oído algo”. Y Zaal exclamó: “Alabado sea Dios, tenéis razón”. Y nos paramos a escuchar, y no ocurrió nada, y este pobre hombre dijo: “Yo no oigo nada”. Y Zaal dijo: «Yo no oigo nada». Y Muhammad dijo: «Yo no oigo nada». Y Awda dijo: «Yo no oigo nada». Y caminamos y caminamos, y la tierra estaba desnuda, y no oímos nada. Y a nuestra derecha apareció un negro sobre un asno. El asno era gris, con las orejas y una pata negras, y llevaba una marca así (Lawrence trazó en el aire un garabato); movía sus extremidades y la cola. Awda

lo vio y dijo: «¡Vaya! Un burro». Y Muhammad dijo: «¡Vaya! Un burro y un esclavo».

Lawrence prosiguió su versión árabe de «Los tres galos joviales:

—Y anduvimos. Y había una loma, no muy grande, una loma como de aquí al sitio Tal; y anduvimos hasta la loma, y estaba desnuda. La tierra estaba desnuda. Desnuda, desnuda. Y anduvimos, y más allá de ese sitio Tal había otro Tal, como de aquí al sitio Tal, y luego una loma. Y llegamos a la loma: estaba desnuda, toda la tierra estaba desnuda. Y cuando subimos a esa loma, y llegamos a su cima, y llegamos al final de la cima de esa loma, por Dios, por mi

Dios, por el mismísimo Dios, el sol nació sobre nosotros.

Hubo un estallido de regocijo. Todos conocían las repeticiones y el eslabonamiento de frases con que Awda creaba alguna tensión en el relato de una incursión vulgar, en la que nada sucedía, y asimismo el final dramático del orto solar. Y se revolcaron presos de la hilaridad.

Awda rió más que nadie, no sólo porque aceptaba que ironizasen a su costa, sino también porque la parodia había probado que era un narrador consumado. Abrazó a Muhammad, reconociendo que lo del collar había sido una invención. El desagraviado

invitó a todo el mundo a desayunar a la mañana siguiente una cría de camello cocida en leche agria.

Fuéronse poco después del desayuno a Bayir, que estaba a noventa y seis kilómetros en dirección de Aqaba. La hueste constaba de quinientos hombres, satisfechos y confiados. El terreno se componía de arenisca sembrada de guijos negros, y en la distancia había tres colinas blancas de caliza. Aquella noche cenaron con los jefes de los Abu Tayi, y, mientras bebían café, Awda provocó a Lawrence con la pregunta de «¿Por qué los occidentales lo queréis todo?». El joven había hablado que los astrónomos fabricaban cada año

telescopios más potentes, con los que precisaban el mapa de los cielos con el descubrimiento de millares de estrellas.

—Detrás de las contadas estrellas que percibimos vemos a Dios, que no está detrás de vuestros millones —dijo Awda.

—Queremos llegar al fin del mundo —repuso Lawrence.

—Pero ¡eso es Dios! —se impacientó Zaal, casi enfadado.

Awda aseguró que, si la meta de la sabiduría era añadir estrellas y más estrellas, le gustaba más la ignorancia de los árabes.

Llevó a Lawrence, al día siguiente, a que conociera la tumba de su hijo

predilecto, que estaba en Bayir. Sus primos de los Mutalga le habían atacado en número de cinco y luchó contra ellos hasta morir. Al ascender por la cuesta del lugar del Sepulcro, les asombró ver retorcerse humo alrededor de los pozos. Se aproximaron cautelosamente a uno: habían destrozado el brocal, arrancado las piedras del interior y cegado el fondo.

—Es obra de los Chazi —dijo Awda.

Habían reventado aquél y los demás, a juzgar por el olor, con dinamita. Los turcos, enterados sin duda de su llegada, habían impulsado aquello, y era muy posible que hubieran corrido igual

suerte los de al-Chafr, donde pensaban concentrarse antes del ataque. De cualquier suerte, no podían llegar a tal sitio sin el agua de Bayir. Recordando que había un cuarto pozo más lejos, fueron desanimados a estudiarlo. Lo hallaron intacto. Como pertenecía a la tribu de los Chazi, y se había salvado de la destrucción, tal vez Awda hubiese acertado en su sospecha. Uno no bastaba para abreviar quinientos camellos. Habría que arreglar el menos dañado de los otros tres. Lawrence bajó a uno en un pozal y descubrió en su fondo una carga de dinamita que no había estallado, posiblemente porque los turcos los vieron llegar y huyeron. Lo

limpiarían. Así, pues, disponían de dos puntos de agua y un beneficio de doce kilogramos de dinamita.

Estuvieron una semana en Bayir, y enviaron dos partidas, una a comprar harina en las inmediaciones del mar Muerto —regresaría a los cinco o seis días—, y otra a inspeccionar los pozos de al-Chafr. Si no los habían arruinado, cruzarían la vía férrea por debajo de Maan y se apoderarían del gran paso que bajaba del altiplano a la llanura rojiza de Guweyra. Para retener el paso, tendrían que tomar Abu-l-Lisan, que se encontraba a unos veinte kilómetros de Maan y poseía una fuente de agua abundante; podrían derrotar a su

reducida guarnición. De esta forma, los puestos otomanos habrían de rendirse en una semana por falta de víveres, si no los eliminaban antes las tribus monteses por simpatía a los atacantes.

La destrucción de los pozos de Bayir indicaba que el enemigo estaba al corriente de la llegada de los Huwaytat. Deberían simular que no se encaminaban a Aqaba, sino al septentrión. Newcombe permitió que le robasen en al-Wachh documentos que revelaban el propósito de avanzar contra Damasco y Alepo. Nasib predicaba la rebelión entre los drusos, a los cuales Lawrence había insinuado, en su viaje a la ciudad damascena, que pronto aparecería en sus

tierras un ejército árabe. Los otomanos cayeron en el garlito y reforzaron las guarniciones del norte.

Para engañarlos más aún, quiso atacar la línea férrea a unos ciento noventa y tres kilómetros, cerca de Dara, con Zaal y ciento diez guerreros elegidos. Marcharon en etapas de seis horas, con dos de descanso, día y noche. La operación fue memorable para Lawrence por ser la primera que él, o cualquier otro occidental, formaba parte de una incursión beduina. A la segunda tarde, estuvieron en una aldea circasiana, situada al norte de Ammán, en Transjordania. No lejos de ella había un gran puente tentador. Lawrence y Zaal

fueron a reconocerlo y encontraron multitud de otomanos. La inundación primaveral había arrastrado cuatro arcos, y los raíles se tendieron en una estructura provisional mientras lo reparaban. Podían olvidarse de aquella ruina. Atacarían un tren, lo que llamaría más la atención que la voladura de un puente, y haría pensar a los turcos que el principal cuerpo árabe estaba en Azraq, en Sirhan, a noventa kilómetros al este. Galoparon en el seno de la oscuridad por una llanura. Oyeron un estrépito y pasó un convoy a mucha velocidad. Lawrence, si lo hubiese sabido con dos minutos de antelación, habría convertido la locomotora en una masa de chatarra.

Al alborear, descubrieron un sitio ideal para la emboscada, un anfiteatro rocoso con pasto para los camellos, junto al cual trazaba una curva el ferrocarril, curva que los ocultaba. Lo coronaba una antigua atalaya árabe, que les proporcionó una excelente vista de la vía. La minarían aquella noche. Pero, mediada la mañana, ciento cincuenta jinetes de la caballería regular turca parecieron ir hacia ellos. Los beduinos se fueron cuando los soldados llegaron. Aquel paraje se llamaba Minifar.

En otra colina, avistaron las tiendas de pelo negro de una tribu de labriegos sirios. Los emisarios de Zaal volvieron con pan, con que reemplazarían la

cebada tostada de que se alimentaban, tan dura que Lawrence había preferido ayunar durante dos días antes que destrozarse la dentadura en el intento de comerla. Aquella gente prometió decir a los otomanos que la partida cabalgaba hacia Azraq. En la oscuridad soterró con Zaal una mina grande y esperó a que pasase un tren; esperó toda la noche y la mañana siguiente. Por la tarde, doscientos otomanos en mulos despuntaron en el sur. Zaal se mostró dispuesto a combatirlos, porque cien hombres en camello, que descendiesen como un torrente de las alturas, tenían ventaja sobre el doble número de combatientes peor montados.

Capturarían presos y animales. Lawrence le preguntó cuántas bajas tendrían ellos. Cinco o seis. Demasiadas, en opinión del inglés. Debían tomar Aqaba, razón por la cual les habían mandado allí, con el fin de convencer al adversario de que el grueso de sus fuerzas estaba en Azraq. Zaal le hizo caso. Los Huwaytat estaban furiosos; querían los mulos a todo trance. La tentadora compañía turca desfiló ante ellos. Un muchacho, primo de Awda, no pudo resistir el espectáculo. Se lanzaba contra los turcos, cuando Zaal le atrapó, le derribó y le golpeó. Lawrence intervino para que sus gritos no alarmasen al enemigo.

Una batalla hubiera apartado a los Huwaytat de la campaña de Aqaba. Habrían llevado los mulos en triunfo a sus tiendas y no habrían regresado a tiempo. Como no hubiesen podido alimentar a los prisioneros, habrían tenido que pasarlos a cuchillo o dejarlos ir, y los liberados hubiesen delatado sus movimientos. Peor fue aún que no circulase tren alguno el resto de aquel día. Por lo tanto, volaron de noche los rieles más curvos que pudieron encontrar, porque los ingenieros otomanos tendrían que pedir repuesto de ellos a Damasco. (Tardaron tres días en recibirlos, y el convoy de reparaciones hizo saltar la mina y perdió la

locomotora. Tres días más invirtieron en inspeccionar el tendido en busca de artefactos. Los rebeldes lo supieron posteriormente).

Encontraron dos desertores turcos. Uno, muy malherido cuando huía, falleció casi inmediatamente; otro, de herida superficial, estaba débil y cubierto de llagas, que le obligaban a dormir boca abajo. Los beduinos le dieron su último pedazo de pan y agua, y le cuidaron como pudieron. Tuvieron que dejarle en la colina, pues no podía caminar ni montar. Lawrence clavó en la vía férrea un aviso en francés y alemán, explicando dónde se hallaba el infeliz, que había sido herido tras feroz

resistencia. Esperaron de esa guisa evitar que los turcos le fusilasen al encontrarle. Seis meses después, cuando volvieron a Minifar, hallaron su esqueleto en el lugar en que habían acampado.

A la mañana siguiente, tras recorrer muchos kilómetros en el camino de regreso, abrevaron los animales en las mismas cisternas que a la ida. Percibieron a un joven circasiano con tres vacas. Caminaba hacia ellos. Para evitar que diera la alarma, Zaal mandó que lo prendiera el hombre que más había ansiado combatir la víspera. Lo capturó, ileso, pero aterrado. Los circasianos eran tan fanfarrones como

cobardes, y aquél se retorció de terror. Zaal le dio la ocasión de recobrar la dignidad perdida: le hizo pelear con dagas contra un individuo del clan de los Shararat, al que habían sorprendido robando durante el viaje; pero, así que recibió un arañazo, se tendió en el suelo aterrorizado. No deseaban matarle, tampoco podían libertarle, para que no avisase a los suyos y lanzase tras ellos a los jinetes de su poblado; si le ataban, moriría de sed. Además, no tenían cuerdas de sobra.

El de los Sherarat prometió solventar el problema. Arrastró de la muñeca con el camello al joven durante una hora. A los seis kilómetros, cerca de

la vía férrea, desmontó, desnudó al circasiano y lo tiró de cara al suelo. Después le cortó con la daga la planta de los pies. La víctima aulló como si le matasen. Lawrence comprendió: tendría que andar a gatas y la desnudez le impediría entrar en su poblado hasta que anocheciese.

Vieron poco más tarde una pequeña estación, consistente en dos edificios de piedra. Reptaron hasta estar a unos cien metros de distancia de ella. Ocultos detrás de unas rocas calizas, oyeron cantos. Un soldado salió con un tropel de corderillos. Los beduinos los contaron con ojos hambrientos, hartos de su dieta de cebada tostada. Los corderos

sentenciaron a la estación. Zaal capitaneó un grupo que fue por la parte opuesta. Lawrence vio que apuntaba cuidadosamente contra los funcionarios y oficiales que tomaban café a la sombra de la marquesina. Hubo una detonación y el hombre más grueso se inclinó despacio en la silla y se desplomó en medio del horror de sus compañeros. El disparo impulsó a los beduinos hacia el otro edificio y empezaron a saquearlo. Los militares y funcionarios cerraron las contraventanas de acero e hicieron fuego. Lawrence y los suyos apoyaron a sus amigos. Era un despilfarro de proyectiles. Los turcos debieron de pensar lo mismo, porque no volvieron a

disparar y permitieron el pillaje.

Llevaron los corderos a las colinas, donde estaban los camellos, e incendiaron con parafina el edificio saqueado. Los Agayl, mientras tanto, colocaron las cargas explosivas: una alcantarilla, muchos rieles y cuatrocientos metros de alambres cablegráficos quedaron deshechos. Los camellos y corderos se dispersaron aterrados al oír el estampido, y se tardó tres horas en recobrarlos, sin que los turcos contraatacasen. La partida llegó a Bayir al quebrar el día sin haber perdido un solo combatiente. Ciento diez hombres devoraron veinticuatro corderillos. No sobró nada, porque

habían acostumbrado a los camellos a comer las sobras de carne. Los despellejaron con pedernales, porque los cuchillos no abundaban.

Supieron en Bayir que Nasir había comprado harina de trigo para una semana, lo que les evitaría pasar hambre antes de conquistar Aqaba. Un emisario del emir Nuri llegó al galope, avisándoles de que un regimiento de caballería otomano, de cuatrocientos hombres, se encaminaba en su busca desde Dara a Sirhan. Su sobrino, que les servía de guía, los había descaminado, y los soldados y caballos estaban medio muertos de sed. El gobernador turco creía que los beduinos se hallaban aún

en Sirhan. Por tanto, tenían el camino expedito, tanto más cuanto que el enemigo se fiaba de la destrucción de los pozos de Bayir y al-Chafr. Los del último lugar no parecían seriamente dañados. Un jeque de los Huwaytat, que había prometido lealtad en al-Wachh, presencié lo ocurrido y envió un mensajero con la noticia de que el Pozo del Rey (propiedad de la familia de Awda y el mayor de todos) había sido dinamitado desde arriba; pero había oído entrechocar las piedras como si se hubiesen atascado durante la caída. El 28 de junio fueron a averiguar la magnitud del desperfecto por una llanura de barro duro, en la que relumbraba la

sal.

Habían sido arruinados siete pozos de al-Chafr. El del Rey sonó a hueco cuando lo sondaron, y voluntarios de los Agayl se pusieron a excavar alrededor de él. El cañón del pozo comenzó a destacarse como una torre rudimentaria. Retiraron las piedras y comprendieron lo acertado de la información del jeque: pedazos de limo se deslizaban entre las piedras y caían sobre agua libre. Se relevaron en el arduo trabajo. Los que descansaban animaban a los excavadores con cánticos y les prometían recompensas de oro si hallaban el líquido. Al atardecer, se oyó un estruendo, seguido de chillidos:

habían abierto el pozo. Las piedras-obturadoras habían cedido y un hombre nadaba en el fondo. Abrevaron durante toda la noche, cantando a coro; construyeron una nueva boca y apisonaron la tierra a su alrededor hasta que, al menos, pareció nuevo. Los Agayl fueron recompensados con la carne de un camello que se había derrengado durante la marcha.

De al-Chafr tenían que ir al paso de Abu-l-Lisan, cuya cresta defendía un blocao otomano. Un clan de los Huwaytat, que vivía en las inmediaciones, se comprometió a acabar con él, y se enviaron combatientes selectos para que les ayudasen. No

sorprendieron a los turcos; antes bien, éstos los rechazaron. Pensando que era una incursión beduina ordinaria, despacharon una tropa para desquitarse a expensas del aduar más cercano. Sólo había en él un anciano, seis mujeres y siete niños: los degollaron. Los beduinos, que regresaron demasiado tarde, se lanzaron furiosamente colina abajo contra los asesinos, que regresaban a su base, y no dejaron a uno con vida; luego, acometieron el fortín falto de hombres, lo tomaron en seguida y acuchillaron a todos los defensores.

El contingente de al-Chafr recibió noticias de ello y se puso en marcha. A treinta y dos kilómetros al sur de Maan,

volaron un gran trecho de la vía férrea y doce puentes. Lawrence había aprendido a volar éstos con el gasto mínimo de explosivo: llenaba con cinco cargas de gelatina los agujeros de desagüe de las enjutas, y el estallido destruía el arco, los puntales y las paredes laterales. Con mecha corta, se empleaban sólo seis minutos en destrozar un puente. Se dedicaron a aquella tarea hasta que la gelatina se les agotó. Doblaron al oeste, hacia Abu-l-Lisan. Acamparon a ocho kilómetros del ferrocarril de Aqaba. Apenas habían hecho el pan, tres hombres se presentaron a uña de caballo con el informe de que se habían perdido Abu-l-Lisan, el fortín, el paso y el

control de la carretera hacia el mar. Se había acercado, procedente de Maan, una fuerte columna enemiga con infantería y artillería, y los beduinos abandonaron la custodia de aquellos puntos. Lawrence se enteró más tarde de que la inesperada maniobra había sido casual. Había llegado a Maan un batallón otomano del Cáucaso para relevar a la guarnición; estando aún formado en la estación, se supo lo sucedido en Abu-l-Lisan y, con la adición de algunos cañones de montaña, se envió aquella tropa a rescatar el fortín. Los alrededores de éste, y éste mismo, parecían desiertos, salvo unos buitres que se cernían sobre los muros.

El comandante, temiendo que la visión de la mortandad asustase a sus soldados bisoños, los hizo acampar al pie de la colina, junto a la fuente de la carretera.

Los beduinos partieron de nuevo, comiendo el pan recién hecho. Awda cantaba en la vanguardia y los hombres respondían con el entusiasta vigor de los guerreros. Las patas de los animales topaban con los ajenjos y enviaban al aire su penetrante aroma. Llegaron de amanecida a una cumbre que dominaba el paso, donde les esperaban los jefes de quienes habían tomado el fortín, con los semblantes ansiosos aún manchados de sangre. Atacarían, para que no resultasen estériles las pruebas y

peligros sufridos en los dos meses anteriores. Los turcos, dormidos en el valle, les facilitaron las cosas. Con los beduinos en todas las cimas de los contornos, se hallaban en una trampa.

Empezó el tiroteo, que duró todo el día. Zaal fue con sus jinetes a cortar los cables telefónicos y telegráficos que había en el llano. Las esporádicas salidas otomanas eran repelidas. El calor que reinaba en los montes fue el peor que Lawrence había sufrido, y lo aumentaban la ansiedad y los movimientos constantes de un lugar a otro, para simular que eran más numerosos de lo que correspondía a la realidad. Los cortantes bordes de las

piedras calizas herían sus pies descalzos, y mucho antes de que atardeciera los guerreros más activos dejaban una huella herrumbrosa en el suelo. Algunos de los durísimos miembros de los clanes hubieron de ser colocados a la sombra para que se recobrasen de un colapso.

Al mediodía, los fusiles abrasaron las manos; las piedras en las que se apoyaban para apuntar quemaron brazos y pechos, que días después se pelarían. El agua escaseaba y cada uno hubo de administrar su ración. Se consolaban con el pensamiento de que en el valle hacía mucho más calor y que los turcos estaban menos habituados a él. Las

piezas de montaña los hacían reír con sus disparos, que pasaban altos; al parecer, los artilleros creían que estaban causando muchas bajas.

Al iniciarse la tarde, Lawrence sufrió una especie de insolación. Se retiró a una cuevecilla, detrás de la cima, donde había un chorrito de barro. Chupó su humedad filtrándola con la manga. Nasir se unió a él, con los labios agrietados y ensangrentados. También lo hizo Awda, con los ojos rojos y fijos, y el rostro tembloroso de excitación. Sonrió maliciosamente a Lawrence.

—¿Qué? ¿Cómo son los Huwaytat? ¿No hacen más que hablar? —preguntó con voz ronca.

Lawrence, enfadado consigo mismo y con todo el mundo por su debilidad, graznó:

—¡Por Dios, que disparan mucho y atinan muy poco!

Awda, pálido y estremeciéndose de rabia, se arrancó el pañuelo de la cabeza, lo arrojó a tierra y se precipitó colina abajo chillando como un loco, con voz extrañamente ronca y fuerte, a sus hombres, que se juntaron y corrieron hacia sus monturas. Lawrence temió que hubiese un desastre. Ascendió como pudo hasta Awda, que, en lo alto de la cumbre, contemplaba al enemigo.

—¡Monta si quieres ver cómo se porta un anciano! —rugió el emir.

Los Huwaytat se dirigieron por la ladera al punto en que era más fácil bajar al valle. Terminaba algo más allá del manantial a que se habían acogido los otomanos. Detrás de la cima, Lawrence halló una masa de cuatrocientos camelleros. Les preguntó dónde estaban los jinetes.

—¡Allí, con Awda!

En aquel instante, resonaron gritos y tiros en el valle. Fueron a ver qué sucedía. Cincuenta jinetes galopaban como rayos por otra pendiente hacia el enemigo, disparando sin cesar. Se desplomaron dos o tres sin que su carga aminorase. Los turcos vacilaron, se disgregaron y echaron a correr.

—¡Vamos! —gritó Nasir con la boca sangrante.

Un torrente de cuatrocientos camelleros se precipitó hacia los desbandados, que los descubrieron demasiado tarde: hicieron algunos disparos, pero la mayoría sólo gritó y huyó. La camella de Lawrence se adelantó a las otras, y su jinete se encontró en medio de los otomanos disparando el revólver. El animal tropezó y cayó de cabeza. Como iba a más de cuarenta kilómetros por hora, Lawrence fue lanzado a gran distancia. El choque le dejó exánime.

Por fin logró incorporarse. La batalla había concluido. El cadáver de

la camella había dividido la carga en dos corrientes. La bala pesada de su quinto disparo le había roto el cráneo.

Del enemigo sólo huyeron los artilleros, en sus mulos, unos cuantos jinetes y los oficiales. Se hicieron ciento sesenta prisioneros, casi todos heridos, porque los Huwaytat vengaron el asesinato de sus mujeres e hijos. Trescientos muertos y agonizantes yacían en el valle. Awda compareció a pie, enardecido por el placer de la lucha, y murmurando de modo inconexo: «Trabajo, trabajo... ¿Dónde hay palabras? Trabajo, balas, Abu Tayi». Mostró sus gemelos destrozados, su pistolera perforada por un balazo y la

vaina de su sable hecha trizas. Una descarga había matado su yegua y seis proyectiles habían atravesado su ropa sin tocarle. Confesó algún tiempo después a Lawrence que hacía tres años había comprado un Corán en miniatura como amuleto; le costó ciento veinte libras. Desde entonces no le habían herido. Era una fotorreproducción hecha en Glasgow, marcada con el precio de dieciocho peniques. No había que burlarse por ello del mortífero Awda, sobre todo porque Lawrence, creo, envidiaba su ingenuo estilo medieval. Muhammad al-Daylan se encolerizó entonces con Awda y Lawrence, los insultó y dijo que el segundo era el peor

de los dos, porque había provocado al primero a cometer una locura que pudo ser irreparable. No había nada de que arrepentirse: sólo habían muerto dos beduinos. La victoria asustaría a las reducidas guarniciones turcas situadas entre Abu-l-Lisan y Aqaba, y quizá las indujera a rendirse. Los prisioneros contaron que había en Maan únicamente dos compañías, contingente incapaz de defender la ciudad y más aún de enviar refuerzos a Abu-l-Lisan.

Los Huwaytat pidieron a gritos que se atacase a Maan, que sería espléndido lugar de saqueo, como si no les bastase el botín obtenido en el valle. Nasir, Awda y Lawrence los aplacaron.

Carecían de todo género de pertrechos y artillería para hacerlo, y en especial de oro —habían emitido pagarés con la indicación de se «cobrará a la toma de Aqaba», los primeros billetes que circularon en Arabia—, y sin más base que la lejana al-Wachh. Convenía, sin embargo, alarmar a Maan. Un cuerpo de jinetes fue al norte y tomó dos aldeas, con guarniciones, situadas entre aquella población y ellos. Su propósito se cumplió con lo anterior, las noticias de la derrota de Abu-l-Lisan y la captura de un centro de camellos convalecientes, emplazado al norte de Maan, por otra fuerza beduina.

De noche, Lawrence experimentó la

reacción de vergüenza que sigue a la victoria. Se paseó entre los cadáveres expoliados con la mente contristada, dolida, hasta que Awda le llevó consigo. Debían abandonar el lugar de la lucha. Lo pedía, en parte, por miedo supersticioso a los espíritus de los muertos y, en parte, por temor a que llegasen refuerzos otomanos o los clanes enemigos de las inmediaciones. Fueron a acampar entre los montes, en una depresión resguardada del viento. Mientras los otros dormían, Nasir y Awda dictaron cartas destinadas a los Huwaytat próximos a Aqaba, contándole la victoria y recordándoles su obligación de asediar los puestos

enemigos hasta que ellos llegaran. Un oficial prisionero, al que habían tratado con bondad, escribió una a las guarniciones de Guweyra, Katira y otros sitios, aconsejándoles que se rindiesen.

La expedición, sin comida y con agua escasa, hubo de apresurarse. Por suerte, un viejo jefe astuto de los Huwaytat de las montañas que no había tomado partido hasta ver cómo iban los acontecimientos, dominó a la guarnición de ciento veinte hombres de Guweyra. La siguiente, en dirección de Aqaba, se resistió, y el viejo astuto y sus hombres, menos cansados, recomendaron que se atacase de noche. El anciano, en vista de lo difícil del acceso al puesto, se echó

atrás, recurriendo a la excusa de que había luna. Lawrence, que había tenido la suerte de enterarse por su cuaderno de notas que habría un eclipse lunar, replicó que no la habría. Mientras los supersticiosos turcos disparaban sus fusiles y golpeaban perolas para asustar al demonio de la oscuridad, devorador del satélite, los beduinos reptaron y conquistaron la plaza sin una sola baja.

Recorrieron los desfiladeros. Todos los puestos habían sido abandonados, para llevar sus hombres a trincheras abiertas a unos seis kilómetros de Aqaba, posición magnífica para repeler un desembarco, pero no para encararse con una operación hostil procedente del

interior. Se dijo que había trescientos hombres, muy pocos, tan pocos como su comida (los árabes sufrían igual inconveniente), aunque dispuestos a resistir con energía. Y, en efecto, lo estaban. Mataron a tiros al portador de la bandera blanca y a los prisioneros que los beduinos enviaron a parlamentar con ellos. Por fin, un pequeño recluta otomano dijo que él resolvería el problema. Volvió una hora después con la noticia de que los defensores depondrían las armas si no recibían ayuda de Maan en un par de días. Aquello era inaceptable, porque no se podía retener tanto tiempo a las tribus. El recluta recibió un soberano de

premio, y acompañó a Lawrence y otras dos personas a las trincheras. Le pidieron que hiciese salir a algún oficial. Uno accedió a entrevistarse. Lawrence le expuso que se agotaba la paciencia de los beduinos. El oficial afirmó que se entregarían a la mañana siguiente; pero, amanecida ésta, se reanudó la lucha: habían llegado cientos de montañeses que no sabían de lo pactado. Nasir logró imponerse, cesaron los disparos y los turcos se rindieron. Ya no había enemigos entre ellos y el mar.

Durante el saqueo, Lawrence vio a un ingeniero alemán de uniforme, barbirrojo y de mirada azul

desconcertada. Se dedicaban a perforar pozos y no entendía el turco. Rogó al inglés que le explicase lo que ocurría, y se asombró de que los árabes se alzasen contra los otomanos. Preguntó quién era el jefe. «El jerife de La Meca». Entonces, le enviarían allí, ¿verdad? «No, a Egipto». ¿Era barato el azúcar egipcio, y abundante? Era ambas cosas. El alemán lamentó tener que abandonar el pozo artesiano que preparaba, cuya bomba sólo estaba medio montada. Después de apagar su sed con ayuda de un cubo de extracción de cieno, Lawrence y sus hombres corrieron a Aqaba, en medio de una tempestad de arena, y se mojaron los pies en el mar el

6 de julio, exactamente dos meses después de haber partido de al-Wachh.

XVI

Aqaba estaba en ruinas. Habían destrozado la pequeña ciudad los continuos bombardeos de las flotas francesa y británica. Los árabes no la consideraron merecedora de tanta sangre, hambre y dolor. Y el hambre no los abandonaba. Tenían que alimentar a setecientos prisioneros, añadidos a quinientos hombres suyos y dos mil aliados. Carecían de dinero (y de mercado para comprar). Habían comido por última vez dos días antes. No disponían de más alimento que los camellos, caros y no muy sustanciosos.

Y dátiles. Pero los dátiles estaban verdes en julio, de pésimo sabor, imposible de mejorar cociéndolos. Y al hambre interminable se añadían molestias insufribles. Los cuarenta y dos oficiales apresados les daban quebraderos de cabeza. El coronel de Abu-l-Lisan se portaba como un botarate. Nasir le había salvado de la furia de sus guerreros, cuando el turco pretendía cambiar el rumbo de la batalla con una pistolita de señora. Protestó de que le dieran un cuarto de pan negro del rancho de sus tropas, que Farrach y Dawud habían conseguido para su señor. Lawrence lo repartió entre los cuatro. El coronel exigía comida digna de su

rango. Lawrence respondió que aquello lo era (él, oficial del estado mayor, lo comió con entusiasmo), y que sería probablemente el almuerzo y la cena de aquel día, y el desayuno, el almuerzo y la cena del siguiente. El otomano se quejó de que un árabe le había insultado con una palabra turca obscena, a lo que el inglés respondió que la habría aprendido de los mismos turcos y que no hacía más que dar al César lo que era del César. En Aqaba, fue peor aún: los oficiales prisioneros se disgustaron al enterarse de la pobreza de sus vencedores, y la atribuyeron al intento de molestarlos, convencidos de que Lawrence y Nasir llevaban todas las

exquisiteces cairotas en la bolsa de la silla de montar.

Por la noche pensaron en la defensa. Awda fue a Guweyra. Tres puestos de resistencia se establecieron en semicírculo en los contornos de Aqaba. Lawrence se trasladaría inmediatamente a Egipto, para comunicar la gran noticia y conseguir que les enviaran por mar, a modo de premio, víveres, dinero y armas. Le acompañarían ocho hombres elegidos, casi todos de la tribu de los Huwaytat, en las mejores camellas de la fuerza. Les esperaba un arduo viaje, tanto más cuanto, o marchaban despacio en beneficio de los animales, que podrían morir de hambre, o lo hacían

aprisa, y en tal caso sus monturas se derrengarían o despearían en pleno desierto. Optaron por ir al paso; si resistían, llegarían a Suez en cincuenta horas. La prueba entonces recaía más en el hombre que en el animal. Lawrence se hallaba en el límite de sus fuerzas, porque, en el mes anterior, había recorrido ochenta kilómetros diarios apenas sin alimento. Para no detenerse a cocinar, llevaron en un fardo camello hervido y dátiles guisados.

La primera noche los animales temblaban de fatiga, porque el camino se retorció en los montes del Sinaí, ascendiendo más de un palmo a cada metro de avance. Tuvieron que devolver

una bestia, incapacitada para continuar con ellos. Las otras pastaron una hora. A medianoche alcanzaron Tamad, los últimos pozos del viaje, y se detuvieron sólo a abreviar y llenar los odres. A la aurora, concedieron sesenta minutos a los camellos para que pastasen. No se detuvieron hasta la puesta de sol, sólo otra hora. Viajaron en adelante de manera maquinal por las montañas, y, al alba, encontraron un melonar que un árabe emprendedor cultivaba en aquella tierra de nadie, entre dos ejércitos. Con los melones verdes se refrescaron la boca y reanudaron el camino. Al fin, vieron Suez, o algo que tal vez lo fuese, una confusión de bultos que danzaban en

la espesa calina. Hallaron largas líneas de trincheras, fortines y alambradas, caminos y vías férreas. Los habían abandonado sus ocupantes, porque el frente se había trasladado, hacía bastante tiempo, a doscientos cuarenta kilómetros hacia el nordeste. Mediada la tarde del tercer día estuvieron en el canal de Suez, sin haber dormido durante cuarenta y ocho horas y luego de cubrir doscientos setenta kilómetros sin más pausa que cuatro breves detenciones. Recuérdesse que tanto los hombres como los animales ya estaban cansados al partir. No obstante, Lawrence superó aquella proeza en fecha posterior.

Estaban en el lado del canal que la guarnición había abandonado, como, supieron luego, por culpa de una epidemia. Llevaron las tropas al desierto, limpio de toda enfermedad. Utilizó el teléfono que encontró en una construcción para llamar al cuartel general del canal. Lo sentían, pero no podían recogerle, pues todas las embarcaciones estaban ocupadas. Lo harían a la mañana siguiente y le conducirían a la sección de cuarentena (estaba, técnicamente, infectado). Insistió en que debía comunicarse con urgencia con el cuartel general de El Cairo y cortaron la comunicación. Por suerte, el telefonista, entre reniegos

amistosos, le explicó que era inútil hablar con los del canal, y le puso al habla con un comandante, jefe de embarques en Suez, viejo partidario de la rebelión, que obligaba a los barcos de guerra del mar Rojo a transportar suministros para al-Wachh o Yanbu. Le envió su lancha, haciéndole jurar que no revelaría hasta después de la contienda aquella infracción de las aguas sagradas de las autoridades del canal. Sus compañeros y bestias fueron a un campamento que había a dieciséis kilómetros de allí, y él pidió por teléfono raciones para ellos.

Llegó a Suez sucio, con los harapos de su indumentaria pegados a las llagas

abiertas por la silla de montar. En un hotel tomó seis vasos de bebida helada, una buena comida y un baño caliente, y se acostó en un lecho mullido. Comprobó que pesaba cuarenta y cinco kilogramos. Su peso normal eran cincuenta y siete; aunque en el primer curso universitario llegó a los setenta sin estar grueso.

Fue a El Cairo en tren con un billete gratuito que le proporcionó el comandante de Suez. La policía militar anglo-egipcia le consideró con sospecha. Apenas creyó su afirmación de que llevaba el uniforme de oficial de estado mayor del jerife de La Meca. Observaron sus pies descalzos, vestido

de seda, cordón de oro en el tocado y la rica daga.

—¿Cuál ejército, señor? —preguntó el sargento.

—El mequí.

—No le conozco, ni tampoco conozco su uniforme.

—¿Reconocería el uniforme de un dragón montenegrino?

Aquello enmudeció al sargento. Las tropas uniformadas de los aliados podían viajar sin permiso especial y la policía no conocía los uniformes de todas. Tal vez La Meca fuese un país recién incorporado. Telegrafiaron. Un sudoroso oficial del servicio de inteligencia subió al tren cerca de

Ismailiya para comprobar las declaraciones del posible espía, y se enfureció al enterarse de lo sucedido.

En Ismailiya transbordaron al expreso de Port Said-El Cairo. Entró otro convoy, y se apeó de él un general alto y de aire decidido, con el almirante Wemyss, jefe de la armada, y dos o tres oficiales del estado mayor. Mientras se paseaban hablando gravemente por el andén, un capitán naval, obedeciendo a una seña de Lawrence, fue a preguntarle qué deseaba. Se enteró de la toma de Aqaba y prometió enviar un barco con todo el alimento que sobrara en Suez. Lo haría bajo su responsabilidad para no molestar al general Allenby.

—¿Allenby? ¿Qué hace aquí? —dijo Lawrence.

—Ahora es el comandante en jefe.

El predecesor de Allenby, al principio contrario a la rebelión, había acabado por admitir la importancia que tenía, y en sus últimos comunicados a Londres alabó a los árabes y a Faysal en particular. Le habían retirado del mando tras la derrota en la segunda campaña de Gaza, que Londres le había impuesto en contra de su leal saber. Lawrence barruntó que acaso hubiera de pasar meses convenciendo a Allenby de la trascendencia de los árabes. El general había mandado divisiones en Francia desde el principio de la guerra, y tenía

la cabeza llena de ideas sobre la importancia de la artillería y de la cantidad de soldados dispuestos a morir, ideas inaplicables en Oriente. Pero, por pertenecer a la caballería, quizá aceptase las anticuadas de movimientos tácticos rápidos.

En El Cairo, donde conoció el informe sobre Aqaba, convocó a Lawrence. Fue una entrevista singular. Lawrence vestido de árabe (las polillas habían destrozado el uniforme que tenía en el hotel), y Allenby mirando desconcertado a aquel hombrecito flacucho, cubierto de seda, de rostro quemado por el sol, que exponía sobre un mapa sus proyectos para que los

sirios orientales se sublevaran detrás de las líneas enemigas. Escuchó, formuló unas preguntas y procuró decidir si Lawrence era un charlatán o un héroe. ¿Qué necesitaba? Víveres, armamento y un fondo de doscientas mil libras en oro para convencer y dirigir a los conversos. Allenby levantó, al fin, la cabeza con energía.

—Haré lo que pueda.

Y no hablaba por hablar. La unión de Lawrence con Faysal había señalado una fase nueva y victoriosa de la guerra árabe; el encuentro con Allenby, marcó el principio de una aún más importante.

Hasta entonces había enviado pocos informes, nada explícitos, a Egipto —y,

según entiendo, los retocó el estado mayor antes de entregarlos al general en jefe—, pues no estaba seguro de que aceptase la verdad, ni de que se callasen sus secretos; por ejemplo, no había comunicado la intención de conquistar Aqaba. Pero confió en Allenby y jamás se arrepintió de ello. Apenas se trataron entonces ni después —no se han hablado desde 1921—, pero siempre confiaron el uno en el otro, y simpatizaron. Allenby, hombre muy práctico y soldado de primer orden, no se inclina a los conflictos espirituales, ni a las dudas filosóficas, y no se le concibe viviendo entre beduinos o realizando las locuras que para Lawrence eran el pan

cotidiano. Los métodos y motivos de éste eran entonces, y fueron más tarde, un misterio para él, pero los aceptó. Me ha dicho hace poco que Lawrence representó para él un líder notabilísimo de género irregular, el que requería para proteger el oscilante flanco derecho de su ejército. Le pregunté si Lawrence hubiese sido un buen general en las tropas regulares.

—Lo habría sido pésimo, pero, en cambio, un bonísimo comandante en jefe —me contestó Allenby. Creo que hubiese sido capaz de desempeñar cualquier mando, con tal de que se le concediese entera libertad.

Pregunté a Lawrence qué opinaba de

Allenby.

—Es un gran hombre.

—Por ejemplo...

—He aquí uno. Cuando un comandante general del cuerpo médico del ejército, el primer cirujano de sus fuerzas, hubo de irse, Allenby eligió para sustituirle al oficial médico de una unidad territorial, un teniente coronel. Además, quien combina en una sola operación militar vehículos blindados, caballería, infantería, camelleros, aeroplanos, buques de guerra y guerrilleros beduinos, es un gran hombre, ¿verdad?

Cuando hace poco publicó su libro, Lawrence esperó con ansiedad la única

crítica favorable que le importaba, la de Allenby, porque el mariscal de campo es tan estricto en materias de estilo — admira el *Comus* de Milton— como en las de exactitud histórica. Y Allenby aprobó el estilo y la exactitud de Lawrence.

Dieciséis mil libras en soberanos se sacaron de un banco caiota para ser remitidas sin pérdida de tiempo a Nasir, que las emplearía en hacer buenos los pagarés extendidos a mano en formularios telegráficos. En Suez se unirían a la harina de trigo destinada a la hambrienta Aqaba. Hecho esto, se tenía que discutir con el Arab Bureau el nuevo sesgo de la guerra en la península

arábiga.

Lawrence habló con autoridad. La conquista de Aqaba le había hecho famoso y aumentado su confianza. Las operaciones importantes alrededor del tren de Medina eran un error, porque el conflicto se había mudado al norte. Propuso clausurar la base de al-Wachh, como se había hecho con la de Yanbu. El ejército de Faysal tenía que trasladarse hacia septentrión y basarse en Aqaba, que se encontraba a ciento sesenta kilómetros del centro del flanco derecho de Allenby, y a mil doscientos ochenta y siete de La Meca. Faysal, una vez en aquella base, y a tan larga distancia de su padre, jefe nominal de los árabes,

había de ser nombrado comandante de un cuerpo de ejército bajo el control directo de Allenby. (Había tratado de aquello tiempo atrás con el príncipe, que se mostró conforme). El alto comisario de Egipto, que hasta entonces había sido su principal socio británico, lo aceptó, a pesar de que la marcha de Faysal debilitaría las fuerzas en Arabia. Abd Allah, Alí y Zayd tenían poder suficiente para estorbar que los turcos de Medina efectuasen otro intento contra La Meca. Cabía que el jerife se opusiese a aquello. El coronel Wilson, representante de la alta comisaría en Chidda, le convenció. Faysal envió el cuerpo de camelleros por la costa y el

resto de sus fuerzas, al mando de Chafar, en buques de guerra. Se recibieron en Aqaba más pertrechos y los distribuyeron oficiales ingleses bajo la dirección de Faysal.

Lawrence se hallaba en Chidda con Wilson, cuando el servicio de inteligencia de Egipto les envió dos telegramas alarmantes. Uno anunciaba que los Huwaytat de Aqaba estaban en relaciones con los otomanos de Maan; y otro, que Awda tenía que ver con la conjura. Lawrence no creía aquello de Awda, pero sí de Muhammad al-Daylan y del viejo zorro que había conquistado Guweyra. A los tres días, Lawrence bajaba a tierra en Aqaba. Nasir no

estaba enterado de nada. Le pidió una camella y un guía para reunirse con Awda. Llegó a Guweyra de madrugada. Encontró a Awda, Muhammad y Zaal en una tienda. Los desconcertó su inesperada aparición, pero comieron en santa compañía. Aparecieron otros jeques de los Huwaytat, entre los que distribuyó los regalos del jerife, y anunció que Nasir había conseguido el ansiado mes de permiso en La Meca. Nasir, agradecido, le vendió Gazala, camella pura sangre. El hombre que la poseyese sería muy honrado por los Huwaytat.

Terminada la comida, Lawrence fue a pasear con Awda y Muhammad.

Mencionó su correspondencia con los turcos. El primero se rió y el segundo frunció el ceño. Explicaron que Muhammad había querido timar a los otomanos.

Por consiguiente, había escrito —y refrendado con el sello de Awda— al gobernador de Maan ofreciéndose a desertar por una gruesa suma de dinero. Se le envió, en efecto; pero Awda había asaltado al mensajero, arrebatándole todo, y entonces se negaba a entregar a Muhammad la parte que le correspondía. Lawrence celebró la anécdota con carcajadas, pero supo que, en el fondo, se habían enfadado por no haber recibido armas y tropas desde que

habían tomado Aqaba, ni tampoco la merecida recompensa. Awda, más por generosidad que por traición, estaba dispuesto a combatir al lado de los otomanos, a los que había derrotado y por los que sentía lástima. Los dos árabes se asombraron de que Lawrence supiera tantas cosas. Quisieron descubrir cómo lo había logrado y lo que sabía. El joven se burló de ellos, citándoles al pie de la letra frases de su carta; después, al ver su embarazo, les anunció la llegada de Faysal con su ejército. Agregó que Allenby les enviaba fusiles, cañones, explosivos, víveres y dinero. Concluyó comentando que la hospitalidad obligaba a Awda a

hacer grandes gastos. ¿Le iría bien un anticipo del importantísimo regalo que Faysal le traía? Awda lo aceptó muy complacido; con él tuvo a los Huwaytat bien alimentados y contentos. Lawrence volvió a Aqaba, se embarcó para Egipto y aseguró que no había traidores en Guweyra: todo se desarrollaba perfectamente. No explicó todo lo sucedido, porque el cuartel general no lo habría entendido.

XVII

Lawrence ordenó otra vez sus ideas, mientras esperaba a Faysal. La guerra había terminado en Arabia, y el ejército de Faysal, bajo la dirección de Allenby, participaría en la liberación de Siria. Conocía bien aquel país, no en balde lo había recorrido antes de la contienda de ciudad en ciudad, y de tribu en tribu. Incluso había escrito un libro sobre aquella experiencia. Siria era una franja de tierra fértil entre la costa oriental del Mediterráneo y el gran desierto, dividida por una espina dorsal montañosa. Había sido durante un siglo

un corredor entre Arabia y Europa, Asia y Egipto, y había pertenecido a turcos, griegos, romanos, egipcios, árabes, persas, asirios e hititas. Los espolones de los montes la distribuían en partes, y el constante trasiego de ejércitos la había llenado de extraordinaria variedad de pueblos. Podría decirse que cada valle tenía una población distinta, colonias que diferenciaban las estribaciones de las montañas. Había circasianos, kurdos, otomanos, griegos, armenios, persas, argelinos, judíos, árabes, etc., con la correspondiente variedad de religiones.

Sus ciudades principales, Jerusalén, Beyrut, Damasco, Homs, Hama y Alepo,

también se diferenciaban. El único vínculo común entre las piezas del mosaico sirio era el idioma arábigo. A pesar de que se hablase tanto en ella de la independencia árabe, resultaba imposible concebir a Siria como una unidad nacional. La libertad para los sirios era tener gobierno propio tanto comunal como ciudadano, libertad irrealizable en una civilización que, como la moderna, las carreteras, ferrovías, impuestos, ejércitos, correos y administración dependían de un gobierno central. Y cualquiera de este género que se impusiera en ella, a pesar de que el árabe fuese el idioma oficial, sería un gobierno extranjero. Por lo

tanto, había el problema enrevesado de llevar la rebelión a Damasco a través de aquel cañamazo de comunidades, divididas contra la vecina tanto por la geografía como por la historia, y, de manera más artificial, por las intrigas otomanas. Sin embargo, Lawrence se dispuso a resolverlo.

Sería complicado intentar algo en la porción mediterránea de la serranía central, puesto que su población se había europeizado y se resistiría probablemente a aceptar una confederación árabe que tuviese su núcleo en la antigua capital de Damasco. Preferiría un protectorado francés o británico. Pero, tierra adentro, entre los

montes y el desierto, vivían tribus más sencillas e incultas, entre las cuales podría predicarse el ideal nacionalista. Decidió construir una cadena de clanes amigos en la Siria oriental, empezando en el sur con los Huwaytat, durante trescientos ochenta kilómetros, hasta llegar a Azraq, que estaba a medio camino de Damasco. Era el método que se había utilizado desde Chidda, a través de Rabig, Yanbu y al-Wachh, hasta Aqaba. Una vez en Azraq, los árabes de Hawran se rebelarían, tal vez, por simpatía. Hawran era una vasta tierra ubérrima, al sur de Damasco, de labriegos numerosos y batalladores. Su rebelión concluiría la guerra.

Las tácticas serían las de llegar y partir, muy adecuadas en el caso del desierto oriental. Podían concebirse como maniobras en el mar, con la diferencia de que, en vez de barcos, habría camellos. El ferrocarril, para alejarlo de la escuadra británica, se había tendido en el este de las montañas centrales. Se le podría atacar sin miedo, porque los turcos carecían de cuerpo de camelleros digno de mención. En la lucha en el sur, Lawrence había aprendido que lo más conveniente era emplear grupos reducidos en camellos veloces, y atacar lugares muy separados con los medios de destrucción más portátiles: explosivos para la

demolición y ametralladoras ligeras, Hatchkiss o Lewis, que podían dispararse desde la silla, mientras la montura corría a treinta kilómetros por hora. Lawrence las pidió inmediatamente a Egipto.

El quid de la campaña era que, aunque todas se uniesen a la rebelión, los celos de las tribus no les permitían combatir en el territorio de otra. No sería factible unir las como en Arabia, gracias al prestigio y la autoridad de Faysal, que en aquellas regiones tenían escasísimo peso. Así pues, serían las del sur, como la de los Agayl, en grupitos, las que habrían de meterse en lo más recio de la contienda, ya que no

habría tantos prejuicios contra ellas por ser extranjeras y mandarlas miembros de la familia del profeta. Los camellos, bien abrevados, salvaban cuatrocientos kilómetros en tres días, y, en caso de apuro, 170 en veinticuatro horas. (La célebre Gazzala de Lawrence había cubierto en una sola jornada, a solas con él, doscientos veintiocho kilómetros, y los efectuó no una, sino dos veces). Por lo tanto, no sería imposible atacar un punto próximo a Maan el lunes, otro vecino a Ammán el jueves, y otro contiguo a Dara el sábado, y levantar a las tribus para que colaborasen en cada expedición. Y los atacantes debían depender sólo de sus propios recursos,

para evitar dilaciones y dependencia de los sistemas de suministro.

No habría la disciplina usual ni la jerarquía militar de todos conocida. Cada hombre sería su propio general, decidido a combatir solo sin esperar órdenes ni la colaboración de sus compañeros. El honor sería el único contrato, y quien quisiera podría cobrar su paga y retirarse a su tienda cuando se le antojara, como hasta entonces habían hecho. Sólo los Agayl y la pequeña hueste de Chafar servían a plazo fijo. No habría incidentes vergonzosos como los del frente occidental, donde el primer muerto que vi era un suicida inglés, y el último, también.

Herbert Read —permítaseme decirlo— ha condenado *Las siete columnas* de Lawrence por referir una campaña en que los soldados no sufren heroicamente el hastío y la agonía de las trincheras europeas; no pueden ser tomados en serio. Eso glorifica la clase de guerra más horrible a expensas de la menos tremenda, lo que no puede ser lo que Read se propone (pues antimilitarista, y con buenos motivos). No tendría que complicar sus argumentos con una falsa comparación de heroísmos, si lo que pretende es condenar toda guerra como un mal espantoso.

Los árabes habían podido reforzarse

en las seis semanas que transcurrieron desde la conquista de Aqaba. A esta población llegaron Faysal y Chafar con el ejército. Se desembarcaron, procedentes de Egipto, gran acopio de suministros, vehículos blindados y cañones —los de largo alcance no aparecieron hasta el último mes de la guerra—, y obreros egipcios reconstruyeron Aqaba y orientaron las fortificaciones hacia el norte. Los desfiladeros quedaron guarnecidos de luchadores. Los turcos habían pedido consejo al general alemán Falkenhayn, que los había salvado dos años en los Dardanelos, y enviaron una división completa a Maan y la fortificaron de

modo que no podía tomarse más que con tropas regulares y artillería pesada. Habían creado en Maan un campo de aviación y grandes almacenes de víveres y armamento.

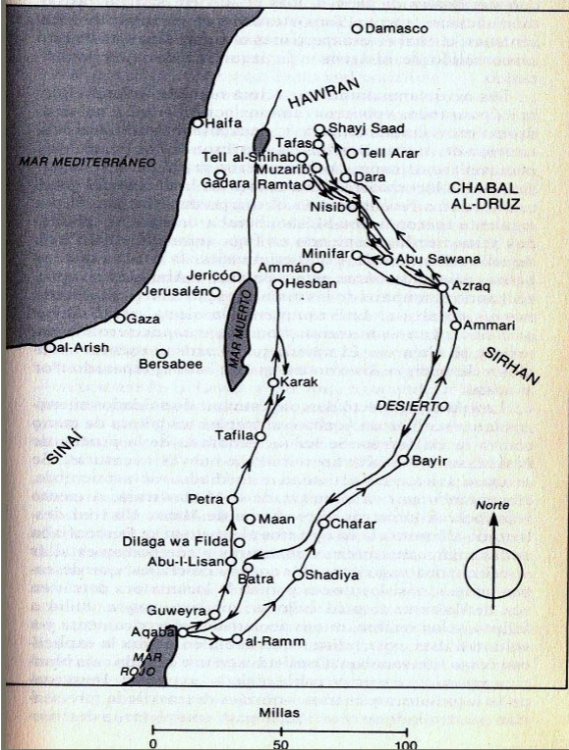
MARCHAS DE LAWRENCE

Octubre 1917

Incursión de Yarmuk
Espionaje en Hawran

Enero 1918

Sabotaje en Minifa
Batalla de Tafilah



Los otomanos tratarían, probablemente, de reconquistar la ciudad portuaria. Habían avanzado por Abu-l-Lisan y erigido fortificaciones, mientras la caballería vigilaba los contornos. Pensó Lawrence que Aqaba estaba bastante segura, con puestos árabes en el norte y el sur del paso, el viejo Mawlud, con su regimiento de jinetes en mulas, se había apostado en las vetustas ruinas de Petra, al norte de Maan, y acuciaba a las tribus locales para que compitieran con sus rivales de Delaga, más al sur, en hostigar las comunicaciones turcas. Importunaron al enemigo durante semanas, el cual se exasperó más al sufrir Maan un ataque

aéreo salido de al-Arish, a la izquierda del ejército británico.

Los aeroplanos lanzaron treinta bombas, volando muy bajo, pero todos volvieron, aunque acribillados, a un aeródromo provisional instalado a cincuenta kilómetros al septentrión de Aqaba. Dos bombas cayeron en los cuarteles y mataron varios turcos; ocho hicieron grave daño al cobertizo de las locomotoras; una acertó en la cocina del general, y cuatro reventaron en el campo de aviación. Al día siguiente fueron a Abu-l-Lisan, bombardearon las caballadas y las tiendas, poniendo en fuga animales y hombres. Aquella misma tarde, decidieron visitar la batería que

los había cañoneado horas antes. Bajaron a Abu-l-Lisan, aprovechando el amparo de las cimas, y se nivelaron a noventa metros de altura. Interrumpieron la siesta ritual de los otomanos. Lanzaron treinta bombas, enmudecieron la batería y se alejaron. El mando turco ordenó excavar refugios y despedigar los aviones, que se habían reparado. Por si acaso.

Lawrence proyectó descongestionar de soldados enemigos las cercanías de Aqaba con frecuentes golpes de mano contra la vía férrea. Se había recobrado de la prueba de Abu-l-Lisan y estaba apercebido a nuevas aventuras. Se propuso iniciar su actividad a mediados

de septiembre, comenzando por la estación de al-Mudawwara, a ciento veintiocho kilómetros al mediodía de Maan. Un tren destrozado allí pondría en aprietos al adversario. Desconfiaba de las minas automáticas, inseguras y que podían estallar al cruzar una vagoneta o un convoy de civiles, que deseaban acoger; o, si los turcos ponían la locomotora detrás en vez de delante, detonar bajo un modesto vagón. Pidió a Egipto, y las recibió, minas accionadas eléctricamente y a voluntad. Los especialistas que había en Aqaba le explicaron cómo funcionaban. Consistían en una pesada caja blanca y muchos metros de cable aislado con

goma. Destrozada la locomotora y el tren —quizá— descarrilado, precisarían artillería y ametralladoras para completar la destrucción. Las ametralladoras Lewis bastarían para ello; en cuanto a la artillería, el cañón más ligero les obligaría a desplazarse despacio. Lawrence recordó los morteros Stokes que se habían usado con mucho éxito en Francia. Eran pequeños, semejantes a tuberías apoyadas en un trípode; el proyectil se introducía por la boca y una carga en la base lo dispara a doscientos o trescientos metros. Estallaba en el tiempo que se marcaba en una espoleta graduada. Tenían el alcance suficiente para un sabotaje

ferroviario, y los proyectiles contenían amoniacal poderoso.

Egipto envió a dos sargentos instructores para que enseñasen a los árabes el manejo de aquellas armas. De las ametralladoras Lewis se encargaba un australiano intrépido, charlatán, alto y flexible; de los morteros Stokes un campesino inglés, lento, membrudo, apuesto y silencioso. Lawrence los llamó respectivamente Lewis y Stokes. Eran excelentes profesores, que adiestraron a los beduinos, cuya lengua ignoraban, a fuerza de gestos, hasta que un mes más tarde utilizaron aquellas armas aceptablemente.

La estación de al-Mudawwara podía

destruirse de noche con trescientos hombres, que también arruinarían su pozo hondo. Sin su agua, la única abundante en aquella comarca, los vagones habrían de llevar depósitos, lo que reduciría su capacidad de transporte. Lewis, harto de enseñar en Egipto, anhelaba participar en la correría; Stokes se mostró dispuesto a acompañarlos. Lawrence los avisó — emocionando a Lewis y no impresionando a Stokes— que les esperaba hambre, sed, calor y fatiga, y algún riesgo si se quedaban solos con los beduinos. En vista de su empeño, les prestó dos de sus mejores camellas.

Partieron el 7 de septiembre y en

Guweyra recogieron algunos hombres de los Huwaytat. Lawrence temió que el intenso calor afectase a los sargentos. Las paredes graníticas del valle ardían; días antes, en los palmares de Aqaba, el termómetro había marcado más de cuarenta y dos grados, y entonces la temperatura era más alta. Le divertía su comportamiento con los árabes. El australiano Lewis estuvo a sus anchas con ellos, aunque le sorprendió que tratasen como igual a un hombre blanco; su asombro acabó cuando le dijeron que estaba más moreno que ellos. Stokes se portó con reserva insular, que recordó a los beduinos que era distinto. Le llamaron «sargento», y «hombre largo»

a Lewis; uno reaccionó aceptando las costumbres del país, para aprovecharse de ellas para imponer su voluntad, y el otro no las aceptó. Lawrence se pareció más al australiano, pero fue más lejos, identificándose en ocasiones más con los árabes que con sus compatriotas; no obstante, sintió, por lo visto, disimulado respeto por la firme constancia del sargento Stokes.

Cerca de Guweyra un avión turco les hizo esconderse en la maleza. El aparato aparecía a diario y apenas causaba daño; en cambio, proporcionaba a los de Guweyra tema de conversación. Dejó caer tres bombas y se alejó. Reemprendieron la marcha. Los

Huwaytat estaban enfrentados. Awda que pagaba la soldada a toda la tribu, y sólo tenía la jefatura de un clan, utilizaba su poder para tratar de que los clanes menores le aceptasen como jefe. Aquello le indispuso con ellos. Amenazaron regresar a sus tiendas o unirse a los otomanos. Faysal había despachado a un jerife con el fin de que llegaran a una componenda, pero Awda, comprendiendo que el éxito de la rebelión dependía mucho de él, no se enmendó. Rogó a Lawrence que esperara los acontecimientos a varios kilómetros de distancia con sus veinte camellos de carga.

Se alegraron de dejar atrás

Guweyra, infestada de moscas. Lawrence se admiró de la entereza con que los sargentos soportaban el calor, semejante a una máscara de hierro. No se quejaban para no rebajarse a ojos de los árabes y, como no entendían la lengua de éstos, ignoraban cómo sufrían con la insostenible temperatura. Al-Ramm, lugar de manantiales, a medio camino de al-Mudawwara, debía ser su primera etapa, pero avanzaron despacio y por la noche se detuvieron en un soto de tamariscos murmuradores, al pie de un alto acantilado rojizo. El jefe de la expedición, uno de los Harit, miembro pobre de la familia del profeta, despertó a Lawrence.

—Señor mío, me he quedado ciego.

La ceguera era aún peor para los árabes que para los europeos. Sin embargo, no se mostró dispuesto a regresar a su casa. Cabalgaría, aunque no pudiese disparar, aquélla sería su última aventura y, con el socorro divino, se retiraría de la existencia activa con el consuelo de haber contribuido a la victoria.

Recorrieron, al día siguiente, el valle de al-Ramm durante horas. Era una avenida de tamariscos, de tres kilómetros y medio de anchura, entre colosales farallones encarnados, que se elevaban como rascacielos a más de trescientos metros de altura. Había

depresiones en ellos análogas a ventanas y puertas. Las rocas que los remataban parecían cúpulas grises. Empequeñecida por aquellos gigantes, la caravana anduvo en silencio. Hacia la puesta del sol, encontraron una abertura en los despeñaderos de la derecha, que conducía al agua. Se encontraron en un vasto anfiteatro ovalado, de arena húmeda y matas oscuras, y los trescientos metros de la entrada hicieron más impresionante el paraje. Había peñas desprendidas del tamaño de casas, y unos árboles medraban en una cornisa lateral. Un sendero zigzagueaba hacia él, donde, a noventa metros sobre el fondo, se hallaban los manantiales.

Abrevaron los camellos y cocieron arroz, al que agregarían la carne en conserva que, con galletas, los sargentos habían llevado como raciones.

Prepararon café. Oyeron gritar voces árabes al otro lado del anfiteatro. Los visitantes eran jefes de varios clanes de los Huwaytat, que bullían de ira contra Awda. Sospechaban que Lawrence simpatizaba con él para obligarlos. Se negaron a colaborar con Faysal hasta que les aseguraran la total independencia de sus clanes. Gasim Abu Dumayq, magnífico jinete que había capitaneado la carga en Abu-l-Lisan, era el más furioso. Lawrence discutió con él y logró enmudecerle. Los otros jefes,

avergonzados, apoyaron al inglés y le prometieron ir con él a al-Mudawwara. Lawrence anunció que Zaal llegaría a la mañana siguiente, y que aceptarían la colaboración de todos menos la de Gasim Abu Dumayq, cuyo nombre y el de su clan, sería borrado de la lista de recompensas de Faysal, que tanto merecían, por las palabras que había pronunciado. Gasim se retiró afirmando que se uniría a los turcos, sin oír los consejos de sus compañeros. Pero, al amanecer, seguía allí. Tal vez se sumase o no se sumase a la expedición. Zaal llegó y tuvo un altercado con él, que cortaron Lawrence y un par de jefes; los otros pidieron al joven que declarase a

Faysal que le eran leales.

Lawrence fue a exponer sin pérdida de tiempo la situación a Faysal, y recomendó a los sargentos a Zaal, quien juró que los protegería incluso con la vida. Acompañado de un auxiliar, tomó un atajo que le puso a las puertas de Aqaba en seis horas. Faysal se alarmó de su temprano regreso y, enterado del asunto, nombró a un miembro distinguido de su familia para que mediase en al-Ramm. El jerife y Lawrence fueron juntos, y juntos convocaron a los jefes, incluido Gasim, y procuraron calmarlos. Gasim, alicaído, se negó a hacer una declaración pública, y, ante ello, cien

hombres de los clanes menores osaron desafiarle incorporándose a la incursión prevista. Algo era mejor que nada, pero interesaba a Lawrence crear una tropa de trescientos hombres, que asegurase el éxito en la estación. La ceguera del jerife le había dejado sin capitán idóneo; Gasim pudo serlo. Les restaba Zaal, pero su estrecho parentesco con Awda suscitaría sospechas; además tenía lengua muy suelta y mordaz. Por lo tanto, la partida se puso en camino el 17 de septiembre sin jefe.

Había ocurrido en al-Ramm un curioso incidente que, aun cuando no tuvo relación con la guerra, causó profunda impresión a Lawrence. Se

bañaba en una poza, bajo uno de los manantiales más pequeños —por primera vez en muchas semanas—, cuya agua diáfana arrastraba la suciedad. Había dejado sus prendas de vestir en una peña expuesta al sol, para que el calor eliminara los parásitos. Un anciano, de gran barba gris, harapiento, cuyo rostro traslucía fuerza espiritual y cansancio, se sentó sobre la ropa, sin darse cuenta de la presencia del joven.

—El amor emana de Dios, es de Dios y vuelve a Dios —exclamó.

Jamás había oído aquello en Arabia, en la que relacionar Dios y el Amor era anómalo. El Ser Supremo podía ser Justicia, Poder o Terror. El cristianismo

era un injerto del idealismo griego en la dura ley de Moisés, típicamente semítica. El elemento griego había permitido al cristianismo dominar Europa. Galilea, su cuna, era medio helénica. En Gadara (la de los cerdos) había una escuela griega, en la que parece estudió Santiago, y las doctrinas de la cual seguramente conoció su Maestro. El anciano de al-Ramm era un enigma, porque siendo hombre de tribu y verdadero musulmán, su jaculatoria contradecía la esencia religiosa de los semitas. Lawrence le invitó a cenar, con la esperanza de que le expondría su doctrina, pero no hizo más que murmurar y mascullar frases. Quienes le conocían

aseveraron que toda su vida había vagado, cuchicheado cosas extrañas y desdeñando los alimentos y albergues. Las tribus, apiadadas de su pobreza y locura, le alimentaban; pero nunca hablaba sino a sí mismo o a las ovejas y cabras.

A la media hora de abandonar al-Ramm, algunos hombres de Gasim se incorporaron a ellos. Estaban avergonzados y no habían resistido la tentación de acompañarlos. Reinaban diferencias entre los componentes de la expedición. Zaal, el guerrero más experimentado, no era obedecido por los otros jefes en la distribución de la columna. Lawrence tuvo que ir de un

lado a otro sin descanso, para convencerlos de la necesidad de un propósito unánime. Le respondían con bastante respeto, como delegado de Faysal y dueño de Gazala, aunque aquel día la célebre camella tenía rival superior con el que se la comparaba: al-Chida, de la Arabia septentrional, propiedad del viejo Mutlug. Al-Chida, un par de años antes, había motivado un durísimo conflicto entre tribus.

XVIII

Correspondió a Lawrence ser el jefe, a lo que se oponía por principio. Los árabes tenían que encargarse del desarrollo de la rebelión, en la cual él era sólo consejero y ayudante técnico. Pero cada vez le incumbía más la dirección, no sólo por su capacidad de luchador y táctico más listo que los otomanos, sino también por estar libre de lazos tribales, su entrega total a la causa, su desprecio del botín y de las distinciones, y su generosidad y tacto. Por lo demás, no estaba a la altura que exigía un golpe de mano beduino, que

imponía decidir cuestiones tan arduas como la elección de pastos, las paradas para comer, orientación, pagos, disputas, distribución del botín, celos y orden de la marcha. Sin embargo, aquel día salió bien librado y tuvo el placer de advertir, cuando acamparon por la noche, que no había más que tres hogueras: la suya, en la que había tres campesinos sirios de Hawran, que utilizarían para pregonar la revolución en su país; la de Zaal, con veinticinco de sus famosos camelleros; y la de los envidiosos jefes de al-Ramm. Cuando el pan caliente y la carne de gacela hubieron aplacado los talantes, reunió a los cabecillas con el fin de tratar con ellos del ataque del día

siguiente. Estuvieron de acuerdo en abreviar en un pozo de un valle recóndito, situado a tres o cuatro kilómetros de la estación de al-Mudawwara. Después, comprobarían si podían tomarla con fuerzas tan escasas.

Llegaron al pozo, que medía unos pocos metros cuadrados, a cielo abierto. Tenía una capa de barrillo verde, en el que sobresalían bultos raros, de color rosa, a modo de islas. Los beduinos contaron que los turcos habían tirado al agua camellos muertos, para que se corrompiera; hacía de ello mucho tiempo y el líquido se había saneado. Llenaron los odres hasta reventar, por si no tomaban al-Mudawwara. Un hombre

de Zaal resbaló a la aguada, y salió hediendo. Lawrence, con Zaal, los sargentos y un par de guerreros se deslizaron en la penumbra vespertina a una trinchera otomana que había en una loma, a trescientos o cuatrocientos metros de la estación. Estaba vacía. Zaal y Lawrence se adelantaron hasta que pudieron oír la charla de los soldados en las tiendas. Un oficial joven, de aspecto enfermizo, se dirigió hacia donde estaban, encendiendo un cigarrillo. Vieron sus facciones. Se dispusieron a acogotarle, pero volvió sobre sus pasos. Celebraron un consejo de guerra en la loma. La guarnición se compondría de unos doscientos hombres

—Lawrence había contado las tiendas —; la estación era demasiado sólida para que le afectasen los morteros de Stokes; y los ciento dieciséis beduinos, aunque gozaran de la ventaja de la sorpresa, tal vez no luchasen bien a causa de sus discordias. El ataque se retrasó a otra ocasión; procurarían sabotear un tren. Al Mudawwara cayó once meses después.

Acertaron con un sitio ideal para colocar las minas. Una cadena de colinas bajas les ocultaría en su aproximación a la vía. Donde terminaban, había un trecho de raíles curvos, en los que los desperfectos serían más difíciles de arreglar. El sitio

más oportuno para los artefactos era una alcantarilla de desagüe de dos arcos. Aunque la locomotora se salvase de la explosión, el puentecillo cedería y el convoy descarrilaría. Desde detrás de las colinas, que se hallaban fuera de la curva, Lewis y Stokes podrían emplear sus armas con el menor riesgo posible, porque Stokes adolecía de disentería, y Lewis no estaba mucho mejor.

Los libertos negros de Faysal, que conducían las bestias de carga, depositaron en el lugar elegido dos morteros, dos ametralladoras, el aparato de las minas eléctricas y la gelatina explosiva. Lawrence excavó en el puentecillo, debajo de dos traviesas de

acero, para colocar un saco de veinte kilogramos del explosivo. Tardó dos horas en acabar el trabajo, porque tenía que llevar el balasto retirado en una capa a un lugar en que no se viese, y asimismo borrar sus huellas. Conectó dos cables gruesos, de doscientos metros de longitud, y tiró de ellos hasta las lomas, sujetándolos con gruesas rocas. La operación le llevó tres horas. Alisó, por último, el terreno. Como quien accionase el mando de explosión se hallaría detrás de las alturas, alguien tenía que avisarle del momento más oportuno. Lawrence prefirió encargarse de dar la señal. Salim, liberto favorito de Faysal, movería la palanca, que le

enseñó a manejar. Los restantes hombres abandonaron los camellos en el valle y subieron a las lomas, donde se recortaron a la luz del sol poniente, a plena vista de un puesto otomano, que había en el sur, y de al-Mudawwara. Lawrence y Zaal los apartaron de allí demasiado tarde. Los turcos hicieron fuego. Se retiraron al valle, para que las alturas estuviesen desiertas y el enemigo creyese que se habían retirado; cocieron pan y se prepararon a dormir. Los hombres ya no discutían y, avergonzados por la imprudencia de las colinas, los Huwaytat eligieron capitán suyo a Zaal.

El 19 de septiembre, por la mañana, retuvieron con dificultad a los beduinos

en la depresión. Tal vez se habían notado sus movimientos, porque, a las nueve, cuarenta turcos avanzaron desplegados desde el mediodía. Si permitían que avanzasen, los descubrirían; si los rechazaban, se sembraría la alarma y se interrumpiría el tráfico ferroviario. La solución que un grupito de tiradores, fingiendo que huía, los arrastrase lejos de las colinas. La estratagema tuvo resultado. Los disparos se percibieron cada vez a mayor distancia.

Un pelotón de ocho soldados y un cabo gordinflón recorrió la línea férrea en busca de minas u obstrucciones. Hacía mucho calor a pesar de ser sólo

las once y el cabo se enjugó la frente. No hallaron la gelatina; más allá, en una atarjea, bebieron agua y se tumbaron a dormir. Hacia el mediodía, Lawrence vio con los gemelos que un centenar de hombres iba hacia ellos desde la estación, despacio y a regañadientes. Tardarían dos horas en llegar a su altura. Los beduinos se retiraron, avisando a sus supuestos fugitivos que se encontrarían tras unas peñas que había a un par de kilómetros de aquel puesto. Un minuto después el vigía anunció que se veía humo en el sur. Un tren debía de salir de otra estación. Se encaminó resoplando hacia su posición. Los árabes se parapetaron detrás de la cima,

y Stoke y Lewis, olvidando su disentería, prepararon las armas.

El tren corría a gran velocidad. Lawrence vio que llevaba dos máquinas, lo que trastornaba sus cálculos. Tendría que hacer detonar la mina debajo de la segunda, que, si quedaba intacta, quizá continuase la carrera. Se alegró de que no fuese automática. Los árabes se hallaban a ciento cincuenta metros del puente, y los sargentos, a trescientos; el aparato disparador entre ellos. Los del convoy dispararon al azar contra el desierto en que se había localizado el enemigo. Las descargas cerradas obligaron a pensar a Lawrence si sus ochenta hombres serían suficientes. En

los diez vagones asomaban por las ventanillas los cañones de los fusiles, y en los techos había tiradores de primera, parapetados en sacos de arena. Entraron en la curva. Salim pidió a Dios que le ayudase. Lawrence alzó la mano en cuanto las ruedas tocaron el puente: el liberto había de apretar el detonador.

Hubo un terrible estampido, y la vía desapareció detrás de una columna de humo y polvo negro, de la que cayeron ruidosos fragmentos de hierro y acero. Una rueda de locomotora cruzó hacia el desierto y se desplomó con fuerza. Luego reinó un silencio sepulcral. Lawrence se reunió con los sargentos, y Salim se metió con su fusil en la

humareda. Se oyeron disparos. Los beduinos saltaban hacia los raíles. Del convoy parado los turcos se precipitaban al terreno del lado opuesto, para escudarse en el terraplén. La ametralladora barrió a los soldados que se parapetaban tras los sacos en el techo de los vagones. Cuando estuvo al lado de Lewis y Stokes, Lawrence observó que los turcos del terraplén hacían fuego a quemarropa contra los árabes. El mortero los sacaría de allí. El segundo proyectil cayó en medio de ellos. Los supervivientes huyeron por el desierto, arrojando su armamento y equipo. Llegó de nuevo el turno a la ametralladora, que segó a los fugitivos. Las ráfagas

concluyeron la batalla. Había durado diez minutos. Lawrence vio que los cien hombres de al-Mudawwara vacilaban en cortar el paso a los enemigos que huían hacia el norte a lo largo de la línea férrea; por el sur, treinta beduinos competían en ser el primero en mediar en el saqueo. Los otomanos con quienes habían combatido andaban tras ello despacio, haciendo descargas cerradas. Por lo tanto, los saqueadores tendrían media hora a su disposición.

Lawrence bajó de la loma e inspeccionó los efectos de la mina. El puentecillo había desaparecido y el vagón delantero, lleno de enfermos, cayó en el hueco. Todos los ocupantes,

excepto tres o cuatro, perecieron y formaban sangriento montón en un extremo. Uno de los vivos, en su delirio, murmuró la palabra «tifus» y Lawrence cerró la puerta de golpe. Estaba algo mareado. Los otros vagones habían descarrilado y estaban astillados. Algunos no se podrían reparar. La segunda locomotora era un cúmulo de hierro humeante; la primera, que se había salido de los rieles y semimontada en el vagón deshecho, tenía intacto el sistema de conducción y conservaba la presión. Como la destrucción de las máquinas era el objetivo primordial de aquella campaña, puso en el cilindro una caja de algodón pólvora con un

detonador, encendió la mecha y ordenó a los saqueadores que se retiraran varios metros. Medio minuto después saltaron el cilindro, y también el eje. Aquella locomotora no podría ser recompuesta.

Los árabes habían enloquecido. Corrían con la cabeza descubierta, semidesnudos, gritando y disparando al aire, peleando unos con otros, mientras reventaban baúles y maletas, y se tambaleaban bajo el beso de inmensas balas que les desgarraban junto a la vía. Rompían lo que no les interesaba. En el tren habían viajado refugiados, enfermos, voluntarios del servicio de barcas del Eufrates y familias de los oficiales otomanos que iban a Damasco.

Treinta o cuarenta mujeres histéricas, sin velo, se tiraban de la ropa y el pelo, chillando como dementes. Los árabes no les hicieron caso ante la riqueza del botín, el mayor de su vida: alfombras, colchones, mantas, vestidos masculinos y femeninos, relojes, cacharros de cocina, alimentos, adornos y armas. Los camellos, convertidos en propiedad común, fueron cargados con cuanto podían soportar y enviados hacia el oeste, mientras su amo repentino buscaba más tesoros. Las mujeres, al ver que Lawrence se mantenía apartado, fueron a implorar su piedad. Les aseguró que no les sucedería nada, pero no se apartaron de él hasta que sus maridos

las obligaron. A su vez, se postraron ante Lawrence suplicando que perdonase sus vidas. Los alejó a patadas de sus pies descalzos. Un grupo de oficiales austríacos, instructores de artillería, fueron a pedirle cuartel. Lo hicieron en turco y él respondió en alemán. Uno, mortalmente herido, solicitó un médico. No lo había allí, contestó el joven; pero los de los otomanos no tardarían en llegar. El oficial falleció. A muchos de sus colegas les sucedió lo mismo, porque cometieron el disparate de oponerse a los beduinos, y uno disparó contra un sirio de Lawrence, y antes de que éste pudiera impedirlo, cayeron muertos

varios austríacos.

Había cinco soldados egipcios que los turcos habían capturado en una incursión nocturna contra Davenport, a trescientos veinte kilómetros al sur. Conocían a Lawrence. Le refirieron los esfuerzos de Davenport en el sector de Abd Allah, en el que los beduinos se hacían los remolones y había que importar fuerzas de Egipto. Les ordenó que llevaran los prisioneros al lugar de reunión, detrás de las colinas occidentales. Lewis y Stokes se presentaron para ayudarle. Lawrence había temido por ellos, porque los beduinos, en su frenesí, eran capaces de acometer incluso a amigos como ellos.

Lewis, al otro lado de la vía, contó hasta treinta víctimas de su ametralladora, y encontró oro y trofeos en las mochilas de los cadáveres. Stokes contempló el efecto de su segundo disparo en la depresión contigua al terraplén. Un sirio, con los brazos llenos de botín, gritó a Lawrence que deseaba verle una anciana del penúltimo vagón. Lawrence le mandó que buscara en seguida a Gazala y unos cuantos camellos de carga para transportar el armamento. Los otomanos se acercaban y los beduinos escapaban uno a uno hacia las colinas con las bestias abrumadas por el peso de lo saqueado. Se dirigió, molesto consigo mismo por no haber pensado

antes en retirar las armas, al penúltimo vagón, y encontró una anciana inválida, la señora Ayxa, amiga de Faysal, la cual le preguntó qué acontecía. La tranquilizó y encontró a su criada, una vieja negra, a la que mandó buscar agua al ténder goteante de la primera locomotora. La dama agradecida, le envió más tarde, en secreto, desde Damasco, una carta encantadora y una alfombra beluchí como recuerdo de su accidentado encuentro. Y más posteriormente —lo sé de fuente indirecta, pero fidedigna—, Lawrence, que tenía por principio no beneficiarse en modo alguno de la guerra, la regaló, acompañada de una carta igualmente encantadora, a *lady*

Allenby, que ahora la tiene en su alcoba.

El sirio no reapareció con los camellos, porque, como los demás sirvientes del joven, cedió a la codicia y escapó con los beduinos. Los tres anglosajones estaban solos; se decían que habría de abandonar el armamento, cuando llegaron dos camellos. Eran Zaal y Huwaymil, que habían echado de menos a sus amigos. Éstos recogían su único cable, y Zaal, en vez de ceder a la invitación de montar, puso el cable y el aparato de explosión en los lomos del animal, y Zaal se rió de que no tuviera botín. Huwaymil, que no podía andar — cojeaba a consecuencia de una vieja herida—, hizo que se arrodillase su

camello y ligó las ametralladoras en su grupa. Quedaban los morteros. Stoke compareció guiando torpemente a una bestia que había capturado; como estaba muy débil, le cedieron la montura de Zaal. Huwaymil se fue con los tres animales, las armas y el sargento. Lawrence, Zaal y Lewis amontonaron en un agujero protegido cartuchos, petróleo y chatarra, los rodearon de cargas Lewis, munición sobrante de fusil y algunos morteros. Prendieron fuego a la pila y echaron a correr. Hubo una llamarada colosal, innúmero de cartuchos reventaron tableteando como ametralladoras y los proyectiles de Stoke atronaron en columnas de polvo y

humo. Los turcos, impresionados por el feroz estrépito, pensaron que los árabes se habían parapetado, y enviaron avanzadillas por los flancos. Los tres hombres corrieron a ocultarse en las lomas más lejanas, a través del hueco que dejó aquella maniobra.

Lawrence encontró sus camellos y los sirios, y dijo a los segundos en tono glacial lo que pensaba de ellos por su deserción. Pretextaron que alguien se había llevado los animales con los de propiedad común. Sin embargo, había encontrado, ¿no?, los necesarios para transportar su botín. Le informaron que había muerto un muchacho en el primer ataque, y que había tres heridos leves.

Un liberto de Faysal comunicó que Salim había desaparecido y que le habían visto herido, en el suelo, algo más allá de la máquina. Lawrence se enfureció tanto por no haber sido informado como porque Salim dependía de él. De nuevo le horrorizó la indiferencia árabe en dejar amigos a sus espaldas. Pidió voluntarios para ir a buscarle, y se ofrecieron Zaal y doce de sus hombres. Llegaron a la vía demasiado tarde, porque ciento cincuenta turcos se avecinaban al convoy destrozado. Ya habrían matado a Salim, tal vez luego de torturarlo, como solían hacer. (Los beduinos se acostumbraron a rematar a sus

compañeros gravemente heridos para liberarlos de aquel trágico fin).

Tendrían que regresar sin el liberto. Recogieron en el campamento bagajes y la impedimenta de los sargentos. Los otomanos los sorprendieron entonces y los hostigaron con fuego de ametralladora. Zaal, de magnífica puntería, y cinco hombres más, se colocaron en el borde de la cima para contener el avance enemigo, en tanto que sus compañeros se retiraban. Hirieron a trece o catorce otomanos, durante su traslado de una altura a otra, y cuatro de sus camellos sufrieron heridas. El enemigo renunció a perseguirlos.

La victoria siempre desorganizaba

las fuerzas árabes. La expedición se había transformado en una caravana de paso lento, abrumada con objetos bastantes para enriquecer a las tribus durante años. De los noventa prisioneros, veinte eran musulmanas amigas, que, volviendo a Damasco desde Medina, habían decidido ir a La Meca desde Aqaba. Ellas y treinta y cuatro heridos turcos cabalgaban en parejas en los camellos que se habían utilizado para el transporte de los explosivos y las municiones. Los sargentos pidieron a Lawrence que les diera una espada como recuerdo. Yendo a la retaguardia de la columna, encontró a los libertos de Faysal y, atado a uno de

ellos, al desaparecido Salim: estaba inconsciente y tenía una herida sangrante cerca del espinazo. Por lo visto, dejado por muerto durante el descenso de la colina cerca de la locomotora, los beduinos le despojaron de capa, pañuelo, daga y fusil. Le encontró uno de sus amigos y no avisó a Lawrence. Salim se repuso, más adelante, tomó inquina al joven por haberle abandonado cuando dependía de él.

Tuvieron que buscar agua en el pozo maloliente —los prisioneros la habían consumido toda—, que, por estar próximo a al-Mudawwara, podía representar un peligro. Lo hallaron desierto. Regresaron sin contratiempo a

al-Ramm por la misma larga avenida, bajo la impresionante línea irregular que los acantilados invisibles trazaban en el firmamento. Fueron de al-Ramm a Aqaba, donde entraron cubiertos de gloria, cargados de botín y jurando que los trenes se hallaban a su merced. Los sargentos se apresuraron a volver a Egipto: habían tenido la aventura que ansiaban, ganado una batalla, sufrido disentería, vivido gracias a la leche de camella y aprendido a recorrer sin fatiga ochenta kilómetros en una sola jornada. Allenby los condecoró.

El triunfo conmocionó el campamento de Aqaba. Todos ansiaron hincar el diente en el desconocido

deporte de minar la vía férrea. Pisani, capitán francés de la compañía de artilleros argelinos, activo y ambicioso de distinciones, fue el primer voluntario. Faysal proporcionó tres jóvenes nobles de Damasco, deseosos de capitanear incursiones tribales, y el 27 de septiembre salieron de al-Ramm en busca de beduinos dispuestos a acompañarlos. Lawrence opinó que la expedición se destinaba especialmente al clan de Gasim, que no se negó, como se temía. Lo difícil fue reducir el número de voluntarios. Partieron ciento cincuenta, con una interminable recua de camellos para el botín.

En aquella ocasión se encaminaron a

Maan, a través de la frontera Siria, hasta los montes de Batra, donde el recio aire del desierto les llegó desde el hueco de un collado. En Batra, se dirigieron al oeste hasta la vía férrea a lo largo de la cual avanzaron. Por fin, encontraron un puente sobre un terraplén, semejante al de al-Mudawwara. Entre medianoche y la aurora, sepultaron una mina automática maravillosa, de tipo nuevo. Se emboscaron a novecientos metros entre macizos de ajenjo. No pasó ningún tren aquel día y la noche siguiente. Lawrence no podía soportar la espera. Los árabes no obedecían a los jefes designados por Faysal. Sólo le escuchaban a él, cuyo éxito empezaba a

tener consecuencias desagradables. Le impusieron que fuese su juez. El recuerdo de su experiencia en Karkamish y el ejemplo de Faysal le permitieron componer y sentenciar, en los seis días de cabalgada, doce casos de ataque armado, cuatro robos de camello, una boda, dos hurtos, un divorcio, catorce disputas, dos juicios de aojadura y un embrujamiento.

Curó el mal de ojo mirando a los de los pacientes directamente con los suyos durante diez minutos («Ojos horribles —dijo una vieja—, azules como pedazos de cielo vistos a través de las cuencas de una calavera»), y contrarrestó el embrujamiento con un

ensalmo grotesco destinado al encantador. Entonces advirtió lo que estaba haciendo —probablemente la presencia de Pisani le recordó que no era sino un inglés que jugaba a ser beduino—, y se entregó a pensamientos avergonzados sobre sí mismo y los engaños que ejecutaba. También la presencia de Pisani le recordó que guiaba a los árabes a una guerra por una libertad que tal vez les costaría conservar. Se le repitió, con más fuerza, la agonía sufrida en Nabk. Un escorpión le había picado en la mano izquierda, y el dolor del miembro hinchado estorbó que se entregara a sus pensamientos; pero éstos reaparecieron por la mañana

y determinó renunciar a la jefatura. Convocó a los jeques para comunicar su decisión. Mas, en aquel instante, se anunció un tren y como siempre le ocurría —era un Hamlet de carne y hueso—, la necesidad de actuar se llevó sus vacilaciones filosóficas. Se levantó de un salto para contemplar los efectos de la mina.

El convoy, cargado de aljibes de agua, pasó sin inconveniente. Los árabes, que deseaban algo más apetecible que el agua, se lo agradecieron como si lo hubiese hecho adrede. Bajó a colocar una mina eléctrica sobre la anterior; aquélla sería la primera en estallar. Había tres

puentes en el terraplén, y el más meridional se había elegido para la emboscada. Colocó el sistema de disparo debajo del arco del puente central. Las ametralladoras Lewis quedaron bajo el septrional con el fin de batir la parte trasera del convoy, así que se produjera el estallido. Más cerca, una reguera cruzaba el valle, a trescientos metros de la vía, en la que los árabes podrían atrincherarse detrás de la espesura de ajenjos. No hubo ferrocarril aquel día. Las patrullas otomanas recorrieron los rieles sin encontrar las minas. Al otro día, 6 de octubre, salió un tren de Maan. Lo precedía una patrulla. ¿Quién llegaría antes? Si la patrulla

avanzaba con más rapidez, avisaría al convoy. Lawrence calculó que los soldados no se anticiparían, sino que serían alcanzados doscientos o trescientos metros antes, y distribuyó a los beduinos en sus posiciones. El tren subió jadeando la pendiente: arrastraba doce vagones de carga.

Lawrence se colocó en un lugar desde el que pudiera ver la mina, el aparato detonador y las ametralladoras Lewis. Dio la señal cuando la locomotora estuvo exactamente sobre el arco y se repitió lo sucedido en al-Mudawwara: una detonación ensordecedora, una nube, verde porque usaron liddita en lugar de gelatina, el

tableteo de las ametralladoras y la carga de los árabes. Pisani fue al frente cantando la Marsellesa, como si combatiera por la independencia de Francia. Un soldado, en los parachoques del cuarto vagón contando por la cola, desenganchó la retaguardia del convoy, que se deslizó cuesta abajo. Lawrence procuró impedirlo, colocando una piedra en la vía, y, al no conseguirlo, con desprecio absoluto de su seguridad, se rió de un coronel asomado en una ventanilla de los vagones fugitivos. El otomano disparó la pistola contra él y el proyectil le rozó la cadera.

La parte delantera del convoy había descarrilado. La locomotora quedó

destrozada, y el ténder y el primer vagón montados uno sobre otro. Murieron veinte turcos. Se capturaron los supervivientes, entre ellos cuatro oficiales, que imploraron llorando que no los matasen, cosa que los beduinos no se proponían hacer. El cargamento constaba de setenta toneladas de víveres, que se necesitaban urgentemente, como comprobaron por la cédula de envío. Lawrence la firmó como acuse de recibo y la dejó en el lugar en que estaba, y envió una copia a Faysal para que hubiese constancia de su éxito. Bajo la dirección de Pisani, destruyeron todo lo que no pudieron llevarse.

Como en la ocasión anterior, los beduinos se trocaron en camelleros que andaban al lado de una caravana pesadamente cargada. No dejaron a Lawrence a solas, como en el pasado. Farrach le esperó con su camella y el jeque Salim, hermano de Gasim, y otro notable le ayudaron a recobrar el cable y el aparato detonador. Las tropas turcas de socorro se hallaban a cuatrocientos metros de ellos, cuando iniciaron la retirada. No hubo bajas.

Los árabes se dedicaron más tarde al arte de minar y entre las tribus se divulgó, no siempre de modo auténtico, el rumor de los éxitos que lograban. Los Banu Atiya solicitaron por escrito a

Faysal: «Envíanos un *lurens* y haremos saltar trenes». El emir les mandó un hombre de los Agayl, que les ayudó a emboscar un importantísimo convoy: viajaban en él el coronel otomano que había abandonado su guarnición en la embestida de al-Wachh, veinte mil libras en oro y trofeos preciosos. El hombre de los Agayl retuvo el cable y el aparato detonador como su parte del botín. En los cuatro meses siguientes, se destrozaron catorce locomotoras y hubo apetitosos saqueos. Los turcos se asustaron de viajar. Se pagaban precios dobles por ir en los vagones posteriores. Los maquinistas se declararon en huelga. Casi se interrumpió el tráfico civil. La

amenaza se esparció hasta Alepo, con el sencillo expediente de pegar en Damasco un cartel que anunciaba que los patriotas árabes se desplazarían en adelante por Siria aceptando el riesgo. Más grave fue la situación para los turcos. No podían pensar ya en dirigirse contra Medina; además, les faltaban en Palestina las máquinas imprescindibles para repeler la amenazadora presencia de las fuerzas de Allenby.

Éste llamó, a mediados de septiembre, a Lawrence a Egipto para que le explicase sus propósitos. ¿El vuelo de trenes era algo más que una triquiñuela propagandística en favor de Faysal? Lawrence expuso sus planes,

que no habían cambiado desde que los meditó, seis meses atrás, en el campamento de Abd Allah. Esperaba conservar la línea férrea de Medina en actividad, la mínima posible, porque su guarnición no podía causar daño y era más cómodo y barato tenerla en aquella ciudad que en un campo egipcio de prisioneros. Mientras se minaba el ferrocarril, se instruían tropas regulares árabes para llevarlas a Siria. Allenby le interrogó sobre el paso que llevaba de Abu-l-Lisan a Aqaba; los espías notificaban que los otomanos preparaban un gran ataque. Lawrence dijo que él y sus beduinos hacía meses que provocaban al enemigo para que

saliera y que, al fin, lo habían logrado, según aquellos informes. Los otomanos habían vacilado, porque ignoraban la magnitud de la fuerza árabe. Su dispersión impedía que los contasen los aeroplanos y los espías. Por otra parte, tanto él como Faysal estaban enterados del número de las tropas adversarias, pues eran regulares, y el servicio de inteligencia rebelde muy eficaz. Los árabes podían decidir a voluntad si atacaban o dejaban de hacerlo.

Allenby entendió. Y cuando, finalmente, se desencadenó el gran avance desde Maan hacia Aqaba por el paso septentrional, Mawlud y sus regulares llevaron a los turcos a una

trampa de la que pocos escaparon.
Jamás hicieron otro intento de recuperar
aquella ciudad.

XIX

Allenby, que reorganizaba prestamente el ejército británico de las fronteras de Palestina, decidió iniciar una ofensiva en el frente de Gaza-Bersabee el último día del mes de octubre de 1917. No fracasaría entonces por falta de artillería y hombres, pero como Gaza, próxima al mar, estaba muy bien defendida —y por ello mismo parecía haber atraído los desastrosos ataques británicos anteriores—, se proponía emprender la campaña al sur, en Bersabee. Los turcos capturaron documentos falsos, que los indujeron a

creer que lo de Bersabee no era sino una finta, y que la arremetida principal procedería de Gaza.

Lawrence había de recapacitar sobre la ayuda que los árabes podrían dar a Allenby. Estaba en la desdichada situación de servir a dos señores. Y «no odiaba a uno y amaba a otro, no se atenía a aquél y despreciaba a éste». Admiraba a los dos y confiaba en ellos, mas no se sentía con fuerzas de aclarar toda la situación beduina al general inglés o todo el plan británico a Faysal. Allenby esperaba de él lo mismo que de cualquiera de sus oficiales, y el emir confiaba en él implícitamente, y su fe le obligaba a pensar más en la causa de la

rebelión de lo que tal vez fuese lícito. Y Faysal era el más débil, y la debilidad siempre atraía a Lawrence. Ahora bien, el país situado detrás de las líneas turcas estaba poblado de tribus amigas de Faysal, y su repentino alzamiento podría tener un efecto enorme en la marcha de la Gran Guerra. Si disfrutaba de un mes de buen tiempo, que permitiera el progreso de su pesada artillería y su sistema de abastecimiento, Allenby llegaría no sólo a Jerusalén, que era su meta, sino a Haifa. Entonces, los árabes tendrían ocasión de atacar el importantísimo empalme ferroviario de Dara, centro neurálgico del ejército otomano de Palestina, en el que el

ferrocarril de Medina a Damasco se unía al que iba a Haifa y Jerusalén. En los alrededores de Dara había enorme cantidad de guerreros árabes no utilizados, a los que Faysal instruía y armaba subrepticamente desde su base de Aqaba. Había allí cuatro tribus principales y, mejor aún, los campesinos del llano de Hawran, al norte, y los drusos, en las montañas del este.

Como no había principiado la ofensiva de Bersabee, no supo si convocar o no a aquellos auxiliares, destrozar las líneas férreas de Dara y tomar Damasco por sorpresa, simultáneamente con ella. Dispondría cuando menos de doce mil hombres, con

cuyo auxilio pondría en un aprieto a los otomanos que se enfrentaban con Allenby. Como oficial británico debía hacerlo, pero no como uno de los adalides de la rebelión arábiga. Los sirios le imploraban que acudiera. Tallal, jefe de las tribus de la región de Dara, envió mensajes repetidos que, con unos cuantos hombres de Faysal, se apoderaría del empalme. El emir, comprendiendo la importancia de la acción para Allenby, pensó que debía asegurarse de que se conservaba Dara una vez capturada. Si fallaba el avance británico, los otomanos enviarían refuerzos a Damasco y Alepo, la reconquistarían y diezmarían la

población de aquel territorio. Sólo era posible una sublevación en el caso de que no hubiese errores. Lawrence no se fiaba de la competencia de los subordinados de Allenby, capaces de llevar a buen término un proyecto, como el desembarco en Suvla, en la campaña de los Dardanelos, pero no las ventajas siguientes que les ofreciera. Y había que atender a los caprichos del clima. Pospuso, por lo tanto, la rebelión hasta el año siguiente. El ejército de Allenby combatió de manera espléndida, pero las lluvias lo paralizaron.

Había de compensar de algún modo los víveres y armas entregados por el general en jefe, por ejemplo, una

incursión violenta sin recurrir a la gente arraigada en la tierra, y que fuese útil a Allenby. Lo mejor sería volar uno de los puentes que salvaban la honda garganta del río Yarmuk, al oeste de Dara, en la línea que llevaba a Jerusalén, lo cual aislaría temporalmente las fuerzas turcas de Palestina de su base de Damasco, y les impediría resistir el ataque de Allenby, o escapar de él. Se tardarían quince días en reconstruir el puente. El Yarmuk se hallaba a seiscientos setenta y cinco kilómetros de Aqaba, por el camino de Azraq. Allenby, a quien presentó el plan, le pidió que lo pusiese en práctica el 5 de noviembre o en cualquiera de los tres días siguientes.

Supuesto que tuviera éxito, y el tiempo atmosférico favoreciera el avance británico, el ejército turco regresaría muy menoscabado a Damasco. Los beduinos podrían, en tal caso, continuar hostigándolo donde los ingleses dejaran de hacerlo por dificultades de transporte. Hasta quizá lograsen penetrar en Damasco.

Se necesitaba un árabe destacado como adalid de la expedición. Nasir se había ausentado, pero se disponía de Alí ibn al-Husayn, el joven noble que Lawrence había encontrado disfrazado en su viaje para conocer a Faysal el año anterior, y que había estado sabotando la línea férrea por encima de la sección

de Davenport. Conocía Siria por haber sido, con Faysal, huésped forzado del general otomano Chemal en Damasco. De valor, inventiva y energía comprobados. Allí aceptaba las aventuras y los desastres con una risa en los labios. Su vigor era tal, que, arrodillado en el suelo, con un hombre sobre cada antebrazo, se ponía en pie; vencía a la carrera a una camella que trotase en un trecho de cuatrocientos metros y saltaba después a la silla. Era testarudo, presumido, osado de palabra y hechos, y el combatiente más admirado de los guerreros beduinos. Atraería a la tribu seminómada de los Banu Sajr, del mediodía de Siria; tal vez consiguiera

hacer lo mismo con los Serahin de Azraq, y con las que hubiese más al norte.

Lawrence se proponía ir velozmente de Azraw a la aldea del Yarmuk antiguamente llamada Gadara. Dominaba el puente más occidental, enorme construcción de acero que custodiaba una guarnición de sesenta soldados, acuartelados en una estación ferroviaria próxima. Los centinelas no pasaban por lo común de seis, como había comprobado en su viaje a Damasco. Esperaba que le acompañasen, al mando de Zaal, algunos de los duros beduinos de los Huwaytat de Awda, que protegerían el asalto al

puente. Se impediría el acceso del enemigo a él con ametralladoras; los más indicados para el manejo de éstas serían los jinetes de la caballería india musulmana, que entonces empleaban camellos, el jefe de la cual se llamaba Chemadar Hasan Shah, veterano inquebrantable. Los indios hacía meses que se encontraban en la región de al-Wachh destruyendo rieles. Resolvió el problema de hacer saltar las gruesas vigas de acero con pequeñas cantidades de explosivo como sigue: sujetaría las cargas con tiras de lona y hebillas, y las dispararía eléctricamente. Como era operación que le expondría al fuego de fusil, Wood, oficial de ingenieros, que

estaba en Aqaba, le acompañaría y le sustituiría si sufría alguna herida. Wood había recibido en el frente del oeste un balazo en la cabeza y le habían declarado inútil para el servicio activo.

De pronto, mientras ultimaban los preparativos, se presentó un aliado inesperado: el jefe Abd al-Qadir. Este argelino había vivido en Damasco desde que su abuelo, que luchó en Argelia contra los franceses, fue deportado tres decenios antes. Pendenciero, sordo y zafio, era fanático religioso. Los turcos le habían enviado recientemente a La Meca con un encargo político secreto; pero se había presentado al jerife Husayn y se había despedido de él

portando una bandera carmesí y espléndidos regalos, medio convencido de la justicia de la causa árabe. Ofreció a Faysal la ayuda de sus labriegos argelinos, desterrados como él, que vivían en la ribera septentrional del Yarmuk, entre los dos puentes principales y cerca de otros cuya destrucción podría interesar. Como los argelinos no se mezclaban con los árabes vecinos, el sabotaje contra el puente o puentes se efectuaría sin soliviantar a todos los campesinos de la comarca.

Un telegrama del coronel francés acusó a Abd al-Qadir de ser espía de los otomanos. Aquello alarmó, pero,

como no presentaba pruebas y el militar galo no era bienquerido desde las cartas que envió a Abd Allah sobre los ingleses y sus intrigas anteriores en Chidda, se le supuso molesto por las acusaciones privadas y públicas del argelino contra Francia. Así pues, Faysal pidió a Abd al-Qadir que fuese con Alí ibn al-Husayn y Lawrence, y dijo a solas éste: «Sé que está loco, pero le creo honrado. Guardad vuestras cabezas y utilizadle». El argelino, espía o no espía, fue una espina para todos. Su fanatismo religioso no soportó el cristianismo de Lawrence, ni que las tribus trataran mejor al inglés y Alí que a él mismo. Y su sordera...

Seis reclutas sirios formaron la guardia de corps de Lawrence, sobre todo porque conocían los distritos que cruzarían, más dos hombres de los Biyasha y los inseparables Farrach y Dawud. Éstos, que no habían corregido su carácter bromista, desaparecieron por completo la mañana del 24 de octubre, fecha de la partida de Aqaba. Recibieron al mediodía un mensaje del obeso jeque Yusuf, el gobernador, comunicando que los había encarcelado y que deseaba hablar con Lawrence. Encontró al gobernador dividido entre la risa y la ira. Su nueva camella de color cremoso se había extraviado en el palmerar en que acampaban los Agayl.

Farrach y Dawud le habían pintado el cuerpo de rojo y las patas de azul, y la dejaron libre. El animal arrancó carcajadas en toda Aqaba, y Yusuf reconoció con dificultad a aquel payaso cuadrúpedo, y, cuando lo hizo, despachó a la policía en busca de los culpables. Se encontró a Farrach y Dawud cubiertos de pintura hasta los codos, y pese a sus protestas de inocencia, recibieron una buena paliza y la sentencia de estar encarcelados, con grilletes, durante una semana. Lawrence los liberó prestando al gobernador uno de sus camellos hasta que la propia recobrase el color natural, y prometió que Yusuf daría otra paliza a los reos

después de la expedición. Marcharon cantando con la caravana, a pie, porque la medicina del gobernador contra su travesura, les impedía sentarse.

La expedición fue por al-Ramm, cruzando la vía férrea por Shadiya. No reinaba la concordia en ella. Abd al-Qadir reñía de continuo con Alí ibn al-Husayn, quien rogaba a Dios que le librase de las groserías, sordera y presunción de aquel individuo. Wood estaba enfermo. Los indios, que cargaban y descargaban mal los animales, hubieron de ser ayudados por la guardia de corps de Lawrence y se rezagaron. Lawrence no se preocupó mucho de ello, porque le acompañaba en

aquel momento Lloyd (actual alto comisario británico en Egipto), y le complacía hablar con un europeo culto después de estar tantos meses con los árabes. No se acordó de los indios, que fueron quedándose atrás, y en su distracción, casi se metió en la estación de Shadiya. Se deslizaron entre dos blocaos, y se consolaron de su error cortando los cables telegráficos. Más al norte, por donde atravesaban los raíles Alí y Abd al-Qadir, sonó un tableteo de ametralladoras y detonaciones de fusil. Dos hombres murieron entonces.

Harían el primer alto en al-Chafr, donde habían reparado el pozo durante el avance hacia Aqaba. Llevó sin

contratiempos a su grupo a través de la llanura plateada de barro y sal alisados, y, cerca de al-Chafr, encontró a Awda acampado con Zaal, Muhammad al-Daylan y otros hombres de su tribu. El viejo sostenía una violenta disputa sobre la distribución de las pagas que percibían en nombre de todo el clan, y se avergonzaba de lo que sucedía. Lawrence los aplacó como pudo, y expuso a Zaal su plan de destrucción en el Yarmuk. Su amigo se mostró contrario a él. Aquel verano se había enriquecido a costa de los otomanos, y la riqueza le daba apego a la vida, aparte de que en al-Mudawwara había estado a punto de perderla. Iría si Lawrence insistía. Y no

insistió. Lloyd, que tenía que separarse de ellos en aquel lugar, se quedó desconfiado entre árabes que sólo hablaban de guerra, tribus y camellos.

Había que arreglar ante todo las diferencias monetarias de Awda, y atizar luego la mortecina llama del entusiasmo de los Huwaytat. De noche, junto a la hoguera de Awda, les recordó con acento persuasivo su juramento de luchar contra los otomanos, llamó a cada uno por su nombre, le recordó la gloria de sus abuelos, sus hazañas, la bondad de Faysal, la vileza de los turcos y su derrota próxima. A medianoche, Awda levantó su látigo pidiendo silencio. Percibieron rumor como de tempestad

en la lontananza. «Cañones ingleses», dijo Awda. Allenby, a ciento cincuenta kilómetros al norte, allende los montes, bombardeaba las posiciones enemigas como prólogo de su ataque —victorioso— a Bersabee. Gaza caería al cabo de cinco días. El retumbo puso fin a la discusión. La artillería pesada persuadía siempre a los beduinos. Awda abrazó agradecido a Lawrence la mañana después y dijo: «La paz sea sobre ti». Aprovechó la cercanía del abrazo para murmurarle precipitadamente: «Vigila a Abd al-Qadir».

Aquel día, el 31 de octubre, se orientaron hacia Bayir. La vecindad del invierno hacía el ambiente apacible, con

albas brumosas, sol suave y noches frías. La torpeza camellera de los indios les impedía cubrir más de cuarenta y ocho kilómetros por etapa —ochenta eran los menos que los árabes consideraban dignos de ellos—, y tenían que comer tres veces al día. El alto meridiano fue alarmante. Hombres a caballo y en camello iban hacia ellos desde el norte y el oeste. Se empuñaron los rifles. Los indios corrieron a sus ametralladoras. «No disparéis hasta que se hayan acercado más», ordenó Alí ibn al-Husayn. Un guardia de corps de Lawrence, que pertenecía a la desdeñada categoría de los Sherarat, que eran siervos, buen criado y valiente

guerrero, se incorporó agitando los brazos. Hicieron fuego contra él o por encima de su cabeza. Respondió de la misma manera. Los recién aparecidos se inmovilizaron y, después, agitaron a su vez los brazos. El criado de Lawrence y uno de los atacantes se encontraron en medio del campo. Se trataba de Banu Sajr, que habían salido en correría. Fingieron avergonzarse de haberlos atacado y se adelantaron a pedir perdón.

Alí ibn al-Husayn hervía en ira. Los Banu Sajr se justificaron con su costumbre de disparar sobre la cabeza de quienes encontraban en el desierto. «Elogiable hábito, en el desierto — repuso Alí—. Pero presentarse por dos

lados de improviso se parece mucho a una emboscada bien meditada». La gente limítrofe como los Banu Sajr es poco digna de fiar, ni campesina hasta el punto de haber olvidado los hábitos rapaces de los beduinos, ni bastante beduina para recordar el estricto código de honor del desierto. (La madre de Lawrence me enseñó un proverbio escocés al mencionar otra frontera: «La orilla es la peor parte de la telaraña»). Los fallidos ladrones se adelantaron a Bayir para notificar la llegada de la columna. El jefe compensó lo sucedido con una gran fiesta. Hubo una recepción pública a la que asistieron todos los hombres y caballos, vítores, tiros al

aire, galopes, caracoleos y nubes de polvo. «Dios dé larga vida a nuestro jerife», chillaron en honor de Alí, y, en el de Lawrence: «Bienvenido seas, Awrans, precursor de la lucha».

Abd al-Qadir, presa de los celos, trepó a la alta silla mora de su yegua y, con siete argelinos detrás, la hizo piafar y girar, gritando «¡Hup! ¡Hup!» y disparando su pistola. El jefe de los Banu Sajr suplicó a Alí y Lawrence: «Señores míos, detened a vuestro servidor. No puede montar ni apretar el gatillo, y, si hiere a alguien, se habrá terminado este día afortunado». Y eso a pesar de que ignoraba la reputación de la familia del argelino por «muertes»

accidentales en Damasco. Su hermano Muhammad Said había causado tres, una tras otra, de modo que Alí Riza, gobernador de la ciudad y proárabe secreto, comentó en cierta ocasión: «Hay tres cosas imposibles: que los turcos ganen la guerra; que el Mediterráneo se vuelva champaña, y que yo me halle en la misma habitación que Muhammad Said estando él armado».

Alí tuvo que atender a una diligencia antes de la cena. Faysal había enviado un pelotón de obreros negros para que arreglasen un pozo, el que Lawrence y Nasir compusieron con gelinita al encontrarlo cegado en la marcha a Aqaba. Habían vivido durante meses de

la hospitalidad de los Banu Sajr y no habían movido un dedo. Allí los juzgó, los condenó y mandó que los azotasen sus criados negros lejos de las miradas. Regresaron andando con dificultad, le besaron las manos en señal de arrepentimiento y participaron en la cena, que se sirvió inmediatamente.

La hospitalidad de los Banu Sajr superaba la de los Huwaytat. Comieron con voracidad, por hambre y urbanidad, el arroz y el carnero, tan rociados de grasa licuada que se pringaron los vestidos y caras. El ritmo se hacía más lento en el instante en que Abd al-Qadir se levantó con un gruñido, se limpió las manos con un pañuelo y se sentó en un

rincón. Miraron a Alí, que se encogió de hombros. Acabaron de hartarse y se lamieron los dedos. Alí carraspeó como estaba prescrito, entró la segunda tanda de comensales y después aparecieron los chiquillos. Uno, de cinco años, de camisa sucia, comió a dos manos; al fin, con el estómago dilatado y la cara brillante, se retiró apretando una enorme costilla contra su pecho. El esclavo del jefe devoró aparte la porción que se le reservaba siempre: la cabeza. La partió y chupó los sesos. Los perros trituraban huesos delante de la tienda.

Abd al-Qadir no se había portado mal según las reglas de la frontera, que permitían que se abandonase el banquete

en cualquier momento; pero había injuriado a Alí, jerife y héroe, según las del desierto. Por ello, el argelino estaba avergonzado y, para ocultarlo, se comportó peor: escupió, gruñó, se mondó los dientes, mandó que le trajeran su botiquín y tomó un medicamento, murmurando que carne tan dura le había dado indigestión. Era abominable. Lawrence había conocido a un jeque que tenía una cicatriz en la mejilla derecha: tragaba enormes bocados, educadamente, en un festín, cuando empezó a ahogarse; no pudiendo hablar, pero queriendo significar que su atragantamiento no pretendía insultar a nadie, se cortó con la daga desde la

boca a la oreja para mostrar el trozo de carne que causaba su extraña conducta.

Tomando el café —todos, salvo Abd al-Qadir, que fue a preparar el suyo—, se oyeron de nuevo los cañones en el segundo día de bombardeo de Gaza. Era el momento indicado para exponer al jefe la razón de su visita. Lawrence solicitó su colaboración para la incursión de Dara. La ausencia de Zaal y sus hombres le aconsejó no mencionar el puente, pues no podría volarlo sin ellos. El jeque eligió quince hombres y a su hijo Turki, de diecisiete años, codicioso como su padre, y amigo de Alí. Lawrence le regaló una vestidura de seda, con la cual se pavoneó por el

poblado, proclamando que debía avergonzarse quien no participara en la aventura.

Partieron aquella noche de Bayir. El jefe de los Banu Sajr quiso visitar la tumba de un antepasado, próxima a la del hijo de Awda, pues, en vista del gran peligro a que se exponían, añadiría un cordón de tocado a las ofrendas que cubrían la losa sepulcral. Como la incursión era idea de Lawrence, le pidió uno. El joven le entregó un cordón de seda roja trenzado con plata, comentando con una sonrisa que el mérito de la ofrenda correspondía al dador. El avaricioso jefe le puso en la mano medio penique, medio de fingir

una compra y hacerse con el mérito. Semanas después, cuando regresó por allí, Lawrence advirtió que el cordón había desaparecido. El jeque maldijo al ladrón sacrílego, alguno de los Sherari, sin duda; pero Lawrence imaginó quién había sido el caco.

A la otra mañana, casi sucumbió a la pereza del tiempo agradable. La venció escuchando con fines interesados el dialecto de los Banu Sajr, y tomando notas mentales de los fragmentos de su historia que aparecían en su conversación con ellos. La historia familiar y tribal, transmitida por tradición oral, era el libro de la gente del desierto. A pesar de ser tediosa,

aprovechaba recordarlas en los tratos con las tribus. Al detenerse aquella noche, se oyó con claridad el trueno de los cañones de Allenby, porque la depresión del mar Muerto hacía que reverberase en la altiplanicie. Los árabes musitaron: «Están más cerca. Los ingleses avanzan. ¡Dios libre a los hombres de esa lluvia!». Pensaban en los turcos, opresores débiles y corrompidos, a los que estimaban más en el momento de la derrota que al vencedor, el fuerte extranjero de justicia implacable.

Por la mañana recorrieron alturas de guijarros entre los que crecían tan densos los azafranes, que el paisaje se

llenaba de oro. Al mediodía, descubrieron camellos que trotaban en su dirección. Turki avanzó con el fusil preparado. A un kilómetro de distancia, el jefe de los Banu Sajr reconoció a sus parientes Fahad y Adub, guerreros famosos y capitanes del clan. Corrían a incorporarse a la incursión. Hicieron etapa en Ammari, en Sirhan, donde había aguadas entre montecillos llenos de sal. Su contenido era demasiado salobre. En el fondo de un hoyo de piedra caliza, había una poza de líquido excelente, de color amarillo profundo. Dawud arrojó a Farrach a ella; el lanzado se escondió debajo de un saledizo rocoso. Su amigo esperó su

aparición. Al ver que no salía, se quitó la capa y saltó al agua. Le buscó. Y le encontró oculto en el lugar descrito. Lucharon sobre la gruesa arena, y volvieron al campamento chorreando, con la ropa desgarrada, sangrando y llenos de barro y espinas, la imagen contraria de los petimetres que eran. Mintieron diciendo que habían tropezado con una mata mientras bailaban, y que sería muy propio de la generosidad de Lawrence que les regalara nuevos vestidos. No los consiguieron. Les mandó que fueran a adecentarse.

Hubo otra alarma en la jornada siguiente. Resultó falsa. Un centenar de

la tribu de los Serahin iban a prestar acatamiento a Faysal. Podían ahorrarse el peligroso viaje jurando lealtad a Alí ibn al-Husayn. Lo hicieron y regresaron alborozados a sus tiendas. Prepararon otro banquete para la columna. Después de terminado, y de intentar dormir en las alfombras llenas de parásitos, Lawrence y Alí despertaron al anciano jefe y a su lugarteniente y les explicaron sus proyectos. Repusieron que era imposible volar el puente occidental de Gadara, porque los turcos habían llenado sus bosques con centenares de leñadores militares. No podrían reconocer los centrales bajo la guía de Abd al-Qadir, de quien desconfiaban. El

puente oriental, junto a Tell al-Shihab, se hallaba en tierras de sus enemigos de sangre, que tal vez aprovecharan la ocasión de atacarlos por la espalda. Y, si llovía, los camellos no podrían trotar por las llanuras embarradas del lado más distante de la línea entre Azraq y los puentes, y la columna se arriesgaba a una muerte cierta.

La situación, por lo tanto, era pésima. Los Serahin eran su última esperanza. Sin ellos, no destruirían el puente el día convenido con Allenby. Alí ibn al-Husayn y Lawrence congregaron a los mejores hombres de la tribu y, con la asistencia del jeque de los Banu Sajr, Fahad y Adub, procuraron

debilitar su prudencia con frases heroicas. Su gloria, afirmó Lawrence, consistía en vencer la resistencia y el dolor del cuerpo con la fuerza del espíritu. El fracaso era más excelente que el éxito, y mucho mejor desafiar el hado hostil eligiendo el camino más seguro hacia la muerte, renunciando a los pobres recursos de la existencia física y la prosperidad, de modo que el destino se avergonzase de lo mísero de su triunfo. Para los hombres de honor la esperanza desesperada era la única meta, y, si vencían y salían vivos, la siguiente. Tenían que creer que no había victoria definitiva sino la que, tras innumerables altibajos, llevaba a la

muerte con las armas en la mano. Embrujó a los Serahin, que, antes del amanecer, juraron seguirle a cualquier parte.

Lawrence fue entonces tan sincero como lo ha sido toda su vida, y aquella arenga, pronunciada por imperativos de la necesidad, orienta en cuanto a gran parte de su extraña historia. Ha sentido amor romántico por el fracaso, la autohumillación y la pobreza. Una actitud mental adquirida en el desierto, aunque tal vez latente en su sangre, cuya corriente española —el español es medio árabe— se delata en la severidad de su mandíbula y en su cólera, pronta a encenderse y a apagarse. Y a pesar de su

inclinación amorosa al fracaso, el éxito le ha mimado. Como Gertrude Bell dijo de él, «todo lo que toca florece». Todas sus esperanzas se realizan, lanza su pan con gesto magnífico a las aguas y se rebela al encontrarlo de nuevo (muy hinchado) al cabo de muchos días. Cuanto más se humilla tanto más le ensalzan. El destino hostil se desquita de él negándose a aceptar sus sacrificios, y provoca en él una amargura filosófica, que desmiente a cada paso su tendencia natural a la amabilidad y el afecto.

Llevaron a Abd al-Qadir a una espesura vegetal y vociferaron junto a su oreja que los Serahin los acompañarían y él los guiaría hasta los puentes

próximos a su casa. Aceptó gruñendo. Lawrence y Alí ibn al-Husayn se miraron uno a otro que, si se sobrevivían, jamás volverían a conspirar con un sordo. Descansaron un par de horas y se levantaron para inspeccionar a los Serahin. Semejaban animados, audaces y demasiado fanfarrones para que se los tomase en serio. Y carecían de jefe, porque el lugarteniente era más político que guerrero. Pero algo era mejor que nada, y partieron con la columna hacia Azraq.

Azraq era lugar de antiguas leyendas. Parecía encantada como al-Ramm y las magníficas ruinas de Petra. Había albergado a reyes pastores

de nombres musicales, cuya memoria caballeresca vivía en las epopeyas árabes. Antes de ello, acogió a una guarnición de desdichados legionarios romanos. Había un gran fuerte en una peña, que dominaba ricos prados, palmerales y aguadas. Allí gritó «¡hierba!» desde un lugar elevado, se apeó de su camella y se revolcó sobre los enhiestos tallos verdes, que le emocionaban tras el desierto de sal y piedra. Luego, con el grito de guerra de su tribu, corrió a lo largo del pantano, arremangando los faldones de su vestido, y chapoteó entre las cañas.

Descubrieron que Abd al-Qadir se había esfumado. Le buscaron en el

castillo, entre las palmeras, por doquier. Averiguaron al fin que, a poco de salir del campamento de los Serahin, se había dirigido al norte, a los montes de los drusos. No se sabía qué se proponía y todos se alegraron de su desaparición. No había razón para su alegría. Tendrían que renunciar al proyecto de destruir los puentes centrales, y si no podían efectuarlo en Gadara por la presencia de los leñadores, sólo cabía destrozar un puente, el de Tell al-Shihab. Pero sin duda Abd al-Qadir avisaría a los otomanos también de este propósito. Consultaron con Fahad, que recomendó que no lo abandonaran, confiando en la incompetencia usual del enemigo. Pero

la decisión se aceptó con escasa confianza.

XX

Al día siguiente, 4 de noviembre, fueron por valles ricos en pastos y cazaron gacelas, cuyos trozos asaron con baquetas: quemados por fuera y jugosos por dentro. Dos guardias de corps de Lawrence se pelearon, uno destrozó de un tiro el cordón de la cabeza del otro, y éste le atravesó la capa de un balazo. Su jefe se interpuso, los desarmó y ordenó que les cortaran el pulgar y el índice derechos, con el deseado efecto de que se abrazasen con fuerza y sus compañeros se responsabilizaran de su buena conducta. Lawrence nombró juez

a Alí ibn al-Husayn, que los comprometió a portarse bien. Como sello de esta promesa, ejecutaron la antigua y curiosa costumbre de golpearse la cabeza con el borde de una daga pesada hasta que la sangre se deslizó hasta la cintura. Las heridas, sin importancia, le servirían de recordatorio.

En Abu Sawana, donde llenaron los odres con el agua deliciosa de un amplio estanque, vieron a lo lejos una partida de jinetes circasianos enviados para comprobar si la aguada estaba ocupada. No coincidieron en ella por cuestión de minutos. El 5 de noviembre, llegados al ferrocarril, Lawrence y Fahad, que lo

exploraron al anochecer, recorrieron ocho kilómetros más allá sin interrupción. Acamparon en una depresión de cinco metros de hondo, donde había pasto para los animales, y próxima a la vía, cuidando que los camellos no se dispersaran y andando con la cabeza gacha para que no los descubrieran posibles patrullas enemigas.

Alí ibn al-Husayn y Lawrence decidieron ir a Tell al-Shihab a volar el puente y regresar al alba. Aquello significaba recorrer ciento veintiocho kilómetros en las trece horas que duraba la oscuridad. Como los indios no soportarían la marcha, Lawrence

escogió a los seis mejores jinetes con las seis mejores monturas, y a Hasan Shah, el admirable oficial, con una sola ametralladora. Los Serahin, de cuya capacidad bélica desconfiaban, guardarían las bestias, mientras un grupo de los Banu Sajr avanzaban con la gelatina explosiva. Por lo tanto, los combatientes fueron Fahad y veinte hombres de los Banu Sajr, los siete indios, cuarenta Serahin, Alí ibn al-Husayn con seis esclavos, Wood y Lawrence con ocho de sus sirvientes. El resto de la partida, en el que figuraban dos criados enfermos de Lawrence, los aguardaría en Abu Sawana.

Encontraron en el camino a un

vendedor con dos mujeres, dos asnos y una carga de uvas, harina y capas, que se encaminaban a la estación más cercana, y uno de los Serahin los custodiaría hasta el amanecer para que no avisaran al enemigo; después, por la línea férrea, se reuniría con la reserva de Abu Sawana. Luego un pastor disparó contra ellos sin herir a nadie. Ladró un perro. Hallaron un camello extraviado y una mujer, tal vez una gitana, que huyó chillando. Hicieron fuego contra ellos desde la aldea, que estaba bastante separada. Estos incidentes los retrasaron y los indios, que cabalgaban como muñecos de madera, contribuyeron a la dilación.

Llovió, convirtiendo la fértil llanura en un campo de patinaje y cayeron dos animales. Un criado de Alí ibn al-Husayn desmontó protestando y su señor le golpeó el cráneo con un palo. Cesó la lluvia y pudieron trotar. Oyeron un sordo caer de agua. La cascada de Tell al-Shihab apareció poco después en la oscuridad en la garganta del río Yarmuk. El puente debía de estar a la derecha. Descargaron. La luna no había asomado aún sobre el monte Hermón, pero las estrellas titilaban en el firmamento. Lawrence repartió la gelatina a los Serahin —unos doscientos kilogramos en saquitos de doce kilos—, y comenzó el descenso.

Los precedieron los Banu Sajr, al mando de Adub. Algunos resbalaron en el terreno mojado. Habían salvado la peor parte de la cuesta, cuando percibieron jadeos y resoplidos, y olor a humo: era el tren de Galilea que recorría la garganta por el borde del río. El resplandor del horno mostró a Lawrence soldados vestidos de caqui, tal vez prisioneros británicos que se trasladaban a Alepo en vagones abiertos. Descendieron por la derecha hasta distinguir el negro bulto del puente y, en el extremo más distante, la lucecita del puesto de guardia. Wood y los indios montaron la ametralladora para utilizarla contra él. Los demás

continuaron adelante en fila de a uno y llegaron al punto en que los raíles empezaban a curvarse en dirección del puente. Se detuvieron, mientras Lawrence y Fahad avanzaban a gatas. Por fin llegaron adonde comenzaban las vigas.

Un centinela se paseaba frente al fuego, a unos cincuenta metros de ellos, sin pisar el puente. Regresaron en busca de los portadores de la gelatina. Atacarían la estructura del puente, arriesgándose a que el centinela los descubriera.

Hubo un baque y el rebote de un fusil. Alguien se había caído, soltando su arma. El centinela se irguió

sobresaltado. Vio moverse algo al resplandor de la luna, que ya había despuntado: los ametralladores se retiraban a un lugar en que no los iluminase. El otomano dio el alto, disparó y llamó a la guardia. Se produjo instantáneamente una confusión, acompañada de estrépito. Los Banu Sajr dispararon a ciegas, los indios no pudieron ametrallar el puesto, ya que se estaban moviendo, y la guardia se lanzó a la trinchera preparada, haciendo descargas contra los fogonazos de los fusiles de los Banu Sajr. Los porteadores de los Serahin, a los que se había informado que la gelatina explotaría si recibía un balazo, lanzaron

los sacos al fondo de la garganta y corrieron como alma que lleva el diablo.

Lawrence y Fahad, en el extremo del puente, no podían recobrar la gelatina sin los portadores y con sesenta turcos haciendo fuego en su dirección. Corrieron hacia Wood y los indios, y les avisaron que todo había terminado. Ascendieron al borde del precipicio, del que los Serahin se alejaban ya con la rapidez del viento. El campo se llenó de puntos luminosos y sonaron tiros en las aldeas inmediatas. Toparon con labriegos que regresaban de Dara, y los hombres de los Serahin, que estaban escocidos por los elogios sarcásticos de

Lawrence sobre sus cualidades bélicas, les robaron todo cuanto llevaban. Las víctimas pidieron socorro, los habitantes de Ramta oyeron sus gritos y una riada de jinetes salió a cortar el paso a los invasores. Los Serahin, cargados de botín, se rezagaron, y sus compañeros no los esperaron, porque tenían trabajo de sobra en arrear los camellos por aquel terreno resbaladizo.

Al alba, se hallaron a salvo junto a la línea férrea, de regreso a Abu Sawana. Cortaron los cables telegráficos de Medina, único triunfo en expedición tan trabajosa como bien planeada. El tronar de los cañones de Allenby le recordó su fracaso. Llovió de

nuevo. En el estanque de Abu Sawana tuvieron que justificar a sus amigos aquel desastre, tan distinto de la gloria que Lawrence les había descrito en su arenga. Que nadie tuviera la culpa y que todos la tuvieran, no consoló a nadie. Los dos guardias de corps volvieron a pelear; Farrach y Dawud golpearon a uno que no quería hervir el arroz; Alí hizo apalear a un par de sus criados... A nadie importó.

Tuvieron un conciliábulo bajo la fría lluvia. Los Banu Sajr deseaban recomponer su honor, y los Serahin borrar su desgraciado comportamiento. Conservaban el disparador eléctrico y catorce kilogramos de gelatina.

«Volemos un tren», propuso Alí ibn al-Husayn, y todos miraron a Lawrence, que no estaba muy dispuesto a efectuarlo. Tras aquella noche, no les quedaría comida, lo que, si no importaba a los beduinos, afectaría a los indios, acostumbrados a alimentarse con regularidad. Y no se minaba un tren sin ametralladoras. Y los indios, pese a ser musulmanes, consideraban impropio de sus principios nutrirse con carne de camellos.

Explicó aquello a Alí, quien dijo:

—Vuela el tren, y los árabes nos pasaremos sin las ametralladoras.

Los hombres estuvieron de acuerdo con él y estudiaron lo que harían,

mientras los indios se marchaban, mohínos, hacia Azraq. Para evitarles humillación mayor, Lawrence pidió a Wood que fuese con ellos. El británico accedió, sobre todo porque había notado en sí los síntomas de la pulmonía. Los sesenta beduinos partieron, bajo la dirección de Lawrence, al campamento de Minifar, bajo la atalaya arruinada en que había estado aquella primavera.

Pusieron a la puesta de sol una mina en la alcantarilla reconstruida que ya habían volado. Un tren pasó cuando llegaron. A aquel contratiempo se unió otro. Después de pasar la noche en blanco, esforzándose por asentar bien la carga debajo de un tirante del arco, y

por ocultar los cables del disparador, indicaron a Lawrence que se escondiese, puesto que llegaba una patrulla. Mientras lo hacía, percibieron demasiado tarde, a través de la niebla, un convoy. Se deslizó frente a ellos a gran velocidad.

Alí ibn al-Husayn se quejó de su mala suerte. Sospechando que se hablaría del mal de ojo, Lawrence propuso que se establecieran grupos de vigilancia y trabajo a todos, para distraerlos. Así no pensarían en su hambre. Bajo la lluvia y el viento fríos, sin comida, su único consuelo, si lo era, estribaba en que el mal tiempo también detenía a Allenby.

Por fin, se notificó la aparición de un tren sumamente largo, que avanzaba muy despacio. Lawrence, que sólo tenía sesenta metros de cable, situó el aparato de disparo cerca de los rieles, al amparo de una mata. Transcurrió media hora sin que el convoy se dibujara a lo lejos. Llegó a su altura. Los primeros diez vagones no tenían techo y estaban llenos de soldados. Era demasiado tarde para modificar el plan. Lawrence bajó el asa del disparador.

No sucedió nada. Lo movió cuatro veces con idéntico resultado. Comprendió que el disparador sufría un desperfecto, y lo sufría en el momento en que estaba arrodillado detrás de una

mata de treinta centímetros de alto y a cuarenta y cinco metros de un convoy militar, repleto de enemigos, que se movía con la lentitud de un caracol. Los beduinos, a doscientos metros detrás de él, se preguntaron qué le sucedía; pero no podía correr hacia ellos, para que los otomanos no saltasen a tierra y acabasen con todos. Por lo tanto, se estuvo quieto como si fuese un pastor y se serenó contando los vagones que rodaban ante él: dieciocho abiertos, tres de mercancías cubiertos y tres de oficiales. La locomotora resoplaba cada vez más despacio y pensó que se detendría de un segundo a otro. La tropa no reparó en su figura; en cambio, los oficiales que

había en las plataformas le señalaban y miraban.

Su cordón de oro y su blanco vestido de seda no eran los propios de un pastor, pero estaba sucio y mojado, y los turcos no conocían bien la indumentaria árabe. Los saludó con la mano. El tren desapareció en una depresión que había más hacia el norte. Lawrence echó a correr con el disparador. Apenas se hubo puesto a salvo, el convoy se paró. Tardó una hora en recobrar la presión, y un grupo de oficiales desmontó y revisó con mucho cuidado el terreno que rodeaba la mata. No encontró los cables, muy bien escondidos. La locomotora bufó y desapareció.

Los árabes estaban disgustados. Los perseguía la mala suerte, gruñeron los Serahin. Lawrence se mostró sarcástico, y los Serahin y los hombres de los Banu Sajr, que le apoyaron, comenzaron a enzarzarse en una pelea. Alí ibn al-Husayn llegó corriendo, morado de frío y temblando a causa de la fiebre. Jadeó que su antepasado, el profeta, había otorgado a los jerifes el don de la presciencia, y que, gracias a él, sabía que su suerte estaba a punto de cambiar. La afirmación los aplacó. En efecto, la suerte empezaba a cambiar, puesto que Lawrence pudo abrir con la daga, la única herramienta de que disponía, la caja del disparador y arreglar el sistema

eléctrico. Aguardaron el día entero el paso de un tren. La humedad no les permitió encender fuego y nadie quiso comer camello crudo. Sufrieron hambre de nuevo. La noche fue fría y desapacible. Lawrence veló junto al disparador, que había vuelto a empalmar con los cables.

Alí se despertó mejorado y dio ánimos a todos. Mataron entonces el camello y apilaron unas ramas, que habían semisecado debajo de sus capas, y rebañaduras de gelatina explosiva. Les avisaron en el instante de prenderles fuego que un tren llegaba del norte. Se abalanzaron a sus posiciones. Era un convoy de doce vagones de pasajeros,

tirado por dos locomotoras; avanzaba con rapidez pendiente abajo. Lawrence estuvo junto al disparador cuando la rueda motora de la máquina se situó sobre la carga. El estampido fue tremendo. Le lanzó de espaldas. Se incorporó: tenía en el brazo izquierdo un corte de muy mal aspecto, y la camisa desgarrada en el hombro. El disparador, entre sus piernas, había sido aplastado por un tiznado pedazo de hierro; a poca distancia yacía el cuerpo destrozado del maquinista. Renqueó medio inconsciente hacia sus compañeros, susurrando en inglés: «¡Ojalá no hubiese ocurrido!». Los turcos dispararon y se desplomó. Allí, Turki, varios sirvientes y los

hombres de los Banu Sajr se precipitaron hacia él. El enemigo tomó buena puntería e hirió a siete rescatadores en escasos segundos. Los demás transportaron a Lawrence a sitio más seguro. Además de los moretones y cortes que le habían inferido los fragmentos de hierro, sufría cinco heridas de bala, leves, pero dolorosas. Y su indumentaria se había convertido en harapos.

Las dos locomotoras se habían precipitado por el vacío del puente y no podrían repararse; tres vagones cabalgaban uno sobre otro, y los restantes habían descarrilado. Uno, decorado con banderas, servía de sala al

general que mandaba el octavo cuerpo de ejército otomano. Los supervivientes de los cuatrocientos soldados, repuestos del asombro, descargaban sus armas bajo la mirada del general. Los Banu Sajr, que habían tomado cierto botín —fusiles, sacos, cajas y algunas medallas del vagón-sala—, hubieron de retroceder. Adub preguntó por Fahad, y uno de los Serahin dijo que había muerto durante el asalto. Le mostró en prueba de ello, y de que él y sus amigos habían procurado salvarle, su cartuchera y su fusil. Adub corrió a buscarle entre los turcos. Regresó milagrosamente indemne arrastrando a Fahad, malherido en el rostro. Los otomanos contraatacaron y

los beduinos los hicieron retroceder con una descarga que mató a veinte soldados. Después, se echaron atrás, sin dejar de hacer fuego. Lawrence, que andaba muy despacio por culpa de sus lesiones, disimuló ante Alí con el pretexto de que estudiaba al adversario. Cuatro proyectiles desgarraron el pañuelo de Turki, que los cubría con sus disparos.

Llegaron por último a los camellos cuarenta hombres en vez de sesenta, y galoparon hacia el este. A los ocho kilómetros encontraron una caravana amiga, con harina de trigo y uvas, y bajo una higuera estéril cocinaron su primera comida en tres días. Agregaron carne de

camello, que el guardia de corps Rahail proporcionó: había pensado en llevarse un pernil de su anterior yantar interrumpido. Se curó a los heridos. Al otro día fueron a Azraq, exhibieron su botín de fusiles y medallas, y fingieron regresar triunfalmente, después de haber cumplido todos sus propósitos.

XXI

El tiempo empeoró definitivamente y los otomanos de Palestina estuvieron a salvo hasta el año siguiente. Alí ibn al-Husayn, Lawrence y los indios permanecieron en Azraq, y pidieron provisiones a Faysal, necesarias para el invierno. Limpiaron el fuerte arruinado y recompusieron parte de su tejado. Hassan Shah y sus hombres colocaron las ametralladoras en las torres y centinelas, lo que era inaudito en Arabia. Mataron el tiempo bebiendo café y refiriendo narraciones. Alí y Lawrence recibieron a diario gente que

se disponía a incorporarse a la rebelión: árabes que habían desertado de los turcos, jefes beduinos, caciques de aldeas, políticos arabo-sirios y refugiados armenios, así como mercaderes de Damasco que les regalaron pasteles, sésamos, caramelos, pasta de albaricoque, nueces, vestidos de seda, capas de brocado, pañuelos de cabeza, pieles de cordero, esteras y alfombras persas. Recibieron a cambio, café, azúcar, arroz y rollos de tela de algodón, de los que carecían por imposiciones de la guerra. La abundancia de Azraq tendría buen efecto político en Siria.

Durante el tiempo lluvioso

Lawrence tuvo ocasión de recorrer Hawran y, en particular, el distrito de Dara, escenario inevitable del siguiente avance árabe. Tallal, jeque de Tafas, aldea de Hawran, consintió en guiarle. Era guerrero de fama, que los turcos habían puesto fuera de la ley; había matado veintitrés con sus manos. Se había puesto precio a su cabeza, pero su poder le permitía viajar por donde quisiera. Llevaba armas de rica ornamentación, y una capa de paño verde recamada con ranas de seda y forrada de pelo de cabra de Angora. Sus ropas restantes eran de seda, su silla de montar estaba ataraceada de plata y usaba botas altas. Con él, Lawrence

viajó sin tropiezos hasta el empalme ferroviario vital, que sería el teatro de fuertes combates en el mes de septiembre de 1918. Sin embargo, parece que al regresar, después de haberse despedido de Tallal, fue prisionero de los otomanos (le confundieron con un desertor), y que le castigaron por negarse a obedecer una orden del gobernador militar, un comandante. Este hecho, sumado a los graves desengaños del puente y el tren, y al agotamiento de los meses anteriores, afectó muy de veras, según se cree, a su sistema nervioso.

Le contaron, ya en Azraq, la historia de Abd al-Qadir. Después de su

deserción, recorrió triunfalmente los poblados con la bandera árabe, mientras los suyos disparaban al aire en señal de regocijo. Aquello asombró a la gente, y Chemal, el gobernador otomano, fue a protestar de aquel ultraje. El argelino le recibió con gran pompa y le comunicó que todo el país pertenecía al jerife de La Meca, el cual confirmaba graciosamente a los representantes turcos en todos sus puestos. Reanudó su peregrinación triunfal. El gobernador protestó de nuevo y Abd al-Qadir desenvainó su espada mequí, labrada en oro, y juró que le decapitaría. Los otomanos comprendieron que estaba loco y no creyeron su información de

que se atacaría al puente de Yarmuk. Volvieron a emplearle, como antes de su ida a La Meca, para que tuviese tratos con los nacionalistas sirios y los traicionase.

Negó, heló y soplaron rudos vientos. En Azraq sólo se hablaba. Lawrence se reprochó una vez más su deseo de rebelar a aquella gente, sabiendo que sus esfuerzos más serios no la beneficiaría. Y le exasperaban los cumplidos y el servilismo de los sirios de las ciudades, que «imploraban una audiencia» con su «príncipe y señor y libertador». Prefería la sencillez de los beduinos, que le abordaban con las francas palabras de «¡Ya, Awrans! Haz

eso por mí». Determinó marcharse de nuevo. Investigaría qué podía hacerse contra los turcos en el mar Muerto. Confió su dinero y el cuidado de los indios a Alí ibn al-Husayn. Se despidieron el 23 de noviembre, y Lawrence se encaminó al sur con la única compañía de su fiel Rahail.

Viajó de noche hacia Aqaba. Los camellos patinaban en la llanura mojada y, al cabo de unas horas, se apearon desesperados y se acostaron en el barro. Hacia el mediodía de la etapa siguiente, al norte de Bayir, dispararon contra ellos cuatro emboscados. Preguntaron el nombre de Lawrence y declararon pertenecer a la tribu Chazi. Que mentían

lo probaba la marca de los camellos, la de los Fayz. Saltaron al suelo sin dejar de apuntarles, y les ordenaron que hicieran lo mismo. Los asesinarían. Lawrence conservó la sangre fría, se rió y no se movió de la silla. Preguntó al que parecía el jefe si sabía quién era él. El hombre avanzó con el dedo en el gatillo. Lawrence, cubriéndole con la pistola, escondida debajo de su capa, le cuchicheó: «Debes de ser *Taras* (vendedor de mujeres), porque no hay mercader más grosero». Era un gravísimo insulto que se pagaba en el desierto con la muerte; pero el beduino retrocedió desconcertado, sospechando que habría otros hombres en los

alrededores, porque, de no ser así, no se atrevería a injuriar a un hombre armado. Lawrence giró despacio y ordenó a Rahail que le siguiera. Cuando se recobraron los atacantes, se hallaban a cien metros. Hicieron fuego y los persiguieron sin darles alcance, porque iban mejor montados que ellos. Los Fayz era una tribu muy voluble. El verano anterior —creo que durante la marcha a Damasco—, su jefe, miembro destacado de la lucha por la libertad, concedió su hospitalidad a Lawrence. Dormía en gruesas alfombras, cuando le despertó un murmullo. Uno de los hermanos del jeque le advirtió que su anfitrión había mandado mensajeros a la guarnición

turca más cercana. Lawrence huyó a tiempo. El traidor pereció poco más tarde, asesinado probablemente por su pueblo, al que su conducta avergonzaba.

Pasaron por Bayir durante la noche y llegaron a al-Chafir al amanecer. Habían cubierto por mal terreno doscientos nueve kilómetros en treinta horas. Lawrence tenía fiebre, pero mantuvo aquel ritmo, pues deseaba estar en Aqaba antes de que se fuese de ella la caravana de Azraq que había ido a buscar provisiones. Asimismo, quería humillar a Rahail, que siempre se jactaba en tono agresivo, de su vigor y resistencia. Antes de Bayir, el guardia de corps pedía un descanso; antes de al-

Chafr lloraba, pero muy bajito para que su señor no le oyera. Más allá de al-Chafr encontraron las tiendas de Awda, mas sólo se detuvieron para comer unos dátiles. Rahail, sin fuerzas ya para quejarse, cabalgaba pálido y silencioso. Así siguieron todo el día y toda la noche, y cruzaron la vía férrea. La fiebre de Lawrence se había disipado. Cayó en un trance en el que se vio como varias personas, una a lomos de camello, y otras revoloteando en el aire y discutiendo con él. Rahail le sacó del trance al amanecer con el grito de que se habían desviado y trotaban hacia los turcos de Abu-l-Lisan. Enmendaron el rumbo y alcanzaron Aqaba, por el

camino de al-Ramm, a la medianoche.

En dicha ciudad le esperaba un mensaje de Allenby. Había vencido a los otomanos en una serie de combates y tomado Jaffa y los suburbios de Jerusalén. Deseaba verle inmediatamente. Lawrence fue por aire y se enteró al aterrizar de que Jerusalén había caído. Allenby estaba demasiado ocupado para perder el tiempo en detalles. Le bastaba una descripción sucinta del fracaso del Yarmuk. Le invitó a participar en la ceremonia de la entrada en Jerusalén. El joven se puso el uniforme británico.

Por los hechos de Aqaba, le habían ascendido a comandante y nombrado

miembro de la orden de Bath, pero, entonces como ahora, se negó a aquella y otras condecoraciones. El alto comisario le recomendó para la Victoria Cross, pero, con gran alivio suyo, no se la concedieron. Esa cruz no premia a los jefes y estrategas notables, sino a los combatientes heroicos. No lo había sido, y él mismo no lo reconoció en su informe oficial —ni lo ha reconocido posteriormente—, y la cruz no se le podía conceder por detalles técnicos: «Ningún oficial de grado superior estuvo presente». El más próximo se hallaba a centenares de kilómetros, en el flanco derecho de las líneas otomanas. Le ascendieron a teniente coronel a

principios de 1918, para que tuviese el mismo grado que el teniente coronel Joyce, considerado jefe del estado mayor de primera clase para que tratase con el ejército árabe regular. No sería exacto decir que Lawrence aceptó aquel rango, pues continuó trabajando de la misma manera, fuese cual fuere el título que se le diese. La medalla del Distinguished Service Orden (Orden de Servicios Distinguidos) premió su intervención en la batalla de Tafilá. Solicitó el cargo de coronel (poco después de la conquista de Damasco) con enorme asombro del cuartel general, en el que era proverbial su indiferencia a aquellos galardones. Explicó que

aspiraba a la coronelía (especial, temporal, efectiva o como fuese) para lograr acomodo en un tren militar que recorría Italia y que sólo admitía de coronel para arriba. Lo consiguió. Lo llama su «rango de Taranto».

Por lo que sé sólo ha usado una vez los privilegios del rango en algo diferente de los viajes. En cierta ocasión, en un campamento de tránsito, vio que un oficial abusaba de dos infelices soldados, agotados por la guerra, que se paseaban por el fondo del patio de los barracones.

—¡Venid aquí, gandules! ¡Sacad las manos de los bolsillos! ¿Por qué no me habéis saludado? ¿No reconocéis a un

comandante?

Los soldados murmuraron algo ininteligible.

—Veamos, poneos aquí. Ahora, pasad y saludadme.

Obedecieron y se alejaron precipitadamente. Los detuvo un grito del comandante.

—¡Alto! Repetidlo y hacedlo bien. Saludaron de nuevo.

—Un momento, comandante —dijo una voz a sus espaldas—. Olvida usted algo.

El oficial dio media vuelta y se encontró ante un joven de cara macilenta, destocado, que llevaba en las hombreras las insignias de coronel:

Lawrence. El comandante saludó aturrullado; los soldados, muy a su gusto, se marcharon sonriendo. Lawrence los paró.

—Lo que usted ha olvidado, comandante —dijo—, es que en nuestro ejército se saluda, no al hombre, sino al grado, y que el oficial saludado tiene órdenes del rey de responder al saludo. Pero, claro, usted ya lo sabe.

El comandante, aturrullado, no contestó.

—Por lo tanto, salude a esos hombres como debió hacerlo.

El oficial cumplió la orden y Lawrence añadió despiadadamente:

—Comandante, esos soldados le han

saludado dos veces. Tiene, por lo tanto que responder a otro saludo.

Y el oficial obedeció... Esta anécdota trae otra a la memoria. Lawrence, poco después del final de la Gran Guerra, se paseaba de noche por la Oxford Street londinense, con la cabeza inclinada para esquivar los calabobos. Le detuvo un teniente coronel al que no había saludado; le acompañaba una mujer, a la que parecía que acababa de conocer. Lawrence se quitó lentamente la gabardina y exhibió las insignias de su rango. El teniente coronel se ruborizó.

—Puede retirarse —exclamó Lawrence.

La mujer se marchó sola.

Allenby, que estaría inactivo hasta febrero, se proponía llegar a Jericó, que está al norte del mar Muerto. Lawrence le prometió que el ejército árabe enlazaría con el suyo en aquella ciudad, con tal de que las cincuenta toneladas de víveres, que se enviaban a diario a Aqaba, se despostasen en Jericó. Podrían abandonar Aqaba como base, porque no la amenazaban los turcos (pronto se retirarían de Abu-l-Lisan a trincheras abiertas en los alrededores de Maan). Allenby aceptó. Le importaba que las fuerzas árabes subieran a Jericó, ya que, en su marcha, interceptarían los suministros que los otomanos recibían

de las aldeas meridionales del mar Muerto.

De regreso a Aqaba, con un mes de ocio antes de que comenzase la campaña, Lawrence pensó en probar los vehículos blindados en un ataque contra el ferrocarril. Estaban en Guweyra, entre la cual y Aqaba obreros egipcios habían abierto una carretera, con la colaboración de las dotaciones de los autos bélicos. Los llanos de barro seco y liso les permitirían llegar sin dificultad a los alrededores de al-Mudawwara. Fue una excursión campestre para Lawrence. Los vehículos, a prueba de balas de ametralladoras y fusiles, volaban sobre el terreno. Eran tres

Fords con ametralladoras, media batería de cañones ligeros en otros tres coches, Talbot, y un Rolls-Royce descapotado de reconocimiento. Los soldados eran británicos. Disponían de carne en lata, galletas y té, más dos mantas por barba. Además de la expedición, sin árabes, contentaba a Lawrence la idea de que no tenía el mando. Podría observar los acontecimientos desde una colina con los gemelos de campaña. Aquellas salidas agradables con los vehículos blindados y los aeroplanos le animaron a enrolarse en el ejército posteriormente, si sobrevivía. Los automóviles bombardearon y ametrallaron a los turcos atrincherados

en la estación siguiente a la de al-Mudawwara, y como no se rindieron, y no había beduinos que cargasen contra ellos, fueron a tratar del mismo modo a la estación siguiente. Lawrence había comprobado la eficacia de los vehículos blindados contra el ferrocarril. Tomó nota de ello y volvió a Guweyra aquel mismo día.

Los hermanos de Faysal, Abd Allah y Alí, asediaban aún a Medina; Yanbu era de nuevo su base. Lawrence no convenció de la inutilidad de aquel esfuerzo a los consejeros británicos, que dependían del alto comisario de Egipto. Cuando le pidieron que destrozase de una vez para siempre el ferrocarril en

Maan, porque ellos no podían hacerlo desde donde estaban, fingió que sus tropas eran demasiado cobardes para llevar a cabo aquella operación.

XXII

Lawrence, en Aqaba, aumentó su guardia de corps, que se había iniciado con Farrach, Dawud y los sirios. (Remitimos al lector a la Introducción, en la que se expone el criterio seguido en la utilización de los nombres personales). Tenía que tomar aquella precaución, porque los turcos habían aumentado la recompensa ofrecida por su cabeza —y la de Alí ibn al-Husayn— a veinte mil libras. Eligió a hombres que vivían y cabalgaban duro, orgullosos de sí mismos y de buena familia. Los tres o cuatro que ya había aceptado sentaron el

criterio a que se atendería en la elección. Leía^[3] un día en su tienda cuando entró sin hacer ruido un individuo de los Agayl, delgado, moreno y bajo, lujosamente vestido y con tres trenzas negras a ambos lados del rostro. Llevaba en el hombro una bolsa de silla, preciosa y multicolor. La dejó con respeto en la alfombra y dijo: «Para ti». Desapareció tan de pronto como había llegado. Al día siguiente, se presentó con una silla de camello, de largas perillas de bronce primorosamente labradas. «Para ti», repitió y se fue. Al tercer día, compareció vestido con una simple camisa de algodón, en prueba de su humildad, y se arrodilló suplicando

que le admitiera en su servicio. Lawrence le preguntó cómo se llamaba. «Abd Allah el Ladrón». Expuso que había heredado el nombre de su venerado padre y contó su triste historia. Había nacido en una ciudad de los oasis centrales, y a edad temprana le encarcelaron por impiedad. Se alejó después de aquellos lugares por un escandaloso asunto con una mujer casada, y le aceptó como criado el emir local, Ibn Saud, actual gobernador de La Meca. Le habían castigado por jurar en ambiente tan puritano y prefirió servir a otro príncipe. Por desdicha, le molestó tanto un superior, que lo golpeó en público con un látigo de camello. Se

recobró en la cárcel de la terrible paliza con que se castigó su atrevimiento y fue en busca de empleo al ferrocarril de los peregrinos, que entonces estaban construyendo. Un contratista turco cercenó su sueldo porque se dormía al mediodía y él se desquitó cercenando la cabeza del contratista. Le encarcelaron en Medina, se evadió por una ventana, fue a La Meca y, en vista de su integridad y maestría con los camellos, le encargaron llevar el correo entre la ciudad santa y Chidda. Se estableció en ésta y puso a sus padres una tienda en La Meca con los sobornos que obtenía, ya de los mercaderes, ya de los malhechores. Al cabo de un año de

prosperidad, le asaltaron y le arrebataron el camello con la carga. Tuvo que pagarla con su tienda. Se alistó en la policía jerifiana y ascendió a sargento, pero le degradaron por sus palabrotas y peleas a cuchilladas. En esta ocasión, acusó a uno de los Atayba de ser el causante de su desgracia y le acuchilló ante el juez, Sharraf, primo de Faysal. Casi murió de la paliza que le dieron; pero ingresó en el servicio de Sharraf. Cuando se declaró la guerra, fue ordenanza de un capitán de los Agayl; tras el motín de al-Wachh, el capitán se convirtió en embajador y él echó de menos el contacto con la gente distinguida, por lo que solicitaba servir

a Lawrence. Tenía una carta de recomendación del capitán conforme a la cual Abd Allah el Ladrón había cumplido con lealtad, pero sin respeto alguno, durante dos años; era el más experimentado de los Agayl, puesto que había servido a todos los príncipes de Arabia y siempre había sido despedido con azotes y encarcelamientos, fruto de su exagerado individualismo; tras el firmante, era el mejor jinete de su gente, con buen ojo clínico para los camellos y tan valiente como cualquier hijo de Adán. Lawrence le nombró en seguida jefe de la mitad de su guardia y nunca se arrepintió de ello. Se trataba sencillamente de una categoría, ya que

todos cobraban lo mismo.

Abd Allah el Ladrón y Abd Allah al-Zaagi, capitán de la otra mitad, hombre más normal, escogieron a los candidatos y se formó alrededor de Lawrence una banda de bribones temerarios, que los británicos de Aqaba describieron como rebana-cuellos, pero sólo los rebanaban si Lawrence se lo ordenaba. La mayoría era Agayl, que mandaban a sus monturas desde cien metros de distancia y las obligaban a estar quietas junto al equipaje. Cobraban seis libras mensuales y percibían camellos y raciones alimentarias. Gastaban su sueldo sobre todo en la compra de ropas de todos los colores imaginables,

exceptuando el blanco, que era el de su señor. Peleaban como diablos con los turcos y desconocidos, pero no entre ellos. El Ladrón y al-Zaagi mantenían la disciplina con castigos tan severos, que habrían sido monstruosos, si ellos no hubiesen aceptado sufrirlos con orgullo. Sentían por Lawrence devoción ciega, casi supersticiosa, y cerca de sesenta murieron en su servicio. La hazaña individual más sobresaliente de la guerra fue la de uno de ellos que, por dos veces, entró en Medina a nado, por un conducto subterráneo de agua, y regresó con un informe cabal de la ciudad sitiada. Lawrence tuvo que mantenerse a su altura. Todos tenían la

misma resistencia, pero él los aventajaba en ánimo y energía. Durante la campaña, cumplió una secreta ambición personal más fuerte que todas las intenciones, propósitos y pasiones, y sólo gracias a ella se entienden sus gestas. Mas, poco después de la toma de Damasco, esa ambición desapareció, y así se explica que abandonase tan aprisa el teatro de sus triunfos y cediese a otros la tarea de consolidar lo conseguido por los árabes; y también mucho de lo que ha sucedido después.

El 11 de enero de 1918, Nasir atacó Churf, la estación ferroviaria más próxima a Tafilá, grupo de aldeas del extremo meridional del mar Muerto. Le

acompañaron algunos Banu Sajr, soldados regulares mandados por Nuri Said (jefe de estado mayor del general Chafar, que dirigía las fuerzas de Faysal), un cañón de montaña y varias ametralladoras. Tuvieron la suerte de apoderarse de la estación. Los camelleros de la tribu cargaron, anticipándose a las órdenes de Nuri Said, y sólo murieron dos. Los ingenieros volaron un par de locomotoras, la torre del agua, una bomba y los cambios de vía. Capturaron doscientos prisioneros, siete oficiales, armas, mulos y siete camiones con exquisiteces de Damasco destinadas a la oficialidad de Medina. Un camión

reventaba de tabaco. Faysal, enterado de que la guarnición medinesa no tenía nada que fumar, se apiadó de ella, por ser un fumador empedernido, y envió camellos con cigarrillos baratos a sus líneas, con saludos cordiales.

Lawrence se alegró de que el ejército se portase tan bien sin su colaboración. Fue con Nasir y Awda, y los hombres de la tribu de éste, de al-Chafr a Tafilá. Desde el alto borde del valle, Nasir avisó a los habitantes, al alba, que los bombardearía si no se rendían. Era un farol, pues Nuri Said había vuelto a la base con la artillería, y los otomanos debían de saberlo. Tanto ellos como casi todos los aldeanos

dispararon a los Huwaytat, que se diseminaron por el borde del acantilado y les respondieron. Pero Awda, dominado por la ira, descendió por el culebreante sendero y se detuvo en las inmediaciones de las casas.

—¡Perros! —bramó—. ¿No reconocéis a Awda?

El terrible nombre espantó a los aldeanos, que obligaron a los turcos a deponer las armas.

Tafila preocupaba mucho a Zayd, hermano de Faysal, que le envió con más cañones y ametralladoras para que se encargase de las operaciones del mar Muerto. Los Abu Tayi de Awda y sus enemigos, también de la tribu de los

Huwaytat, los Multalga, dos veces más numerosos que ellos, compartían la ocupación del lugar. Entre ellos había dos muchachos de buena cuna, cuyo padre había matado Annad, hijo de Awda. El homicida había muerto a manos de los tíos de los jóvenes. Awda hizo gala de gran magnanimidad con los muchachos, que no habían olvidado la muerte de su padre y se disponían a vengarle. El viejo jeque amenazó con perseguirlos a latigazos por el zoco. Zayd se anticipó a lo que temía. Pagó con generosidad los esfuerzos de Awda y le envió a sus tiendas. Todo se calmó en Tafilá. Zayd poseía mucho dinero y comida para sus fuerzas, y los aldeanos,

que se habían unido a los turcos sólo porque su odiado vecino apoyaba a Faysal, se sumaron a la rebelión.

El 24 de enero se supo que los otomanos habían salido de Karak con la intención de reconquistar el poblado. Lawrence se asombró de ello, porque Tafileh no tenía utilidad para ellos; su única esperanza de conservar Palestina frente a las tropas de Allenby era conservar todos los hombres en la defensa del río Jordán. Aquello debía de ser un capricho, y contradecía el sentido común estratégico. Mandaba al enemigo el general de la guarnición de Ammán, que se presentó con unos novecientos soldados de infantería, cien de

caballería, veintisiete ametralladoras y dos obuses de montaña. La caballería rechazó a los árabes montados que custodiaban Tafilá por el norte. Hacia el ocaso estaban a un kilómetro y medio de distancia. Lawrence se opuso enérgicamente al proyecto de Zayd de abandonar la aldea y guarecerse en los acantilados meridionales del valle, por dos razones: los aldeanos se ofenderían si los abandonaban, y los turcos podían llegar a los acantilados desde el este y cortarles la retirada. Zayd le escuchó. Defendería los acantilados septentrionales, pero no antes de que la gente del pueblo se marchara con los bienes que podían transportar.

Hacía frío y el viento era duro en Tafila, que estaba a mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Lawrence estaba malhumorado. Los turcos pagarían su codicia y estupidez. Les ofrecería la batalla que tanto ansiaban y se arrepentirían de ello. Por primera y única vez renunció a la movilidad, y se clavó en el terreno, y Zayd, escarmentado por su derrota en Rabig, se lo permitió.

Toda la noche hubo disparos en el norte. Los aldeanos resistían a los turcos y Lawrence les envió a los dos muchachos de los Mutalga, enemigos de Awda, a animarles en su resistencia, porque les ayudarían. Los muchachos se

fueron a caballo, con un tío y veinte parientes más, es decir, cuantos lograron reunir en la confusión. Frenaron la caballería otomana hasta que amaneció.

Lawrence envió ante todo al frente a Abd Allah, oficial mesopotámico de Faysal, con dos armas automáticas. Debía comprobar la fuerza y la posición del adversario. Encontró a varios miembros de su guardia de corps recogiendo los objetos desparramados en la calle durante la huida, y les ordenó que subiesen con sus camellos a lo alto de los acantilados septentrionales, por un camino largo y tortuoso, y regresasen con otra ametralladora. Subió descalzo por el despeñadero a la meseta

septentrional, y encontró un saliente de doce metros de altura, ideal para apostar hombres en él, si los encontraba. Por fin, encontró a veinte de los Agayl, de la guardia personal, en una depresión, y los despachó al saliente con palabras violentas. Allí representarían el papel de escuchas de una fuerza nutrida. Les entregó su sello como signo de autoridad y les ordenó que reclutasen todos los hombres que pudieran, incluidos sus demás compañeros de la guardia de corps del emir.

La llegada de Abd Allah había envalentonado a los aldeanos y los Mutalga. Entre todos empujaron a la caballería turca hasta la esquina de una

llanura de tres kilómetros de ancho, de configuración triangular, con el monte como base y otro más bajo que servía de lado izquierdo a la supuesta figura geométrica. Los árabes ocuparon posiciones defensivas en éste. Lawrence bajó hacia ellos hasta que estuvo bajo fuego artillero. El cuerpo otomano principal bombardeaba el monte bajo en que estaban los resistentes, mas los proyectiles volaban demasiado altos. Encontró a Abd Allah cuando volvía a informar a Zayd: el mesopotámico había perdido cinco hombres y un arma automática en el fuego artillero, y había agotado sus municiones. Pediría al emir que se adelantase con todas las tropas

disponibles. Lawrence fue al monte más bajo.

Llegado a él advirtió que los turcos habían bajado el tiro y que las granadas reventaban sobre los árabes. Debía de ser obra de un grupo de observación, que orientaba a los artilleros. Lo vio a la derecha. Los turcos no tardarían en expulsarlos de allí. Los Mutalga disparaban de arriba, y los infelices campesinos, despeados y miserables, habían gastado sus municiones. Le gritaron que habían perdido la batalla. Les contestó alegremente que acababa de empezar, señalando al borde del acantilado, porque allí estaban las fuerzas de reserva. Les recomendó que

se llenasen las cartucheras y subiesen a lo alto del despeñadero.

Los Mutalga, después de defender su posición otros diez minutos, sin bajas, hubieron de retroceder. Atraparon a Lawrence, que iba a pie, y uno de los jeques jóvenes le dijo que se sujetase a un estribo mientras corría. Lawrence contó sus zancadas (así se distraía del dolor de trotar descalzo sobre ramas cortantes y piedras). En el saliente de reserva, encontró ochenta hombres, a los que se agregaban otros constantemente: el resto de su guardia de corps con su arma automática, cien hombres de los Agayl y otras dos ametralladoras. Los turcos estaban ocupando la altura que

los Mutalga habían abandonado, y mandó que disparasen de cuando en cuando los fusiles automáticos, haciendo fuego bajo, para que los otomanos dilatasen su ataque. Zayd llegó con el resto del ejército mediada la tarde. Veinte muleros, treinta jinetes Mutalga, doscientos aldeanos, cinco rifles automáticos, cuatro ametralladoras y un cañón egipcio de montaña.

Lawrence había bromeado durante todo el día sobre las tácticas militares, que sustanciaba con frases de los libros de texto. Había dicho al joven Mutalga que el gran Clausewitz había sentenciado que una retaguardia resulta más útil existiendo que actuando. Pero

veinte ametralladoras otomanas disparaban contra ellos y distrajeron al muchacho, en el supuesto que hubiese podido entender la broma. Ya tenía oficiales regulares árabes, adiestrados por los turcos, para comprobar su talento estratégico. Envío a Rasim, entonces jefe de la caballería, y no artillero, como solía, para que envolviese el ala izquierda del enemigo, añadiendo instrucciones guasonas como «atácalos en un punto, no en una línea. Siendo un ala finita, se encontrará reducida a un solo punto, es decir, a un hombre». Rasim, muy divertido, prometió volver con aquel hombre. Se llevó cinco fusiles automáticos y toda la

tropa montada. El Mutalga de más edad, desenvainó la espada y le espetó un discurso heroico llamándola por su nombre (las espadas árabes, como las de la caballería medieval europea, lo tienen). Se deslizaron al amparo del lado derecho del llano triangular. Mientras lo hacían, se presentaron cien pastores de la comarca, que el día antes se habían indisputado con Zayd por cuestión de las soldadas, pero se arrepintieron de su enfado al oír el combate.

El general Foch aconseja en algún texto que se ataque sólo por un flanco, pero Lawrence decidió mejorar el consejo con una improvisación. Mandó

a los pastores con tres fusiles automáticos hacia la izquierda. Como conocían cada palmo del terreno, llegaron sin ser vistos a trescientos metros del extremo del ala derecha otomana. El enemigo había colocado las ametralladoras en línea en la cima, sin montar centinelas o cualquier apoyo en sus flancos. Lawrence los entretuvo con los disparos de cuatro ametralladoras y las esquirlas que arrancaron de las rocas fueron tan peligrosas como las balas.

Se ponía el sol. La inesperada resistencia empezó a desanimar a los turcos. Su general dijo: «En cuarenta años de servicio, nunca lucharon los rebeldes de esta manera. Hay que

avanzar». Era demasiado tarde. Rasim y los pastores barrieron los servidores de las ametralladoras que había en cada flanco. El grueso del contingente árabe se lanzó adelante, con la bandera encarnada de los Agayl ondeando al viento. Lawrence se quedó con Zayd, que aplaudió cuando el centro del enemigo cedió y escapó hacia Karak. Detrás de los musulmanes, corrieron aldeanos armenios, deportados durante el genocidio de su pueblo, con largos cuchillos y clamores de venganza.

Entonces Lawrence comprendió su error. Su burla de la táctica de una batalla, y su deseo de desquite personal, habían generado una carnicería inútil y

la pérdida de amigos árabes. Los supervivientes turcos trepaban un desfiladero abrupto volviendo a Karak, los acodaba toda la fuerza rebelde. Renunció al intento inútil de contenerlos. Sólo cincuenta otomanos agotados volvieron a su base. Los árabes los persiguieron alrededor de un kilómetro y medio, pero los campesinos que había a lo largo de la carretera los abatieron uno tras otro.

Los rebeldes capturaron dos obuses, veintisiete ametralladoras, doscientos caballos y mulos, y doscientos cincuenta prisioneros. Los cadáveres de veinte o treinta árabes fueron llevados a Tafilá, y su visión avergonzó a Lawrence.

Comenzó a nevar y el viento se transformó en ventisca. Recobraron tarde y con dificultad a sus heridos; los de los turcos quedaron en el campo y habían muerto al día siguiente. La tempestad de nieve atajó el deseo de Lawrence de recorrer los lugares de su victoria. Se entretuvo redactando, con su letra de colegial, un informe para el cuartel general británico en Palestina. Como la batalla, fue una parodia de los tópicos militares de los despachos militares, y tuvo el disgusto de que se premiasen los dos con la Distinguished Service Order.

Recobró la propia estimación tres días más tarde con la tarea mucho más

importante de interrumpir el suministro de víveres en el mar Muerto, a petición de Allenby. Se puso de acuerdo con un jefe beduino de Bersabee para que atacase las embarcaciones turcas en un puertecillo, al sur de Karak, en el extremo sudoriental de dicho lago. Fue una de las dos ocasiones, en la historia británica, en que jinetes combatieron contra barcos y los hundieron. Los beduinos sorprendieron, al clarear, a los marineros dormidos en la playa, barrenaron las lanchas y botes, y saquearon el puerto. Hicieron sesenta prisioneros, quemaron el almacén y se marcharon sin sufrir una sola baja.

Lawrence, en su irónico informe,

solicitó una Distinguished Service Order naval, cuya cinta tiene color distinto. Pero el cuartel general se dio cuenta de que le tomaba el pelo, lo cual no obstó a que reiterara más tarde pretensiones tan ridículas.

En Tafileh hacía más frío que antes. Abundaba la comida, pero Lawrence no pudo soportar el confinamiento de sus veintiséis hombres en dos habitaciones minúsculas, las pulgas, el humo de la madera verde, las goteras del tejado de barro y el humor de sus guerreros. Un sirio, que ya había dado trabajo antes de la marcha del río Yarmuk, se peleó a cuchillazos con Mahmas, conductor de camellos. Se hubiera descrito en Europa

a Mahmas como maniático homicida, atendiendo a lo cual tal vez el sirio no fuese culpable. Cuando le llevaban la contraria, se reían de él o sentía el antojo, Mahmas empuñaba su daga y abría en canal a su interlocutor. Había matado así a tres hombres, y correspondía a Lawrence la desagradable tarea de desarmarle en tales momentos. Después de la Gran Guerra, Eric Kennington estuvo en Transjordania dibujando retratos de árabes. Uno de sus modelos fue, sin conocer su historial, Mahmas. Mientras trabajaba, notó que los ojos del modelo se volvían hacia arriba de manera extraña y que se le contorsionaba el

semblante. De pronto, se dirigió hacia él con la daga en el aire. Kennington simuló que no se daba cuenta y se inclinó despacio para recoger un pedazo de clarión. Aquello le salvó la vida. Se calmó el arretrato, y Mahmas fue tan simpático como antes. Kennington esbozó la daga como recuerdo del episodio.

Por aquella pelea —hacerlo en el cuerpo de guardia se penaba inexcusablemente—, al-Zaagi le azotó con crueldad, y el mismo trato mereció el otro contendiente. Lawrence, que estaba en la otra habitación, no soportó el ruido de los latigazos tras su experiencia de Dara y detuvo al capitán

antes de que fuese demasiado lejos. Mahmas lloró antes del castigo, y se le consideró un cobarde. Al sirio, que aguantó el tormento sin queja, Lawrence dio un pañuelo de cabeza de seda bordada por sus leales servicios; no le explicó el verdadero motivo del regalo. Hecho esto, distribuyó su guardia entre varias casas, como aconsejaba la belicosidad de los hombres hacinados. Mejoró el tiempo y fue en busca del oro que Zayd necesitaba para pagar a las tribus por cuyo territorio avanzarían.

Se dirigió con cinco hombres a Aqaba el 4 de febrero de 1918. La travesía de los montes, en medio de tolvaneras de nieve y con frío glacial,

fue penosa. Por la noche, resguardados en un hueco rocoso, sus acompañantes se resignaron a morir. No podían moverse ni hablar cuando los despertó, y hubo de tirar las trenzas de uno para que se levantara y los otros le imitasen. Faysal le entregó en Aqaba treinta mil libras en oro, más una escolta de dos individuos de los Atayba y veinte más a las órdenes de un jeque. El oro ocupaba mil talegas, cada una de las cuales pesaba alrededor de diez kilogramos. Los camellos sólo podían llevar dos atadas a los lados de la silla. Apenas iniciaron la marcha, el jeque se paró en la tienda de un amigo; quizá, si el tiempo mejoraba, se reuniría con Lawrence al

día siguiente. Barruntando lo que aquello implicaba, el joven se fue para que le buscasen, al menos por vergüenza, a la otra mañana. Sus hombres, oriundos de la Arabia central, nunca habían conocido frío como aquél y sus pulmones doloridos les hicieron pensar que se asfixiaban. Llegaron a la colina en que Mawlud y los suyos sitiaban a los turcos de Maan, y se pararon entre ellos, con el fin de no dejar atrás un campamento amigo sin estar cierto tiempo en él.

Los sitiadores hacía dos meses que se albergaban en refugios excavados en la ladera, sin más combustible que matas de ajeno, con las que apenas lograban

cocer el pan cotidiano. Vestían uniformes caquis de verano, y Egipto respondió a las demandas del representante de Faysal, que deseaba otros más gruesos, diciendo que Arabia era un país tropical y, por lo tanto, aquéllos bastaban. También estaban faltos de botas militares. (Las tropas regulares las tenían, en general. Las irregulares no, pese a que eran imprescindibles). Dormían en oquedades húmedas y plagadas de insectos, sobre sacos vacíos de harina, apiñándose siete u ocho para darse calor y aprovechar bien las mantas. Más de la mitad murió o enfermó. Pero Mawlud retuvo con bravura a los supervivientes

en sus puestos, desde los que cambiaban disparos con los otomanos. Su campamento estaba a mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

El viaje empeoró. Menudearon las caídas. La violencia del viento no les permitía sino avanzar dos kilómetros cada hora, y habían de desmontar cada dos por tres para guiar a los camellos en los ribazos embarrados y riachuelos helados. Luego de muchas horas de esfuerzo, los hombres se tiraron al suelo llorando. Se negaron a avanzar; por lo tanto, acamparon en el lodo, entre los animales. Llegados al día siguiente a un aduar de los Huwaytat, los dos Atayba se opusieron a acompañar a Lawrence:

preferían morir. Lawrence, reprochando su cobardía, juró que haría solo el resto del viaje, con sus cuatro talegas y las dos que él transportaba. Tenía una espléndida camella de color cremoso, llamada Wudayda, la cual le salvó la vida. Se negó a atajar por unas planicies lodosas y heladas, y, cuando él cayó y quedó hundido hasta la cintura en el cieno, le alargó una pata para que se asiera de la cerneja. Viajó dieciséis kilómetros aquella tarde e hizo alto en un castillo de los cruzados, donde acampaba un jefe amigo. El anciano, mientras bendecía la comida, dijo que sus doscientos hombres pasarían hambre al día siguiente o tendrían que robar,

puesto que estaban faltos de víveres y dinero, y la nieve había impedido que su enviado se presentase a Faysal. Lawrence le entregó quinientas libras a cuenta del subsidio que recibiría.

Partió del castillo hacia Tafileh con dos subordinados del jeque, quienes debían escoltarle. Pronto le abandonaron. Wudayda ascendía por la falda de una colina en que la nieve ocultaba el sendero. Estaba muy cansada, dio un paso en falso y resbaló cuesta abajo hasta un cúmulo nivoso. Se incorporó temblando y se quedó inmóvil. Lawrence la empujó, estimuló, golpeó y montó sin lograr que se moviera. Se cortó las muñecas y los

tobillos con los fragmentos de hielo, al abrir un camino hasta el sitio desde el que habían caído, cabalgó de nuevo y llegaron a lo alto. Se adelantaron con cautela, tanteando y sondando la nieve. Al cabo de tres horas, pisaron la cima que dominaba el valle del mar Muerto. Había huertos verdes en aquel paraje de verano casi eterno. Wudayda, hacia el anochecer, se espantó ante una masa de nieve. La hizo retroceder y atacó el obstáculo al trote, lo salvó y resbaló sobre los cuartos traseros unos treinta metros, con Lawrence en la silla. Las piedras ocultas la lastimaron y corrió rabiosa, patinando trastabillando, por el sendero de la aldea más cercana.

Lawrence se aferró a las perillas para no romperse un hueso. Algunos soldados de Zayd, retenidos en el poblado por la inclemencia del tiempo, se rieron de su aparición, tan grotesca. Lawrence anduvo sin percance los últimos doce kilómetros que le separaban de Tafilá, entregó dinero y cartas a Zayd, y se acostó con un suspiro de placer.

Para proyectar el ataque árabe, fue a la mañana siguiente a Karak y la orilla oriental del mar Muerto. La mejoría del tiempo auguraba que avanzarían sin dificultad. Jericó, dominada por los turcos, exigía que se hostigase el flanco izquierdo del enemigo, que se hallaba en la ribera oriental del Jordán. Explicó

sus planes a Zayd. Pero el distrito de Tafileh había sufrido tanto con los vaivenes de la rebelión, que optaba por no arriesgarse más por ella. El emir reconoció que no podía hacer nada.

Aquello preocupó a Lawrence, que había prometido a Allenby cumplir determinados programas en fechas precisas, y había recibido créditos especiales con tal fin. Todo se iba al traste no por causas militares, sino por deficiencia de la propaganda, para la que le habían enviado al cuartel general de Faysal. No le dejaba en buen lugar.

Debía presentarse en seguida a Allenby, reconocer su fracaso y dimitir. Partió aquella misma tarde con cinco

hombres, caminando a través de la región. Descendió, ante todo, mil quinientos metros desde los montes de Tafile y subió después novecientos en Palestina. En Bersabee estaba su viejo amigo Hogarth, al que contó lo que ocurría. Que su incapacidad se hubiera declarado estando con Zayd, hombrecito que le gustaba, daba una idea de su agotamiento. Se quejó que, desde que había desembarcado en Arabia, no se le había dado una orden, sino le habían formulado peticiones y ofrecido libertad de decisión. Estaba harto de ello. Se proponía dimitir y solicitar un puesto en el que no tuviera que pensar, sino obedecer; un cargo rutinario. En un año

y medio había recorrido en camello mil seiscientos kilómetros mensuales, eso sin contar los millares en aeroplanos inestables y vehículos traqueteantes. En cada uno de los cinco últimos combates había sido herido, y el miedo a experimentar más dolores le obligaba a hacer un esfuerzo cuando se trataba de luchar. Había sufrido hambre constantemente y, en tiempo más cercano, frío. La escarcha y la suciedad habían infectado sus heridas, que eran llagas crecientes. Y le abrumaba la explotación de los árabes y el recuerdo de los muertos en Tafilá.

No se saldría con la suya. Hogarth le condujo al jefe del Arab Bureau, que no

consintió que dimitiera. El gabinete imperial de guerra esperaba que Allenby resolviera el empate bélico de Occidente triunfando en Oriente. Si conquistaba Damasco y, tal vez, Alepo, los otomanos habrían de rendirse, y aquello quizá estimulase a Austria y Bulgaria a imitarles; los alemanes, en tal caso, no resistirían mucho. Pero Allenby no obtendría la victoria con el flanco derecho desprotegido, y Lawrence era el único hombre apto para conseguir aquello de los árabes. Unos cuantos miles de libras esterlinas para conseguirlo serían una fruslería. Por consiguiente, le ordenaron en aquella ocasión, como quería, que aceptase, y él

se resignó a lo inevitable.

Allenby deseaba saber si podía aún enlazar con él en Jericó, recién conquistada, y avanzar hacia Ammán. Lawrence respondió que necesitaría mucha ayuda. Maan, que frenaba al ejército árabe, debía ser tomada y el tren de los peregrinos interrumpido definitivamente. Los rebeldes podían hacerlo siempre y cuando se les proporcionasen setecientos camellos de carga, dinero, artillería, ametralladoras y protección de un contraataque desde Ammán. Allenby prometió todo aquello, y Lawrence prometió, por su parte, que, caída Maan, el ejército musulmán se uniría en Jericó a la gran ofensiva de

Damasco, desde el Mediterráneo al mar Muerto.

Contó a Faysal, en Aqaba, que los turcos expulsarían a los beduinos de Tafilá, plaza que ya no importaba. Ammán y Maan serían en adelante sus objetivos primordiales, y la guarnición otomana en Tafilá representaría un malgasto del poder enemigo. Faysal, puntilloso defensor del honor de su pueblo, avisó a Zayd. Fue en vano. Seis días más tarde, los turcos le echaron de aquella población.

XXIII

Había llegado la primavera, y con ella se reanudó la guerra con virulencia. El ejército árabe, provisto ya de cuanto deseaba, como transportes y suministros, menos de los cañones necesarios, recibió la ayuda de una rama especial del estado mayor de Allenby, a las órdenes del coronel Dawnay, que cuidaría de sus intereses. Dawnay, escribe Lawrence, fue el único militar británico que aprendió la diferencia entre una rebelión nacional, de combatientes irregulares, y una guerra moderna, de grandes ejércitos

modernos, y que pudo satisfacer a ambas sin crear confusión.

Para tomar Maan, se convino que los vehículos blindados se presentarían en al-Mudawwara e interrumpirían el ferrocarril permanentemente, mientras que las fuerzas regulares árabes atacarían la vía férrea a un día de marcha al norte de Maan, para que la guarnición otomana, por miedo a quedarse sin suministros, saliesen a combatir. Los soldados regulares podían competir con los turcos, y sus compatriotas irregulares los ayudarían en las alas. Faysal y Chafar aprobaron el plan; pero los demás oficiales se empeñaron en atacar directamente la

ciudad, y el viejo Mawlud escribió al emir una carta protestando de que los británicos se entrometieran en la libertad nacional. A pesar de los pertrechos que se recibían de Gran Bretaña, Lawrence y Dawnay comprendieron que sería preferible que los árabes hicieran las cosas a su manera, aunque fuese una locura. Los musulmanes eran voluntarios en sentido más estricto que el ejército británico. En éste, el alistamiento de todo hombre útil para el servicio hacía algunos meses que, aun cuando considerado «voluntario», era obligatorio de hecho (como dijo lord Carson, quizá con humor inconsciente: «Hay que mantener

a toda costa el suministro imprescindible de héroes»). Y los árabes podían abandonar la lucha en el instante que lo desearan.

Gran número de guerrilleros beduinos marchaban a Atara, a ciento doce kilómetros al norte de Bayir, en espera de que Allenby atacase a Ammán, situada a ochenta kilómetros al noroeste. Los acompañó Lawrence con su guardia de corps. El 4 de abril una enorme caravana de dos mil camellos de carga siguió al ejército, que llegó a Atara a los cuatro días. Lawrence se había adelantado a sus servidores en el momento en que cruzó los raíles. Se avecinaba la puesta del sol y todo estaba

en paz. Su camello aflojó una piedra entre los raíles, y de la sombra de una alcantarilla de la izquierda surgió un soldado turco, que sin duda había dormido bajo ella. Miró atónito a Lawrence, que empuñaba su pistola, y luego a su fusil, lejos de su alcance. Lawrence le dijo con voz suave: «Dios es misericordioso». El soldado comprendió sus palabras, y por su cara adormilada y gordinflona se extendió una expresión de alegría incrédula. Lawrence tocó el hombro de la camella con el pie, y el animal descendió con cuidado por el otro lado del terraplén. El turco tuvo el buen sentido de no disparar contra su espalda, y él se alejó

con un cálido sentimiento, el que siente el corazón cuando se salva —se perdona — la vida a un semejante. Volvió la cabeza. El soldado le contemplaba haciéndole un palmo de narices.

El verdor y la frescura de Atara complacieron a los camellos. Ammán había sido tomada. Los árabes se apercibieron a unirse a los británicos, y recibieron entonces la noticia de que éstos habían sido expulsados con graves pérdidas. Lawrence, que había intentado persuadir a los árabes de que los ataques de sus compatriotas nunca fracasaban, no quiso creerlo. Pero era verdad. El batallón de camelleros ingleses del comandante Buxton entró en

la ciudad. La caballería australiana, que debía adelantarse por su derecha, tenía los animales tan cansados por el combate en el vado de Jericó y la larga marcha por los montes centrales, que no pudo socorrer a Buxton. Había perdido la mitad de sus hombres y hubo de desistir de repetir el asalto al día siguiente. Otras tropas fueron a ayudarle, pero, como me informó uno de sus oficiales, habían bebido mucho ron con el estómago vacío.

En vista de ello, los árabes volvieron al sur. Antes, sin embargo, Lawrence fue a espiar a Ammán con tres gitanas y Farrach, lo mismo que él, disfrazado de gitano. Su inspección le

hizo concluir que era una plaza demasiado fuerte para que los beduinos la capturasen. A la vuelta, los detuvieron unos soldados otomanos con propuestas amorosas. Huyeron a toda velocidad. Lawrence pensó en utilizar en adelante como disfraz el uniforme caqui inglés; nadie creería que respondía a la realidad. Farrach había cambiado mucho desde la muerte de Dawud en aquel invierno frío y húmedo; se movía con los ojos inexpresivos y sin parar. Se esmeró en cuidar la camella, sillas de montar y ropa de su señor, y le preparó siempre el café, pero no bromeó de nuevo y rezaba tres veces al día. Pereció a la semana de aquella visita a Ammán

en una incursión contra una patrulla ferroviaria turca.

Fueron a Maan a comprobar el resultado de los ataques. Chafar había cortado la línea al norte de ella, y destruido una estación y tres mil raíles; y en el sur, Nuri Said había hecho lo mismo con otra estación y cinco mil rieles. Entonces acometían a Maan. Lawrence encontró a Mawlud con el fémur astillado por encima de la rodilla; el anciano le dijo desde la litera: «No es nada, alabado sea Dios. Hemos tomado Samna». Lawrence le contestó: «Voy a verlo». Samna era una columna en forma de media luna, que dominaba Maan por el oeste. Mawlud se inclinó en la litera,

explicando en voz apenas audible el mejor modo de defenderla de un contraataque. A los dos días, después de que los Abu Tayi de Awda conquistaran dos puestos otomanos en la parte más alejada de la estación, y Chafar, que había tomado el mando, concentrase la artillería en el sur, Nuri Said se lanzó contra la estación. Se apoderaron de ella; pero, consumida la munición de los cañones que los protegían, la perdieron. Fue una desilusión. Pero los beduinos se portaron tan bien bajo el fuego de ametralladora, y aprovecharon tan bien las desigualdades del terreno, que probaron a las claras que no entorpecerían el movimiento de las

tropas británicas. El descubrimiento compensó la derrota.

El ataque se dirigió entonces contra los ciento veintiocho kilómetros de vía férrea que había al septentrión de Maan. El coronel Dawnay mandó la acción, que se ejecutaría con los vehículos blindados, bombardeo aéreo y egipcios y árabes para la lucha cuerpo a cuerpo. Divirtió a Lawrence, acostumbrado a otra forma de luchar, recibir órdenes de operación escritas a máquina, referencias cartográficas y un programa horario y de objetivos. A su juicio, lo que se avecinaba no era tan trascendente que justificase el uso de la máquina de escribir.

Sirvió de intérprete al coronel, porque un malentendido, siempre posible, rompería el delicado equilibrio del frente árabe, y él era el único que por conocimiento y trato podía evitar errores imperdonables. El programa dio resultado, con el inconveniente de que el puesto turco que había al norte de la primera estación se rindió diez minutos antes de lo calculado, y los beduinos que tomaron el puesto meridional no avanzaron en grupos, cubiertos por el fuego propio, sino se lanzaron a la carrera en masa. La estación se entregó y los árabes disfrutaron del botín más desaforado de su historia. Incluso Lawrence rompió su indiferencia y se

adueñó de la campana de bronce (después de la Gran Guerra, oí que la tañía en la ventana de su habitación del All Souls College de Oxford, para despertar a alguien). Le llamaron para mediar en una peligrosa reyerta entre los egipcios y árabes saqueadores. No le costó mucho, porque casi todos los beduinos estaban, por una vez, satisfechos con lo que habían obtenido. Quedaron unos pocos para el ataque de la otra estación, y no se arrepintieron, pues no hubo combate —los otomanos habían huido— y sí mucho botín. Por lo tanto, cantaron encomios de su propia lealtad. Al-Mudawwara era el objetivo próximo, pero había en la estación un

convoy de soldados, y, además, la artillería enemiga disparó con enorme precisión contra los vehículos blindados desde seis kilómetros y medio de distancia. Renunciaron, pues, al ataque. Mientras tanto, Lawrence y Hornby recorrían en el Rolls-Royce la línea férrea, volando puentes y raíles. Gastaron dos toneladas de pólvora algodón. Fueron al sitio de al-Mudawwara en que Lawrence había minado su primer tren, y destruyeron el largo puente en que dormía en aquella ocasión la tropa otomana.

Muhamma al-Daylan y los guerreros de los Abu Tayi se apoderaron de cinco estaciones entre Maan y al-Mudawwara.

Por lo tanto, ciento veintiocho kilómetros de ferrocarril quedaron inutilizados durante mucho tiempo. Aquello sentenció el destino de Medina.

A principios de mayo Lawrence fue a Palestina a hablar con Allenby. Le disgustó enterarse de que el jefe del estado mayor se proponía atacar a Salt con el auxilio de los Banu Sajr. Era meterse en el campo de sus competencias. ¿Quién los mandaría?

—¡Fahad! Irá al frente de veinte mil guerreros.

Fahad jamás había podido levantar a cuatrocientos hombres de su clan, y, encima, viajaba en aquel momento hacia el sur para intervenir en operaciones

próximas a Maan. Algún codicioso pariente suyo se habría presentado en Jerusalén para sacar dinero a los británicos con promesas incumplibles. Por tanto, no compareció la tribu de los Banu Sajr y la incursión se saldó con graves pérdidas y el riesgo de que los hombres fuesen copados.

Los árabes habían reparado que el trato con los ingleses tenía ventajas y desventajas. Allenby no efectuó su gran ataque, porque los alemanes habían empezado su última gran ofensiva y sus mejores tropas fueron llevadas precipitadamente a Francia para cerrar la brecha. Los beduinos hubieron de aguardar a que llegasen contingentes de

India y se reorganizasen, quizá en cuatro o cinco meses. Allenby hacía equilibrios con el fin de conservar el frente entre Jerusalén y Jaffa. Fue lo que comunicó a Lawrence el 5 de mayo, día elegido para el gran avance conjunto hacia el norte, pésima noticia para los atacantes de Maan, que tenían la mitad de fuerzas que la guarnición turca, la cual disponía de muchos alimentos y municiones —había recibido una columna de suministro—, y, habiéndose debilitado la presión inglesa, acaso se mandasen desde Ammán muchos soldados para levantar el cerco y repeler a los árabes hasta más allá de Abu-l-Lisan.

No obstante, Allenby se ofreció a

apoyar a los rebeldes con ataques aéreos al ferrocarril. No podría cederle hombres. Durante el té, el general comentó que lamentaba haber tenido que suprimir la brigada camellera imperial, que estaba en el Sinaí, pero necesitaba sus hombres para formar la caballería en Jerusalén. ¿Qué se haría con los camellos?, preguntó Lawrence. Allenby le remitió al intendente general, y éste, escocés por los cuatro costados, le informó de que las bestias se necesitaban para transportar a una de las nuevas divisiones de India. Lawrence le pidió dos mil, y el intendente replicó que podía seguir pidiendo hasta la eternidad. Lawrence regresó a la sala

del té y declaró que había libres dos mil doscientos camellos de monta y mil trescientos de carga, todos destinados a ésta, pero, desde luego, *los camellos de monta eran camellos de monta*. Los oficiales presentes emitieron una exclamación, con aire de entendidos, como si supieran que aquellos animales no eran útiles para el transporte del bagaje. En vista de ello, no le extrañó sentarse a la cena a un lado de Allenby, y que el intendente general estuviera al otro lado.

Casi al comenzar la cena, Allenby habló de camellos y el intendente se refirió a la fortuna de que el transporte de la división india pudiera llevarse a

cabo por la supresión de la brigada camellera. El general en jefe se volvió con un guiño hacia Lawrence.

—¿Para qué los quiere usted?

—Para tener un millar de hombres en Dara el día que usted indique.

El empalme de Dara era el centro neurálgico del ejército otomano. Su destrucción aislaría de Damasco y Alepo tanto a Ammán y Mann, en el sur, como a Haifa y la Palestina septentrional, en el oeste.

—Pierde usted, intendente —declaró Allenby, sonriendo.

Así pues, el ejército árabe podría apartarse mucho de su base y triunfar cuando se lo propusiera. Lawrence

buscó a Faysal en Abu-l-Lisan y le distrajo con anécdotas, rumores sobre las tribus, emigraciones, pastos, etc., y de pronto, con aire inocente, se refirió al regalo de dos mil camellos. El emir muy complacido, mandó a buscar a Awda, Zaal, Fahad y los restantes jefes.

—¡Alabado sea Dios! ¿Es una buena noticia? —preguntaron con ansiedad.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Faysal. Los jefes, atónitos con el rico presente, se volvieron a Lawrence.

—La generosidad de Allenby —dijo.

—El Señor alargue su vida y la tuya —deseó Zaal.

—Ya nos ha concedido la victoria

—afirmó Lawrence.

Antes de utilizar los camellos contra Dara, tenía que solventar un peligro inminente, el que representaban las importantes fuerzas turcas que, en Ammán, se disponían a salvar a Maan. Nasir retrasó el envío destrozando un gran trecho de la vía férrea en Hesa, entre ambas ciudades, con el antiguo método de hacer saltar los puentes de noche, bombardear la estación de día y lanzar una carga de camelleros. No sufrió bajas. Hornby y sus ayudantes demolieron ciento sesenta y cinco kilómetros de raíles.

Los turcos se retrasarían un mes, o sea no emprenderían el avance hasta

fin de agosto. Allenby estaría entonces preparado para la ofensiva y los otomanos se quedarían quietos en aquella parte de la península. Entonces los contingentes árabes podrían repartirse en tres grupos principales: un millar de camelleros para la conquista de Dara; dos o tres mil infantes se unirían a Allenby en Jericó, y los otros vigilarían Maan. Lawrence pidió al jerife Husayn, general en jefe nominal de las tropas musulmanas, que enviase de Medina todas las fuerzas asediantes mandadas por Abd Allah y Alí. Medina, sin comunicación ferroviaria con los centros urbanos al norte, había racionado los alimentos y sus habitantes

tenían escorbuto. No había, pues, razones para seguir hostigándola. El anciano, celoso de los éxitos de Faysal, se hizo el remolón. Lawrence fue a Chidda para convencerle con cartas de Allenby, Faysal y el alto comisario de Egipto, y el jerife, con el pretexto de observar el ayuno del ramadán, se retiró a La Meca, ciudad en que Lawrence no podía, ni quería, entrar. Consintió en hablar por teléfono con él, pero, cuando algo no le gustaba, se quejaba de no entenderle por defectos de la comunicación. Lawrence no soportó más la farsa, colgó el aparato y se fue.

Allenby atacaría el 19 de septiembre. Había que hacer algo para

que los turcos no se anticipasen avanzando contra Abu-l-Lisan. Dawnay tuvo la inspiración de recordar los trescientos hombres que, al mando del comandante Buxton, habían sobrevivido al asalto de Ammán. El estado mayor de Allenby los cedió durante un mes con dos condiciones: presentar un esquema de las operaciones y —la más singular— que no tuvieran bajas. El esquema, obra de Dawnay y Lawrence, figura por su interés como apéndice en este libro.

La marcha de Buxton fue un movimiento de diversión. Se daría a Dara el golpe real tres semanas más tarde. Lawrence calculó que los dos millares de camellos nuevos

proporcionarían medio de transporte a quinientos regulares árabes, que montaban en mulo. La batería francesa de cañones de montaña de tiro rápido, que, al fin, habían recibido de Suez, ametralladoras, dos vehículos blindados, ingenieros, exploradores y dos aeroplanos, colaborarían en el ataque a Dara, destruirían el empalme y paralizarían las comunicaciones turcas tres días antes de la embestida de Allenby, el cual había declarado que se daría por contento si «tres hombres y un muchacho con pistolas» estaban ante Dara el 16 de septiembre. La expedición era una traducción libre de la frase. Oficiales británicos de Aqaba se

encargarían de equipar aquélla fuera, en tanto Lawrence se iba con Buxton.

El comandante Young ha expresado con claridad las relaciones de aquellos militares —él fue uno de ellos— con Lawrence:

«Los oficiales británicos que ayudaban a los árabes estuvieron al principio bajo control político; pero, en cuanto la rebelión adquirió forma militar concreta, se formó una plana mayor especial de enlace en el cuartel general de Allenby con el fin de atender lo que se

llamaba las operaciones de Hichaz, y cierto número de oficiales se agregó a las fuerzas árabes. Dawnay fue oficialmente el jefe de ese grupo de enlace (cuyo nombre telegráfico fue “Erizo”), de la misma suerte que Joyce lo fue en el ejército de Faysal. Pero Lawrence tenía más peso que los dos junto a Allenby y el emir. Se movía entre ellos como le parecía más conveniente.

”Además de suministro de municiones y víveres, se dieron en préstamo a Faysal cinco automóviles blindados, un ala

de aeroplanos, dos cañones de diez libras montados en vehículos Talbot, un destacamento de veinte servidores indios de ametralladoras, una sección francoargelina de artilleros con cuatro cañones de montaña del 65, un batallón egipcio que cuidó de custodiar Aqaba y, posteriormente, un cuerpo de camelleros de Egipto y una compañía egipcia de transporte en camello. Todos estuvieron bajo el mando de Joyce, cuyo personal consistió en un jefe de estado mayor, un comandante de

la base de Aqaba, un oficial de suministros y municiones, dos médicos militares y un oficial de obras. Hubo otros, que aparecían y desaparecían en actos de sabotaje, cifrando y descifrando telegramas, tendiendo caminos de red metálica en la arena, etc.

”Las imágenes cinematográficas del caballero [Lowell Thomas] fueron un prodigio de composición periodística, pero retrataron sólo al Lawrence del período heroico y le atribuyeron erróneamente el mérito de haber

hecho él solo todo el trabajo posterior de “Erizo”, Joyce y la plantilla británica. Llegué demasiado tarde y, por lo tanto, apenas vi al auténtico Lawrence isabelino, que, de manera típica, se encerró en su cascarón durante los largos preparativos posteriores a la conquista de Aqaba. Como los beduinos que le acompañaban, se apartó de los soldados regulares y de cuanto hacían. Al propio tiempo, es de justicia estricta concederle el mérito principal de la serie de operaciones musulmanas que

culminaron en el establecimiento de un gobierno árabe en Damasco».

A esta explicación hay que añadir que el referido coronel Joyce, sustituto de Newcombe, capturado durante una incursión en la Palestina meridional, fue el superior jerárquico de Lawrence durante toda la campaña. Mandó en Aqaba hasta que el trabajo portuario resultó demasiado absorbente combinado con sus obligaciones en la primera línea, y designó a Scott, comandante llegado de Egipto, para que los compartiera. Los asuntos árabes se

administraron con gran economía de ayudantes británicos; Lawrence deseó que se cuidase de ellos una vigésima parte del personal que se hubiera empleado en otros casos. Joyce decidía el grueso de la política de la rebelión cuando él se ausentaba. Y Lawrence fue su principal fuente de información.

De los suministros se encargó el capitán Goslett, el cual opinaba de modo muy distinto sobre la guerra árabe. Tenía que satisfacer las necesidades de todos los partidarios de Faysal, diseminados a lo ancho de muchos centenares de kilómetros cuadrados. También era responsable del transporte y regulación de las enormes importaciones

comerciales que arribaban a Aqaba. Goslett era (y es) un hombre de negocios de Londres, cuyo talento organizador y paciencia fueron sometidos a severísima prueba. Había centenares de ingleses en la ciudad portuaria, pero, exceptuados los tripulantes de los vehículos blindados, no tuvieron más baja que la muerte de un cabo, que murió accidentalmente mientras se dedicaba a actividades policíacas por designio propio.

Allenby premió a los oficiales árabes del ejército regular por los servicios prestados en la lucha de Maan y la del ferrocarril. Chafar, su general en jefe, recibió la medalla de la orden de

San Miguel y San Jorge, y le llenó de placer asignándole como guardia de honor en la ceremonia la misma tropa de la Dorset Yeomanry que se hizo famosa, dos años antes, capturándole en el desierto de los senusíes. Como había obtenido la Cruz de Hierro alemana en 1915, se transformó en alguien que, probablemente, no tuvo paralelo en la contienda.

Lawrence, a despecho de lo escrito por el comandante Young, no renunció a las aventuras en aquellos meses de estudio y proyectos. En julio fue a Karak, Tamad y Ammán, posesión de los turcos, para examinar el terreno por el que pasarían los árabes hacia Jericó. En

Karak, donde llegó de noche cerrada con sus camelleros, los otomanos atrancaron sus puertas llenos de espanto. Después de cenar carnero guisado por los lugareños, toparon con turcos en un arroyo, los cuales hicieron fuego contra ellos. Lawrence los maldijo en su lengua y los otomanos se fueron luego de enviar unas balas contra él.

Hizo propaganda de la causa árabe en tribus y clanes, de cuya hospitalidad disfrutó. Al regresar, unos aeroplanos británicos los confundieron con turcos y vaciaron contra ellos los cargadores de sus ametralladoras. Los pilotos no tenían buena puntería. (Hablando tiempo después del incidente con Geoffrey

Salmond, vicemariscal del aire, solicitó irónicamente la Distinguished Fling Cross por su «presencia de ánimo en no abatir dos cazas Bristol, que se obstinaron en destrozar desde el aire a mi tropa». Había hecho las señales de aviso de rigor, y en sus filas había veinte fusiles automáticos). Desaparecieron los aeroplanos y compareció un escuadrón de la policía otomana que les dio caza.

Algo mucho peor sucedió al día siguiente en las inmediaciones de Churf —única fuente de agua que los turcos tenían en aquella parte de la línea—, que inspeccionaba con la mente puesta en la próxima campaña. Les cortaron la retirada soldados a pie y a caballo, y en

la vanguardia surgieron muchos más. Los beduinos se prepararon a combatir hasta el último aliento. Lawrence imitó a Farrach, cabalgó solo hacia el enemigo, que le salió al paso con el dedo en el gatillo, gritando: «¡Atestigua!». Él respondió: «Atestigo que no hay dios sino Dios, y que Jesús es el enviado de Dios». Ningún musulmán hubiera dicho aquello. Le miraron con los ojos muy abiertos y exclamaron: «¡Awrans!». Eran tropas musulmanas regulares disfrazadas con los uniformes de los otomanos muertos, cuyos caballos montaban. También empuñaban sus fusiles. No conocían a Lawrence y le confundieron con el jefe de una tribu a la

que combatían por su deslealtad.

Lawrence escribió la carta que sigue desde El Cairo, el 15 de julio de 1918, a su amigo de Oxford V. Richards, cuya débil vista le había apartado hasta entonces del servicio activo. El estilo es apresurado, e impropio del autor; en cambio, el contenido es prueba valiosa de su estado de ánimo en aquel punto crítico de la campaña.

15-7-18.

«Bueno, me alegré de ver tu letra de nuevo, a pesar de ser tan enrevesada. Y también me alegra recibir una carta que no

encabece un “Con referencia a su escrito 102487b del 45.º”. La prosa del ejército es pésima, la leo tantas veces, que acabaré por contagiarme.

”No puedo escribir a nadie en este momento. Recibí tu carta en Abu-l-Lisan, pequeño fuerte montaños en la altiplanicie árabe, al sudeste del mar Muerto, y fue conmigo a Aqaba, a Chidda, y después aquí. La tengo desde hace un mes, y tú la enviaste hace tres. La despacharé por submarino y no la tendrás hasta dentro de tres años.

”Siempre imaginé que tus ojos te impedirían servir. En consecuencia, has asegurado tu continuidad. A mí, en cambio, me han desarraigado tan violentamente, y me han metido en un trabajo que me viene tan grande, que todo me parece irreal. He renunciado a todo lo anterior, y vivo como ladrón de oportunidades, birlándolas cuándo y dónde las veo. Mi familia te habrá dicho que fomento una rebelión árabe contra los turcos, y por ello debo disfrazar mi aspecto occidental y parecer tan árabe

como me sea posible. Se trata, pues, de algo así como un escenario exótico, en que uno actúa día y noche, con traje de fantasía, en lengua extraña, con el peligro de pagar con la cabeza cualquier fallo en la representación.

”Acertaste al suponer que los árabes encendían mi imaginación. Es una civilización antigua, muy antigua, que se ha refinado hasta librarse de dioses lares y de la mitad de los jaeces que la nuestra se apresura a adoptar. El evangelio de la desnudez

material resulta excelente, e implica, en apariencia, una especie de desnudez moral. Los árabes piensan en lo actual, y procuran deslizarse por la vida sin doblar esquinas ni trepar montes. En parte se trata de cansancio moral y mental, de una raza castigada, y para evitar dificultades se desprenden de muchas cosas que nosotros consideramos honorables y meritorias; y aunque no comparto en absoluto su punto de vista, creo que lo entiendo lo necesario para contemplar desde él tanto a mí como a otros

extranjeros sin condenarlo. Soy y seré extranjero para ellos, pero no los creo peores, ni intentaría cambiar su manera de ser.

”Largo exordio para explicar por qué me dedico constantemente a volar vías férreas y puentes, en vez de buscar el pozo del extremo del mundo. De todas suertes, estos años de desapego me han curado de todo deseo de hacer algo por mí mismo. Cuando desaten mis ligaduras, no encontraré en mí incentivo alguno para actuar. Con todo, en

este momento uno no piensa en lo que vendrá: el tiempo desde el principio es como esos sueños que parecen durar eones, y, cuando nos despertamos sobresaltados, vemos que no han dejado nada en nuestra mente. La única diferencia en el sueño de ahora es que mucha gente se duerme y no torna a despertarse.

”No sé qué te habrán dicho mis familiares^[4]. Hasta ahora no hemos hecho más que poner los cimientos de nuestra revolución, y aún no está a punto. Ignoro si venceremos o

perderemos cuando atacemos. Viene a ser como un juego y no hay que fiarse mucho de los sueños que se tienen estando despierto. Si triunfamos, habré empleado bien los materiales que se me concedieron, y eso responde a tu «luz de candilejas». Si fracasamos, y tienen paciencia, supongo que seguiremos ahondando los cimientos. Si lo conseguimos, habrá una gran desilusión, pero no lo suficientemente fuerte para despertarme.

”Tu mente ha progresado evidentemente mucho desde

1914. Debes ese privilegio a haber estado tanto tiempo fuera de la niebla. Nos tomarás a todos como a estudiantes crecidos de primer curso, y tal vez no nos daremos cuenta de nuestro inconveniente pelo canoso. Por eso no puedo seguir tus pasos ni andar sobre tus huellas. Una casa que no comprometa a la actividad, tranquila, y libertad para pensar y abstenerme a voluntad; sí, pienso en la abstención, en dejar las cosas en paz y observar cómo pasan los otros, es lo que hoy elegiría si los

acontecimientos dejaran de empujarme. Tal vez sea sólo la reacción al oportunismo de cuatro años, y no merezca la pena intentar interpretarla en términos de geografía y empleo.

”Desde luego, el ideal es el de los «señores que» aún «se esperan con certeza»^[5], pero la certidumbre no es para nosotros, mucho lo temo. Asimismo poquísimos tendrán la alegría de ser tan perfectos que guardarán silencio. Palabras como paz, silencio, descanso y otras, adquieren vividez en medio del ruido, la

preocupación y la fatiga, como si fuesen una ventana iluminada en la oscuridad. Mas, ¿para qué sirve una ventana iluminada? Y quizá sólo se deba a que uno está abrumado y cansado. Sabes que cuando se anda por una llanura interminable un otero (que es el otero más miserable de la tierra) se convierte en un festín, y tras el calor abrasador adquiere una calidad (¿qué habrían dicho antes de tener esta palabra?), inverosímil a ojos de quien trabaja en los marjales. Probablemente, soy una película, que se torna negra

o blanca conforme a los objetos que se proyectan en mí, y si así, ¿qué esperanza hay de que la semana o el año que viene, o mañana, se prepare hoy mismo?

”He aquí una carta estúpida. No significa más que el ansia de nuevos cambios, lo que es una estupidez, porque yo cambio de morada a diario, y de trabajo cada dos días, y de idioma cada tres, no obstante lo cual siempre estoy desconcertado. Aborrezco hallarme delante, y aborrezco hallarme detrás, y no me gustan las responsabilidades, y

desobedezco las órdenes. En suma, no estoy a mis anchas. Una quietud larga como purga, y luego contemplar y escoger caminos futuros, eso es lo que debe buscarse.

”Te interesa, por lo visto, la vívida imagen de un vestido árabe, o de un turco huyendo, y los tenemos en abundancia, porque forman parte de la *mise-en-scène* del atacante afortunado en sus incursiones, y por ahora soy eso. Mi guardia personal de cincuenta beduinos, jinetes selectos de la juventud del desierto, es más espléndida

que un jardín de tulipanes, y cabalgamos como lunáticos, nos lanzamos sobre los turcos desprevenidos y los destruimos a decenas; y todo parece cruel y desagradable tras la lucha. Me gusta preparar y marchar, y me repugna el contacto físico de la batalla. Disfraces, nuestras cabezas puestas a precio y las proezas temerarias forman parte de nuestra actitud. No sé cómo reconciliarla con la actitud de Oxford. ¿Éramos tan llamativos en la universidad?

”Si tu contestación —habrás notado que tengo la sesera

embotada— y tus pensamientos están libres de trabas, háblame, por favor, de B. y, si es posible, de W. Éste se encontraría aquí como pez en el agua, porque disfruta con el placer violento y frenético de los desahogos físicos...

”L».

XXIV

El proyecto que Lawrence concibió para utilizar el cuerpo de camelleros de Buxton era éste: iría del canal de Suez a Aqaba, a lo largo del Sinaí, y llegaría el 2 de agosto; se trasladaría a al-Ramm, desde donde atacaría a al-Mudawwara, que no se había rendido aún, y destruiría el suministro de agua a los turcos, con lo que empeoraría la situación de Medina. Desde al-Mudawwara, marchando por la vieja ruta de al-Chafr y Bayir, se presentaría en Kisir, a cuatro kilómetros y medio al sur de Ammán, para volar el gran puente, que los ataques británicos y

árabes no habían arruinado. De esta manera, se retrasaría tres semanas la ayuda otomana a Maan y, para entonces, habría comenzado la ofensiva de Allenby. El cuerpo de camelleros se presentaría el 13 de agosto en el frente palestino a través de Tafilá y Bersabee.

Lawrence, con los ingleses y su guardia de corps, recogería fiadores en las tribus que encontrase en el camino. La marcha le echaba encima una grave responsabilidad, la de llevar un contingente nutrido de cristianos uniformados por aquella región. Pidió a Buxton que le permitiera hablar a sus hombres sin que los oficiales estuvieran presentes. Tengo la versión del discurso

que uno me dio. Impresionó mucho tanto a él como a sus camaradas. No les gustó Lawrence al principio por su indumentaria y sus gestos de beduino; murmuraron que era un espía y que los traicionaría. No obstante, así que empezó a hablar —«Vamos a emprender una marcha tan larga y dificultosa, que el estado mayor cree que no saldremos de ella...»— los cautivó. Apelando a su vanidad personal, se refirió a que tendrían que recorrer mil seiscientos kilómetros en treinta días, casi el doble de la marcha ordinaria de la brigada, por desiertos, con poca comida para hombres y animales, amén de dos ataques nocturnos que habrían de

realizar. Cualquier retraso significaría hambre o sed, o acaso ambas, y si agotaban a sus monturas se perderían en la soledad y tal vez nunca regresarían. Les rogó que tuvieran paciencia con los excitables árabes, sobre todo en los pozos.

Se sabe de la impresión que Lawrence causó a Buxton en su primer encuentro por una carta que escribió a su casa el 4 de agosto. Estaba en al-Ramm abrevando los camellos en los manantiales del amplio anfiteatro. Lo hacía con mucha dificultad, porque los hombres de los Atiya daban de beber a los suyos —mil animales al día—, y la rivalidad por efectuarlo antes que ellos

podía terminar en peleas y efusión de sangre:

4 de agosto de 1918.

IV aniversario de la guerra.

al-Ramm,

«Estoy sentado entre dos peñas, con un impermeable sobre la cabeza, en plena Arabia, entre Aqaba y el Eufrates. Me rodean montes rocosos, que ayer la puesta de sol convirtió en una masa de colores encarnados. Se convirtieron en carmesí cuando las sombras se deslizaron sobre

ellos. Los pozos se hallan a trescientos metros de altura en un acantilado abrupto, y las dificultades para abreviar son espantosas. Damos agua a nuestros camellos desde hace treinta y seis horas, día y noche, y espero irme con mi columna esta noche. El jerife nos permite estar aquí, pero los pobladores y los beduinos nos soportan a regañadientes, y disparan constantemente sus fusiles como si estuvieran en un combate. Lawrence y su guardia de facinerosos acaban de dejarnos para unirse con el jerife en los

alrededores de Maan. Ahora Nasir, pariente del jerife, actúa de intermediario entre nosotros y los árabes.

”Nuestro primer ataque nocturno se efectuará, dentro de dos días, a sesenta y seis kilómetros de este lugar. Mañana, al alba, iré con Nasir y dos o tres de mis oficiales, disfrazados de árabes, o, mejor con el tocado y la capa de esta tierra, a reconocer el terreno que atacaremos. Nos juntaremos con la columna en marcha, después de estudiar nuestra táctica.

”Lawrence ha promovido esta rebelión. Parece un chiquillo, tranquilo, dueño de sí mismo, de hermosa cabeza y cuerpo insignificante. Todos los árabes le admiran por su valentía y destrucción de trenes. No sé si lo que atrae más a esta gente es su intrepidez, su desinterés y aire misterioso, o su éxito en encontrar ricos convoyes que él vuela y ellos saquean. Me ha explicado que, destrozado uno, el ejército se convierte en un circo y se desintegra poco a poco. Sea como fuere, hay que admirar lo

que ha llevado a cabo con medios tan pobres. Tiene influencia asombrosa no sólo sobre los indisciplinados nativos, sino también sobre los oficiales y jefes británicos. Vive siempre con los beduinos, viste como ellos, come lo que ellos y soporta las mismas fatigas que el más ínfimo de ellos. Viaja siempre con ropa blanca inmaculada, y parece un príncipe de La Meca. Espero que se reunirá con nosotros más adelante, porque su presencia nos estimula y nos hace pensar que no sucederá nada malo

mientras él se halle
presente...».

Buxton se equivocó. Lawrence no había ido a Maan, sino a Aqaba en busca de los sesenta hombres de su guardia, con los que fue a Guweyra. Al-Zaagi los distribuyó al modo de los Agayl: en una larga línea, que llevaba un poeta a la derecha y otro a la izquierda, entre los mejores cantores. Gazala había perdido una cría, cuyo pellejo seco llevaba Abd Allah el Ladrón, que cabalgaba al lado de Lawrence. La camella se detuvo, en medio del canto, resoplando tristemente, y Abd Allah

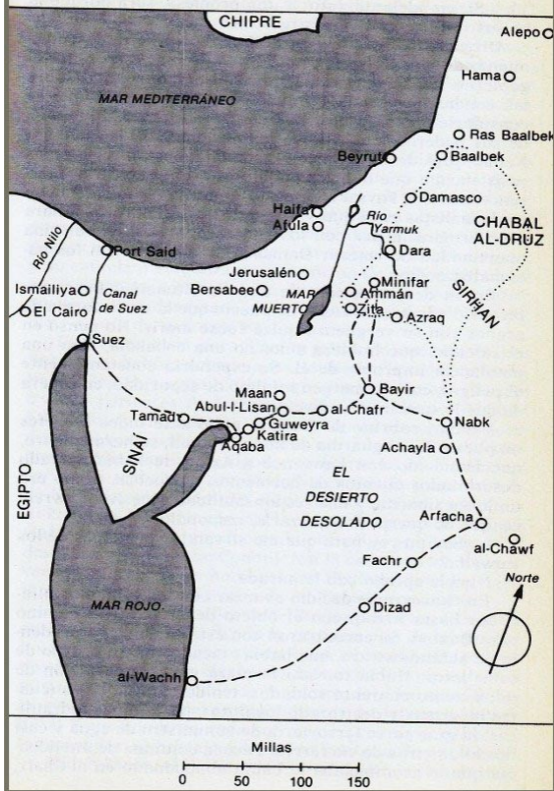
extendió el pellejo delante de ella. Lo olfateó y reanudó sus tristes resoplidos. Aquello se repitió varias veces, hasta que, al fin, pareció consolarse. Lawrence ordenó que la guardia le esperara en Guweyra. Un aeroplano le transportó a al-Chafr, donde Faysal le esperaba con el emir de los Ruwalla, el mismo que les había permitido atravesar su territorio el año anterior. Entonces el anciano de setenta años, duro y parco en palabras, debía hacerles un favor más grande: que consintiera el paso de las tropas y vehículos blindados británicos. Faysal y Lawrence le oyeron decir «Sí». En la gran conferencia que celebraron los jeques de la tribu, expusieron, con un

método perfeccionado durante dos años, los principios de la rebelión y los entusiasmaron tanto, que llegaron a pensar que ellos habían tenido la idea de sublevarse.

Su breve estancia en al-Ramm con los hombres de Buxton, infundió a Lawrence nostalgia de Inglaterra. (Una Inglaterra ideal por la que sentía un afecto anglo-irlandés pervertido, compatible con su falta de simpatía para con la mayoría de los ingleses). Aquello le hizo reprocharse en al-Chafr una vez más el cruel engaño de que hacía víctimas a los árabes para que Gran Bretaña triunfase.

LA MARCHA A AQABA

9 de mayo-6 de julio, 1917



Mas entonces se le presentó Nuri con documentos. El gobierno británico, cuyos departamentos diplomáticos no colaboraban, tenía, además del compromiso de conceder la independencia a Arabia, otros dos: la promesa, hecha a siete árabes prominentes en El Cairo, de cederles todos los territorios que conquistasen a los turcos, y la promesa a los sionistas de establecer un Jewish National Home, un hogar nacional judío, en Palestina. ¿A cuál debía creer? Lawrence sonrió a Nuri: «Al de fecha más reciente». El árabe lo aceptó con buen humor y, aunque siempre cooperó con su amigo, le advirtió:

—Si, en adelante, falto a una promesa, será porque la he sustituido con una más reciente.

Otra prueba a la lealtad de Lawrence fue el descubrimiento de que se habían iniciado conversaciones entre el gobierno británico y el partido conservador turco sobre las condiciones de la rendición de Turquía, sin que se consultase a los árabes. Los conservadores, a diferencia de sus poderosos opositores los nacionalistas (su jefe era Kemal, presidente de la república otomana), ofrecían más resistencia a que hubiera gobiernos árabes en Siria. Lawrence animó a Faysal a empezar una correspondencia

con los kemalistas para que, en caso de que Allenby los fallara y se firmara la paz con los conservadores, tuvieran una oportunidad de retener Damasco de acuerdo con los nacionalistas.

En su desconcierto ante aquella situación, Lawrence recurrió a la acción violenta, puesto que la única forma de acabar con su vergüenza quizá fuese morir. No pensó en el suicidio, que hubiera sido, no una cobardía, sino una petulancia impropia de él. Se expondría constantemente al peligro, con un margen mínimo de seguridad, en espera de que le sucediera un accidente.

Bandar, sobrino de Nuri, le pidió ante todos los jefes un puesto en su

guardia de honor. Rahail, su hermanastro, que había ido con Lawrence a Azraq, le había narrado desorbitados cuentos de heroísmos y pruebas. Como era un joven sibarita, y una responsabilidad excesiva, Lawrence, que no quería avergonzarle, respondió:

—¿Soy un rey para que me sirvan los príncipes de los Ruwalla?

Nuri le aprobó con la mirada.

En Guweyra se decidió avanzar con los vehículos blindados hasta Azraq, con el objeto de preparar el camino para Buxton. Se encontraron con éste en Bayir, procedente de al-Mudawwara, que había atacado con su cuerpo de

camelleros. Había tomado la plaza y a su guarnición de unos ciento cuarenta soldados, tenido catorce bajas (cuatro muertos), y destrozado los pozos, las bombas hidráulicas, la gran torre ferroviaria de suministro de agua y casi dos kilómetros de vía férrea. Pero la columna de intendencia que le acompañaba le había abandonado en al-Chafr, temiendo el desierto, y había perdido, robado o vendido un tercio de las raciones que transportaban los camellos de carga. Por ello, hubo de retirar de su fuerza a los cincuenta hombres menos necesarios, cien monturas y uno de los vehículos blindados. En Bayir, había grandes

dificultades para abreviar y abastecerse de agua en los dos pozos, rodeados de los seiscientos camellos de los Huwaytat, Banu Sajr y de un millar de drusos, más refugiados sirios, mercaderes damascenos y armenios, que se dirigían a Aqaba. Lawrence intervino y Buxton tuvo agua. Los Huwaytat se sorprendieron de que hubiera tantos individuos de la tribu inglesa en el mundo.

Lawrence cumplió entonces treinta años. Aprovechó la fecha para efectuar un largo análisis de sí mismo, de su personalidad, de su deseo de entender su personalidad, y las dificultades y trampas con que topaba aquel deseo al

comparar el efecto que su personalidad tenía en su prójimo; su ansia de ser estimado y su ambición de ser famoso, y su cautela o vergonzante contención de ambos impulsos; su resistencia a pensar bien de sí mismo y de sus obras; su verdadero desagrado de su persona y de lo que veía, oía y sentía de su forma de ser.

Interrumpieron su cavilación gritos y detonaciones. Los Shammar, habían robado a cierta distancia ochenta camellos de los Huwaytat. Ordenó que los persiguieran cuatro o cinco parientes de los expoliados. Con ello, se cortó el hilo de sus pensamientos. Se pusieron en marcha. Su guardia de corps guiaba los

camellos portadores, dos mil setecientos kilogramos de algodón pólvora. Le molestaba hacer aquel trabajo impropio de su categoría y las bestias, de Somalía, sólo salvaban cinco kilómetros en cada hora. Al-Zaagi les hizo reír con sus burlas y alargaron las etapas, viajando de noche y reduciendo el tiempo empleado en el desayuno y la comida. Condujeron la caravana sin merma, verdadera hazaña en hombres tan distinguidos, que, ciertamente, eran la flor y nata de los camelleros árabes.

El cuerpo de camelleros de Buxton satisfizo a Lawrence. Su jefe había modificado la organización de la marcha: los hombres avanzaban, no en

línea cerrada, sino en grupos irregulares, que elegían lo más expedito en los terrenos malos. Había reducido y puesto de otra manera las cargas y desdeñado el antiguo sistema de detenerse a cada hora. Y sus hombres, cada vez más expertos y a gusto con los animales, se habían endurecido, adelgazado y agilizado.

No obstante, el puente y el túnel de Kisir se salvaron.

El 20 de agosto hallaron la vía férrea y se ocultaron en las ruinas de un templo romano. Lawrence envió a algunos de los suyos a que reconocieran las tres aldeas que se interponían entre ellos y el puente. Regresaron con la

noticia de que había en ellas receptores turcos de impuestos, midiendo la cebada bajo la custodia de tropas montadas. Un aeroplano otomano había visto sin duda a los incursores aquella misma mañana, Celebraron un consejo. Lawrence estaba convencido de que los hombres de Buxton despacharían a los centinelas del puente y volarían éste. Había la cuestión de si costaría la vida a muchos británicos. Desmontarían más o menos a un kilómetro de la vía férrea. El estampido consiguiente a hacer saltar el puente con dos toneladas y media de algodón pólvora se oiría en toda la comarca, y las patrullas turcas podrían encontrar los camellos, lo cual sería un

desastre. Los hombres de Buxton no sabían desperdigarse como los árabes y encontrar el camino sin ayuda. El combate nocturno los coparía. Quizá perdiesen cincuenta. Demasiados. La destrucción del puente se destinaba a distraer a los otomanos de Maan hasta el 30 de agosto, cuando se atacaría Dara desde Azraq. Faltaban diez días para ello.

Lawrence aseguró a la tropa de Buxton, desilusionada por la renuncia al sabotaje, que conseguirían la finalidad que allí los había llevado. Hizo divulgar en las aldeas que se avecinaba un gran ataque a Ammán, del que aquellos soldados eran las avanzadillas. Las

patrullas turcas, muy atemorizadas, encontraron una colina cubierta de latas vacías y las faldas del valle surcadas por los neumáticos de grandes vehículos. Las había marcado Lawrence con uno solo. La alarma los detuvo una semana; la destrucción del puente sólo hubiera ganado algunos días más. Volvieron a Azraq, donde los ingleses se bañaron en los estanques, y fueron luego a Bayir (gritando «¿Comemos bien? ¡No! ¿Vivimos? ¡Sí!»), donde los esperaban más raciones militares procedentes de Aqaba. Buxton los llevó a Palestina y Lawrence se trasladó con los automóviles a la ciudad portuaria.

XXV

Los preparativos en Aqaba de la gran expedición, que interrumpiría los ferrocarriles en Dara, habían terminado, y Dawnay y Joyce disfrutaban de permiso. Lawrence encontró en la ciudad una situación inesperada y absurda. Husayn, el jerife, había anunciado oficialmente en La Meca que los ignorantes hablaban del bajá Chafar como del general en jefe del ejército árabe del norte, siendo así que no existía tal rango, ni ninguno otro superior al de capitán en las fuerzas rebeldes, en las que Chafar, como tantos, cumplía su

deber. El jerife sentía celos de la condecoración que había obtenido el mencionado en la proclama, y con el fin de molestar a los sirios y mesopotámicos que había en el contingente de Faysal. Luchaban por establecer en sus países un gobierno autónomo, pero él, Husayn, aspiraba a un imperio árabe, que regiría desde La Meca, apoyado en la jefatura espiritual de todo el mundo islámico. Chafar y todos su colegas dimitieron inmediatamente. Faysal se negó a aceptarlo, porque el nombramiento de oficiales dependía de él y él era en el fondo el ofendido. Telegrafió a La Meca su renuncia al mando. Husayn le

sustituyó con Zayd, que rechazó el nombramiento. El jerife envió cables amenazadores y la vida militar se paralizó desde Aqaba a Abu-l-Lisan.

Lawrence podía hacer una de tres cosas: conseguir que Husayn se arrepintiera; seguir adelante sin hacer caso de un hombre de setenta años, de espíritu estrecho; independizar a Faysal de su padre y ofrecerle un trono cuando Damasco cayese. Lo malo era que debían partir al cabo de tres días para llegar a Dara antes de que Allenby comenzase su ofensiva. Pusieron en movimiento a Allenby y el alto comisario de Egipto (fuente de los subsidios de Husayn) para que terciasen

cerca del jerife, cuyas respuestas a Faysal, a través de ellos, se cablegrafiaban en cifra a Aqaba. Lawrence, recordando su conversación telefónica con Husayn, se las compuso para que la estación telegráfica sólo aceptara las partes deseables y convirtiera en un caos las restantes, comunicando a La Meca que resultaban ininteligibles. Por suerte, el jerife no repitió los pasajes censurados, sino que los dulcificó hasta que se transformaron en un largo mensaje, cuya primera parte era torpe excusa y condena de la proclama, y la segunda la misma ofensa presentada de otra forma.

Lawrence suprimió la última, y llevó

la primera, con la indicación de «muy urgente», a Faysal, cuyo secretario la descifró. El príncipe la leyó en voz alta, bastante sorprendido de la suavidad de su padre, tiránico y obstinado. Al acabar, dijo:

—El telégrafo ha salvado nuestro honor.

Se inclinó con picardía hacia Lawrence y agregó:

—Bueno, el honor de casi todos.

—No entiendo lo que quieres decir —respondió Lawrence con aire inocente.

—¿No te bastó que me ofreciera a servir en esta última marcha bajo tus órdenes?

—Eso no hubiese convenido a tu honor.

—Tú siempre piensas más en el mío que en el tuyo —dijo Faysal y exclamó con energía—: ¡Alabado sea Dios, hermanos! ¡Trabajemos!

La expedición partió con un día de retraso. Lawrence tuvo antes que aplacar un motín de los soldados árabes regulares, que habían oído el rumor de que Faysal había desertado. Pensando que sus oficiales los traicionaban, apuntaron los cañones contra sus tiendas; pero Rasim, previendo aquella situación, había retirado el mecanismo de cierre de todas las piezas. Lawrence apareció entonces y les expuso los

altibajos políticos como si fueran un chiste, y Faysal pasó ante ellos y los demás combatientes, en su Vauxhall, pintado de verde, color de la familia de Mahoma. Y todo se aquietó.

Lawrence fue en vehículo blindado a Azraq. En Bayir supo que los turcos de Hesa se habían movido de pronto hacia Tafilá y avanzaban hacia el sur con ánimo de rescatar a Maan. El jefe de los Banu Sajr, portador de la noticia, creyó que se había vuelto loco cuando se echó a reír. Como ya había empezado la campaña, le tenía sin cuidado que el enemigo se hiciera con Maan, Abu-l-Lisan, Guweyra y la propia Aqaba: habían tragado el anzuelo del fingido

ataque a Ammán, y aquello retendría buena parte de sus fuerzas. Dara era lo que entonces importaba. Había completado el engaño enviando millares de sus «jinetes de San Jorge» (monedas británicas) a los Banu Sajr para comprar todo el grano de que disponían con destino a un contingente que cruzaría por sus aldeas hacia Ammán. Los otomanos se enteraron inmediatamente de ello, como era su propósito. Hornby mandaba la otra expedición, la que debía enlazar con Allenby en Jericó, de suerte que, si lo de Dara fallaba, pudieran sumar sus fuerzas y convertir en estocada la finta contra Ammán. Pero el progreso turco hacia Tafilá le obligó a defender

Shubak.

La expedición tuvo reunidos todos sus efectivos en Azraq el 12 de septiembre: la guardia de corps de Lawrence, dos aeroplanos, los vehículos blindados restantes y un gran bagaje; Faysal con un millar de camelleros de la tropa regular; Pisani con los artilleros francoargelinos; Nuri con los hombres de los Ruwalla; Awda y Muhammad al-Daylan con los Abu Tayi; Fahad y Adub con los Banu Sajr; los Serahin; y muchos beduinos, drusos y ciudadanos sirios, y el gran forajido Tallal.

Para incomunicar Dara de Ammán, un destacamento gorkha, montado en camellos, fue despachado para que

acometiera un bloqueo de la línea férrea, algo al norte de Ammán, mientras un grupo de camelleros egipcios volaba los puentes y raíles de los aledaños. Los acompañaron guías locales y dos vehículos blindados. El resto del ejército se movió hacia Umtayya, gran cisterna emplazada a veinticinco kilómetros al mediodía de Dara, y esperó.

La demolición no tuvo efecto. Los beduinos de la comarca no dejaron pasar a los indios y egipcios, a los que despreciaban. Lawrence, con dos vehículos blindados y setenta kilogramos de pólvora algodón, fue a volar dos puentes bastante cercanos.

Joyce, que le acompañaba, entretuvo al blocao con el fuego de automóvil. Lawrence, después de someter a una guarnición de ocho hombres, que se rindieron como los del blocao, destruyó científicamente, con la ayuda del británico, los arcos de un puente, cuya estructura quedó en pie, si bien vacilante.

Huyendo de una partida otomana, el vehículo de Lawrence chocó contra una irregularidad del terreno y sufrió un desperfecto en la ballesta y el freno, imposible de reparar a campo abierto. El conductor, Rolls, aseguró que era el primer contratiempo que había sufrido en dieciocho meses de corretear en

nueve coches por aquel maldito país. Pero, como la suerte de todos dependía de su ingenio, se le ocurrió encajar la ballesta con cuñas en la posición original y sujetar con cuerdas a la parte superior la porción suelta para que no se moviera. Habría suficiente con tres trozos de madera cortados de los tablones con que salvaban los terrenos embarrados. Sin embargo, no tenían sierra para cortarlos. Lo hicieron a tiros, con las ametralladoras. El tableteo frenó el avance de los turcos. Joyce, que lo había oído, fue a averiguar qué sucedía. Entre todos, verificaron la reparación. En Umtayya la reforzaron con alambre telegráfico y duró hasta que alcanzaron

Damasco.

La expedición árabe, en el ínterin, llegó a Tell Arar, a unos seis kilómetros al sur de Dara, dispuesta a interrumpir la comunicación ferroviaria con Damasco. Lawrence y Joyce llegaron tarde, por la dificultad de guiar los vehículos por los campos arados, y contemplaron la batalla desde una colina. Los jinetes de la tribu Ruwalla se dirigieron al galope hacia los raíles, con el apoyo de las ametralladoras de un Ford. Un puesto turco de guardia disparó contra ellos, los artilleros de Pisani los silenciaron y los jinetes lo tomaron con una sola baja mortal. Una hora de combates puso en sus manos

dieciséis kilómetros de rieles, que los egipcios, tras el desayuno, volaron concienzudamente, mientras el ejército recorría la llanura como un enjambre. Era el 17 de septiembre, dos días antes de que Allenby descargase su ofensiva. Lawrence había deshecho el único ferrocarril que enlazaba a los otomanos de Ammán, Maan, Medina, Nazaret, Nablus y el valle del Jordán con su base en Damasco y con Alepo, Constantinopla y Alemania.

Los artificieros egipcios usaron «tulipanes», cargas de pólvora algodón de ocho kilogramos y medio, colocadas en el centro de cada traviesa a diez metros de distancia una de otra. Las

traviesas de acero se desprendían al saltar los raíles. Ocho aeroplanos de Dara bombardearon la tropa, sin descubrir a los egipcios. Faltos de lugar en que ampararse, todos se dispersaron. Los fusiles automáticos de Nuri Said y las piezas de montaña de Pisani les obligaron a volar muy alto, lo que menoscabó su puntería.

Había que llegar a los puentes del Yarmuk, que Lawrence no había conseguido destrozar un año antes. Su desaparición remataría el corte efectuado en Dara. La aviación enemiga imposibilitaba la empresa. Los dos aeroplanos británicos de apoyo no estaban en situación de intervenir. El

Bristol Fighter, el más útil, había sufrido daños la víspera en un enfrentamiento aéreo y se había retirado a Jerusalén para que lo reparasen. El otro era un B. E. 12, anticuado y casi inútil. Pero su piloto, Junor, enterado en Azraq de la presencia de los aparatos otomanos, quiso luchar. Voló a Tell Arar, donde la situación era dramática, atacó a los ocho aeroplanos turcos y los arrastró en su persecución. Nuri Said dividió en pelotones a trescientos cincuenta soldados regulares, y avanzó a lo largo de la vía hacia Muzarib, a doce kilómetros al este de Dara, punto esencial para el asalto del puente del Yarmuk. Media hora después, Lawrence

le siguió con su guardia de corps.

Percibió un ronroneo lejano. Junor apareció rodeado de tres aparatos otomanos, cuyas balas esquivaba con habilidad suma. Pero estaba condenado. Lawrence, con Young, oficial inglés, y su guardia quisieron despejar el terreno para que aterrizara. Junor volaba a baja altura. Evidentemente, se agotaba su combustible. Aterrizó. El viento, cogiéndole de lado, le volcó y le lanzó fuera del asiento. Con una sola herida en la barbilla, se levantó y rescató su fusil automático, ametralladora y munición, antes de que un aeroplano turco destruyera el suyo con una bomba. Pidió en seguida ocupación. Recibió un Ford,

corrió con él colina abajo hasta las inmediaciones de Dara y voló parte de los raíles antes de que el adversario le descubriera. Regresó ileso, perseguido por la artillería.

Un aeroplano sorprendió a Lawrence y su guardia de corps en el camino de Muzarib. Su cuarta bomba les acertó de pleno. Se desplomaron dos camellos, pero sus jinetes se salvaron y montaron a la grupa de compañeros. Otro aparato reanudó el bombardeo. Lawrence sintió vivo dolor en el brazo derecho, y la sangre se deslizó por él. Pensó con rabia que le habían herido cuando la campaña culminaba; tal vez pudiera seguir adelante fingiendo no

sentir nada. El aeroplano los ametralló. Su camella brincó y, al sujetarse al pomo para no caer, advirtió que movía el brazo. Se tocó la herida y encontró un fragmento de metal clavado en la carne. Su susto probaba el mal estado de sus nervios. Era la primera vez, dicho sea de paso, que le acertaban desde el aire. Su cuerpo tenía ya más de veinte cicatrices debidas a la guerra.

Muzarib se rindió tras el bombardeo de los cañones de Pisani y las descargas de veinte ametralladoras. (Tallal había intentado que se entregasen sin lucha — conocía al jefe de estación—, y los otomanos hicieron fuego contra él y Lawrence, que le acompañaba, casi a

quemarropa; hubieron de volver reptando por una extensión de cardos, que desataron la mala lengua de Tallal). Centenares de campesinos de Hawran saquearon la estación y los vagones de las vías muertas. Lawrence y Young cortaron los alambres telegráficos que relacionaban el ejército otomano de Palestina con la metrópoli. Se volaron los cambios de aguja y los cruces. Entre el botín hubo dos camiones cargados de gollerías alemanas. Nuri Said encontró a un labriego abriendo una lata de espárragos y le gritó: «¡Son huesos de cerdo!». El campesino los tiró como si estuviesen envenenados y Nuri Said los recogió para compartirlos con sus

amigos. Se prendió fuego a los camiones y las llamas, como un imán, atrajeron centenares de labradores rebeldes, entusiasmados por la liberación de su tierra.

Se los acogió con los brazos abiertos. Los magistrados de Dara se ofrecieron a abrir las puertas de la ciudad y se asombraron cuando Lawrence rechazó la oferta. La población controlaba el suministro de agua, cuya posesión obligaría a que se entregasen las fuerzas que defendían la estación; pero si Allenby no barría a los otomanos, quizá Dara fuese reconquistada por ellos y los labriegos de Hawran serían pasados a cuchillo.

La misión siguiente era destruir el puente de Tellal-Shihab. El juvenil cacique de la aldea, que coronaba la escarpa al pie de la cual estaba, indicó la posición del nutrido grupo de soldados que lo custodiaba. Pensó Lawrence que mentía. El muchacho se fue y regresó con el capitán armenio de los otomanos, que estaba dispuesto a traicionarlos. Propuso una emboscada en su habitación. Llamaría a ella, uno tras otro, a los tenientes, sargentos y cabos, que prenderían tres o cuatro árabes escondidos. El resto de la fuerza, sin jefes, apenas resistiría el ataque árabe. Lawrence estuvo de acuerdo. A las once de la mañana, estaba a corta

distancia de la aldea con Nasir. Los camelleros y la guardia de corps llevaban sacos de gelatina explosiva. Lawrence conocía el paraje desde su fallido intento con Alí ibn al-Hasayn y Fahad. Estaba oscuro y el aire húmedo impregnaba sus capas de lana. Oían los gritos del centinela a los peatones, el rugido constante de la cascada y los ruidos en la estación cercana. El jefe adolescente apareció, con la capa abierta para que su camisa blanca se viera como una bandera de paz. Cuchicheó que el plan había fracasado. Un tren acababa de llegar con reservas alemanas y turcas desde Afula, al mando de un coronel teutón. Habían arrestado

al capitán armenio por haberse ausentado de su puesto. Había docenas de ametralladoras y docenas de patrullas.

Nuri Said se ofreció a tomar la plaza por la fuerza y Lawrence se opuso para no tener que lamentar bajas. Se despidieron agradecidos del jefe y protegieron la retirada de sus hombres, con los fusiles a punto. El de Lawrence era famoso, un Lee-Enfield británico, cogido en los Dardanelos, que el generalísimo turco Enver regaló, con una placa de oro grabada en la culata, a Faysal, quien lo dio a su amigo. Dominando la tentación de disparar una bengala para asustar a los alemanes,

Nasir, Nuri y Lawrence ordenaron a algunos guardias de corps, al mando de Tallal, que destruyesen los raíles a un par de kilómetros del puente. Los estampidos no dejaron dormir a los alemanes. El ejército se retiró hacia Nisib en su regreso a Umtayya, dejando a su paso una mina debajo de la torre del agua. Cuando los alemanes salieron de Tell al-Shihab enterados de que no había nadie en Muzarib, el tremendo estampido de la mina les aconsejó no moverse de la base.

Nisib se hallaba a dieciséis kilómetros de Dara. La artillería de Pisani, con la colaboración de las ametralladoras, maltrató la estación sin

conseguir que los otomanos se rindieran. Su verdadero objetivo era un gran puente, situado a varios centenares de metros al norte, protegido por un puesto. Nuri Said lo bombardeó. Los hombres de Lawrence, tan fatigados como sus camellos, se negaron a atacar, sobre todo por miedo a que una bala acertara en la gelatina explosiva que llevaban.

Le fallaron por primera vez, pese a sus bromas y amenazas. Subió a la cresta, batida por los proyectiles, y llamó al más joven y apocado para que le acompañara hasta el puente. Aunque temblaba como un azogado, cabalgó a su lado; por fin, Lawrence le despidió con el recado para su guardia de que, si no

se reunían con él, les haría más daño que las balas. Al-Zaagi y Abd Allah el Ladrón, los más valientes, llenos de ira porque su señor hubiese sido traicionado, se lanzaron contra los remolones y los empujaron cuesta arriba. El puesto de guardia del puente estaba desierto. Lawrence hizo señales a Nuri Said para que cesase el fuego. Llegó con sus hombres al puente, acumuló trescientos sesenta y dos kilogramos de explosivo alrededor del arranque de los pilares, y lo hizo añicos. Sería el último y más importante de los setenta y nueve que había volado. Los árabes podrían esperar en los alrededores de Umtayya la aparición de

las tropas de Allenby.

Los martirizaron los aeroplanos turcos con sus bombardeos. Los beduinos empezaron a perder la sangre fría, y había el peligro de que escapasen a sus tiendas. Lawrence y Junor fueron a atacar el aeródromo otomano, que estaba cerca de Dara, con dos coches blindados. Vieron tres aparatos en la pista. Destruyeron uno, pero los otros dos escaparon y regresaron. Uno soltó a la vez sus cuatro bombas desde bastante altura y no los acertó; el otro, volando bajo, dejó caer las suyas, una tras otra y sin precipitación. Lawrence y Junor rodaban despacio por un abrupto terreno lleno de rocas y desprotegido. Una nube

de piedrecillas hizo sangrar los nudillos de aquél; otro estallido arrancó un neumático delantero y casi volcó el vehículo. Sin embargo, entraron en Umtayya sanos y salvos.

Dos días más tarde un aeroplano de información despegaría de Azraq. Lawrence se propuso ir en él a Palestina para rogar a Allenby que enviara algunos Bristol Fighters. En el camino de Azraq, pensaba hacer saltar otro puente; mas advirtió que su guardia de corps tenía mala cara, temblaba y obedecía las órdenes sin titubear: era patente que al-Zaagi y Abd Allah el Ladrón habían solfeado las costillas de los que se quedaron atrás en Nisib. Por

lo tanto, ya que no estaban en forma aquella noche, mandó a los egipcios y gurrkhas (en su primera etapa para auxiliar a Zay en Abu-l-Lisan) en su lugar y los escoltó en un vehículo blindado y Junor en su Ford. Se perdieron en la oscuridad, pues Lawrence hacía cinco noches que no dormía. A pesar de ello, estuvieron con los egipcios cuando hicieron estallar eficazmente treinta tulipanes, y ametrallaron un tren. Las rayas verdes de las balas trazadoras de Junor arrancaron aullidos de espanto a los turcos.

El aeroplano esperaba en Azraq con la noticia de la victoria de Allenby.

Había roto todo el frente y los otomanos se batían en retirada. Lawrence lo comunicó a Faysal y le aconsejó que proclamase la rebelión general. Un par de horas después, estaba con Allenby quien, sin perder la sangre fría con la magnitud de su triunfo, no daba respiro al enemigo. Atacaba por tres puntos: hacia Ammán con los neozelandeses, hacia Dara con los indios y hacia Quneytra, en Hawan, con los australianos. Los primeros se detendrían en su destino, y las otras dos divisiones confluirían más tarde en dirección de Damasco. El general pidió para ello la cooperación de Lawrence con sus árabes, y que no se encaminase hacia

Damasco hasta que los indios y australianos estuvieran en línea con él. A cambio, el joven solicitó aeroplanos y obtuvo dos Bristol Fighters, un colosal Handley-Page y un D. H. 9 para el transporte de combustible y piezas de recambio.

De vuelta a Arabia, al día siguiente, informó a sus amigos de la conquista de Nablus, Afula, Hayfa y Beysan. La noticia corrió como rayo por el campamento. Tallal galleó, los Ruwalla exigieron a gritos la marcha contra Damasco y la guardia de corps, a pesar de sus dolores, clamoreó. El 22 de septiembre Lawrence desayunaba salchichas con los pilotos en Umtayya,

cuando un vigía vociferó: «Aeroplanos a la vista». Los pilotos de los Bristol Fighters corrieron a sus aparatos y el del D. H. 9 clavó los ojos en Lawrence en muda petición de que se encargase de las ametralladoras de su aeroplano. Lawrence se hizo el tonto. Tenía conocimientos teóricos de los combates aéreos, pero no práctica para convertirlos en acción refleja. El aviador le reprochó con la mirada durante la lucha en el aire. Los pilotos de caza regresaron cinco minutos después: habían derribado un dos plazas, y puesto en fuga a tres aparatos de reconocimiento. Las salchichas estaban aún calientes. Las comieron,

bebieron té y se pusieron a comer uvas, regalo de la región drusa. De nuevo gritó el vigía: «Aeroplano a la vista». Los aviadores corrieron a los cazas y lo abatieron en seguida, envuelto en llamas.

Con Faysal (a quien fue a buscar con su plana mayor por el aire a Azraq) y Nuri, el emir de los Ruwalla, viajó al norte en el Vauxhall verde del príncipe, para asistir al aterrizaje del Handley-Page. A treinta y seis kilómetros del aeródromo vieron a un beduino que corría al sur, como el profeta Elias, con el cabello y la barba grises flotando en el aire, y la falda ceñida a los lomos. Gritó a los del automóvil, agitando los

flacos brazos, «¡El aeroplano más grande del mundo!», prosiguió su carrera para esparcir la noticia entre las tiendas. Una muchedumbre rodeaba al Handley-Page y lo ponderaba: «Ciertamente, nos han enviado al fin el padre de los aeroplanos. Los demás son crías tuyas». El trascendental acontecimiento se supo por la noche en todo Hawran y el Chabal al-Druz. Demostraba que los árabes pertenecían al bando vencedor. El aparato gigante descargó una tonelada de petróleo, aceite y piezas de recambio para los cazas, así, como raciones para los hombres. Luego despegó para bombardear Dara de noche.

Allenby había encomendado al ejército árabe la misión de hostigar el cuarto ejército otomano hasta que los neozelandeses lo expulsaran de Ammán, su centro, y la de cortar su retroceso al norte. Faysal disponía de cuatro mil hombres, tres mil de ellos de las fuerzas irregulares. Como la mayor parte de éstos eran súbditos del emir Nuri, cuyas órdenes nadie osaba desobedecer, Faysal podía estar seguro de su lealtad. El anciano capitaneó otra incursión de los Ruwalla contra el ferrocarril y la tribu dio muestras de valor infrecuente bajo sus ojos; los vehículos blindados colaboraron en aquella operación y el ferrocarril entre Ammán y Dara dejó de

existir. Sólo había que esperar a los torrentes de fugitivos de Ammán, aterrados por el ataque neozelandés.

Se avisó que una caballería hostil se acercaba a ellos. El emir Nuri con los Ruwalla y Tallal con los jinetes de Hawran, fueron a su encuentro. Los acompañaron vehículos blindados. No era más que una muchedumbre de huídos que atajaban hacia sus casas. Se tomaron cientos de prisioneros y muchos medios de transporte. El pánico se extendió a lo largo de la línea y soldados muy separados de los árabes arrojaron todo lo que llevaban, incluso sus fusiles, y se precipitaron en loca carrera hacia la supuesta seguridad de Dara.

XXVI

Lawrence propuso en un consejo, a medianoche, que el ejército árabe fuese a Shayj Saad, al norte de Dara, a caballo de la línea de retirada del grueso de las fuerzas turcas. Objetó a ello el oficial de estado mayor británico que Joyce había dejado como principal asesor de la expedición, porque Allenby había designado a los árabes simplemente como vigilantes del cuarto ejército, y como éste había huido en desorden, su misión había terminado: podían retirarse con honor hacia el este y ensamblar con los drusos capitaneados por Nasib, el

absurdo amigo de Lawrence.

Éste se negó. Ansiaba que los musulmanes llegasen en primer lugar a Damasco y luchasen. Situarse en Shayj Saad ejercería más presión sobre los otomanos que cualquier unidad británica, les impediría plantar cara en aquella parte del territorio y la toma de Damasco sería el fin de la guerra en Oriente y, tal vez, la de Europa. El oficial de estado mayor no se dejó convencer e hizo lo posible para que Nuri Said interviniese en el debate. Por último, dijo que como consejero militar principal debía hacer hincapié, aunque no por vanidad, que como oficial de carrera sabía lo que llevaba entre

manos. Lawrence, que ya había oído otras veces referencias a su amateurismo estratégico, suspiró y anunció que se iba a dormir porque madrugaría para atravesar la línea con su guardia de corps y los beduinos, y que los soldados regulares hicieran lo que quisieran. Nuri Said declaró que le acompañaría, otro tanto afirmó Pisani y lo mismo profirieron los restantes oficiales británicos. Entretanto, Tallal, el emir Nuri y Awda se hallaban ya en camino.

El primero y el tercero atacaron Ezraa y Gazzala, poblaciones contiguas al ferrocarril de Damasco, y el emir dobló hacia Dara en busca de grupos turcos fugitivos. Lawrence llegó a Shayj

Saad el 27 de septiembre al amanecer. Los invitaron a la tienda de uno de los enemigos mortales del emir Nuri, y éste, cuando llegó, hubo de aceptar la hospitalidad de quienes odiaban a su familia. Durante la campaña los habían molestado aquellos odios y rencillas entre individuos y tribus, que apenas pudo eliminar la autoridad de Faysal. Exigía un esfuerzo constante mantener aparte a los adversarios sin ser acusado de favoritismo. Como Lawrence comenta, la campaña en Francia se hubiera complicado mucho más si cada división y brigada del ejército británico se hubieran aborrecido a muerte y hubieran peleado cuando se encontraban

por casualidad.

Awda apareció satisfecho de haber conquistado Gazzala al asalto y tomado un tren, cañones y doscientos presos. Tallal se había apoderado de Ezraa, que defendía nada menos que Abd al-Qadir, el argelino loco. Los habitantes se unieron a los conquistadores, y Abd al-Qadir escapó a Damasco sin que pudieran impedirlo los jinetes, cargados de botín. El emir Nuri apresó cuatrocientos soldados con mulos y ametralladoras. Los prisioneros fueron enviados a aldeas remotas para que se ganasen el sustento con su trabajo. Compareció el resto del ejército, al mando de Nuri Said, y los labriegos, con

mucha timidez, se asomaron a contemplar aquella tropa legendaria. Habían cuchicheado los nombres de sus famosos jefes —Tallal, Nasir, Nuri, Awda, «Awrans»—, y los veían entonces en persona.

Lawrence, con cinco o seis beduinos, fue a un otero a examinar el territorio hacia el sur. Les asombró ver una tropa uniformada —turcos, austríacos, alemanes—, andando despacio hacia ellos, con ocho ametralladoras a lomos de acémilas. Iban de Galilea a Damasco, luego que Allenby los hubiese derrotado, convencidos de estar por lo menos a ochenta kilómetros de cualquier peligro.

Algunos nobles de los Ruwalla se emboscaron en una estrecha. Los oficiales, que ofrecieron resistencia, murieron instantáneamente, y los soldados depusieron las armas. Cinco minutos después, registrados y esquilmados, andaban hacia el campo de prisioneros que había en una aguada. Zaal y los Huwaytat se dirigieron contra tres o cuatro partidas que se movían en los alrededores, y pronto reaparecieron tirando de un mulo o caballo de carga. Zaal no quiso apresar a aquellos infelices.

—Los hemos entregado como siervos a las muchachas y chicos de la aldea —dijo desdeñosamente.

Todo el Hawran se había levantado. Un par de días más tarde, sesenta mil hombres armados estarían a punto para cortar la retirada turca. Un aeroplano dejó caer el aviso de que Bulgaria se había rendido. Evidentemente, la guerra terminaría pronto, incluso la de Oriente. Los alemanes quemaban almacenes y aeroplanos en Dara. Recibieron por aire el comunicado de que una columna otomana de cuatro mil soldados retrocedía hacia Shayj Saad. Había otra de dos mil procedente de Muzarib. Se atacaría ésta, más fácil. La más nutrida—luego se comprobó que constaba de siete mil individuos—no sufrió más estorbos que los ataques que los

Ruwalla y algunos labriegos de Hawran asestaron a su retaguardia.

El enemigo de Muzarib preocupó a Tallal, porque pasaría por su aldea nativa de Tafas. Corrió hacia ella como un ciclón con el objeto de hacerse fuerte en las alturas que había al mediodía de ella. Lawrence se le anticipó al galope, con la esperanza de contener a los otomanos hasta la llegada del ejército; sus camellos y caballos estaban cansados. Durante la carrera encontraron árabes montados. Conducían a palos un rebaño de prisioneros turcos, desnudos hasta la cintura. Les notificaron que eran el resto del batallón de policía de Dara, con un

tremendo historial de monstruosidades contra los campesinos. Lawrence no pidió que los perdonasen.

Aparecieron en Tafas demasiado tarde. El regimiento de lanceros del gobernador de Siria se había adueñado de ella y acuchillado a la población. Estaban quemando las casas. Lawrence y los árabes tendieron una emboscada en una altura del norte. Los otomanos avanzaron en buen orden: los lanceros en la vanguardia y la retaguardia, la infantería en una columna central, una protección lateral de ametralladoras, y la artillería en medio. Abrieron fuego con las armas automáticas cuando la cabeza de la tropa dejó atrás las

primeras casas. Los turcos replicaron con cañones, pero las granadas rompedoras estallaron más allá del monte. Se sumaron a ellos Nuri Said, Pisani con sus piezas de montaña, Awda y Tallal, frenético con la noticia de la matanza de su gente. Dispararon con rapidez los cañones, fusiles y ametralladoras, mientras Tallal, el jeque Abd al-Aziz y Lawrence con sus hombres se deslizaban a la retaguardia de la columna, cuyos últimos efectivos abandonaban la aldea humeante. No había al parecer nadie vivo en las ruinas. De pronto, una niña de tres o cuatro años salió vacilante de un montón de cadáveres, sucia de sangre de la

herida que le había inferido una lanza entre el cuello y el hombro. Dio unos pasos y gritó de modo impresionante en el espantoso silencio: «No me mates, baba». Abd al-Aziz, de Tafas como Tallal, sintió un nudo en la garganta. Se tiró del camello. Su súbito movimiento espantó a la niña, que levantó los brazos y quiso chillar... Cayó de repente al suelo. Había muerto desangrada.

Había cuerpos de otros niños sin vida, y docenas de cadáveres de hombres y mujeres obscenamente mutilados. Al-Zaagi tuvo un arretrato de risa histérica.

—Los mejores de vosotros serán aquellos que me traigan más turcos

mueritos —exclamó Lawrence.

Cabalgaron en pos del enemigo, matando sin piedad a los rezagados y heridos. Tallal, que había visto todo, trotó gimiendo hacia los lugares altos y estuvo inmóvil en su yegua, temblando y mirando con fijeza a los otomanos. Lawrence quiso ir a hablarle, pero Awda lo impidió asiendo sus bridas.

Tallal se cubrió muy despacio el rostro con el pañuelo de cabeza, se irguió y galopó hacia el enemigo, mientras se doblaba y oscilaba en la silla. Fue una larga carrera por una pendiente suave y una depresión. Los combatientes dejaron de disparar. Los cascos de su montura sonaron como

fuerte redoble en la calma súbita. A unos metros del adversario, se enderezó y lanzó con voz pavorosa su grito de guerra: «¡Tallal, Tallal!». Los fusiles y ametralladoras otomanos chascaron y él y su yegua entraron acribillados en medio de las puntas de las lanzas.

—¡Tenga Dios misericordia de él!
—profirió Awda en tono sombrío—.
Cobraremos su precio de sangre.

Se movió lentamente hacia el enemigo. Haciéndose cargo del mando de los beduinos, envió a diferentes puntos grupos de labradores y así logró arrinconar a los turcos en terreno que no les favorecía y los dividió en tres partes. La menos numerosa, compuesta

sobre todo de alemanes y austríacos con ametralladoras, se agruparon alrededor de tres automóviles y combatieron de manera magnífica. Los árabes parecían endemoniados; el odio y la sed de venganza los estremecían y apenas lograban sujetar los fusiles para disparar con puntería. Lawrence y sus hombres galoparon hacia las otras dos partes, que huían despavoridas. A la puesta del sol habían muerto casi todos los adversarios. Por vez primera en aquella guerra, Lawrence ordenó: «No hagáis prisioneros». Los labradores acudieron en manadas. Al principio, de seis sólo uno estaba armado, pero se armaron poco a poco con los despojos

de los turcos caídos. Al cerrar la noche, todos poseían un fusil y un caballo.

Un grupo árabe no se había enterado del horror de Tafas y había capturado a doscientos soldados. Lawrence preguntó por qué conservaban aún la vida. Un hombre gritó desde el suelo y los árabes se volvieron hacia él. Era uno de los suyos que, con el muslo destrozado, el enemigo no sólo había abandonado allí, sino también le había atravesado a bayonetazos un hombro y la otra pierna, dejándole clavado como un ejemplar entomológico.

—¿Quién lo hizo, Hassan? —le preguntaron.

Por toda respuesta miró a los

prisioneros agrupados cerca de él. Sus amigos dispararon contra ellos a bulto. Todos murieron antes que Hassan.

La matanza y apresamiento de los otomanos en retirada duró toda la noche. A medida que la lucha avanzaba, las aldeas se incorporaban a ella. La parte principal de la columna pretendió hacer alto al crepúsculo vespertino, pero los guerreros de los Ruwalla los empujaron en desorden al seno de la noche fría y tenebrosa. Los árabes también se habían dispersado y había una confusión indescriptible. El único destacamento que se conservaba unido era el alemán. Lawrence sintió entonces admiración por el enemigo que había matado a sus

dos hermanos menores. Avanzaba, altivo y silencioso, como un acorazado, a través del caos turco y árabe. Hacían alto, se colocaban en orden de combate y disparaban a una voz de mando. Era glorioso. Se hallaban a más de tres mil kilómetros de sus hogares, sin esperanza y sin guía, despeados, hambrientos, insomnes; pero seguían adelante y su número se reducía lentamente.

Aquella noche los Ruwalla tomaron Dara en una carga a caballo. La guarnición había contenido a los indios de Ramta. Lawrence fue a aquella población con su guardia de corps y Nuri Said para ver cómo andaban las cosas. Montaba su gran camella de

carreras, Baha, así llamada por el balido que emitía desde que una bala le hirió la garganta. La permitió marchar a paso veloz y, como se anticipó a sus hombres, llegó solo a Dara a la alborada. Nasir ya estaba en la ciudad, y establecía un gobernador y una policía militares. Lawrence puso centinelas en las bombas, cobertizos de locomotoras y lo que quedaba de los talleres y almacenes saqueados. Explicó luego a Nasir qué debía hacerse si no se permitía que los árabes conservasen lo que habían ganado, y su amigo se quedó atónito, porque no sabía de la dificultad de convencer a los británicos de que tomasen en serio a sus compatriotas.

Pero comprendió en seguida.

El general Barrow, jefe de los indios, se dirigía a Dara para asaltarla. Ignoraba que ya había sido conquistada. Algunos de sus soldados tirotearon a los árabes, y Lawrence y al-Zaagi corrieron a detenerlos. Los servidores de unas ametralladoras se enorgullecieron de haber apresado a hombres de vestidos tan lujosos, hasta que se les dijo que uno era un oficial británico que deseaba ver al general Barrow sin pérdida de tiempo. Las tropas cercaban la población y los aeroplanos a los hombres de Nuri Said, que llegaban del norte. Barrow se enojó de que los árabes se le hubieran anticipado.

Lawrence no le compadeció, en particular porque había desperdiciado un día y una noche en los menguados pozos de Ramta, cuando el mapa mostraba el lago y el río de Muzarib no mucho más allá, en la carretera por la que el enemigo escapaba. El general insistió que tenía órdenes de ocupar Dara y que lo haría a despecho de quien estuviera en ella, y solicitó que Lawrence cabalgase a su lado. El olor de Baha inquietó a los caballos, y hubo que dejarla en el centro del camino, mientras las monturas de Barrow y sus ayudantes se encabritaban a los lados. Barrow establecería patrullas para contener al populacho, y oyó la suave

respuesta de que los árabes habían designado un gobernador militar. El general dijo que sus ingenieros inspeccionarían las bombas de los pozos. Agradeciéndole aquella atención, Lawrence le enteró de que los árabes habían encendido los hornos y que esperaban abreviar sus caballos, a más tardar, dentro de una hora. El general bufó que parecían hacer las cosas bien, de modo que sólo se cuidaría de la estación ferroviaria, y su interlocutor señaló la locomotora que soplabá en dirección de Muzarib, y solicitó cortésmente que los soldados no se metieran en los trabajos que los árabes efectuasen en la línea.

Barrow, que no tenía instrucciones sobre la situación de los guerrilleros, pensaba en ellos como en las fuerzas armadas de un pueblo sometido. Lawrence se preguntó qué podía hacer para evitar que se indispusiera con ellos. Había leído un artículo de aquel general, en una revista militar, que defendía la doctrina de que el miedo era el principal resorte de la gente en la guerra y la paz, y, por lo tanto, sabía a qué atenerse sobre Barrow. Éste comentó que tenía poco forraje y víveres, y Lawrence le repuso que era huésped de los árabes. Aquello le aplacó lo suficiente para saludar la banderita de seda de Nasir, puesta en el

balcón de las oficinas del gobernador, y vigilada por un centinela. Los árabes, agradecidos del saludo, concedieron su hospitalidad a los indios. Posteriormente, el jefe de la oficina política de Allenby aseguró a Barrow que la actitud de Lawrence era la acertada. No hubo disturbios, aunque los indios abusaron de sus huéspedes y los beduinos se horrorizaron del trato que los oficiales británicos daban a sus hombres. Jamás habían conocido desigualdad como aquélla.

Llegaban millares de prisioneros. Muchos se enviaron a las aldeas, y algunos fueron entregados a los británicos, que los enumeraron como

hechos por ellos. Faysal llegó en su automóvil verde desde Azraq al día siguiente, 29 de septiembre, con los vehículos blindados. Barrow debía encontrarse con Chauvel, general de los australianos, para entrar juntos en Damasco. Dijo a Lawrence que rogase a Faysal que se hiciera cargo del flanco derecho, lo que agradó mucho al joven, pues allí, a lo largo de la vía férrea, Nasir continuaba hostigando a la columna salida de Tafas con constantes ataques. Permaneció en Dara otra noche, pero fuera de ella porque le horrorizaba aún el recuerdo de lo sucedido.

Como no pudo dormir, partió antes del amanecer en el Rolls-Royce hacia

Damasco, cuyos caminos abarrotaban los transportes indios. Harto de ello, atajó por la línea férrea y alcanzó a Barrow, quien le preguntó dónde pernoctaría aquel mismo día. «En Damasco», respondió y el general puso cara larga, pues progresaba con mucha cautela, precedido de exploradores y avanzadillas montadas, pese a estar en una comarca que los árabes habían limpiado de otomanos. Lawrence halló al fin a Nasir, el emir Nuri y Awda con las tribus. Todavía luchaban. Los siete mil turcos se habían convertido en dos millares. Grupos de aquellos supervivientes se detenían de cuando en cuando a disparar sus cañones de

montaña. Nasir fue a saludar a su amigo, caballero en su garañón alazán (espléndido alemán aún lleno de ímpetu no obstante los ciento cincuenta kilómetros que había galopado), con el emir Nuri y unos treinta servidores. Le preguntaron si recibirían refuerzos. Lawrence contestó que los indios estaban muy cerca. Si detenían al enemigo otra hora...

Lawrence volvió a las fuerzas de India y comunicó a un anciano y malhumorado coronel el regalo que los árabes tenían para él, y el militar, aunque no muy agradecido, envió un escuadrón a través de la llanura. Los turcos descargaron sus cañoncitos contra

él y el coronel ordenó la retirada. Lawrence y el oficial de estado mayor que iba en el auto le pidieron que no se asustase de aquellas piezas, casi tan peligrosas como pistolas de señales, pero el anciano le llamó andanada. Por tanto, retrocedieron hasta encontrar a uno de los generales de Barrow, que envió representantes de la Middlesex Yeomanry y la Royal Horse Artillery. Los turcos resistentes abandonaron aquella noche su artillería y transportes, y se diseminaron por las alturas orientales, hacia un territorio que creían desierto. Awda los esperaba emboscado, y en la oscuridad, en su última batalla, el anciano guerrero mató

y mató, saqueó y capturó hasta que, a la aurora, advirtió que todo había terminado. Así desapareció el cuarto ejército otomano.

Quizá interese conocer el informe que de estas operaciones aparece en un libro oficial: *Breve crónica del avance de la fuerza expedicionaria egipcia*.

«La IV División Montada (la del general Barrow), llegando del sur con las fuerzas árabes a su derecha, entró en Dara sin oposición el 28 de septiembre y, al día siguiente, tomó contacto con los turcos en

retirada en el área de Dilli. Se empujó y hostigó al enemigo durante dos días, se disparó contra sus columnas y se las fragmentó. El 30 de septiembre la división se reunió con otras del Desert Mounted Corps, y llegaron a Zeraqiya a hora avanzada de aquella misma noche».

Otras referencias a los servicios de los árabes son igualmente reticentes. (Hay, en cambio, muchos datos sobre cómo *falló* la tribu de los Banu Sajr a los atacantes de Ammán unos meses

antes). En mi criterio, estos regateos se deben principalmente a Lawrence, quien no envió informes detallados al cuartel general. Lo que le importaba en realidad no era que los partes de Allenby elogiasen a los árabes —en el fondo, a los más les hubiera tenido sin cuidado—, sino que los independentistas estableciesen en Damasco un gobierno antes que nadie.

XXVII

La guerra había concluido. Lawrence fue a Kiswa, donde los australianos aguardaban a Barrow. No se demoró mucho en tal población, porque Allenby había concedido a él y Faysal una sola noche para establecer el orden en Damasco antes de la entrada británica. La caballería de los Ruwalla, en el momento del crepúsculo, pidió a Alí Riza, el gobernador, que se encargase de todo. Dicho personaje, presidente del comité de la libertad, hacía mucho tiempo que estaba preparado a formar un gobierno árabe:

pero, al irse los turcos, se hallaba ausente, puesto que los otomanos le habían puesto al frente de las tropas que se retiraban de Galilea. Pero su ayudante Shukri, con ayuda imprevista, como se referirá, izó la bandera árabe cuando hubieron desaparecido los últimos contingentes turcos y alemanes. Se cuenta que el general de retaguardia la saludó irónicamente.

Cuatro mil hombres de la tribu Ruwalla ayudaron a Shukri a mantener el orden. Desde la ciudad se oyeron fortísimas explosiones y se vieron chorros de llamas que subían al cielo. Lawrence pensó que destruían Damasco; pero el amanecer se la mostró tan bella

como siempre: los alemanes habían hecho saltar sus almacenes y polvorines. Un jinete le llevó al galope uvas de parte de Shukri.

—¡Albricias! —le dijo—. Damasco te saluda.

Lawrence, en su Rolls-Royce, transmitió la noticia a Nasir, al que las cincuenta batallas en que había intervenido desde que comenzó la rebelión dos años y medio antes daban derecho a entrar antes que nadie. Fuese con el emir Nuri. Mientras se lavaba y afeitaba en un arroyo del camino, los soldados indios detuvieron de nuevo a Lawrence. Recobrada la libertad, condujo su auto por la larga calle que

llevaba a los edificios gubernamentales.

Había un gentío en las aceras, ventanas, balcones y azoteas, llorando o vitoreando con prudencia o descaradamente. Pero, en general, sonaba un murmullo semejante a un suspiro desde las puertas de la ciudad hasta su corazón.

En cambio, en el Ayuntamiento, la gente se apilaba en las escaleras gritando, abrazándose, cantando y bailando. Reconocieron a Lawrence y se apretujaron para que pasase.

Encontró en la antesala a Nasir y el emir Nuri, sentados. A su lado, de pie —y se quedó atónito al verlos— estaban su antiguo enemigo el argelino Abd al-

Qadir, que le había traicionado en el Yarmuk, y Muhammad Said, el asesino, hermano suyo. Este último brincó adelante y anunció que él y Abd al-Qadir, nietos del célebre Abd al-Qadir, emir de Argel, habían formado con Shukri un gobierno la tarde de la víspera y proclamado a Husayn «emperador de Arabia» ante las narices de los turcos y alemanes humillados. Lawrence se volvió hacia Shukri, hombre honrado, muy querido en Damasco y casi un mártir a ojos del pueblo por lo mucho que había sufrido a manos de Chemal, y él dijo que habían sido las dos únicas personas de la ciudad que apoyaron a los turcos hasta que vieron que

emprendían la huida; después, con sus clientes argelinos, se habían presentado brutalmente ante el comité y se habían apoderado de la autoridad.

Lawrence, de acuerdo con Nasir, decidió castigar su descaro, pero algo lo impidió. El gentío se movió como si lo empujara un ariete, los hombres trastabillaron entre mesas y sillas, y éstas se rompieron, mientras una voz conocida les imponía silencio con un rugido. Awda se peleaba con el jefe de los drusos. Lawrence y Muhammad al-Daylan los separaron, y alguien llevó al druso a otra habitación. Awda, con la cara ensangrentada y las largas crenchas sobre los ojos, estaba ciego de rabia. Le

sujetaron a una butaca dorada en la pomposa sala de ceremonias, y le dejaron chillar hasta que enronqueció. Temblaba, se sacudía y buscaba un arma. El druso le había golpeado y juraba lavar con sangre aquella ofensa. Zaal colaboró en el esfuerzo de calmarle. Transcurrió una hora antes de que arrancasen a Awda la promesa de dilatar su venganza hasta tres días más tarde.

Lawrence hizo salir al jefe druso de la ciudad rápidamente y en secreto. A su vuelta, Abd al-Qadir y Nasir se habían ido. Lawrence llevó a Shukri en el Rolls-Royce en paseo triunfal por las calles, más llenas que antes. Damasco

estaba loca de alegría. Los hombres lanzaban al aire sus feces, las mujeres se arrancaban los velos; desde las casas se lanzaron flores, y colgaduras y alfombras cubrieron la calzada. Desde detrás de las celosías de los harenes, los perfumes salpicaron a los ocupantes del automóvil.

Los desvirches corrieron detrás y delante de ellos, aullando y cortándose con cuchillos en su frenesí, y de la multitud surgió un grito rítmico, que recorrió como una ola toda la ciudad: «¡Faysal, Nasir, Shukri, Awrans!». Chauvel, como Barrow, carecía de instrucciones sobre lo que debían hacer con Damasco y se alivió al enterarse de

que se había designado un gobierno árabe. Lawrence le rogó que mantuviera a los australianos en las afueras, porque los musulmanes celebrarían tales fiestas aquella noche, que podrían pervertir a sus soldados. Chauvel le preguntó la conveniencia de hacer una entrada formal al otro día. Ciertamente.

Dentro y fuera de Damasco esperaban a ambos tareas mucho más importantes que aquellos actos de ceremonial. Lawrence corrió al Ayuntamiento en busca de Abd al-Qadir y su hermano. No habían reaparecido y el criado que envió a su casa recibió la seca información de que estaban durmiendo. Lawrence escuchó a su

mensajero mientras comía un yantar improvisado con el emir Nuri y Shukri, entre otros, sentados en sillas doradas, en la mesa dorada del charro comedor municipal. Indicó al criado que los argelinos habían de acudir inmediatamente o los irían a buscar.

El anciano emir le preguntó qué se proponía. Expulsar a Abd al-Qadir y su hermano. ¿Avisaría a las tropas inglesas? Tal vez habría de hacerlo, con el inconveniente de que tal vez no quisieran irse después. El emir reflexionó. «Tendrás a los Ruwalla para hacer todo lo que quieras. Ahora mismo», dijo. Fue a congrega a su tribu. Los argelinos fueron al Ayuntamiento

con sus guardias de corps y con expresión asesina. En el camino los interceptaron el emir y sus hombres; Nuri Said con las tropas árabes regulares ocupaba la plaza, y en el Ayuntamiento, aguardaba Lawrence, con sus fieles servidores apostados en la antesala. Estaban perdidos, pero la entrevista fue tempestuosa.

Lawrence, a fuer de representante de Faysal, anuló su gobierno, nombró a Shukri gobernador militar hasta el retorno de Alí Riza, declaró a Nuri Said general y designó también un jefe de seguridad pública y un ayudante general. Muhammad Said denunció a Lawrence como cristiano e inglés, y pidió a Nasir,

que había sido huésped suyo y de su hermano, y que ignoraba su traición, que se hiciese valer. El interpelado, que no entendía nada, se quedó quieto y abrumado. Abd al-Qadir maldijo a Lawrence, dominado por la pasión. El injuriado no le hizo caso, lo cual exasperó más al argelino, que se abalanzó sobre él empuñando una daga.

Como un rayo, el viejo Awda, todavía furioso por la afrenta de la mañana y ansioso de pelea, se abalanzó sobre él. Amaba y confiaba en Lawrence tanto como aborrecía y desconfiaba de Abd al-Qadir. Habría destrozado al argelino con sus grandes manos, pero le sujetaron una vez más. Abd al-Qadir se

aterró. EL emir Nuri concluyó el encuentro con su habitual laconismo: los hombres de la tribu Ruwalla estaban incondicionalmente a disposición de Lawrence. Los argelinos se fueron como un ciclón. Pensó Lawrence que se debía fusilarlos, pero prefirió no mancillar el primer día del gobierno árabe con unas muertes políticas.

Entre todos organizaron la administración ciudadana y provincial. El tránsito de la guerra a la paz, sabía Lawrence, era siempre difícil, y los rebeldes, sobre todo los rebeldes victoriosos, solían ser malos súbditos y peores gobernantes. Faysal tendría el desagradable deber de rechazar a sus

compañeros de campaña y sustituirlos por funcionarios del antiguo gobierno otomano, gente firme y de pocas luces, cuya estolidez no les había permitido sublevarse y que trabajarían para el régimen árabe con la misma firmeza y pocas luces. Nasir no lo comprendió, pero Nuri Said y el emir Nuri lo sabían muy bien.

Buscaron personal sin demora y empezaron la organización administrativa más imprescindible. Una fuerza policíaca. Suministro de agua (los conductos estaban llenos de cadáveres humanos y animales). Electricidad, importantísima, porque la iluminación callejera sería inicio patente de que la

paz se había restablecido; y lució aquella misma noche. Limpieza y sanidad: las arterias públicas mostraban las reliquias de la huida otomana: vehículos estropeados, impedimenta, animales muertos y víctimas del tifus y la disentería. Nuri Said destinó barrenderos a tal tarea, distribuyó sus escasos médicos a los hospitales y se comprometió, dentro de lo factible, conseguir medicamentos y material sanitario. Una brigada de bomberos: los alemanes habían destrozado sus vehículos y los almacenes aún ardían; se repartieron voluntarios para que volasen los edificios próximos a los incendios con el fin de evitar que el fuego se

propagara. Las cárceles: los guardianes y los presos habían desaparecido, por lo que Shukri dictó una amnistía general. Disturbios públicos: se desarmaría poco a poco a los ciudadanos o, al menos, se los convencería de que no fuesen armados por las calles. Beneficencia: los pobres estaban medio muertos de hambre desde hacía algún tiempo y se distribuirían entre ellos los alimentos que se salvaran de los almacenes en llamas.

El abastecimiento general. Damasco carecía de reservas alimentarias y el hambre reinaría si no se atendía al problema inmediatamente. Sería fácil obtener de momento víveres de las

aldeas de los contornos si se restablecía la confianza, se custodiaban los caminos y carreteras, y los animales de transporte robados por los turcos se reemplazaban con los que se les habían tomado. Los británicos se negaron a ello y los árabes hubieron de ceder los suyos a la ciudad. El ferrocarril para abastecerse de alimentos. Se debían reclutar inmediatamente guardaagujas, maquinistas, fogoneros, dependientes y personal de servicio de tren y de estación. El sistema telegráfico: había que reparar las líneas y nombrar directores. Finanzas: los australianos habían saqueado millones de libras en billetes turcos y los habían depreciado

lanzándolos por todas partes. Un soldado había regalado uno de quinientas al muchacho que le había guardado el caballo durante tres minutos. Lo que quedaba del oro británico de Aqaba se empleó para estabilizar la moneda a bajo precio de cambio, pero, como habría que fijar otros precios, sería necesario un sistema de impresión para lanzar moneda nueva.

Se requería un periódico que restaurara la confianza pública. Chauvel exigió forraje para sus cuarenta mil caballos; si no se lo entregaban, lo tomaría por la fuerza. Los árabes podían esperar poco de Chauvel y la libertad de Siria dependía de mantener el contacto.

Tres militares ingleses que sabían árabe, y habían estado con él en la expedición de Aqaba, ayudaron a Lawrence, Shukri, etc., en aquella apresurada organización. Lawrence había tenido la intención de montar una fachada más que un edificio sólido, pero el alocado trabajo de aquella tarde fue tan eficaz que, cuando se marchó a los tres días, los sirios tuvieron un gobierno que duró dos años sin consejo foráneo, en un país arrasado por la guerra y contra la voluntad, por lo menos, de uno de los aliados ocupantes.

Lawrence escribe:

«Más tarde, trabajando a

solas en mi habitación, y pensando con toda la claridad que permitían los turbulentos recuerdos de la jornada, los almuédanos lanzaron al aire la convocatoria a la última oración, en la húmeda noche, por encima de la iluminación de la ciudad en festejos. Uno, de voz dulce y resonante, invadió mi ventana desde una mezquita próxima. Sin advertirlo, repetí sus frases: “Dios es grande. Atestiguo que no hay más dios que Dios; y Mahoma es el profeta de Dios. Acudid al rezo; acudid a la salvación. Dios es

grande. No más dios que Dios”.

”Hacia el final, el tono de su voz descendió, casi como si hablara, y añadió con suavidad: “Y Él ha sido muy bueno con nosotros el día de hoy, oh gente de Damasco”. El vocerío se extinguió, porque todos parecieron someterse a la llamada a la oración en su primera noche de libertad perfecta».

Con este pasaje, Lawrence cierra la popular versión abreviada de Las siete columnas de la sabiduría, su gran libro,

pero casi haciendo trampa, porque había algo más:

«Mientras que mi magín, en aquella pausa abrumadora, me reveló mi soledad y falta de razón en su movimiento; puesto que sólo para mí, de todos los oyentes, era el suceso lamentable y la frase desprovista de significado».

Se refiere, creo, a la extinción del motivo personal que le había mantenido vivo en las pruebas inimaginables de su misión, y a su vergüenza de haber

engañado a los árabes con lo que
semejaba el fraude más burdo.

XXVIII

Podría dormir por primera vez en varios días. Casi inmediatamente le despertaron con la noticia de que Abd al-Qadir se había sublevado. Avisó a Nuri Said, contento de que aquel chiflado excavase su tumba. El argelino había congregado a sus adeptos, les había contado que los miembros del nuevo gobierno eran títeres de Inglaterra y los exhortó a descargar un golpe en pro de la religión cuando todavía tenían tiempo de hacerlo. Sus seguidores le creyeron y corrieron a armarse. Consiguieron la asistencia de los drusos,

furiosos de que Lawrence se hubiera opuesto a recompensar sus servicios; se habían unido a la rebelión demasiado tarde para que resultasen útiles. Unos y otros se pusieron a saquear establecimientos.

Lawrence y Nuri Said, en cuanto amaneció, empujaron sus hombres desde los suburbios hacia los distritos del río en el centro de Damasco. Las ametralladoras que había en ellos formaron una valla de balas que se aplastaban en las paredes y cerraron el paso. Capturaron a Muhammad Said y le encarcelaron. Abd al-Qadir huyó a su aldea del Yarmuk. Los drusos, expulsados de la ciudad, dejaron fusiles

y caballos en manos de los damascenos enrolados como guardias cívicos. Al mediodía todo estaba en paz y se reanudó el tráfico callejero y los vendedores pregonaron, como antes, golosinas, bebidas heladas, flores y banderitas árabes carmesíes.

Lawrence telefoneó a Chauvel al comenzar la contienda y el general ofreció sus soldados sin vacilar. Le dio las gracias y le pidió una compañía de caballería para que se agregase a la que ya estaba estacionada en el principal cuartel turco. Por si acaso. No fueron necesarias. Los más impresionados fueron los corresponsales de guerra. Una de las descargas de las ametralladoras

dio en la pared de su hotel, y al punto telegrafiaron a sus periódicos, sin cerciorarse de la verdad, escalofriantes noticias basadas en rumores descabellados.

Allenby, que continuaba en las inmediaciones de Jerusalén, pidió a Lawrence que confirmase las mortandades descritas por los periodistas, y él le remitió la lista de bajas: cinco muertos y diez heridos.

Reemprendió la organización de los servicios públicos. El cónsul español, que representaba los intereses de diecisiete naciones y había buscado en vano una institución gubernamental con que hablar, le visitó. Lawrence se

felicitó de la ocasión que se le ofrecía de usar los vehículos internacionales para demostrar la autoridad de un gobierno que él había creado con audaz iniciativa propia. Al mediodía un médico australiano le imploró en nombre de la humanidad que recordase al hospital turco. Lawrence revisó mentalmente los tres que dependían de los árabes —militar, civil y misional—, y le aseguró que todos estaban atendidos lo mejor que se podía dadas las circunstancias. Los árabes no podían inventar medicamentos y Chauvel se negaba a cederles parte de los suyos. El médico le describió una enorme extensión de edificios sucios, sin

doctores ni sanitarios, rebosantes de muertos y agonizantes, víctimas sobre todo de la disentería y el paratífus, pero, así lo esperaba, ni de la fiebre tifoidea ni el cólera.

Lawrence se preguntó si se referiría al cuartel otomano en que se habían estacionado a las dos compañías australianas. ¿Hay centinelas en las puertas?

—Sí, ése es el sitio —dijo el médico—. Está lleno de otomanos enfermos.

Lawrence fue al cuartel y gritó en la amplia entrada. Su voz resonó en los pasillos polvorientos. Según el centinela con quien había hablado, sacaron la

víspera de allí millares de prisioneros y los llevaron a un campo de extramuros. Desde entonces, nadie había entrado ni salido. Lawrence pasó a un vestíbulo cerrado. Hedía a muerto. Y, en efecto, había un montón de ellos, en uniforme o desnudos. Llevarían dos o tres días en aquel lugar. En una gran sala, en la que oyó un gemido, había lechos y más lechos con cadáveres. Siguió adelante y en algunas camas se alzaron varios brazos, y sonó un murmullo: «¡Piedad, piedad!».

Lawrence corrió al jardín, donde los australianos tenían los caballos y pidió ayuda. No podían ayudarle. Kirkbride, joven oficial inglés que iba con él desde

Tafilea y había intervenido en la lucha contra los rebeldes argelinos y drusos, explicó que se rumoreaba que había médicos turcos en el piso. Abrieron una puerta y hallaron varios en camisa de noche, preparando café. Lawrence les ordenó separar los muertos de los vivos, y entregarle una lista con la cantidad de unos y otros al cabo de una hora. Kirkbride, alto, de gruesas botas y revólver pronto, vigilaría la operación.

Lawrence habló con Alí Riza, el gobernador, que se había escapado de los otomanos, y consiguió de él que enviase uno de los cuatro médicos árabes al cuartel. Los cincuenta enfermos más válidos tuvieron que

cavar una fosa en el patio trasero, trabajo cruel para hombres tan débiles, pero necesario. El doctor árabe informó que había cincuenta y seis muertos, doscientos moribundos y setecientos poco graves. Dos más fallecieron mientras los enterraban. Los australianos protestaron que aquél no era sitio para un cementerio, y que la fetidez los echaría del jardín... Lawrence encontró cal viva y la desparramó sobre los cuerpos sin vida. A medianoche, pudo regresar al hotel. Kirkbride haría tapar la tumba común.

Durmió por fin. Por la mañana, todo había mejorado en Damasco. Circulaban los tranvías, las tiendas estaban abiertas

y se recibía de los alrededores grano, hortalizas y fruta. Se habían regado las calles para retener el polvo, pero no se remediaría con ello el mal que habían hecho tres años de tráfico militar pesado. Soldados británicos transitaban desarmados. Se reparó la comunicación telegráfica con Palestina y Beirut. Le molestó enterarse de que los árabes habían conquistado esta última ciudad la víspera por la noche, porque en fecha tan lejana como la de las operaciones de al-Wachh les había avisado que cediesen Beirut y el Líbano a los franceses, y que tomasen el puerto de Trípoli, situado a ochenta kilómetros más al norte.

Incluso el hospital había mejorado. Los cincuenta prisioneros, con el nombre de «ordenanzas», lo habían adecentado; recorrieron las salas, lavando a los enfermos. Habían retirado el ajuar de una, fregado su suelo y empleado desinfectante. Los pacientes menos graves serían trasladados a ella y se higienizaría la suya. Al cabo de tres días el hospital sería aceptable.

Estaba proyectando otras mejoras, cuando le abordó un comandante del cuerpo médico del ejército británico, quien le preguntó sin preámbulos si sabía inglés.

—Sí.

El comandante miró con disgusto sus

faldas y sandalias.

—¿Dirige esto?

—En cierta manera.

—¡Escandaloso, ultrajante, desdichado, debieran fusilarle...! — chilló el comandante.

A aquel exabrupto inesperado, Lawrence, que tenía los nervios de punta, se rió como un loco. Se había enorgullecido de haber recompuesto lo que no parecía tener arreglo. El médico británico no había presenciado el espectáculo dantesco, ni percibido el hedor, ni ayudado a sepultar los cadáveres putrefactos. Le propinó, en cambio, una bofetada y se fue.

Ante su hotel, una multitud compacta

se apiñaba alrededor de un Rolls-Royce gris, muy familiar. Lawrence corrió hacia Allenby. El general le saludó y le felicitó por haber organizado gobiernos árabes en Dara y Damasco. Refrendó a Alí Riza como gobernador militar y estableció los ámbitos correspondientes a Faysal y Chauvel. Accedió a encargarse del hospital-cuartel y del ferrocarril. En diez minutos se disiparon las dificultades. La confianza, decisión y amabilidad de Allenby eran como un sueño agradable.

Arribó de Dara el tren de Faysal y, en medio de atronadores vítores, que, a medida que avanzaba, se oían con más fuerza por la ventana, visitó a Allenby.

Lawrence fue el intérprete en el primer encuentro de sus dos jefes. Allenby le pasó un telegrama, recién recibido y destinado al príncipe, en el que el gobierno británico reconocía el status beligerante de los árabes. Nadie entendió lo que significaba ni en inglés ni en lengua arábiga, y Faysal, con los ojos aún brillantes de lágrimas por la acogida de la multitud, lo dejó a un lado para satisfacer la ambición de un año: agradeció a Allenby su confianza, que había contribuido a la victoria de su pueblo. «Contrastaban de modo extraño —escribe Lawrence—. Faysal de ojos grandes, descolorido y gastado como una daga bella; Allenby, gigantesco,

encarnado y alegre, representante idóneo de la potencia que había rodeado el mundo con una guirnalda de humor y comportamiento autoritario».

La entrevista se acabó a los pocos minutos. Ido Faysal, Lawrence hizo a Allenby su primera y última petición personal: que le permitiera irse. El general se negó durante algún tiempo, pero Lawrence le señaló que los árabes pasarían de la guerra a la paz con más facilidad si desaparecía su influencia. Entendió Allenby y le concedió el permiso. Entonces, de pronto, Lawrence comprendió cuánto sentía irse.

Se despidió de su amigos árabes. Entre los que fueron a decirle adiós

figuró Chauvel, quien le agradeció cordialmente todo lo que había hecho por él. Se marchó en un Rolls-Royce. Durante más de un año, grupos de sus amistades frecuentaron los aeródromos con la esperanza de que retornase. Molestó a los oficiales de la Air Force que, al aterrizar, una reducida turba corriera siempre hacia sus aparatos y se apartase de ellos desilusionada, exclamando:

—¡No Awrans!

XXIX

Regresó a Londres, tras cuatro años de ausencia, el 11 de noviembre de 1918, día del armisticio. Acompañó a Faysal, que llegó unas semanas después, en un recorrido por Inglaterra y luego a la Conferencia de la Paz, que se celebraba en París. El Foreign Office le había nombrado miembro de la delegación británica. Empleó la misma extraordinaria energía que aplicó para ganar la guerra en el desierto en vencer en la lucha de la Cámara del Consejo. Pero presintió que era una causa perdida.

Los franceses complicaron las cosas desde el principio, negándose a reconocer a Faysal como gobernante de Damasco y otras provincias sirias, que deseaban dominar.

Y la posición del príncipe árabe pecaba de insegura. Se consentía que participase en las discusiones como representante del «aliado». Husayn, jerife y padre suyo, al cual se le reconocía únicamente el derecho de denominarse rey de Hichaz (la provincia santa y el litoral del mar Rojo hasta Aqaba). Todas las materias oficiales se tratarían en su nombre, aunque no se habló en absoluto de Hichaz en la Conferencia de la Paz. En cambio, se

discutió sobre Siria y Mesopotamia, en las cuales Francia no reconocía autoridad alguna al jerife. Hubiera sido todo más fácil si Husayn y Faysal hubiesen estado de acuerdo, pero el ambicioso y mezquino anciano sentía celos de su hijo. Quería regir un gran imperio religioso compuesto de las regiones arabófonas de la Sublime Puerta, y que La Meca fuese su capital.

Durante la guerra había sido prudente no llevarle la contraria, en beneficio de la rebelión árabe; pero, firmado el armisticio, Lawrence planeó ponerle en el lugar debido sin alborotos. La Meca era la peor ciudad del orbe islámico, vivero de fanatismo religioso

(y, también, de vicio), y, a causa de su santidad y de su alejamiento de Siria y Mesopotamia, no podía transformarse en la metrópoli de un estado ilustrado. Asimismo, el desierto (porque La Meca era el desierto) jamás podría gobernar las tierras pobladas, que se abrían a la civilización moderna. El desierto sería siempre bárbaro y primitivo.

Sir Henry McMahon, que, en su calidad de alto comisario de Egipto había concluido el primer tratado con Husayn, por el que entró en la guerra a favor de los aliados, me ha hablado de Lawrence en París.

—Me designaron miembro de la delegación británica, en lo concerniente

a Siria, Palestina y Mesopotamia, para que informase de la opinión de aquellos países sobre los gobiernos que preferirían y de la posibilidad de contentarlos en tal sentido. Noté en París que nadie entendía lo que estaba ocurriendo; ni siquiera encontré a mis colegas. La única persona que parecía conocer todo y a todos, y tener acceso a los Tres Grandes —Clemenceau, Lloyd George y Woodrow Wilson—, era Lawrence. No sé cómo se las arreglaba, pero entraba y salía de sus habitaciones privadas como Perico por su casa. Como era él solo, hombre que dominaba la cuestión geográfica y racial de Oriente, supongo que se alegrarían de

consultarle. Descubrió mis colegas inmediatamente, salvo al delegado de Francia, que, posiblemente, no pretendía que asistiera, porque no le nombraron ni le nombrará. Por lo tanto, el asunto quedó en agua de borrajas.

Lawrence confió en Lloyd George, con el que compartía la simpatía a las naciones pobres u oprimidas, y le expuso con sencillez el problema. La independencia árabe había nacido en el desierto, como todos los grandes movimientos de aquel pueblo; pero hubo de estabilizarse así que llegó a las tierras, de población arraigada, de Siria y Mesopotamia. El desierto ha hecho siempre esfuerzos magníficos que han

acabado en nada. Quería que Damasco fuese el centro firme de la nueva independencia árabe, y la metrópoli de Faysal como primer gobernante de un estado sirio. Los franceses, como lo estipulaba el tratado de Sykes-Picot, habrían de limitar sus posesiones a Beirut, el Líbano y la costa septentrional siria, con el privilegio de asesorar a Damasco si sus administradores lo requerían.

Mesopotamia sería otro Estado árabe, o tal vez dos, y, al cabo de unas generaciones, cuando hubiesen comunicaciones viarias, ferroviarias y aéreas, y con ellas se hubiesen unido las provincias más civilizadas, podrían

crearse unos Estados Unidos de Arabia. Lawrence recomendó que no se fomentase una confederación temprana; tampoco había que impedirla. Que se dejase al desierto en libertad para que arreglase las cosas a su manera, sin interferencia de las regiones árabes pobladas o del resto del mundo.

Tal vez Lloyd George hubiese accedido a aquello, pero, por desgracia, el tratado de Sykes-Picot había situado a Mosul en la esfera de la influencia francesa. Aunque eso no conturbó a Lawrence, la cláusula ponía en peligro la ocupación militar de Mesopotamia que el gobierno imperial, luego de haber conquistado Bagdad con enormes

sacrificios, se proponía transformar en provincia administrada por Gran Bretaña. Así pues, presentado el caso al Comité de los Diez —Clemenceau y Pichón (Francia), Lloyd George (Inglaterra), Montagu (Gobierno de India), Sonnino (Italia) y otros—, se permitió que los franceses adoptaran en el caso de Siria la misma actitud equívoca que los británicos en el de Mesopotamia. Lawrence, como intérprete de Faysal, asistió a aquella importantísima reunión y habló en árabe, francés e inglés. Hubo un incidente divertido. Pichón, en su discurso, mencionó a san Luis y los derechos de Francia en Siria durante las cruzadas.

Faysal, sucesor de Saladino, le indicó:

—Perdone, señor Pichón, ¿cuál de nosotros ganó las cruzadas?

Se discutieron las promesas contradictorias que el emir Nuri había expuesto a Lawrence, y finalmente, al cabo de meses de intriga, parece que Faysal y Clemenceau llegaron a un acuerdo secreto. Aquél, con la ayuda de Francia, regiría desde Damasco la mayor parte de la Siria interior; los franceses se quedarían con Beyrut y el litoral sirio. Se concedió, bajo la tutela británica, un hogar palestino a los judíos. Gran Bretaña se reservó toda Mesopotamia y condenó, previamente, toda agitación en favor de la

independencia árabe. No se hizo público aquel acuerdo, si lo fue, durante la Conferencia de la Paz; mas Faysal regresó a Siria y lo acordado comenzó a dar señales de vida.

Lord Riddell ha tenido la amabilidad de contarme lo siguiente:

—Tras el debate final en Versalles, hablé con Faysal y Lawrence. Éste atribuyó al príncipe esta observación: «En el desierto, cuando se encuentra una larga caravana, se ve que cada camello está atado, por la cuerda que le pasa por la nariz, a la cola del que le precede; pero, cuando se llega a un manantial, después de una larga jornada, se descubre que un burrito guía la reata».

Eso quería decir, desde luego, que los estadistas eran torpes, de mente roma, y los líderes, astutos, pero superficiales.

Lawrence estaba descontento del resultado de la Conferencia de la Paz, como lo prueba su carta a *The Times* de 1920, que se presenta en el apéndice B. Al llegar a Inglaterra, había rechazado las condecoraciones que se le ofrecieron. Según la versión que me dio meses después, explicó personalmente al rey que su intervención en la rebelión árabe le deshonoraba, y también deshonoraba a su patria y su gobierno. Obedeciendo órdenes, había dado a los árabes falsas esperanzas; agradecería mucho que le exonerasen de aceptar

galardones por haber realizado también aquella estafa. Con respeto como súbdito, pero con firmeza como individuo, se proponía por todos los medios, lícitos o ilícitos, luchar hasta que el gobierno de Su Majestad llegase a un acuerdo equitativo con los árabes. Según esto, a lo que Lawrence no agregó nada cuando, hace poco tiempo, le sometí mi versión para que la autentificase, el soberano, aunque se resistió a creer que los ministros de la corona fuesen capaces de jugar con dos barajas, respetó sus escrúpulos y consintió en que renunciara a las condecoraciones. Lawrence manifestó su agradecimiento, y devolvió asimismo

sus galardones extranjeros con una exposición de sus motivos para hacerlo.

Lord Stamfordham, secretario privado del rey, a quien he pedido autorización para publicar el párrafo anterior, ha tenido la bondad de consultar al soberano sobre lo que recuerda de la entrevista.

—Su Majestad no se acuerda de que las palabras del coronel Lawrence fuesen las que usted registra. Al pedir licencia para rehusar las condecoraciones que se le brindaban, el coronel Lawrence explicó sucintamente que había hecho ciertas promesas al rey Faysal. Como esas promesas no se habían satisfecho, y era muy posible que

debiera luchar contra las fuerzas británicas, era evidentemente imposible e inadmisibile que llevase condecoraciones de Gran Bretaña. El monarca no recuerda que el coronel Lawrence declarase que su intervención en la rebelión árabe fuese deshonrosa para él, su patria y el gobierno.

Fue a El Cairo, terminándose ya la Conferencia de la Paz, a recoger sus diarios y fotografías del período bélico, y en Roma se estrelló el Handley-Page en que iba. Murieron los dos pilotos. Lawrence, aparte otras heridas, se fracturó tres costillas y una clavícula. En París empezó a redactar *Las siete columnas de la sabiduría*, libro del que

se tratará en el próximo capítulo. Le desmovilizaron en junio de 1919 y, clausurada la Conferencia de la Paz, vivió en Londres hasta el mes de noviembre del mismo año, cuando le concedieron una beca de investigación por un septenio en el All Souls College de Oxford. Pasó el año de 1920 en Londres.

Mientras tanto, hubo evoluciones políticas. Retirado Clemenceau, se endureció la actitud del gobierno francés con Siria, y el acuerdo, que había existido aparentemente, se transformó en velado estado de guerra. Pronto se iniciaron las hostilidades y Faysal, que no resistió, fue expulsado de Damasco.

Se trasladó a Palestina y luego a Italia e Inglaterra, donde pidió ayuda al gobierno británico. No podía hacerse nada en su favor. Regresó a La Meca. Vivió en aquella ciudad hasta que, por mediación de su padre, elementos influyentes de Bagdad le invitaron a visitar Mesopotamia como su candidato para ocupar el trono vacante del país. Se aseguró de que el gobierno británico vería con buenos ojos que aceptase, y se le coronó en Bagdad en presencia de *Sir Percy Cox*, alto comisario inglés.

Luego de la expulsión de Faysal de Damasco, parecieron concretarse los temores de Lawrence: había embriagado a los árabes con falsas ilusiones y no

había logrado para ellos un mínimo grado de independencia. Pero no se desanimó. En febrero de 1921, se agudizó tanto la crisis de Mesopotamia, que los asuntos del Oriente Medio se encargaron al Colonial Office y se nombró jefe de éste a Winston Churchill. El nuevo ministro ofreció a Lawrence el puesto de consejero y le prometió un trato justo si colaboraba con él. Lawrence aceptó con la condición de que se cumplieran, al fin, las promesas que había hecho a los árabes. Sus medios, «lícitos o ilícitos», se expresan en la siguiente carta, en la que contestó a preguntas mías sobre sus razones e intenciones en ese período oscurísimo:

«Los hechos de La Meca habían cambiado mucho entre junio de 1919, cuando el ministerio de coalición se mostró, en mi opinión, opuesto a seguir una línea liberal en el Oriente Medio, y marzo de 1921, en que el señor Winston Churchill tomó las riendas. La City se hundía. La prensa, con la colaboración de muchas personas, incluida la mía, atacaba los gastos de nuestros compromisos del período de guerra en Asia. La falta de flexibilidad y sutileza de lord Curzon había complicado una

situación de por sí difícil a causa de la revuelta en Mesopotamia, el disgusto de Palestina, el desorden de Egipto y el desmembramiento continuo de la Turquía nacionalista. Por lo tanto, el gabinete estaba medio dispuesto a renunciar a nuestras responsabilidades en el Oriente Medio: evacuar Mesopotamia, “milnerizar”. Egipto y, quizá, entregar Palestina a otra nación. El señor Churchill estaba decidido a encontrar procedimientos para que no hubiese un cambio tan grande de la tradicional actitud

británica. Yo estuve de acuerdo con él, más aún, creo que llegué más lejos que el ministro en mi deseo de que el imperio británico tuviese tantos dominios “negros” como “blancos”. Triste será el día en que nuestro Estado deje de crecer».

(Cuesta conciliar a Lawrence que escribió la última frase con el Lawrence nihilista, sin predilecciones nacionales; pero los dos son Lawrence —o, mejor, Shaw—, y se puede elegir el que más guste).

El Ministerio de la Guerra (bajo *Sir* Henry Wilson) abogaba con fuerza por retirarse de Mesopotamia, ya que el costo mínimo de la ocupación militar ascendía a veinte millones de libras esterlinas anuales. Churchill convenció a Hugh Trenchard, jefe del estado mayor del Aire, de que se responsabilizase de reducir por lo menos aquella cantidad en cuarto. La Royal Air Force se utilizaría en vez de fuerzas del ejército y el jefe de la aviación mandaría todos los contingentes de Iraq. Aquello era una novedad para los aviadores, pero Trenchard confiaba en sus subordinados. Y Lawrence, que defendió aquel cambio

con toda su alma, creyó que aquella responsabilidad acrisolaría a la nueva arma. (¡Lawrence de nuevo con su objetivo!).

Esta política podría aplicarse sólo si la acompañaba cierta medida de gobierno árabe independiente, consistente en un tratado entre Iraq (nombre arábigo de Mesopotamia) y Gran Bretaña, y no en un mandato. El gobierno accedió tras graves discusiones y la nueva política aportó la paz.

«Desde la firma del tratado con Iraq, los millares de bajas

británicas e indígenas, anteriores a ella, se han reducido a unas decenas. El gobierno árabe, si bien no está libre de las enfermedades de la infancia, mejora sin cesar en competencia y fe en sí mismo. Hay una reducción constante del personal británico. La independencia económica despunta en el horizonte. Nos proponemos que se admita el país en la Sociedad de las Naciones. Esperamos que continuará relacionándose con Gran Bretaña por las manifiestas ventajas de un

íntimo contacto con una empresa tan importante como el imperio británico.

”Dije a Lloyd George en París que Bagdad sería el centro de la independencia árabe, no Damasco, porque espera a Mesopotamia un gran futuro y el desarrollo posible de Siria es limitado. Tiene ahora cinco millones de habitantes; Iraq, tres. Pero Siria tendrá siete cuando Iraq cuente con cuarenta. Concebí Damasco como capital de un Estado árabe durante unos veinte años. Cuando los franceses la

tomaron hace veinticuatro meses, hubimos de transferir inmediatamente el foco del nacionalismo árabe a Bagdad, cosa difícil, porque, durante la guerra y el armisticio, la política británica local reprimía severamente todo sentimiento nacionalista.

”Creo tener cierta parte de mérito en la pacificación que el señor Churchill ha logrado en el Oriente Medio, porque se apoyó en el conocimiento y la energía que poseo. Suyos fueron la imaginación y el valor de empezar de nuevo, y la destreza

y el dominio del procedimiento para llevar a cabo, pacíficamente, su revolución política en el Medio Oriente y Londres. Cuando, en marzo de 1922, empezó a funcionar, comprendí que había triunfado en lo que me había propuesto. Los árabes tenían una oportunidad y debían aprovecharla, si eran listos, para cometer errores y escarmentar con ellos. Mi objetivo fue siempre que anduvieran con sus pies. Había concluido el período de llevarlos de la mano. Por eso,

abandoné la política y me alisté. Mi trabajo había terminado, como escribí a Winston Churchill, al despedirme de persona tan amable conmigo, que pareció más un compañero de edad que un jefe. Lo que hice para él en 1921 y 1922 me parece, visto de modo retrospectivo, el mejor trabajo de mi vida. En cierto modo, a mi juicio, repara los riesgos inmorales e injustificables a que expuse la existencia y la felicidad ajenas en 1917 y 1918.

”Cierto. Iraq era lo

importante, porque no podía haber sino un solo centro de nacionalismo árabe, o, mejor, no debía haberlo, y era justo que estuviese dentro de la esfera británica y no dentro de la francesa. Pero, en esos años, decidimos cortar los subsidios a los jefes árabes y establecer un muro alrededor de Arabia, tierra que debe ser reserva del individualismo arábigo. Mientras la escuadra vigile sus costas, Arabia tendrá ocasión de resolver su destino complejo y fatal.

”Y, claro, de esa manera

hemos sentenciado al rey Husayn. Le ofrecí un tratado en el verano de 1921, que hubiera conservado Hichaz para él, si hubiese renunciado a sus pretensiones hegemónicas sobre otras regiones árabes. Pero se aferró al título que se había irrogado de «rey de los países arábigos». Por eso Ibn Saud de Nach le depuso y reina en Hichaz. Ibn Saud no es un sistema: es un déspota que gobierna con un dogma. Por consiguiente, le apruebo, como estoy dispuesto a aprobar todo lo que en Arabia sea

individualista, espontáneo y asistemático.

”El señor Churchill se mostró moderado en Palestina para obtener la paz, mientras se verifica el experimento sionista. Y en Transjordania ha cumplido nuestras promesas a los rebeldes árabes, y ha ayudado a los jefes locales a formar un principado tapón, entre Palestina y el desierto, cuya presidencia nominal ostenta Abd Allah, hermano de Faysal.

”Por tanto, como he dicho, he conseguido todo lo que quería (para otros) —la

solución de Churchill sobrepasó mis esperanzas más ambiciosas— y he abandonado el juego. Ignoro si el espíritu nacional árabe es permanente y fértil para convertirse en un Estado moderno en Iraq. Quizá sí. Nuestro honor nos obliga a dar esa oportunidad. Su éxito empujaría a los sirios a un experimento similar. Deseo que Arabia se inhiba de los movimientos de los lugares poblados, como Palestina, si los sionistas salen bien del paso. El éxito de éstos vigorizaría enormemente el

desarrollo material de Siria e Iraq.

”Le pido que puntualice en su libro, si emplea toda esta carta, que desde 1916 en adelante, y sobre todo en París, me opuse a la idea de una confederación árabe, que se formase políticamente antes de convertirse en realidad comercial, económica y geográfica por la lenta presión de muchas generaciones; que procuré ofrecer a los árabes la posibilidad de establecer gobiernos provinciales en Siria o Iraq; y que, a mi parecer,

Winston Churchill ha satisfecho perfecta y honrosamente nuestras obligaciones de guerra y mis esperanzas».

Poco hay que agregar a la anterior explicación. Los franceses han tenido muchas preocupaciones en Siria desde la marcha de Faysal. Sus métodos represivos les han metido en una guerra con los drusos y en un bombardeo destructor de Damasco. Y en gastos onerosos en la administración de la provincia.

Faysal, seguro en su trono de Bagdad, ha enviado su hijo a una

escuela inglesa; así, cuando le suceda, se mantendrán cordiales las relaciones entre Iraq y Gran Bretaña. Zayd, por su edad, pudo ingresar como estudiante de primer curso en el Balliol College, de Oxford. Remó en el segundo «Torpids» y, al curso siguiente, pidió perdón por telégrafo al director de Balliol por su retraso: Faysal había enfermado y consideró deber suyo gobernar como regente hasta que se curó. Abd Allah de Transjordania, al este del Jordán y al sur del río Yarmuk, con una salida al mar Rojo en Aqaba, se divierte aún haciendo bromas y jugarretas; administra bien su reino (Alí Riza fue su primer ministro), aunque los ciudadanos y los pueblerinos

se quejan de que no cobre con rigor los impuestos a las tribus seminómadas. No se interprete esto como debilidad del monarca, pues cuando el viejo Awda, en el borde de sus dominios, se negó a pagar los tributos en un mensaje insolente, le prendió y encarceló en Ammán. Claro que Awda, por ser quien era, se evadió; pero había aprendido la lección y tributó como debía. El viejo guerrero murió de cáncer este año. Su amuleto le había protegido en las batallas. Y, como Lawrence había vaticinado, la Edad Media de la frontera del desierto se fue con él.

Abd Allah llegó a Transjordania con la idea de guerrear contra los franceses,

para vengar la expulsión de su hermano. Ha suspendido sus intenciones hostiles. Se cuenta una anécdota sobre él. En 1921, encontró a dos curas católicos de Francia difundiendo propaganda antibritánica. Los echó de su reino y los sustituyó con dos misioneros presbiterianos estadounidenses. Hubo una enérgica protesta del Vaticano y Abd Allah repuso inocentemente que ignoraba las diferencias que había entre las sectas cristianas. Lawrence estaba entonces con él, lo cual nos permite dudar de su veracidad.

La extraordinaria desaparición de una apisonadora, en la frontera palestina, encontrada más tarde

abandonada cerca de dicha frontera, después de alisar muchas carreteras transjordanas, puede atribuirse casi con seguridad a la magia de Lawrence; y tal vez asimismo la carta oficial de Abd Allah al gobierno palestino, exponiendo la dificultad de reconocer, en el ejército de apisonadoras de Transjordania, una desertora de Palestina. El estilo recuerda el de Lawrence.

El vecino más peligroso de Abd Allah es Ibn Saud, que reina en la práctica en toda la península arábiga. Tiene el apoyo de una secta puritana islámica, la de los Hermanos, que fundó hace un siglo Wahhab. A veces se los llama wahhabíes. Con él, Arabia pasa

por un período análogo a la de la Commowearth en Inglaterra bajo Cromwell, con la diferencia de que Ibn Saud es más estricto que él en el mantenimiento de la virtud religiosa de sus súbditos. Incluso fumar un cigarrillo se considera pecado abominable. Ha prohibido las luchas de las tribus en su territorio; pero permite algaras desde sus fronteras. Su influencia se extiende hasta al-Chafr, de la que ha expulsado a los Ruwalla —el emir Nuri ha fallecido—, y Sirhan.

Lo peor de los wahhabíes es que han aprendido los métodos bélicos otomanos y los emplean incluso contra los árabes que no son correligionarios suyos. Un

millar de fanáticos partió, en 1922, de los oasis centrales para una campaña de dos mil doscientos ochenta y siete kilómetros, hacia Ammán. A treinta y seis kilómetros de ésta, atacaron una aldehuela contigua al ferrocarril y mataron todos los hombres, mujeres y niños. El jefe de los Fayz de la tribu de los Banu Sajr los alcanzó un par de días después, y pocos fueron los que regresaron a su tierra: no se hicieron prisioneros. La victoria del clan recibió la ayuda accidental de un aeroplano británico que volaba por la comarca: los wahhabíes creyeron que los bombardearía y arrojaron las armas.

Abd Allah tiene una tropa muy eficaz

contra las incursiones, en la que operan consejeros ingleses. No es probable que la fe wahhabí se extienda hasta la poblaciones sedentarias. Se opondrá a ello la nueva prosperidad de que disfruta el norte de la región desde la partida de los turcos. Funciona otra vez la línea férrea de Damasco hacia el sur, pero sólo llega a Maan y no tiene mucho trabajo. Sin embargo, hay el proyecto de tender un ramal hasta Aqaba.

Se refieren muchas anécdotas sobre Lawrence en este período político. Un día se recogerán, sean apócrifas o no, en un tomo de «Vida y cartas», que este libro no aspira a ser, naturalmente. Hay dos o tres cuya autenticidad certifico.

Fue a Chidda en junio de 1921 y trató de concertar con Husayn el acuerdo a que se refiere la carta que he citado. El jerife le hizo discutir durante dos meses, en pleno calor, con la intención de quebrantar la oposición británica a su pretendida superioridad sobre los otros príncipes árabes, y, por último, se lo quitó de encima con la recomendación de que hablase con su hijo Abd Allah, que estaba en Ammán. Lawrence envió un cable cifrado a lord Curzon, ministro de Asuntos Extranjeros. «No saco nada con Husayn. ¿Está usted harto o prosigo con Abd Allah?». Curzon, apegado a la fraseología de los burócratas, preguntó a su secretario:

—¿Qué significa «harto», por favor?

El secretario, que tenía sentido del humor, respondió:

—Creo, excelencia, que equivale a «disgustado».

—¡Ah! —profirió el ministro—. Debe de ser una expresión propia de la clase media.

Una vez interpretado lo de «prosigo», Curzon optó por la negociación con Abd Allah y Lawrence la «prosiguió». Mientras tanto, el secretario, amigo suyo, le había informado en una carta del episodio de «harto». Concluidas con éxito las negociaciones con Abd Allah, Lawrence envió otro cable cifrado al ministro:

«He amañado todo con Abd Allah. Envío epístola con los pormenores. Nota: el vocablo “amañar”, tan imprescindible, no figura en el código cifrado diplomático. Sugiero que se le asigne una letra para no tener que escribirlo por extenso». La voz aparece ahora en el código de cifras.

Un funcionario del Foreign Office, que desea conservar el anonimato, me ha contado algo aún más singular de Lawrence y lord Curzon.

—Se reunió el gabinete para discutir por primera vez la situación del Medio Oriente. Curzon presentó a Lawrence con grandes elogios retóricos. Lawrence se agitaba inquieto al oír la alabanza,

que consideraba fuera de lugar, y el tono protector. El discurso fue bastante largo. Una vez hubo concluido, Curzon le preguntó si quería decir algo.

—Sí, pongamos manos a la faena. La gente como usted (¡llamar a Curzon «la gente como usted»!) no imagina en el lío que nos ha metido.

Entonces ocurrió algo notable. Curzon lloró. Gruesas lágrimas bajaron por sus mejillas, acompañadas de sollozos. Fue tan espantoso como un milagro medieval, como el llanto de una imagen. Me avergoncé; Lawrence también, sin duda. Sin embargo, lord Robert Cecil, al parecer más hecho a escenas como aquélla, y al que yo sólo

conocía de oídas, exclamó con dureza:

»—¡Vamos, muchacho! ¡Déjese de tonterías!

»Curzon se secó los ojos, se sonó con el pañuelo de seda de la americana y se serenó. Y la sesión se celebró como si tal cosa.

Lawrence tuvo en París varios altercados con políticos y militares. El más sensacional ocurrió en el vestíbulo del Hotel Majestic, donde se albergaba la delegación británica. Un comandante general le acusó de ser un entrometido que no tenía motivos para inmiscuirse en asuntos que no le concernían. Lawrence le replicó acalorado.

—No me hable en ese tono —ladró

el general—. Usted no es soldado de carrera.

Aquello irritó aún más a Lawrence.

—No, tal vez no lo soy. Pero si usted tuviese una división y yo otra, sé cuál de los dos caería prisionero.

Durante esos años, vivió muy retirado. Los anuncios de su aventura árabe en la prensa y el ciclo de conferencias cinematográficas del señor Lowell Thomas resultaron muy molestos, porque recibió un alud de cartas, entre ellas, se asegura, más de cincuenta proposiciones matrimoniales de una desconocida, e infinidad de invitaciones de damas de la buena sociedad para que frecuentase sus

salones. En aquel entonces, cuando no escribía su libro o no resolvía materias políticas, se dedicaba a leer para ponerse al corriente de la literatura moderna, que había descuidado durante cuatro años, y a contemplar cuadros y esculturas.

En su viaje de 1921 a Oriente, para arreglar tratados, llegó por el aire como se había profetizado. Una multitud le esperaba en el aeródromo. Le acogió con un «¡Awrans, por fin!». Un amigo mío hablaba con él, poco después, en Jerusalén, cuando un árabe fue a saludarle. Era un miembro de la guardia de corps, «de terrible aspecto de bandolero y el cinto erizado de armas».

Lawrence le preguntó si hacía algo importante en aquel momento y el hombre, temblando de placer por haber encontrado a su jefe, respondió:

—No, señor mío; nada importante.

—En tal caso, ve a Basora y entra al servicio de nuestro señor Faysal, que te necesitará y necesitará a los otros.

Lawrence conoció a Foch en París. Se cuenta que el mariscal le dijo en tono amistoso:

—Supongo que dentro de poco habrá guerra en Siria entre mi país y sus árabes. ¿Capitaneará usted sus ejércitos?

—No —contestó Lawrence—, a no ser que me prometa que mandará usted

personalmente las tropas francesas. Entonces, me complacería hacerlo.

El anciano mariscal le amenazó con un dedo.

—Joven amigo, está muy equivocado si cree que sacrificaré mi reputación, tan cuidadosamente ganada en el frente occidental, en su terreno y en las condiciones que me imponga.

Le preguntaron si esta anécdota era verdadera y Lawrence contestó que «el suceso se ha borrado de mi memoria», lo que puede significar cualquier cosa.

Una anécdota más (no muy adecuada a este momento, pero la suscita esta referencia de los asuntos internacionales):

Durante el avance de Aqaba a Siria, Lawrence fue a una correría en un dispensario móvil. Todos los camellos con parihuelas habían sido destinados al transporte de dinamita por motivos de economía. En el cuartel general del Royal Army Medical Corps de Palestina se enteraron de ello y cablegrafiaron que, en adelante, esperaban que el ejército árabe respetase la Convención de Ginebra, por la cual el transporte de armamento ha de diferenciarse del consagrado a las atenciones médicas. Por lo tanto, en la algarra siguiente renunció al dispensario móvil y a su médico. El cuartel general tornó a protestar y Lawrence repuso que no

podía malgastar los medios de locomoción en no combatientes. Enojado, el cirujano general telegrafió cómo se proponía Lawrence, en ausencia del oficial médico, atender a sus heridos.

—Mataremos de un tiro a aquellos que no puedan cabalgar.

Aquello zanjó la discusión.

XXX

Lawrence escribió su gran historia de la rebelión árabe, *Las siete columnas de la sabiduría*, o, más exactamente, siete de sus diez libros, en París, entre febrero y junio de 1919. Redactó el actual principio de la introducción en seis horas en el aeroplano Handley-Page, en el que iba de la capital francesa a El Cairo a recoger sus pertenencias. Dice que afectó al estilo el lento ronroneo de sus motores Rolls-Royce. En Londres escribió el octavo libro, pero le robaron los ocho en la Navidad de 1919 al cambiar de tren en Reading.

Sólo conservó la introducción y los esbozos de dos de ellos.

Jamás ha sospechado que el robo tuviera móvil político, pero sus amigos sí. Incluso murmuran con aire de conspirador que tal vez el texto perdido reaparezca en ciertos archivos oficiales. Lawrence espera que la predicción no se verifique. Había destruido casi todas las notas tomadas durante la guerra a medida que la redacción progresaba, cuando reemprendió el abrumador trabajo de escribir de nuevo un cuarto de millón de palabras, no se fió de su memoria. Sin embargo, el coronel Dawnay, que leyó los dos originales, me asegura que un capítulo al que atendió

más que a los otros en el manuscrito aparece idéntico, vocablo a vocablo, y coma a coma, en la segunda versión. Lawrence tenía aún dos diarios concisos y algunos itinerarios imperfectos, y poco más.

La segunda redacción se ejecutó en menos de tres meses a un promedio de cuatro o cinco mil palabras diarias. Pero, tan desmesurado como siempre, no se atuvo a aquel ritmo cotidiano. Estuvo largas horas sentado a la mesa, y probablemente estableció un récord literario mundial al despachar el sexto libro en veinticuatro horas, de amanecer a amanecer, sin pausa alguna. Y el libro sexto consta de treinta y cuatro mil

palabras. «Naturalmente, el estilo es descuidado», dice. Pero fue la base de una cuidadosa corrección, que son *Las siete columnas* tal como se publicaron. Escribió la obra en Londres, Chidda y Ammán en 1921; Londres, en 1922; en el Royal Tank Corps, cerca de Dorchester, en 1923 y 1924, y en la Royal Air Force, en la vecindad de Cranwell, en 1925 y 1926. Comprobó la exactitud histórica con la ayuda de todos los documentos oficiales disponibles y sus amigos británicos que habían servido en el ejército árabe.

Lawrence nada hace a medias. No sólo quiso trazar una historia de la rebelión, que los árabes jamás

escribirían, sino también una obra literaria digna. Con tal fin, se aseguró la tutela de dos de los más famosos escritores en lengua inglesa, bajo la guía de los cuales aprendió a redactar como un profesional.

Las siete columnas de la sabiduría es, sin discusión, una gran obra, aunque se le puede achacar que está demasiado bien escrito, que es en exceso literario. Consciente de ello, Lawrence estuvo a punto en una ocasión de lanzarlo al Támesis, en Hammersmith. Uno piensa que debió ser más espontáneo, pues la tensión nerviosa de su ideal de impecabilidad resulta opresiva. Él se acusa, injustamente, de «pedantería

literaria». Se propuso siempre expresarse con sencillez y claridad, y lo ha conseguido de sobra. Ha confesado en alguna parte su general desconfianza de los peritos, y que hubiera tenido que obedecerla, renunciando al consejo de expertos en materias estilísticas. (Es posible que lo hiciese, porque siempre ha sido un discípulo difícil). En conjunto, me gusta más la versión primera que se conserva, el texto denominado de Oxford, que la que se editó (la que yo leí en primer lugar). Es una reacción física más que crítica. La versión original de trescientas treinta mil palabras, en lugar de doscientas ochenta mil, mucho más suelta, se sigue

con más soltura. Desde el punto de vista crítico, la supera la corregida. Es imposible que un hombre de su fuste dedique un cuatrienio a limar un original sin mejorarlo, pero el nervioso rigor que me dio la obra revisada ha embotado por lo visto mi sentido crítico. Agregaré que Lawrence, previendo el efecto que me causaría, no me dejó verlo en muchos años.

Lawrence, en su afán de dar a su obra la mayor solidez posible, empleó los mejores artistas que encontró para ilustrarla bajo la dirección artística de Eric Kennington.

Publicó algo más de cien ejemplares para suscriptores a treinta guineas cada

uno, y regaló, la mitad de otros tantos a amigos. En su anhelo de perfección la edición le costó trece mil libras esterlinas —sólo la reproducción de las ilustraciones superó el beneficio de las suscripciones—, dejándole con un déficit de diez mil. Para pagar esa deuda a sus financiadores (carecía de bienes) se llevó a cabo el resumen de la obra, resumen titulado *Rebelión en el desierto*, destinado a la venta pública. Los realizó en dos noches, en el Cranwell Camp, con el auxilio de los aviadores Miller y Knowles. *Las siete columnas* no se concibieron para ser publicadas, sino como memoria privada para Lawrence y un puñado de amigos.

La Rebelión en el desierto vio la luz por el percance de las diez mil libras adeudadas. Presenta una serie de incidentes eslabonados de modo lato y expurgado del material más personal. Los ejemplares sueltos de *Las siete columnas* se venden ahora a precio exorbitante.

Lawrence no ha ganado un céntimo en esos dos libros. Ordenó por escrúpulos que, pagado el débito de *Las siete columnas*, no se le entregase el dinero que se siguiera percibiendo por *Rebelión en el desierto*. Jamás ha querido beneficiarse, directa o indirectamente, de la guerra árabe. Su paga se invirtió en gastos de campaña.

No gastó en sí mismo el sueldo que cobró durante un año de servicio en el Colonial Office de Winston Churchill, sino que lo aplicó a fines oficiales. (En cambio, su generosidad ha colmado a sus amigos. El regalo de un *Siete columnas*, con la nota «Por favor, véndase una vez leído», ha supuesto para ellos cantidades incluso de quinientas libras esterlinas).

El éxito de *Rebelión en el desierto* estimuló una traducción francesa. Lawrence cedió los derechos a un editor de París, siempre y cuando se publicara en la portada este texto: «Los beneficios de esta obra se aplicarán a un fondo para las víctimas de la crueldad

francesa en Siria». Así pues, no se traducirá en Francia mientras él tenga los derechos intelectuales.

No he encontrado ninguna explicación del significado de *Las siete columnas de la sabiduría* en todo lo que se ha escrito sobre la obra. Es reminiscencia de un capítulo del *Libro de los proverbios*, una parte del cual reza lo que sigue:

«La Sabiduría ha erigido su casa: ha labrado sus siete columnas... Proclamó desde los lugares más altos de la ciudad: “¿Quién es simple? Que entre aquí... Dejad la simpleza y viviréis, y caminad por la senda de la

inteligencia”».

Los escritos teológicos judíos posteriores desarrollan, según creo, la misma idea. El título es lo único que Lawrence conservó de un libro de viajes compuesto en 1913 y destruido en 1914. En él comparó siete ciudades: El Cairo, Esmirna, Constantinopla, Beyrut, Alepo, Damasco y Medina.

Las siete columnas de la sabiduría no se reimprimirán en vida de Lawrence. Hay personas que están de acuerdo con él en que no es propio del público en general. (Un representante de éste, electricista, aceptó leer el capítulo más penoso durante la revisión de

galeradas. Fue incapaz de trabajar en una semana; se paseó arriba y abajo por la acera, frente a su casa, sin conseguir dominar el horror que le había producido. El capítulo sobre el hospital otomano es casi tan penoso como aquél). Además, una edición corriente expondría, según dicen, al autor a una serie de demandas por difamación. No perdona a nadie, al parecer, en su afán de explicar la historia con veracidad (y menos aún a él mismo). Y el censor, agregan, pudiera prohibir por repugnantes pasajes que describen puntualmente los métodos bélicos turcos. Con todo, ya que Lawrence no pretendió dar a la luz sus escritos, salvo

de manera privada, esos supuestos obstan. La obra se redactó, en principio, como un retrato de cuerpo entero y sin reservas del autor, de sus gustos, ideas y actos. No habría confesado tanto con deliberación si la obra hubiese aspirado a difusión más amplia. Sin embargo, narrar todo fue la sola justificación de escribirlo. Y, una vez concluido, una edición limitadísima significaba la supresión tajante de la necesidad de pensar de nuevo en aquella época de su existencia.

Algunos críticos de ultramar han puesto en duda la exactitud histórica de *Rebelión en el desierto*, y le han acusado de exageración ególatra. Pero,

además de los árabes, cuarenta o cincuenta oficiales británicos presenciaron sus actividades y, como ninguno ha discutido lo que relata, tales críticas no merecen contestación. Por otra parte, toda la documentación de la rebelión árabe se guarda en los archivos del Foreign Office y no tardarán en hallarse a disposición de los estudiosos. Así podrán compulsar la narración de Lawrence, y es posible que averigüen que su principal falta ha sido la modestia.

Se ha hablado de que su intervención en la guerra de Oriente carece de importancia militar auténtica. Citaré, tomándola de un semanario londinense,

una carta que protesta de ese punto de vista. El firmante, bien lo sé, es experto en esas cuestiones:

«Muy señor mío:

”Su crítico, al enjuiciar *Rebelión en el desierto*, regatea al ejército árabe todo «alcance militar importante» e insinúa que el avance de Allenby a Damasco también se habría efectuado sin él. ¿Puedo afirmar lo contrario, puesto que intervine en la campaña de Palestina y se me confió durante mucho tiempo la preparación

del «orden enemigo de batalla»? La sublevación de 1916 aisló los seis batallones de la división Assir, destruyó dos tercios de la división Hichaz, compuesta de nueve batallones, y atrajo una división de refresco (LVIII) de Siria a Medina. En otoño de 1917, cuando lord Allenby descargó el primer golpe, el equivalente de veinticuatro batallones se extendía entre Dara y Medina. Incluyo en ellos la infantería montada y el cuerpo de camelleros. Si los árabes no hubiesen actuado, dos tercios

de ese contingente, que incluía excelentes unidades anatólicas, como los regimientos XLII y LV, hubiesen estado listos para presentarse en el frente de Gaza-Bersabee. En 1918, la ofensiva británica contra Transjordania fue posible sólo por la fuerza creciente de la revuelta y el incremento de la simpatía de la población local por el triunfo árabe. Las actividades de lord Allenby y de los árabes exigió más unidades turcas y algunas alemanas, y en septiembre de 1918, refuerzos de Rumania

(parte de la división XVI) y del frente de Caucasia (división XLVIII), que el colapso ruso-rumano permitió utilizar, fueron al este del Jordán y no al frente palestino. Sin entrar en detalles sobre la organización militar y el desplazamiento de tropas, que sólo interesan al historiador militar profesional, asevero que los 4000 hombres del ejército árabe y un número impreciso de saqueadores ocasionales tuvieron para el ejército británico el valor de un cuerpo de ejército en el frente de Palestina, no sólo porque

mantuvieron ocupados a los turcos en un lugar inconveniente, sino porque impusieron un esfuerzo inesperado a sus transportes y suministros.

”Por último, Lawrence y los árabes vieron en Tafas mucho más que una Arabia mutilada, y no me asombra que vieran rojo entonces, sino que acostumbrasen a tratar con tanta decencia a un enemigo que, por lo regular, fusilaba a los árabes prisioneros, atormentaba a los heridos con refinamiento ingenioso y a menudo cometía

indescriptibles brutalidades con los no combatientes, mujeres y niños.

”Le saluda atentamente,
”B».

Lo curioso de la controversia estriba en que Lawrence estuvo de acuerdo con los críticos, a los que «B.» trata con tanto rigor. Lo de «alcance militar importante» es concepto de la moderna teoría bélica, por el cual un bando procura destruir los contingentes organizados del otro, teoría que él rechazó siempre como inútil y bárbara. Él deseó dar trascendencia *política* a la

rebelión con los medios de que disponía. Los combates, diferentes de las incursiones veloces y las demoliciones, fueron un lujo que concedió a los árabes sencillamente para que conservasen la estimación propia. Sin ellos, no habrían conseguido la independencia con honra. La toma de Aqaba es ejemplo patente de una operación que, si bien influyó en la guerra convencional de Gaza y Bersabee, tuvo más trascendencia política que militar. Fue una casualidad que el batallón turco estuviera cerrando el acceso a Abu-l-Lisan como una invitación a que lo destruyesen. El resto de la operación se pareció a un

problema de ajedrez: las blancas mueven y dan mate en tres jugadas.

Éste no es el lugar adecuado, ni tal vez el momento oportuno, de sopesar la estrategia y la táctica de Lawrence. No silencia la estrategia. La presenta en *Rebelión en el desierto* a toda persona que sepa consultar un mapa. *Las siete columnas* proporcionan más datos, y el primer número de la *Army Quarterly* (1920) publica un largo artículo suyo sobre la guerra irregular, resultado de sus cavilaciones mientras la enfermedad le retuvo, en marzo de 1917, en el campamento del emir Abd Allah. El comentario más obvio de su estrategia es que permitió a la rebelión árabe,

tanto en la esfera política como en la bélica, conseguir más influencia y atención de lo que justificaba su importancia material. La carta de «B.», que se acaba de presentar, lo habría hecho mucho más evidente si hubiese comparado el armamento, pertrechos y recursos humanos de los árabes con los de las fuerzas turcas. Probablemente, Lawrence lo hubiese considerado como elogio inapreciable, porque siempre repite, con una insistencia que delata la dificultad de su problema, en la extraordinaria economía de los medios empleados. La ayuda militar y material que, por sí mismos, podían conseguir los árabes, con toda la buena fe del mundo,

fueron exiguas. Y obtenerlas de los aliados en la magnitud imprescindible les hubiese comprometido con una deuda política posterior. Lawrence puede, pues, enorgullecerse de haber logrado que tan poco durase tanto —los diez millones de libras esterlinas y la veintena de bajas que la rebelión costó a Gran Bretaña fueron un pellizco comparados, verbigracia, con los dispendios mensuales humanos y monetarios de la fuerza expedicionaria de Mesopotamia—, y de haber conseguido tanto políticamente de algo casi inexistente.

En cuanto a la táctica, su conducta resulta menos clara. La lectura

superficial de sus libros induce a pensar que basó sus combates en baladronadas y banderas carmesíes; o en el efecto hipnótico que su presencia parece haber ejercido sobre los árabes, y que se hizo extensivo a los otomanos, fascinados hasta la estupidez; o que la luna, dominada por él, le ayudó a abrir una de las puertas más difíciles de Aqaba. Pero sus tácticas, a juicio mío, fueron consecuencia de la atención y cuidado, por no decir del humor, los mismos que aplicó a la estrategia. Y sus motivos para no hacer hincapié en los modos y medios del combate se relacionan con la política del gobierno sirio y Francia, en 1919, cuando redactó el libro por

primera vez. Los dos bandos se disponían a luchar en Siria, y parece que Lawrence se negase a contribuir con un manual bélico que aquéllos pudieran utilizar. Sus revisiones posteriores de la obra, cuando el peligro había remitido bastante, sólo modificaron el estilo sin añadir (o quitar) algo al contenido. Tuvo que seleccionar el material y lo empleó con gran severidad. Sus dos años de actividad proporcionaron el suficiente para diez volúmenes del tamaño a que él se redujo —su memoria estaba llena de recuerdos claros e incómodos—, y por eso sacrificó los detalles de las luchas.

Por ejemplo, cita sólo dos o tres vehículos blindados en las acciones en

que participó; mas parece que empleó por los menos cincuenta, número con el que pudo organizar los movimientos tácticos. (Los lectores de *Rebelión en el desierto* habrán observado que sólo habla de dos o tres heridas, frente a las cuatro o cinco de *Las siete columnas*; pero le hirieron nueve veces, incluida la operación de Minifar, cuando sufrió cinco balazos superficiales, cortes de esquirlas en la cadera y un dedo roto en el pie). No se narra por extenso en ninguna de las dos obras ninguno de los numerosos encuentros con los que convirtió su guardia de corps en arma eficaz. Esas referencias inconcretas aconsejan colegir que cambió la táctica

del desierto.

Fundó su estrategia en un estudio exhaustivo de la geografía de la región; del ejército turco; de la índole de las tribus beduinas y su distribución, de las algaras árabes. Como hemos visto, uno de sus primeros hechos, cuando fue nombrado consejero militar de Faysal, fue acompañar a los componentes de una correría contra la fuerza otomana que atacaba Rabig. Y amplió su educación, en la escuela de Awda, Zaal y Nasir, hasta después de la conquista de Aqaba. Únicamente con sus enseñanzas tendría la experiencia y el prestigio que consentirían que modificase sus tradiciones.

En parte alguna se explican cuáles fueron tales modificaciones; mas parecen haber dado más de unidad de propósito a los guerreros, en los momentos críticos anteriores y posteriores al ataque, sin alterar la confianza y la sangre fría de cada individuo. Sus compatriotas notaron la diferencia que había en una incursión si él estaba o no presente; pero, como no eran soldados profesionales, ni estudiosos de la guerra, no pudieron precisar en qué radicaba aquella diferencia. Y él mismo, excepto en la batalla del norte de Tafilá, se abstiene de describirse ejerciendo el mando. Dicha batalla prueba lo que ya

sabíamos, que se fiaba de los fusiles automáticos y no de los ordinarios. Disparar éstos, apuntando, quince o treinta veces en un minuto salvó a la fuerza expedicionaria británica en la primera batalla de Ypres, frente a un fuego muy superior de ametralladoras; pero fue fruto de las mañas de adiestramiento intenso en los campos de tiro. Los beduinos no habrían tenido la paciencia de someterse a él y, en cualquier caso, de poco les hubiera servido en los combates a lomo de camello.

Rechazó con desprecio las bayonetas en memorándum (destinado al cuartel general, nada menos) por ser

«pedazos de acero, por lo común fatales para los individuos que las emplean». Pudo haber añadido que el turco, muy hábil en su manejo, se hubiera felicitado de que las utilizasen. Las ametralladoras, menos cuando pertenecían a vehículos blindados, eran menos adecuadas para su estilo de combate que los fusiles automáticos, porque sus descargas más duraderas no compensaban su peso y la dificultad de moverlas. Hay el caso comprobado de un sargento inglés de ametralladoras que usó en Francia una como si se tratase de un fusil, pero era un gigante. Prefería los Hotchkiss a los Lewis, porque se ensuciaban menos con el barro y la

arena; no obstante, los archivos del cuartel general de la fuerza expedicionaria egipcia rebosan de peticiones suyas de fusiles automáticos de las dos marcas. La batalla de Tafilá es una muestra diáfana, aunque no, se barrunta, la única, de lo que se llama técnicamente «ataque por infiltración» con esa clase de armas de fuego en la vanguardia. Al parecer, Lawrence redujo sus servidores a dos hombres. Los cuarenta y ocho componentes de su guardia de corps emplearon veintiocho fusiles automáticos contra un regimiento de caballería otomana (se ignoran el lugar y la fecha del encuentro). Él llevaba en un cubo, en la silla de su

camella, un Lewis obtenido de la fuerza aérea. Dijo en una ocasión que, si pudiera controlar una fábrica de armamento para obtener fusiles Hotchkiss, eliminaría los ordinarios en los conflictos bélicos. ¡Bonito regalo a la civilización!

Su actitud acerca de la guerra era la de que no se oponía a ella, como tal, de la misma suerte que no se oponía a la raza humana como raza humana; le repelen las guerras en que la masa hace desaparecer al individuo. Me comentó, una vez, la poesía antibélica de Siegfried Sassoon, que tuvo la mala suerte de servir en el frente occidental en divisiones que estaban

acostumbradas a perder la totalidad de sus efectivos cada cuatro o cinco meses: si Sassoon hubiese estado con él en Arabia habría compuesto sus poemas con otro talante. Es muy posible. La rebelión de Lawrence en el desierto fue una lucha tan distinta de la guerra «civilizada», y tan atractiva desde el punto de vista romántico, que tal vez sea una suerte que Siegfried Sassoon, Wilfred Owen, Edmund Blunden y otros poetas fuesen todos infantes en Francia.

El uso de ametralladoras pesadas (Vickers) en los autos blindados fue una aplicación de Lawrence, tras los ataques experimentales posteriores a la toma de Aqaba, hasta que le fue posible

utilizarlas en operaciones combinadas de los grupos de camelleros, vehículos blindados y aeroplanos. También mejoró las indicaciones que sobre los explosivos potentes contenía el Manual de Ingeniería de Campaña. Descubrió cómo utilizar las minas eléctricas a lo largo de los cables telegráficos y cómo introducir artefactos en las calderas de las locomotoras, escondiendo infernales ingenios en los maderos usados como combustible, sin que los fogoneros los descubrieran. Pero le domina tanto lo que pudiéramos llamar el «estilo literario» de la epopeya en que se vio envuelto —«un astutísimo Ulises», podríamos decir—, que siempre tuvo

sus invenciones técnicas por ajenas e incongruentes en el escenario árabe. Por lo tanto, poseemos únicamente indicios vagos de su importancia y efectividad en la campaña.

XXXI

Lawrence renunció definitivamente a usar ese apellido en agosto de 1922 y se enroló en la Royal Air Force. Efectuó todas las faenas que competen al soldado raso y se negó a que le ascendieran. Durante seis meses, su identidad no levantó sospechas. Se entendió bien con sus camaradas, aunque se desenvolvía con torpeza de novato en su nueva vida. Por fin, un oficial le reconoció y vendió la noticia por treinta libras a un periódico, con el resultado de que hubo una enorme publicidad. ¡Los hombres murmuraron que era un

espía! El secretario de Estado para la Aviación temió que los Comunes preguntaran qué hacía aquel personaje con un nombre postizo, y le licenció en febrero de 1923. Desilusionó a Lawrence verse en la calle, tras haber soportado honradamente la dureza y pruebas de la instrucción preliminar.

Había estado estacionado en Uxbridge, donde sus conocimientos de la fotografía le hicieron ingresar, según parece, en el cuerpo de los especialistas fotográficos. Disfrazó su existencia anterior con medias verdades. Por ejemplo, explicó su envidiable puntería en el campo de tiro con el pretexto de que había cazado piezas mayores (tal

vez algunos de los oficiales de la plana mayor que viajaban en el tren descarrilado de Minifar). Declaró verazmente al oficial de la oficina de reclutamiento que *no había servido antes en ningún regimiento*, y sus explicaciones fueron tales, por lo visto, que se anotó en su hoja que había sido prisionero de los otomanos durante mucho tiempo en la Gran Guerra. En Uxbridge casi exageró su eficacia en oscurecerse. Le eligieron para el pelotón que se ejercitaría para asistir a la ceremonia del Cenotafio en el armisticio. Temió que le reconocieran. Pero le salvó su altura: le rechazaron por no tener la talla debida.

Estoy convencido de que Lawrence, si pudiera, no «pensaría agregar un codo a su estatura» (ni siquiera un par de centímetros). La altura no es útil salvo en los deportes y el gentío (él los evita), y resulta llamativa. Recuerdo haberle oído decir de un oficial: «Un metro y ochenta y siete centímetros, y, sin embargo, es inteligente». Como yo mido un metro y ochenta y cinco centímetros, me pregunto con inquietud a qué altura piensa Lawrence que termina la inteligencia normal.

En Uxbridge, en una inspección de los dormitorios, el comandante de ala hacía preguntas personales a todos los reclutas. Vio unos libros poco corrientes

en la taquilla de Lawrence (que estaba muy ordenada) y le dijo:

—¿Lee eso? ¿Qué era en la vida civil?

—Nada especial, señor.

—¿Cuál fue su último empleo?

—Trabajé en una firma de arquitectos, señor.

(Y no mentía. *Sir* Herbert Baker le había prestado una habitación en su oficina de Barton Street para que escribiera *Las siete columnas*).

—¿Por qué se enroló en la aviación?

—Debí de sufrir un colapso mental, señor.

—¿Qué? ¿Cómo? Sargento mayor, anote el nombre de este recluta. ¡Qué

impertinencia!

Al día siguiente, Lawrence se había recobrado de su «colapso» y logró explicar que el comandante de ala le había entendido mal.

En la escuela de Uxbridge —la Royal Air Force concede mucha importancia a la educación—, el maestro, un civil, pidió a los novatos que escribieran una redacción, que sólo él leería, detallando sus estudios. Era, visiblemente, un hombre decente y sincero. Lawrence expuso la verdad: desde la edad de trece años había conseguido becas, que le permitieron pagar la enseñanza secundaria y la universidad; se graduó en Historia y le

habían elegido como becario de investigación de teoría política. A consecuencia de las dificultades de la posguerra, había tenido que alistarse. Se consideraba demasiado culto para la existencia de entonces. El maestro respetó sus confidencias, y le llevó libros para que leyera en el aula, en un sitio tranquilo, durante las clases.

Al mes de su licenciamiento de la aviación, se alistó, con el permiso del Ministerio de la Guerra, en el Royal Tank Corps. Se le aseguró que, si servía en el ejército sin incidentes, se estudiaría su reingreso en la aviación. Estuvo dos años estacionado cerca de Dorchester. Era una vida difícil, pero

ganó muchos amigos entre los soldados, y Thomas Hardy, y su esposa, que yo tuve el gusto de presentarle, vivían por suerte en las inmediaciones.

Más de un periodista y cazador de celebridades, que interrumpió la paz de los Hardy, encontró una figurilla, mal uniformada, que contemplaba con serena mirada, casi filial, al anciano poeta. Pero no reparó más en él. La señora Hardy me ha dicho que, «si hubiesen sabido quién era, habrían dado la mano derecha por hablar con él».

Lawrence jamás se separa de una motocicleta Brough-Superior de carreras. Todos los años saca el último modelo a los fabricantes y lo destroza a

fuerza de correr. Las llama «Boanerges». (Hijos del trueno). Ha tenido cinco en cuatro años, con las que ha recorrido más de un millón y medio de kilómetros, sin tener que recurrir sino dos veces al seguro (por desperfectos insignificantes debidos a patinazos), y sin atropellar a nadie. Su mayor placer actual es la velocidad en la carretera. La moto puede salvar ciento sesenta kilómetros en una hora, pero él, dice, no es un carrerista. La primera vez que dio todo el gas a Boanerges III, al amanecer en un largo tramo recto, próximo a Winchester, el indicador de velocidad dio dos vueltas completas y se estropeó. Por lo tanto, se ufanaba de haber corrido

a una cantidad de kilómetros muy superior a los ciento sesenta. Pero no acostumbra hacerlo.

Me contó en una carta:

«Me satisface por lo regular ronronear a noventa kilómetros por hora, absorbiendo el aire y el panorama. Pierdo los detalles, aun a velocidad tan moderada, pero gano en percepción. Cuando doy más gas, hasta los ciento veinte, en la Salisbury Plain, siento que la tierra se moldea debajo de mí. Soy yo el que acumula la

pendiente, ahueca el valle y extiende la llanura. La tierra parece cobrar vida, abultándose y meciéndose a los lados, como el mar. Eso no se percibe en coches lentos. Es la recompensa de la velocidad. Podría escribir páginas enteras sobre la lujuria de moverse aceleradamente».

Tuvo un conflicto serio con los jefes en el Royal Tank Corps. Se le acusó de insubordinación a un cabo. (No sería el único. No obstante, no tuvieron secuelas desagradables, porque no constaban en su hoja de servicios cuando se fue de

aquella arma).

Sobre él escribe un camarada, el soldado Palmer:

«El cabo era un escocés de la vieja escuela, un antiguo oficial, abusón, con un magnífico concepto de su importancia. T. E. se metía con él despiadadamente. El cabo tenía la costumbre de asentar el polvo del barracón salpicándolo con un bol de agua. Aquello irritaba tanto a T. E. como a nosotros. Por ello, T. E. madrugó un día y vertió en

el barracón no sé cuántos boles de agua. Chapoteamos. Después, el cabo arrestó injustamente a un hombre a no salir del barracón durante unos días. T. E. metió la maleta del cabo en la letrina».

Palmer ha tenido la bondad de suministrarme pormenores divertidos y sin importancia de la vida de Lawrence en el Tank Corps:

«Cumplió las obligaciones ordinarias de un soldado, a pesar de sufrir tres días de

“arresto en la compañía” por haber dejado su traje de faena sobre la cama. Después de la “revista”, hacía policía. Así le conocí. Hablamos de Thomas Hardy. Yo estaba destinado al almacén de intendencia, donde él se incorporó más tarde. Trabajaba bien. Tenía que poner el número de los reclutas en su equipo, proporcionarles prendas, botas, etc. Algunas tardes resolvíamos juntos las palabras cruzadas. En general, T. E. trabajaba en pasajes de *Las siete columnas*. Corregía, etc., en el despacho del

estudiando sus fotografías del *Daily...*, y comparándolas con el original. «No es él». «Te apuesto un chelín a que es él». Eso decían o cosas por el estilo. T. E. se despreocupaba de lo que pensaban y comentaban sobre él. Pasó aquel estado de curiosidad excitada casi en seguida y le volvimos a tratar como a uno de nosotros. Sin embargo, los vendedores le trataron con más cortesía.

”Su recreo eran la música gramofónica —le entusiasma el «Concierto en re menor para

dos violines» de Bach— y las motos. Muchos domingos me llevaba de paquete a desayunar en Corfe; encargábamos el desayuno y recorriamos el castillo mientras lo preparaban. Nunca se cansaba de visitarlo. En ocasiones me llevaba a las catedrales: Salisbury, Winchester, Wells. Dejábamos atrás, claro, todo lo que encontrábamos en la carretera. T. E. no resistía el ansia de correr.

”Su marcha del Tank Corps fue la octava maravilla del mundo. Me bombardearon con

preguntas. La gente que le conocía se ha dispersado y su nombre se ha convertido en una leyenda. Lo curioso es que se le recuerde, no por lo que hizo durante la guerra, sino por sus prodigios en aquella maravillosa motocicleta».

Que «T. E. no resistía el ansia de correr» me parece una mala interpretación. No es de naturaleza competitiva; le disgusta el polvo que levanta su prójimo. Y jamás sacó la moto de un camino polvoriento sin librarse de él, por completo, lanzándola

a toda velocidad a cada ciento sesenta kilómetros que recorría. Así no se entumecían ni él ni la máquina.

En el mes de agosto de 1925, por la intercesión de un amigo, muy bien situado, cerca del primer ministro, le trasladaron a la Royal Air Force, como ambicionaba desde hacía dos años, y en diciembre de 1926 le enviaron a la frontera india, donde se halla al presente. Me escribió, hace unos meses:

«Si P. le vuelve a preguntar por qué estoy en la RAF, díglele que lo hago porque la RAF me gusta. Me alivia que se cuiden

de mí, la conducta pautada y la imposibilidad de cometer cosas irregulares. Encierran placer eficiente, el compañerismo, la obligada rutina del trabajo sencillo y los ocios ocasionales. Seguiré mientras mi salud aguante. El ejército apenas me agrada, y la RAF es tan distinta de él como el aire de la tierra. En el ejército, el individuo no importa: lo ideal en él es el movimiento combinado, la masa de los hombres. En la RAF no hay movimientos combinados. La instrucción es una guasa, salvo

la de un pelotón selecto al que se adiestra para las retretas y alguna que otra ceremonia. Se enseña al aviador a despreciar el ejército. Nuestro peor insulto es “soldado”, un vocablo risible».

Menciono todo esto con la esperanza de que no se me tenga por imprudente; me arriesgaré a ello. Hace un par de años me escribió por el mismo tenor:

«Estuvo usted en infantería y, por consiguiente, quizá tenga una idea disparatada de la vida

en la RAF. Nuestro ideal es el mecánico, en el taller o en la máquina. Nuestro fin conquistar el aire, nuestro elemento. Es un esfuerzo más que suficiente para absorber toda nuestra inteligencia. Nos exaspera el deber rutinario, inventado para que los soldados no cometan disparates, y desfilamos con deliberada torpeza con el fin de no perder nuestro perfil y librarnos de la degradación de transformarnos en partes de una maquinaria. Los hombres, en el ejército, pertenecen a la maquinaria. Las máquinas,

posadas en el suelo, pertenecen a la RAF, a los hombres; en el espacio, a los oficiales. Así, pues, los hombres las poseen más. La instrucción es punitiva en las fuerzas aéreas, tanto para los números como para los oficiales. Cuando el público ve un destacamento en una parada (ceremonial), debe comprender que aquellos servidores suyos, tan caros, se emplean mal de momento, como si los ministros tuvieran que transportar carbón en las horas de trabajo».

El sargento Pugh, de su ala en Cramwell, en el Lincolnshire, me ha escrito una carta sobre Shaw en la RAF, que copio al pie de la letra:

«LLEGADA A CRANWELL

”Hasta donde alcanza mi memoria, llegó al campamento en la primera semana de septiembre de 1925, y aunque muchos sabían de sus «movimientos», pocos le conocían. Le recibió todo género de miradas (sospechosas): ¿Se proponía averiguar el quién es quién y el

qué es qué de la RAF? ¿Por eso le licenciaron antes? (asombro). Habíamos oído decir que era un tipo de gesto duro, ceño adusto, etc., etc. (cólera): era un exoficial que nos tomaba el pelo; pero, ¡ya sabe cómo es! Su apariencia delgada, suave, modesta. ¿Por qué se emocionaba el campamento sólo porque llegaba?

PRIMER SERVICIO (Yo revisaba los nombres).

”Una docena de hombres tendría que limpiar los cubos llenos de arena usada contra los

incendios. Revisando los nombres (sabe usted por qué), el suyo figuraba al principio de la lista. Lo pronuncié. Se cuadró. El segundo y el tercero, pronunciados ante el oficial de servicio, merecieron la repulsa de éste por no imitarle. El oficial comentó que Shaw había probado su preparación militar: «Tomad ejemplo de él. Os echáis a perder», con acompañamiento de frases más fuertes. (Así empezó). Tuve ocasión de inspeccionar la faena (y, entre usted y yo, la de ver de cerca al hombre que

desconcertaba a todos), y allí estaba con un estropajo, frotando y escamondando, como si su vida dependiera de ello (el ahínco personificado), y riendo de corazón un chiste grosero de su compañero de trabajo, un aviador que, para hablar bien de él, no destacaba por su intelecto, y que, sin hacer nada, miraba a su camarada sonriente.

DEUDA DEL TANK CORPS

”Recorrió como una exhalación por el campamento la noticia de que el Tank Corps

le adeudaba cincuenta libras, y en «descanso», cuando se encargan a la cantina té y galletas, pidió tres o cuatro servicios extras. Invitó a unos aviadores (que le estudiaban en secreto) a que comieran con él, y por lo menos tres tipos no supieron qué hacer, muy embarazados; sonrisas y cortesías, etc., se usaron en aquel momento.

IGLESIA

”Le gustaba la iglesia del campamento, y nada más. Como un buen soldado preparado para

marchar, echó a andar cuando le llegó el turno. Pero fue una condenada pena que hombres de su calibre tuvieran que asistir, porque los sermones no eran la debilidad de Shaw. Generoso con una causa justa. Estúpido en apariencia (lo que divirtió a cuantos le observaron) por cuanto le obligaron a ir al lugar de culto mencionado. La política chocó con la divinidad, opinión de Shaw.

S. SE UNE A LA RAF POR SEGUNDA VEZ

”Se cuenta un hecho

divertido de su segunda admisión en la RAF. Antes de ser aceptados, los presuntos reclutas han de someterse a un examen sobre su educación. Shaw tuvo que escribir acerca de una visita a este o aquel lugar, y lo efectuó con tanta rapidez, habilidad y arte de escritor nato, que el oficial le preguntó por qué se había alistado, si era capaz de «soltar» tanta materia sin esfuerzo. Y le contestó: «Busco sobre todo descanso mental», lo que deshinchó su velas; pero su máscara de inocencia le salvó

de una represión. Tuvieron una charla íntima sobre los autores a los que podría pedir un empleo. Por fin, le enseñaron una lista de los servicios de la RAF, y juro que podía haber desempeñado todos, uno tras otro; mas optó por ser auxiliar de aviación, lo que implica que hace de todo y le tratan como si fuera un cero uniformado.

ALA B, CRANWELL

”Le destinaron a la Ala B y se portó, durante su estancia, de forma modélica. Le hicieron trabajar en todo lo concebible

como «botones» de nuestro grupo. (Le podría dar una buena lista de lo que hizo). Dominaba todos los trabajos en una semana y los dejó listos para quien le siguiera. Nuestro teniente comprendió en seguida su valía. Lo que le «jorobó» fue que Shaw consiguiera con mayor facilidad las cosas que él mismo. (Que me muera si no hablo en serio). Nunca dio ocasión a nadie de que pensase que decía o hacía lo que él quería. La fuerza de su personalidad obtenía, de alguna forma he de decirlo, infinidad

de cosas necesarias para nuestro trabajo, que ni los sargentos podían conseguir, y mucho menos los soldados. Conocerle significaba quedar prendido en la red de su personalidad magnética y, así me caiga el cielo sobre la cabeza, eso sólo bastaba para que sus compañeros se rascasen el cogote y *pensasen*.

LA COMPRA DE UN GRAMÓFONO

”Escuche una buena historia. Se trata de una hermosa máquina con discos.

Al principio, nos mantuvimos aparte pensando qué música le gustaría: ¿Mozart, Beethoven, *Tannhauser*? (Perdone mi ignorancia de la variedad clásica). Nos dejó en suspenso, hasta que comprendimos que se burlaba de nosotros comprando algunos de los discos peor sonantes que podía encontrar, y sin inmutarse. ¿Qué haríamos? ¿Reír, gemir, llorar? Aquello deshizo la barrera de hielo de desconfianza que nos separaba de él.

MADRUGA

”Ningún reloj ganaba a Shaw a despertarse en el momento que deseaba. A cualquier hora. ¿Cómo lo lograba?

”Se dice que los marineros hacen lo mismo, pero a períodos fijos. No había una hora más difícil que otra para Shaw. Pero siempre anterior a la diana. Los baños eran su dios. Compraba al fogonero civil para que cuidase de la caldera del suyo antes que la de los otros; y verle disfrutar uno turco, que se enfriaba gradualmente, era conocer a un

individuo dichoso. El deber me obligaba a una semana de servicio antes de las seis de la mañana. Por lo tanto, es auténtico lo que digo, porque lo he visto. *Baños* es el segundo apellido de Shaw.

”En prueba de su estima, pone uno de los discos más horrendos del mercado y le dan ataques de risa escuchar gruñidos y protestas bienintencionados. Su punto débil o fuerte era «Adelante, soldados cristianos». Reservaba el himno nacional para la inspección médica de

los lunes de las compañías. *Molesto, pero cierto.* Regaló a un marino adormilado (a aquellas horas de la noche), al que embromaba, unos gloriosos escarpines rosa tejidos a mano. Los había encargado especialmente en nuestra ciudad.

BROUGHS

”Shaw tenía un Brough-Superior modelo de 1926. Se podía describirlo como su casa. Bastaba verle conduciendo. Ver aquél nene en una máquina como aquélla a toda velocidad

dejaba boquiabierta a la población. Dice que el Brough júnior es lo contrario de su «bus»: «Two Superiors». He aquí una historia que le ataño:

”Correteando una tarde estival, encontró a un viejales que había atropellado a un peatón. Una vez introducido el herido, inconsciente, en la parte trasera del coche, para llevarle al hospital, el viejales pidió a Shaw que le diese a la manivela. El nerviosismo y la preocupación le habían hecho olvidar que la ignición estaba puesta, de modo que la

manivela se disparó hacia atrás y le rompió un brazo. Sin la menor señal de haber tenido aquel accidente, Shaw le pidió con amabilidad que retuviera la manivela y la utilizó con la mano izquierda. Cuando el auto estuvo a distancia prudencial, Shaw hizo que un explorador «patease» su Brought, y con el brazo derecho colgando, y cambiando la marcha con el pie, llegó a casa sin decir a nadie el dolor que experimentaba. No se sabe por qué, el oficial médico se había ido. Tuvo que esperar hasta la

otra mañana para que le «hiciese» el brazo. Eso es un hombre..., hablo, claro está, de Shaw.

”Se proponía ir en aeroplano conmigo para lanzarse con paracaídas. Su brazo lo estropeó para los dos. (Yo esperaba que su personalidad consiguiera la licencia de «saltar»; como ve, ablandaba a todos con su manera de ser). Hace tiempo que sirvo en la RAF, y todavía no he conocido a un hombre que se niegue a ir al hospital por haberse quebrado un brazo.

Pero Shaw, sí y se «salió con la suya». Reemprendió su trabajo, porque aprendió a escribir con la mano izquierda en diez días. La destreza y autoridad de un hombre en su situación nos admiraba a todos. Él querrá borrar esto, pero le digo, como amigo suyo, que era el hueso treinta y tres que se rompía; en una ocasión, se cascó once costillas. Compruebe si aprueba esta noticia. En su libro *Las siete columnas de la sabiduría* habla de que un oficial turco le apresó y cómo le trató. Le metieron una bayoneta al tercer

intento en el costillar, y aún es muy visible la cicatriz en su cuerpo cuando está en cueros.

MANDADERO Y BOTONES

”Ya he mencionado que Shaw realizaba cualquier trabajo, encargo o cosa mortal que se le ordenaba con estupenda rapidez y corrección. Eso nos había hecho preguntarnos cuál era la facultad que le hacía sobresalir por encima de nosotros millares de metros en todo lo que efectuaba. Sus cartas se encontraban en todas partes. Estoy convencido

de que, si se le hubiese dado tiempo, habrían desbordado las bandejas, mesas, casillas, todo, en fin. Tenía su equipo en orden, pero su correspondencia podía con él. Verle firmar un cheque en su talonario (*Las siete columnas*) por una gran cantidad, con la mano izquierda, a consecuencia del accidente, me hacía pensar qué prueba tenía el banco de que la firma no era falsa. Pero los hacían buenos sin vacilación.

FUEGOS

”Shaw tenía la misión, en

las épocas de frío, de encender los fuegos de las oficinas. Costaba encontrar carbón, pero se encendían como si tal cosa. Un día taló un árbol muerto propiedad particular del comandante, y fue con él por escaleras y despachos hasta el Ala B. Sudaba y sonreía ampliamente. Se habría creído que era invisible. Inventó la «mezcla Shaw», compuesto de aceite retirado de los motores de los aeroplanos, serrín y carbonilla, a los que daba la apariencia de mortero. Con sus árboles y sus mezclas, las

llamas danzaban en las chimeneas todo el día.

SALIDAS NOCTURNAS

”Le pregunté cuál era su salida nocturna ideal. Me contestó que llevar a un hombre a una ciudad decorosa en su Brough, ofrecerle una buena cena y pasar un buen rato era O. K. hasta cierto límite. Ese límite consistía en que el compañero de escapatoria debía ser, por lo menos, un sinvergüenza, al que se complacía en estudiar sin que él

lo notase^[6]. «Hay demasiada gente buena en este mundo y varios bribones más lo harían muy interesante». Tomaba la medida a un truhán simpático y sonreía con el resultado de su observación.

ASCENSO

”Al principio de cada trimestre hay que presentar una relación de los individuos propuestos para ascender, con detalles sobre ellos. El jefe del ala consultó a Shaw acerca de lo que opinaba, y él se mostró

contrario a que le ascendiesen, y el comandante se retorció de risa.

EXCURSIONES NOCTURNAS

”En ocasiones, fuese verano, fuese invierno, Shaw se lanzaba como un loco a la noche en su motocicleta, recorría tantos kilómetros como la prudencia le permitía y volvía al campo, muerto de cansancio y sucio, pero alegre. Se metía en la cantina en busca de dos bolsas de patatas fritas «Smith’s Crisps», su cena invariable. En cambio, se

cargaba de cosas apetitosas para sus compañeros de dormitorio. Le gustaba la fruta, y andaba mucho en busca de una buena manzana. Le agradaban las demás, como he dicho. Pero las manzanas eran sus favoritas.

OFERTA DE UN JEFE DE LA AVIACIÓN

”El comodoro de Cranwell le invitó a su casa para que pasase con él la Navidad. ¡No! Era un número de la fuerza aérea y se mantenía en su puesto, como ya he dicho, para que nada modificase su

situación en la RAF.

”Alimentaba, por lo visto, el propósito de ser aviador de ínfimo grado y que le dejaran disfrutar de su Brough en Cranwell. Todos le veneraban como héroe por su alegría infalible, su habilidad para obtener cuanto les beneficiase, su incapacidad para quejarse, y su generosidad con sus compañeros hasta el punto de que parecía a veces que se preocupaba en exceso por ellos, y ellos se desvivían por contentarle. Cesaron las disputas. El ala se congratuló

de la suerte de estar con él por su compañerismo, colaboración, costumbres, alegría y el hábito de jugar limpio. Fue como un padre para nosotros, y se marchó dejándonos con la ansiedad de recibir sus cartas o con la de que reapareciera.

VOLAR Y FREGAR

”Siempre que pudo voló con los oficiales del ala, de modo que todos acabaron conociéndole, y, a mi juicio, se enorgullecían de ello. Bastaba ver cómo le sonreían cuando

subía al aparato. Volar es una vieja afición suya. Continúa haciéndolo, a pesar de que se ha estrellado siete veces. En ocasiones, se escapaba de la oficina, se ponía el traje de faena, entraba en el hangar y fregaba y limpiaba los motores, aunque ya estaban como una patena. Para convencerse de que podía hacer cualquier trabajo que se le presentase. Me ha corregido errores, y mis faltas son innumerables, al escribir, y temo haber recaído en ellas durante su ausencia. Su lenguaje nos dejaba

boquiabiertos, pero no abusaba de su superioridad, a no ser que alguien se lo buscase.

RATERÍAS

”La mesa del dormitorio era una calamidad. Allá fueron Shaw y otros para cambiarla por una estupenda que había en el comedor. Erró entonces, su solo error: birló una marcada. Le gruñeron, pero, como siempre, no le pasó nada. El intendente era buena persona. Shaw lo afirmó.

”Ha robado toda clase de artículos para nuestro uso,

hablando a veces con la víctima. Los tomaba para nosotros. Nunca para él.

CARBÓN

”Hubo algo memorable durante la huelga. No recibimos carbón, y el Ala B sólo tenía polvo y cachitos.

”Shaw, con mucha parsimonia, puso manos a la obra, llenó de polvo un enorme cubo y preguntó el nombre del jefazo que había interrumpido las entregas. Entró en la oficina del oficial, vio que no había cortado sus raciones de carbón

y cambió su carga por unos estupendos pedazos tan grandes como él mismo. Nadie ha descubierto quién efectuó el trueque. Sus comentarios son una amplia sonrisa y silencio.

POLICÍA CIVIL

”Le multó en tres ocasiones por cosas del tráfico el mismo «guri» en la *Ciudad* (Sleaford) y se quejó al superintendente. Le dijo que la policía estaba al servicio del público, que el público la pagaba y que no creía que el «guri» entendiese una palabra de su trabajo,

porque era aplastantemente ineficaz y, además, un *sueco* (así se llama en la aviación a los aldeanos). Siguió una viva discusión, pero la elocuencia de Shaw atizó una paliza al superintendente, al que dejó pensando de donde había sacado la RAF a aquel sujeto. Se ha separado al “guri” de la dirección de tráfico^[7].

EXHIBICIÓN AÉREA

”Llevó a toda el ala y sus mujeres a Hendon en un autobús, aunque sé que

pretendía fletar un aparato de las Imperial Airways y hacerlo por el aire, pero le fallaron en el último minuto.

”Durante el viaje de ida y vuelta no se sentó más de una hora, atento al tráfico y la conducción, fresco como una rosa mientras los otros dormían o descansaban, muertos de fatiga.

EMPLEOS

”Se acercaban los permisos estivales. Nos dijo que le habían ofrecido el empleo de sobrecargo en un transatlántico

que se dirigía a los Estados Unidos. Lo rechazó para seguir trabajando en su libro. (¡Ojalá ya hubiera salido!).

UNA VISITA

”Acostumbraba ir a “Humo”. (Londres) en la Brough casi todos los sábados para echar una ojeada a la impresión de su libro, y dormía en el Union Jack Club. Una noche, que estaba lleno de bote en bote, le metieron en cualquier parte. A la vuelta, nos contó cómo le había ido. Dijo que había compartido un

dormitorio: en él tuvo, a un lado, un marinero borracho y, al otro, a un marino ignorante que no hacía más que jurar».

Aquí termina la información del sargento Pugh.

Por lo que sé, Lawrence ha respondido sólo a las preguntas de un álbum de «confesiones», el de un camarada de la Royal Air Force. Sus contestaciones, insignificantes y divertidas, quizá hayan de tomarse en serio:

- Color favorito: Escarlata.

- Comida favorita: Pan y agua.
- Músico favorito: Mozart.
- Escritor favorito: William Morris.
- Personaje histórico favorito: Ninguno.
- Lugar favorito: Londres.
- Mayor placer: Dormir.
- Mayor dolor: Ruido.
- Mayor miedo: Fogosidad.
- Mayor deseo: Que me olviden los amigos.

Proyecta servir en la Royal Air Force hasta el término de su compromiso y retirarse luego a una habitación de Londres, «el único lugar

en que puede vivirse permanentemente», con una casita en el campo, en cualquier sitio, para solazarse, y un par de neumáticos mecánicamente movidos para enlazar las dos viviendas. Otra es la cuestión de si echará raíces. La lacónica opinión del señor Winston Churchill sobre él es muy penetrante: «Animal raro, que no medra entre barrotes». Me ha sugerido el texto de la Vulgata que utilizo como epígrafe de este libro.

APÉNDICE A

OPERACIONES DE LA COLUMNA MÓVIL BRITÁNICA CONTRA EL FERROCARRIL DE HICHAZ

INSTRUCCIONES ESPECIALES

1) Dos compañías, Imperial Camel Corps (jefe, comandante R. V. Buxton; fuerza: 16 oficiales, 300 hombres, 400 camellos, con 6 ametralladoras Lewis), han sido puestas temporalmente a disposición de las Operaciones Hejaz, con el propósito de cumplir las misiones siguientes en el ferrocarril de Hejaz:

a) Tomar Mudawra^[8], con el objetivo primordial de destruir el importante suministro de agua que el enemigo tiene en esa localidad.

b) Destruir el principal puente ferroviario y

el túnel de Kissela, a 5 millas al sur de Ammán

o si las circunstancias impidieran efectuar (b),

c) Demoler el puente ferroviario que hay inmediatamente al norte de Jurf Ed Derwish, y destruir los almacenes y pozos que el enemigo tiene en la estación de Jurf.

2) Las instrucciones siguientes y el programa de marchas adjunto se basan en el supuesto de que se cumplan los objetivos (a) y (b).

Si fuese necesario, como segunda fase de las operaciones, sustituir b) por c), eso dependerá sólo del parecer del oficial comandante, Imperial Camel Corps, que enmendará estas instrucciones y preparará un plan revisado.

3) Marchas

La columna marchará, con las

modificaciones que las circunstancias, ahora imprevisibles, impongan, según el programa y el horario que se adjunta con el nombre de «A».

4) Operaciones

a) Las operaciones de Mundawra y Kissela (o Jurf Ed Derwish) se efectuarán de noche, al amparo de la oscuridad. En cada caso, el plan de ataque preciso lo decidirá, tras reconocimiento personal del objetivo, el O. C., I. C. C. En este sentido, se hace hincapié en el valor de la sorpresa, porque los turcos del área de Hejad no están acostumbrados a los ataques nocturnos y, por lo tanto, se hallarán mal preparados para resistir una operación de esta naturaleza.

b) Como apoyo artillero a la operación de Mudawra, la sección de diez libras de Hejaz será puesta a disposición temporal del O. C., I. C. C., por el O. C. de las tropas del Hejaz septentrional. Acabada la operación, la sección

no se dirigirá al este del ferrocarril, sino regresará independientemente a Guweyra u otro punto, bajo las órdenes del O. C. de las tropas del Hejaz septentrional.

c) Para la operación de Kissela, el O. C. de las tropas del Hejaz septentrional solicitará la cooperación de un destacamento de automóviles blindados, que estará apercebido en cualquier punto conveniente del este del ferrocarril, para cubrir la retirada de la columna a Bair en el caso de que la persiga la caballería hostil de Ammán.

5) Suministros

La columna partirá de Akaba, con víveres y agua para tres días para los hombres, y forraje para los animales. Además, cada hombre llevará una ración de conservas de emergencia, que consumirá sólo por orden directa del O. C. de la columna.

Se establecerán por adelantado depósitos

de víveres y forraje, de los que se encargará el O. C. de las tropas del Hejaz septentrional, como sigue:

a) En Rum, 5 raciones diarias para los hombres y forraje para los animales.

b) En El Jefer, 4 raciones diarias para los hombres y forraje para los animales.

c) En Bair, 14 raciones diarias para los hombres y forraje para los animales.

6) Agua

Se encontró agua abundante para los hombres y animales en las siguientes localidades:

Rum, Mudawra, El Jefer, Bair, Wadi Dakhil (véase la tabla anexa de marchas).

7) Medicina

Se organizará en Akaba una hamla de heridos capaz para 24 casos (12 sentados y 12 tumbados), a fin de que acompañe a la columna,

bajo la dirección del comandante Marshall, M. C., R. A. M. C., conforme a las instrucciones del O. C. de las tropas del Hejaz septentrional.

8) Munición

Se transportarán 260 proyectiles por hombre y 2000 por fusil Lewis.

9) Explosivos

a) Organizada por el O. C. de las tropas del Hejaz septentrional, una hamla de explosivos, con 2000 libras de algodón pólvora, acompañará a la columna desde Akaba a Mudawra. Los camellos descargados y sus conductores regresarán de Mudawra a Akaba al concluir esa fase de las operaciones.

b) Para la operación de Kissela, se organizará una hamla de explosivos, con 6000 libras de algodón pólvora, que se encontrará con la columna en Bair, desde donde la

acompañará a Kissela.

10). Guías

a) Para la primera fase de las operaciones (desde Akaba a El Jefer, inclusive), el O. C. de las tropas del Hejaz septentrional, a través del Sherif Feisal, tomará las siguientes disposiciones:

a) Guías (Amran Howeitat) que encontrarán la columna en Akaba y la conducirán a Rum.

b) Un Sherif adecuado elegido por el Sherif Feisal, con los guías requeridos (Abu Tayi), se unirán a la columna en Rum, y la conducirán a Mudawra, y después de Mudawra a El Jefer.

Deben incluirse provisiones para los guías y forraje para sus camellos, mientras los emplee la columna, en las disposiciones indicadas en el párrafo 5 (Suministros).

c) El teniente coronel Lawrence se encargará de obtener guías para la columna, con destino a Kissela, a partir de El Jefer.

11). Comunicaciones

El O. C. de las tropas del Hejaz septentrional procurará mantenerse en contacto, lo más estrecho posible, con la columna, mientras opere al este del ferrocarril, hasta el norte de El Jefer (inclusive) con aeroplanos del Ala de Hejaz.

Si es posible, se observarán disposiciones similares para mantener contacto directo con el cuartel general, mediante un aeroplano de la brigada Palestina, durante la segunda fase de las operaciones, al norte de Biar.

12). Oficiales adscritos

El O. C. de las tropas del Hejaz septentrional hará que los siguientes oficiales acompañen a la columna desde Akaba:

Oficial político de enlace con los árabes:
Comandante Marshall, M. C., R. A. M. C.
(además, deberes como O. M.).

Oficial de demolición: (O) Capitán Scott-

Higgins (o) Bimbashi Peake, A. I.

Oficial de estado mayor (sólo para la primera fase de las operaciones, hasta El Jefer): Comandante Stirling, D. S. O., C. M.

13). El C. O. de las tropas del Hejaz septentrional informará telegráficamente a esta oficina del término de las disposiciones de que es responsable, véanse párrafos 4, 5, 7, 9, 10, 11 y 12, y confirmará las medidas tomadas, con más detalles, por correo, en cuanto le sea posible.

14). Acuse de recibo por cable

Si es posible, se sugiere que se obtengan los servicios del Sherif Hazaar o del Sherif Fahad.

Cairo.

Savoy Hotel,

16, julio, 1918.

(firmado). A. C. Dawnay,
Teniente coronel
Estado Mayor
Operaciones Hejaz.

Copias: N°1 y N°2: Operaciones Hejaz.
N°3: O. C., tropas Hejaz sept.
N°4: O. C. Imperial Camel Corps.
N°5: Cuartel general.

«A:» Programa provisional y horario de marchas.

<i>Día</i> <i>cero</i>	<i>La columna</i> <i>sale de Akaba</i>
C + 1	Akaba-Rum (11 horas).
C + 2	
C + 3	Día de descanso, Rum.
C + 4	Rum-oeste de Mudawra (14 horas).
C + 5	
Noche C5/C6	Ataque a Mudawra.

	C + 6	
	C + 7	Mudawra-El Jefer (20 horas).
	C + 8	
	C + 9	Día de descanso, El Jefer.
10	C +	El Jefer-Bair (13 horas).
	C+ 11	
12	C +	Día de descanso, Bair.
13	C +	
14	C +	Bair-este de

	Kissela (30 horas).
C + 15	
Noche C15/C16	Ataque al puente y túnel de Kissela.
C+ 16	
C+ 17	Kissela-Bair (30 horas).
C + 18	
C + 19	Días de descanso, Bair.
C + 20	

21	C +	
22	C +	Bair-Wadi Dakhl (24 horas).
23	C +	
24	C +	Wadi Dakhl-Bir es Aaba (20 horas).
25	C +	

Nota: Todas las marchas se calculan conforme a un promedio de 3 1/2 millas por hora.

Secreto

Comandante R. V. Buxton,
I. C. C. Ismailia.

Ampliando las instrucciones especiales, G. S. 31, que se le entregaron el 16 del presente mes, si circunstancias imprevisibles hicieran impracticables los objetivos (b) y (c) en el tiempo fijado para las operaciones, se le autoriza, alcanzado el primer objetivo, adoptar, de acuerdo con el teniente coronel Joyce y el teniente coronel Lawrence, como alternativa, cualquier plan modificado contra el ferrocarril de Hejaz, al norte de Maan, que, en opinión de usted, la situación justifique, y que permitan realizar las circunstancias locales.

Cairo.

22, julio, 1918.

(Fmdo). A. C. Dawnay,

Teniente coronel

Estado Mayor,

Operaciones Hejaz.

Copias a: O. C. de las tropas del
Hejaz septentrional. Para
información.

APÉNDICE B

CARTA DE LAWRENCE AL TIMES DE LONDRES

22 de julio de 1920

Muy señor mío:

En el debate de esta semana en los Comunes sobre el Medio Oriente, un veterano miembro de la Casa se asombró de que los árabes de Mesopotamia se alzasen en armas contra nosotros, a pesar de nuestro bienintencionado mandato. Su sorpresa ha tenido eco, acá y allá, en la prensa. Se me antoja basada en un conocimiento tan parvo y desviado de la nueva Asia y la historia del último lustro, que me atrevo a abusar de su espacio con una larga exposición, en la que le daré mi interpretación de ese estado de cosas.

Los árabes se sublevaron contra los turcos durante la guerra no porque el gobierno otomano fuese notablemente malo, sino porque deseaban ser independientes. No expusieron sus vidas en los combates para cambiar de señores, para convertirse en súbditos británicos o ciudadanos franceses. Lo hicieron para autorregirse.

Está por comprobar si se hallan preparados o no para ser independientes. El mérito no califica para ser libres. Los búlgaros, afganos y tahitianos lo son. La libertad se disfruta cuando se está tan bien armado, o se es tan turbulento, o se habita en un país tan espinoso, que el gasto para que nuestro gobierno lo ocupe supera el provecho de lograrlo. El gobierno de Faysal en Siria ha sido independiente durante dos años, y ha mantenido en su área la seguridad pública y los servicios cívicos.

Mesopotamia ha tenido menos ocasión de probar su armamento. Jamás combatió contra

los turcos, y lo hizo de manera tibia contra nosotros. Por lo tanto, hubimos de instalar en ella una administración propia del tiempo de guerra. No pudimos hacer otra cosa; mas eso aconteció hace un par de años, y todavía no la hemos puesto a la altura de la paz. Ciertamente, no hay en ella indicios de cambio. Se envían a su territorio «grandes refuerzos», según la declaración oficial, y nuestra guarnición habrá ascendido a seis cifras el mes que viene. La curva de gastos aumentará a cincuenta millones de libras en este año fiscal, y, no obstante, se nos exigirán más esfuerzos a medida que crezca el afán de independencia de Mesopotamia.

No maravilla que hayan perdido la paciencia al cabo de dos años. El gobierno que establecimos es de estilo inglés, y se administra en idioma inglés. Lo dirigen cuatrocientos cincuenta funcionarios ejecutivos británicos, y ningún mesopotámico

responsable. En la época turca, el 70% de la burocracia civil ejecutiva era indígena. Nuestros ochenta mil soldados se ocupan allí de misiones de policía; no defienden las fronteras. Someten al pueblo. En el período otomano, los dos cuerpos de ejército de Mesopotamia tenían el 60% de oficiales y el 95% de soldados árabes. Que se les prive del privilegio de intervenir en la defensa y la administración de su patria, irrita a los mesopotámicos cultos. Es cierto que hemos aumentado su prosperidad, pero ¿qué importa eso cuando en el otro platillo reposa la libertad? Esperaron, y aplaudieron nuestro mandato, porque esperaban convertirse en un dominio, que ellos gobernarían. Ahora empiezan a desconfiar de nuestras intenciones.

¿Remedio? Lo veo en un cambio inmediato de nuestra política. La lógica de las cosas actuales tiene mal sesgo. ¿Por qué han de morir ingleses (o indios) para que exista el gobierno

árabe en Mesopotamia, lo que es la meditada intención del gobierno de Su Majestad? Estoy de acuerdo con la intención, pero yo encargaría el trabajo a los árabes. Pueden hacerlo. Mi modesta experiencia en el encumbramiento de Faysal me ha probado que el arte de gobernar exige antes carácter que inteligencia.

Yo establecería el árabe como lengua gubernamental. Eso implicaría una reducción de los funcionarios británicos y que los árabes idóneos recuperasen su empleo. Formaría dos divisiones de tropas voluntarias, árabes sin excepción, desde el general hasta el soldado de segunda. (Hay millares de oficiales y subalternos veteranos y adiestrados). Confiaría a esas unidades el mantenimiento del orden público, y despacharía del país a todos los militares británicos o indios. Esos cambios se cumplirían en doce meses, y entonces tendríamos a Mesopotamia de la misma manera que tenemos, poco o mucho, a Sudáfrica o

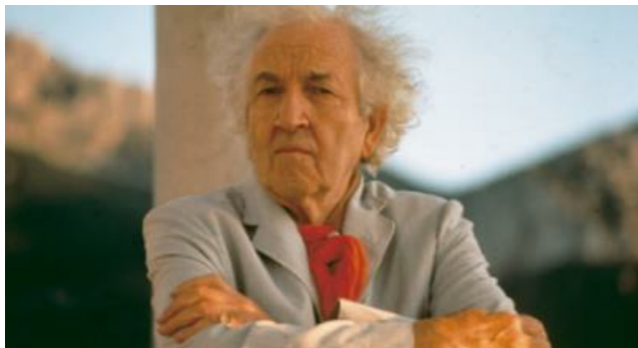
Canadá. Creo que, en tales condiciones, los árabes serían leales súbditos del imperio y no nos costarían ni un céntimo.

Me replicarán que es grotesca la idea de un dominio «moreno» en el imperio británico. No obstante, los esquemas de Montagu y Milner tienden a eso. La única alternativa a ello parece ser la conquista, que el inglés corriente ni quiere ni puede pagar.

Desde luego, hay petróleo en Mesopotamia, pero inaccesible para nosotros mientras haya guerra en el Oriente Medio. Y pienso que, si tanto lo necesitamos, podría ser motivo de una negociación. Los árabes parecen dispuestos a verter su sangre por la independencia. ¡Por consiguiente, harán lo mismo, con mayor facilidad, con su petróleo!

T. E. Lawrence.

*All Souls College,
22 de julio*



ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, 24 de julio de 1895 - Deià, 7 de diciembre de 1985). Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el Kings College o St. Johns antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son

algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius*.

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EE. UU. e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca*, entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.

Nota: Biografía del autor tomada de *El sello de Antigua*, editado en EPL por Akhenaton, al que se agradece.

Notas

[1] El episodio se narra en *Dead Towns and Living Men*, de Woolley. Las leves discrepancias que existen entre las dos versiones proceden de enmiendas introducidas por Lawrence. <<

[2] Lowell Thomas ha retratado a Lawrence como jerife de La Meca, cosa diáfananamente grotesca. A pesar de la mezcla de sangre de distinta procedencia que lleva en las venas, no desciende del profeta. Jamás estuvo en La Meca, ni ofendería a los musulmanes intentando visitarla. <<

[3] Se ha dicho que, aparte Mallory, Aristófanes y *The Oxford Book of English Verse*, llevaba la *Arabia Deserta* de Doughty. No es verdad. Aunque su recuerdo de esta obra le fue muy útil en la primera parte de la campaña, cuando no tenía mapas. <<

[4] La señora Lawrence había escrito: «Hace más de un año que Ned lucha con los árabes en Hichaz contra los turcos. Ha hecho cosas maravillosas como volar puentes, sabotear vías férreas, etc., y matar turcos a montones. Le han concedido todo género de condecoraciones, a las que no hace caso. Dice que devolverá sin abrir todas las cartas en cuyos sobres consten su rango y dignidades.». <<

[5] Referencia a una carta que escribió en El Cairo en 1915: «Ya conoces la descripción de Coleridge de los cuerpos celestes en *The Ancient Mariner* “Señores que se esperan con certeza”... No quiero ser señor ni cuerpo celeste, pero creo que un cabo de mi órbita debiera estar contigo en una imprenta. ¿Empezaremos imprimiendo *El asno de oro* de Apuleyo, mi muleta actual?». <<

[6] El propio Shaw me ha contado que salió con casi todos los hombres del Ala B. «Todos eran personas decentes — dijo—, a las que admiraba mucho. Creo que el sargento Pugh ha expresado con excesiva seriedad lo que fue una broma». <<

[7] Muchos lectores quizá no comprendan la esencia de esta anécdota, por ignorar el trato despectivo que los soldados uniformados reciben de los policías. Los de Cranwell se sorprendieron que no se arrestase a Shaw por protestar de la ineficacia de un guardia. <<

[8] La grafía de los nombres en el documento no corresponde a la usada en este libro. La cuestión carece de importancia, porque no hay un sistema puntual inglés de transcripción del árabe. <<